

SUEÑA CONMIGO

PETER PAN

ALEX GARCÍA



Sueña conmigo, Peter Pan

Alex García

©Alex García 2017

Esta obra tiene todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización expresa del titular del copyright, la reproducción total o parcial de la misma a través de cualquier medio o procedimiento. Asimismo, queda también prohibida la distribución a través de cualquier canal no aprobado por el autor y cuyos derechos se vean quebrantados por tales prácticas. Cualquier violación de los derechos intelectuales será puesta en conocimiento de las autoridades internacionales, con las sanciones que ello conlleve para el infractor.

Con mucho amor para mi Campanilla, quien consigue que mi vida se convierta en sueño, quien logra que se cumpla el sueño de una vida.

Un sueño que sueñas solo es sólo un sueño. Un sueño que sueñas con alguien es una realidad.

John Lennon

1 - El debate

Todo comenzó con un anuncio, un simple anuncio perdido entre una maraña de publicaciones. Perros maltratados, bulos de virus letales o de cataclismos del mismo mundo que ya tuvo tantos finales, invitaciones a propagar absurdas cadenas, privados obscenos de nuevos «amigos», reflexiones con fingido optimismo tras el último desamor. Así es Facebook. Te acerca a las vidas de la gente, con todas sus penas y alegrías, con todos sus defectos y virtudes, con todas sus mentiras y verdades. Y entre tanta información, que no cambia vidas pero las absorbe, se coló el dichoso anuncio. Sólo seis palabras: «trabaja sin experiencia con salario inmejorable». Una cantidad tan baja de cualquier cosa resulta insignificante. Bueno, salvo que se trate de los meses que llevo sin trabajar, de los años sin relación estable, o de las horas sin dormir por culpa del maldito anuncio. Incluso la mitad puede resultar excesivo, cuando se trata de las amigas que intentan solucionarte la vida. Ahí están las tres, discutiendo frente a mí sobre la mejor decisión que sólo yo debo tomar. Aunque, para qué nos vamos a engañar; seguro que al final haré lo que ellas determinen como la solución más conveniente para mí. A cualquiera que no me conozca le podría parecer que no tengo iniciativa, aunque la realidad es que me resulta más cómodo que ellas monten el debate que yo tendría que alojar en mi cabeza. Bueno, eso y que no tengo iniciativa.

Lourdes defiende que merezco algo acorde a mi formación. Por su parte, Rosana insiste en que haga lo que me dicte el corazón. Gema, tan cachonda como siempre, lleva la contraria a las dos y no aporta más que tensión entre ambas. Yo las oigo, pero no las escucho. Sólo pienso en que, al final, terminará imponiéndose la efusividad de Rosana, Lourdes acabará indignada, Gema muerta de risa y yo frustrada por contar con más dudas que al principio. Sé que cada una pretende ayudarme a su manera, pero a veces resulta agotador prestarles atención. Aunque se lo debo, qué menos, así que decido engancharme a la discusión que ya mantienen.

—Anda, guapa —interviene Lourdes con su simpático acento centroamericano—, dame una sola razón de peso por la que tendría que acudir a esa enigmática entrevista para conseguir un trabajo del que no conoce más que una voz de mujer.

—¿Porque ya lleva seis meses cobrando una prestación por desempleo que tiene fecha de caducidad? —Rosana hace uso de la ironía con su retórica cuestión. No

cabe duda; comienzan a encenderse. Al final se dirán cuatro burradas, se enfadarán y mañana volverán a ser tan amigas, como siempre.

—Pero si acepta ese trabajo, suponiendo que no se trate de algún timo o de un anzuelo de cualquier organización criminal, corre el riesgo de acomodarse y de no trabajar jamás como letrada.

—Ahí lo has clavado —secunda el argumento Gema para echar más leña al fuego.

—No todas hemos tenido la suerte de ser un «coquito» —contraataca Rosana dirigiendo su mirada hacia nuestra amiga mexicana—, o de dar un «braguetazo» —finaliza mirando a la más despreocupada y neutral de las cuatro—. ¿Qué tendría que hacer entonces, esperar sentada a que acabe la crisis? ¡No me jodas! Pero si ya la gente ni siquiera se divorcia, con tal de no gastarse una pasta en abogados. O mejor, podría ir por todos los bufetes de Cádiz implorando que la contraten en prácticas para ordenar los archivos y terminar cobrando una miseria. No sé si llegarían a contratarla, pero seguro que adelgazaría y se hartaría de cazar pokemons por el camino.

—¿Qué hay de malo en cazar pokemons? —se sorprende Gema, dando clara muestra de que vive en un universo paralelo al nuestro—. Pero qué podéis saber vosotras, si no habéis experimentado nunca el poder de atracción de un «Magnemite» —apunta antes de partirse de risa. Debe de tratarse de algún tipo de chiste relacionado con ese juego que tiene enganchado al móvil a medio mundo.

—De verdad, chica, ¿tú te oyes? —cuestiona Lourdes al borde de la erupción.

—Cuando no estoy centrada en ir al gimnasio, sí.

—¿Tú al gimnasio? ¡Ja!

—Yo no, mis pokemons.

—Estás mal, háztelo mirar —resuelve por fin Lourdes con la gracia que le otorga su acento. Lo cierto es que lleva media vida en España y ya habla como nosotras, pero aún mantiene ese acento tan atrayente con el que causa simpatía con solo abrir la boca.

—¿Y tú qué dices? —se dirige a mí Rosana, hasta ahora al margen de los chistosos comentarios de Gema, que sólo buscan encender los ánimos de ambas. La más seria de las cuatro es la que siempre termina dejándose arrastrar—. ¿Vas a ir a esa entrevista o en busca de pokeballs, o como quiera que se llamen?

—Estoy hecha un lío, la verdad —admito—. Como has advertido, mi prestación no es eterna y dentro de poco necesitaré ese dinero. Me da cierto reparo acudir a ciegas y mucha pereza que dicho empleo pueda privarme de nuestros desayunos. Sin embargo, pienso que lo más responsable es comenzar a mirar por mi futuro.

—¿Tu futuro? —se abre paso la sensatez de Lourdes—. Un futuro como... ¡ah, que aún no sabes a qué aspiras!

—Guárdate el sarcasmo para ti, guapa —salta a la que puede Rosana—. Ella aspira a tener ingresos propios y no depender del Estado. Deja que sea ella quien decida qué es mejor para su futuro.

—Yo no veo mal que dependa del Estado —vuelve a la carga Gema—. A mí me va bien.

—Tú no dependes del Estado, sino del juez que te abrió de piernas y te hizo un hijo. Desde entonces, «perdiste el juicio» —se burla la más pasional de mis amigas con un chiste muy propio de la facultad. Una broma que me saca una sonrisa al recordarme los grandes ratos que pasamos en la «Uni», cuando nuestra mayor preocupación residía en lucir como la más espectacular de las cuatro en la siguiente fiesta universitaria. Lourdes no ganaba nunca porque aprovechaba siempre hasta el último minuto para «empollar» y luego aparecía con cuatro trapos y casi sin maquillar. Gracias a eso, en la actualidad su nombre va adquiriendo cierto peso dentro del Colegio y cada día cuenta con mejores referencias e ingresos como letrada.

—Pues tienes que tomar una decisión —me recuerda con un tono que denota cierta seguridad en que al final hará valer su criterio—. O seguir intentando colocarte como abogada, o aspirar a...

—Pero mira que eres «peliculera» —protesta Rosana.

—Si necesitas un cursillo acelerado para cazar pokemons... —Gema, como siempre, consigue que las otras dos la asesinen con la mirada.

—Me preguntaron por mis estudios y hubo un largo silencio cuando respondí que contaba con titulación universitaria —justifico la inminente respuesta—. Quizás no se trate de ningún asunto turbio.

—A lo mejor es un trabajo para el Gobierno —observa Gema con la ligereza de quien no sigue con interés el hilo de la conversación.

—El Gobierno no le preguntaría por sus estudios porque nos tienen vigilados y

debidamente archivados —le contradice Lourdes razonando su respuesta.

—Claro, como tenía fichado al «pequeño» Nicolás.

He de reconocer que la jodida tiene salida para todo. Y, esta vez, me ha sacado una sonrisa incluso a mí.

A pesar de que el argumento de Lourdes resulta convincente, presiento que en esta ocasión tengo que dejar a un lado la prudencia. Cuento con una información escasa sobre el empleo al que aspiro, pero la voz de esa mujer me inspiró confianza. No la veo como un anzuelo de ninguna mafia albanesa y así me dispongo a hacerlo ver a mis tres amigas.

—De cualquier modo, he decidido acudir a esa entrevista —sentencio para zanjar de una vez por todas cualquier tipo de discusión. Las tres se quedan observándome en silencio, extrañadas ante mi arranque. No están acostumbradas a verme tan resuelta. De hecho, yo misma me sorprendo por haber sido capaz de tomar una decisión sin reflexionar demasiado en sus opiniones.

—¡Qué determinación! —exclama Gema, que luce su más sincera sonrisa—. ¿Y a qué debemos tu inusitada capacidad para resolver una situación que, en condiciones normales, habrían decidido ellas? —Señala a las otras con una mueca de fingido desprecio en las cejas y luego les lanza una sutil sonrisa.

—Tuve un sueño —alego dubitativa.

—¿Otra vez ese niño?

La simple mención del protagonista de mis pesadillas ya me causa escalofríos.

—No, esta vez fue diferente. Sólo recuerdo una voz. La calidez de unas palabras susurradas en mi oído.

—¿Alguien te soplaba algún truco para cazar pokemons más rápido? —bromea mientras que las otras dos niegan su poca seriedad.

—Si te lo vas a tomar a coña...

—Venga, tía, ya me conoces —se disculpa a su manera tan peculiar—. Anda, continúa. —Sitúa su mano sobre mi hombro y espera a que arranque de nuevo.

Miro a las tres y analizo sus gestos. Ya se han reído de mí en más de una ocasión en que mis sueños han traspasado el umbral de mi cabeza. No estoy dispuesta a recibir su censura una vez más. No al menos en esta ocasión, que no se trata de otra pesadilla. A la más mínima crítica, cambiaré de tema. No me apetece perder el tiempo

en la oscuridad de mis pesadillas, sino en un futuro ilusionante.

—Sólo recuerdo su voz.

—¿Hombre, mujer o Lourdes?

—¡Estúpida! —El contraataque de Lourdes ante la burla de Gema no se hace esperar.

—Hombre —aseguro, tratando de no dar importancia a la interrupción. Gema se crece cuando sus bromas causan el efecto deseado, aunque luego termine siempre pidiendo perdón. A veces reflexiono y me cuesta creer que hayamos sido capaces de soportarla durante tantos años sin dejar de quererla—. Su entonación rebosaba paz —prosigo—. Tanta que se presentaba como un timbre de voz familiar, como cuando somos pequeños y nuestros padres nos tranquilizan en mitad de una pesadilla. «No tengas miedo», me repetía una y otra vez.

—¡Alucino! —La sensatez de Lourdes no tarda en hacerse notar—. Podrías ponerte en peligro porque una voz en sueños te pide que no tengas miedo.

Vacilo y a punto estoy de zanjar la conversación, pero tomo aire de nuevo y respondo titubeante.

—Si lo miras por ese lado.

—¿Por qué lado quieres que lo mire, carajo? —cuestiona finalizando con una palabra tan habitual en su México natal como soez y malsonante en la España que la acogió. Los ocupantes de las mesas aledañas se sobresaltan y nos miran de reojo, a excepción de una anciana que desayuna con quien podría ser su hija. «¡Qué vergüenza de juventud!» es la sentencia que masculla entre dientes, antes de que me disculpe en nombre de Lourdes ladeando levemente la cabeza.

—Hazte a la idea de que se trata de una especie de presentimiento. Poca gente duda de que las mujeres tenemos un sexto sentido —procuro justificar sonriendo.

—El sentido de la responsabilidad es el que tiene que guiar tus pasos y eso que vas a hacer es una irresponsabilidad.

—Es posible, pero algo me dice que tengo que hacerlo —alego de forma indeterminada, a pesar de que pienso en alguien con un tono de voz tan cálido que me estremezco al recordarlo—. Las tres sabéis que sois los pilares en los que siempre me apoyo desde que mis padres se fueron. Sin embargo, en esta ocasión siento que debo ser yo quien decida qué camino tomar. Tengo la corazonada de que mi vida está a punto

de cambiar. Tengo que ir a esa entrevista.

2 - La entrevista

Ha llegado el momento. Todo lo que soy me exige girarme y caminar en sentido contrario. En cambio, la vocecita que me recuerda lo que quiero llegar a ser tira de mí hacia delante. Tengo que mantenerme firme y, al menos, dar la oportunidad a esa mujer de cambiarme la vida. Aunque lo cierto es que estoy tan nerviosa que mi cuerpo tiembla más que el suelo de Japón. Me ha costado un mundo retocar el currículum; los músculos de mis dedos habrían destrozado la escala de Richter si hubieran tenido cerca un sismógrafo. Menos mal que el historial académico y laboral ya no se elabora a mano. Creo que con cinco años escribía mejor de lo que lo habría hecho hoy.

De cualquier modo, ya he superado el mal trago, al igual que el de decidir qué ponerme. De haber elegido falda y chaqueta, podría parecer ridícula si el puesto consiste en trabajar como stripper. En cambio, de aparecer en vaqueros y con alguna blusa corriente, también me presentaría ridícula si lo que buscan es una abogada. Al final opté por la opción intermedia cuando aposté por una falda hasta las rodillas y camisa de manga larga con poco escote de pico. De ser un hombre el entrevistador, quizás habría apostado por uno más generoso.

El camino se me ha hecho corto. Demasiado, quizás. Puede que sea por mi cuestionable convencimiento de estar haciendo lo correcto, lo apropiado, lo razonable. Sólo espero no equivocarme. Ya no porque pueda tratarse de algún tipo de mafia, sino por no aguantar mañana a Lourdes y su repetitivo «te lo dije». Si al final merece la pena el empleo, será Rosana quien se regodee y atormente a Lourdes con esa frase tan odiosa de sufrir. Hablamos de otro cantar cuando eres tú quien se dedica a ejercer como adivina para terminar soltando más tarde el dichoso «te lo dije». Es del tipo de frases en el que terminas orgullosa por llevar la razón o jodida porque te castiguen recurriendo a ella. No hay término medio.

—Esta es la dirección —verifico alternando mi atención entre el papel que agarro con mis dedos temblorosos y un número esculpido en el mármol situado sobre un inmenso pórtico—. No recordaba esta maravilla.

Se trata de una casa-palacio situada en pleno corazón de la ciudad. La calle Ancha, venida a menos tras un esplendoroso pasado, la acoge entre su maraña de fincas dieciochescas. De no haber sido por las cinco veces que he mirado las señas en el

papel, habría pensado que me encuentro ante algún antiguo museo o cualquiera de los muchos consulados que antes poblaban «mi» Cádiz.

Alzo las cejas extrañada y me dejo engullir por el pasillo que separa el inmenso pórtico exterior del no menos imponente portón que da acceso al interior. Ambas entradas tienen que costar más caras que mi coqueto apartamento. Me dispongo a llamar, pero no doy con la forma habitual de hacerlo. Parece que el tiempo ha mantenido intacta la construcción inicial y no se han molestado en hacerla evolucionar, instalando un simple timbre. Imagino que no querrían romper el conjunto escultórico con ningún tipo de modernidad. O puede que el edificio esté protegido por los chupatintas de Cultura. Viendo lo bien conservada que está la finca, seguro que una posible rehabilitación incluso ha costado dinero al contribuyente, cuando hay casas enteras de la clase humilde cayéndose a pedazos.

Un grueso aldabón negro situado frente a mis ojos parece llamarme para que yo haga lo propio. Golpeo dos veces con cuidado de no pasarme y no tardo en oír unos pasos que se acercan. Mientras dura la espera, reflexiono sobre la hipótesis de Lourdes y descarto que vayan a raptarme para que ejerza la prostitución en el extranjero. Viviendo en un lugar como este, no los asocio con la mafia.

Se abre la puerta y ante mí aparece una mujer joven de pelo y vestido negros, de piel y delantal blancos hasta deslumbrar. Salta a la vista que es extranjera, quizás del norte de Europa, y que viste el uniforme de criada de principios del siglo pasado, como poco.

—Venía por la entrevista, ¿verdad?

—Sí —respondo escueta, sobrecogida por el mundo paralelo al mío que advierten mis ojos. La belleza de todo cuanto puedo contemplar tras la sirvienta merece ser expuesto como museo, sin duda alguna.

—Acompañeme, por favor.

Cruzamos el lujoso recibidor, engalanado con muebles de estilo en maderas nobles y cuadros de cacerías o de antepasados, y me conduce hasta un despacho. Sólo la biblioteca que escolta el respaldo del sillón que preside la estancia es más grande que mi habitación y la cocina juntas. Tanta gente en países perdidos sin poder acceder a la cultura y aquí la tienen para coger polvo. Espero que el trabajo no consista en limpiarlo, pues Gema tardaría menos en cazar a todos los pokemons que yo en limpiar este despacho.

—Espere sentada, por favor. Enseguida aviso al señor de su llegada.

—¿El señor? —la interrogo extrañada y recuperando mi nerviosismo. Unos nervios ya olvidados ante tanta distracción existente en una morada lujosa allá donde se mire—. Hablé con una mujer.

—La señora —aclara—. Espere unos minutos, por favor.

Unos minutos que ocupo dando vueltas a la cabeza sobre la posible ocupación que puede rondar por la cabeza de estos «ricachuelos» para una abogada en paro como yo.

—La señorita Laura Ripoll, imagino —pregunta sin preguntar una voz grave, cuyo sigiloso dueño ha llegado ahogando el sonido de sus pasos en las muchas alfombras repartidas con un gusto exquisito. Debe de rondar los cincuenta, aunque su posición acomodada le ayuda a aparentar menos.

—La misma.

Me levanto educada y él reacciona al momento.

—Por favor, no es necesario.

Me vuelvo a sentar de nuevo y él hace lo propio frente a mí, tras rodear la mesa de ébano con incrustaciones que forman bellos mosaicos.

—Mi nombre es Evaristo Carrasco —se presenta y me ofrece su mano.

—Encantada —contesto y le entrego la mía.

—Supongo que se estará haciendo muchas preguntas desde que respondió a nuestro anuncio.

—Alguna, la verdad. Sobre todo, en lo referente a...

—No, por favor —me interrumpe, demostrando menos clase de la que luce la decoración del palacete en el cual reside—. Permítame antes hacerle una única pregunta. Luego seré yo quien resuelva sus interrogantes.

A pesar de lucir un traje impecable, tener una presencia distinguida y vivir donde vive, no las tengo todas conmigo y la advertencia de Lourdes resuena en el interior de mi cabeza.

—Adelante.

—¿Cómo cree que podría serme de utilidad?

Vale, lo reconozco, estoy comenzando a preocuparme. ¿Qué se supone que

tengo que contestarle?

—Sin saber en qué consiste el trabajo, no me siento capacitada para responder a esa pregunta.

—Hágalo con sinceridad y es más que probable que conteste lo que necesito oírle decir —me aconseja en la entrevista más surrealista que he tenido en toda mi vida. Y no ha hecho más que comenzar.

—Pues —vacilo—. Con sinceridad, podría decirle que soy sincera, precisamente. Si me pide algo que no me parezca justo, no vacilaré en advertírselo —le aviso en previsión de que sus intenciones sean carnales y consentidas por su esposa—. Soy honesta, trabajadora y poseo otras muchas cualidades que, imagino, ya estará cansado de oír a las demás entrevistadas. Debo imaginar que el objetivo de su pregunta guarda más relación con mi reacción que con lo que pudiera contestarle. Siendo así, creo que ya habrá podido extraer las conclusiones que necesitaba.

—Tengo que reconocer que me ha sorprendido su respuesta. No esperaba que reaccionara así.

—¿Tengo que tomarlo como un cumplido o va a levantarse y ofrecerme su mano, acompañándola de un «ya la llamaremos»? —indago tan agresiva que incluso yo me sorprendo. He de parecer la entrevistadora, en lugar de la entrevistada. Si tenía alguna opción de hacerme con el empleo, creo que acabo de enterrarla. Maldita Lourdes, no debí dejarme arrastrar por su...

—Me ha sorprendido porque es más inteligente de lo que había imaginado —reconoce para instalar una extraña sensación en mi pecho—. De su sinceridad no me cabe ya la menor duda. Sin embargo, su determinación me abruma. A pesar de todo, no debería permitir que su claridad de ideas le obligue a perder la perspectiva. ¿Y si le dijera que usted es la única persona entrevistada?

Su pregunta me deja completamente desconcertada y de mi boca no sale más que un simple «oh».

—¿No le sorprende que conociera su nombre cuando ha llegado?

—He imaginado que habrán concedido pocas entrevistas diarias y con un riguroso orden establecido.

—¿Cree que, ofreciendo un sueldo generoso y en los tiempos que corren, habría pocas solicitudes para hacerse con el empleo?

—La gente es muy desconfiada y ustedes ofrecían poca información en el anuncio. De hecho, después del secretismo demostrado por su esposa en nuestra conversación telefónica, aún no tengo claro por qué he decidido acudir. Soy abogada y...

—Y no ejerce como tal —finaliza por mí—. Porque ha venido imaginando que no se trata de un prestigioso bufete, ¿verdad? Entiendo que su presencia responde a otro tipo de inquietudes, ¿me equivoco?

Definitivamente, este hombre está consiguiendo romperme todos los esquemas. ¿Qué pretende? Recuerdo en última instancia la voz que me exigía venir a la entrevista, aunque la ahogo entre mis recuerdos. Por nada del mundo le haría partícipe de mis sueños. Ya me cuesta sangre, sudor y lágrimas con mis amigas como para abrirme en canal a un completo extraño.

—Oiga, no pretendo resultarle insolente, pero creo que debería ser más explícito y...

—Sesenta mil euros si está dispuesta a incorporarse mañana mismo y ciento cuarenta mil al finalizar el trabajo.

Eso es mucho dinero. Aquí hay algo que se me escapa. Al final va a tratarse de algo turbio y cualquiera aguanta luego a Lourdes. Aparte, ¿no tendría nómina? Parece claro que se trata de un único trabajo con un objetivo que debo cumplir.

—¿Por hacer qué?

—¿No le satisface la oferta?

—Me ofrece mucho dinero. No es algo habitual, por lo que no puedo evitar que mi recelo responda por mí.

—Descuide, no le pediré nada ilegal o inmoral. Sólo le exigiré resultados.

—¿Y por qué tanto dinero?

—Para que no pueda negarse.

¿Por qué soy tan valiosa? Sigue habiendo algo que se me escapa.

—¿Tiene hijos, señora Ripoll?

—No —respondo nerviosa—. Yo... En el currículum que les envié por correo... Soy señorita, no señora —finalizo con torpeza.

—Oh, disculpe. ¿Hay en su vida alguien —hace una breve pausa— especial?

—Yo... Bueno, imagino que mis amigas.

—Entonces es posible que no entienda por qué le ofrezco tanto dinero.

—No entiendo a qué se refiere —confieso sin saber a dónde pretende llegar.

—A qué, no, señorita Ripoll. ¡A quién! Si usted tuviera un hijo, entendería que cualquier cantidad le parecería insuficiente para intentar ofrecerle lo mejor.

—¿Un hijo? No pretenderá que su hijo y yo...

—Présteme atención, señorita Ripoll —me reprende—. No me decepcione, por favor. Acabo de decirle hace un minuto que no le pediré nada inmoral.

—Entonces, ¿cuál es el papel de su hijo en el desempeño del trabajo al que aspiro? Y, lo más importante, ¿en qué consistiría?

—Necesito recuperar a mi hijo.

—¿Recuperar a su hijo? —En vez de aclarar mis dudas, me genera aún más al confesarme de forma somera en qué consiste el trabajo. ¿Está secuestrado y necesita que yo negocie el rescate? ¿Quiere quizás que me infiltre en alguna secta que le haya lavado el cerebro a su heredero? Porque descarto que sea gay y quiera que lo recupere de «la otra acera», si atiendo a la advertencia que se ha visto obligado a repetirme para alejar cualquier sospecha sexual que aún albergue. ¿De dónde quiere recuperarle? Mi rostro de incredulidad ya tendría que bastar para que decida explicarse, pero no lo hace. Supongo que espera a que sea yo quien le pregunte de forma más directa y eso me dispongo a hacer—. ¿Dónde se encuentra su hijo?

—Eso es algo que no le puedo responder hasta que no formalicemos el contrato. Una vez tenga su firma, recibirá en la cuenta que me indique el primer pago y le aclararé todas las dudas que tenga.

Es mucho dinero, por más inquietud que me genere seguir sin saber de qué se trata. No debería rechazarlo; Rosana me mataría.

—Lamento reincidir pero, antes de comprometerme, tengo que asegurarme de una cuestión.

—Usted dirá —me invita a seguir, aun siendo incapaz de ocultar los síntomas de cansancio. Quizás por la dificultad que le supone tratar conmigo, o quizás no, pero lo disimula de forma sutil y educada, en cualquier caso.

—¿Estaré obligada a mantener relaciones con su hijo?

—¿Estaría usted dispuesta a mantener relaciones con mi hijo?

Muy astuto, dándole la vuelta a mi pregunta.

—No lo conozco de nada.

—Entonces, usted misma se estaría respondiendo, ¿no cree? Ya le he comentado en un par de ocasiones que no le exigiré nada diferente de su objetivo. Cómo lo consiga es asunto suyo, pero quiero que traiga de vuelta a mi hijo. Por mi parte, yo me limitaré a extenderle mañana un talón si decide aceptar, a solicitarle información cada cierto tiempo y a completar el pago en el caso improbable de que cumpla con el objetivo.

—Gracias por confiar en mí —contesto con sarcasmo.

—Más de lo que usted imagina, señorita.

—Pues no lo parece, la verdad.

—El problema no reside en su capacidad, sino en la dificultad de completar con éxito el asunto que tratamos —aclara.

—Del cual no podrá explicarme nada hasta que no tenga mi firma impresa en un papel.

—Así es.

—¿Y si me niego? —decido tensar la cuerda, consiguiendo que su rostro se vuelva rígido como la mesa que sustenta sus codos.

—Sería un tremendo error por su parte y un serio contratiempo para nosotros. Hemos apostado por usted. La elegimos antes incluso de que el anuncio llegara hasta sus ojos. Sólo teníamos que ser pacientes y esperar a que le prestara atención y se decidiera a venir.

—Todo esto es muy raro, ¿sabe? Estoy ahora mismo demasiado desconcertada como para indagar por qué me eligieron a mí y cuánto tiempo llevan espíandome, pero en otro momento responderá a mi pregunta.

—¿Significa eso que acepta el empleo? —se interesa definiendo la urgencia con su expresión.

—Significa que, atendiendo a sus palabras, salta a la vista que me necesitan. —Asiente sin responder y me confirma lo que comenzaba a imaginar—. Quiero medio millón —reconozco con una frialdad que me sobrecoge.

Parpadea dos veces con una lentitud lastimosa y luego asiente rendido.

—Mañana le extenderé un talón de cien mil en cuanto firme el contrato. El ochenta por ciento restante, según lo acordado.

—No me parece justo —le indico y sus cejas se alzan de nuevo para mostrarme su frustración—. Sólo le tanteaba—aclaro—. Imagino que la primera cantidad que me ofreció ya tendría que ser apropiada, tratándose de su hijo. Ya se lo dije, soy honesta.

—Muchas gracias por su honradez y por su sinceridad, además de por haber aceptado. No se arrepentirá; créame.

—¿Dónde formalizaremos el contrato?

—Aquí mismo. Mi abogado se encargará de todo el papeleo.

—Mmm, espero que su abogado no se llame Lourdes —bromeo.

—¿Cómo dice?

—No, nada, cosas mías. Entonces, mañana nos vemos ¿a las...?

—A primera hora, en cuanto usted pueda.

—¿Le parece bien a las nueve? —le pregunto con la intención de no privarme de mi desayuno diario con las tres locas que tengo por amigas. Por nada del mundo me perdería el nuevo debate que originará mi explicación posterior a la firma del contrato.

—Me parece perfecto. Nos vemos entonces mañana —me indica de nuevo a la vez que se levanta y me ofrece su mano.

Cuando me dirijo hacia la puerta, decido que la versión descarada de mí formule esa pregunta que me ronda por la cabeza desde hace un par de minutos.

—De haberle pedido un millón, habría aceptado, ¿verdad?

—Algún día será madre, señorita Ripoll —afirma con rotundidad, aunque dando clara muestra de no conocer en absoluto mis planes de futuro y mis inquietudes—. Y ahora, si me permite...

—Por supuesto. Hasta mañana.

El resto del día transcurre como mi vida desde ya no recuerdo cuándo: aburrido. Casi todo el tiempo lo paso pensando en la entrevista con mi nuevo jefe. Por más vueltas que le doy, no se me ocurre de dónde puedo rescatar a su hijo. Todas las opciones imaginables me resultan descabelladas o contrarias a su premisa de que mi nueva ocupación será legal y honesta. Sólo un cruce de mensajes absurdos con Gema

me saca de mis pensamientos durante un rato. Bueno, eso y un par de cabezadas. Como siempre, duermo sin dormir. Esto de no terminar de alcanzar nunca el sueño profundo es una verdadera condena, pero es lo que me ha tocado soportar y ya me he acostumbrado.

Al caer la noche se me ocurre salir a dar una vuelta. Apenas tardo unos segundos en descartarlo de pleno. Tengo claro que terminaré encontrándome con alguna vieja amiga que me presentará a su amigo guaperas, me emborracharé y terminaré llevándomelo a la cama. La verdad es que no me apetece liarme con un desconocido al que nunca más veré. Además, mañana tengo que madrugar y mantenerme lúcida para lo que tenga que venir. De cualquier modo, ya me he comprometido, a pesar de no saber aún a qué me expongo. Imagino que el estado de salud de mi cuenta corriente justificará cualquiera que sea mi nueva ocupación. Tengo que convencerme de ello, no me queda otra. Por muy extraño que sea lo que me explique cuando estampe mi firma en el papel, tengo claro que me encuentro ante la oportunidad de mi vida. Tengo que firmar ese contrato.

3 - El contrato

Hoy he decidido ir de chaqueta. El señor Evaristo es una persona distinguida, por lo que irá vestido de forma similar a la de ayer. El abogado, en buena lógica, irá también enchaquetado.

Como de costumbre, no creo que haya dormido más de una hora seguida esta noche, por lo que a las seis ya estaba en pie y con los ojos como platos. Las tres locas me dicen a menudo que vaya al médico y le pida cita para la Clínica del sueño, pero siempre lo dejo para mañana. De cualquier modo, hoy me ha venido bien porque he tenido tiempo de sobra para ducharme, para arreglarme e incluso para desayunar en el bar de abajo. He tenido que lidiar con las miradas descaradas de los cuatro abuelos de turno que, bebiendo anís desde tan temprano, no sé ni cómo pueden verme. Un grupo de tres trabajadores uniformados que tomaban café también me miraban, pero me respetaron. No así ocurrió con cuatro niños que terminaban su noche de juerga. Me «bordearon» hasta que Nacho, el dueño del bar y animador de las reuniones de copropietarios con sus quejas, les invitó a no molestar a sus clientes. Aunque su edad los envalentonó, Nacho siempre aborda estas situaciones intentando razonar; el tubo de metal de medio metro con el que sale de detrás de la barra refuerza su argumento.

Llamo al portón a las nueve menos diez. Aunque imagino que no, desconozco si tendré algún tipo de horario, por lo que quiero causar buena impresión desde el minuto cero. Abre a los pocos segundos la criada austriaca, o búlgara, o checa, o vete a saber. La verdad es que parece que lleva toda la vida aquí, pues las cuatro palabras que nos hemos cruzado las pronunció en un castellano más que correcto. Me pide que le acompañe y me conduce hasta el despacho, al igual que ayer. Cuando llego, el señor Evaristo ya espera sentado, aunque se levanta al verme aparecer y vuelve a ofrecerme su mano, al igual que ayer. Su rostro de satisfacción me indica que esperaba, quizás, que me arrepintiera y no acudiera a la cita. Se ve que no me conoce, pues nunca dejo a nadie tirado y siempre consigo lo que me propongo. De hecho, da igual lo complicado que sea mi objetivo; traeré de vuelta a su hijo de donde quiera que se encuentre y me tendrá que pagar hasta el último céntimo.

Justo cuando tomo asiento, vuelven a sonar unos golpes, imagino que producidos por los aldabonazos con los que el abogado del señor Evaristo pretende

hacerse notar. Un minuto después, a mi espalda saluda una voz tan ronca que se antoja cómica. Me recuerda a los ancianos que se despiertan cada mañana al olor del anís que despacha Nacho, unos metros por debajo de mi casa.

—¿Llego tarde? —se interesa con un despiste nada apropiado para la profesión que desempeña.

—Llega justo a tiempo —responde seco quien le paga—. Comencemos pues.

Una vez se presenta como Ernesto Trujillo, y tras recibir la orden disfrazada de sugerencia, el abogado extrae un buen puñado de documentos de su maletín que se dispone a leer en voz alta, como marca la ley.

—¿Me permite? —le indico extendiendo mi brazo.

—¿Qué quiere? —me interroga extrañado, no queriendo creer lo que le pido.

—Yo misma puedo y quiero leer los términos del contrato.

—¡Pero eso...! —No llega a terminar la protesta que apuntaba hacia la parte contratante pues, con un leve asentimiento, Evaristo le ordena que se pliegue a mi requerimiento.

Durante unos diez minutos, el único sonido que rompe el silencio es el que producen las páginas que voy dejando a un lado, conforme las estudio con detenimiento. Soy abogada y sé lo interpretables que pueden llegar a ser cierto tipo de cláusulas.

—Bien —digo para romper el silencio en cuanto termino de analizar los documentos con minuciosidad—. Hay un par de obligaciones que quisiera eliminar y algunas otras que pretendo aclarar antes de entregarle mi alma —bromeo.

—Se tendrá que ajustar a...

—Trujillo, permítele que hable, por favor —le interrumpe quien más interés tiene sobre el asunto que nos ocupa. Una vez consigue que su empleado se calle, me invita a explicarme.

—No estoy dispuesta a recibir ningún tipo de entrenamiento, salvo que yo misma lo estime conveniente para conseguir mi objetivo —dictamino sin ser capaz de recordar la última vez que practiqué ejercicio convencional, lo cual excluye el sexo y el sacrificio de soportar las discusiones de mis amigas.

—Será necesario, confíe en mí —me tranquiliza Evaristo.

—Lo será cuando lo califique como tal, confíe usted en mí —le crispo los

nervios con similar argumento.

—Elimina ese apartado, Trujillo. —El abogado hace el intento de protestar, pero su lamento se ahoga con un simple alzamiento de cejas de quien le paga—. Continúe —me invita.

—Si, una vez acabado el trabajo, su hijo y yo decidimos mantener una relación, eso es algo a lo que usted no tiene nada que objetar. Legalmente, no puede exigirme que sitúe mis ojos en otra persona si su hijo me parece... —Me detengo para elegir la mejor palabra—. Interesante —concluyo—. Salvo que sea menor de edad, actuaré como me dicten mis sentimientos —alego sin ser capaz de recordar si yo tenía de eso.

—Por ahí no paso.

—Me parece perfecto. Entonces, esta reunión ha concluido —decido lanzar un órdago a la vez que me levanto.

—Su vida está en estos documentos, señorita Ripoll. ¿De verdad que está dispuesta a tirarla a la basura, existiendo tantos millones de hombres en el mundo? Vamos, es usted una chica muy agraciada y no le faltarán pretendientes. Siéntese, por favor.

Termino tomando asiento de nuevo porque, nuevamente, sé lo interpretables que son las cláusulas de cualquier contrato. Si tengo que hacer uso de mi más agudo sentido de la interpretación, que no le quepa duda a este ricachón de que así será. Y no porque me interese una persona, su hijo, a quien aún no conozco, sino porque odio que me impongan lo que tengo que hacer con mi vida. Un posible idilio entre algún familiar suyo y yo formaría parte de nuestra vida, no de la suya. Distinto es el caso en el que, por comodidad, prefiera que «mis tres locas» decidan asuntos banales por mí, pero esto es algo bien distinto.

—Está bien —me muestro complaciente, pese a que sólo se trata de una declinación con la boca pequeña—, pasemos al siguiente punto. Aquí indica que debo guardar discreción absoluta. Me niego a firmar eso. Mis amigas son mis mejores consejeras. Abogadas las cuatro, sabemos a lo que exponemos a nuestros clientes en el supuesto de que ciertos asuntos trasciendan. Especialmente, en el caso de clientes importantes, como de hecho usted representa para mí. Sabremos mantener a buen recaudo cualquiera que sea su secreto. No lo dude lo más mínimo.

—Me parece correcto, siempre que Trujillo refleje en el contrato los datos

relativos a sus amigas. En el hipotético caso de que el asunto llegara a oídos no deseados, la responsabilidad recaería sobre usted si, tras las debidas pesquisas, se demostrase que la información salió de alguna de ustedes.

—Me parece justo, aunque puedo asegurarle que no habrá lugar a la sospecha de cualquiera de nosotras.

—Espero que así sea, por el bien de todos. Cuando descubra la naturaleza de la situación, comprenderá que todos nos jugamos mucho. ¿Tenía alguna sugerencia más que hacerme?

—Aquí menciona que debo tener disponibilidad absoluta sin duración determinada de la relación contractual. Permítame decirle que eso suena muy mal. Podría parecer que estoy firmando mi esclavitud de por vida.

—Señorita Ripoll, como bien habrá podido comprobar durante su formación como letrada —apunta para dejar claro que conoce mi nula experiencia en la abogacía—, los contratos han de recoger todos los supuestos para que luego no surja ningún imprevisto de tipo legal. Además, no conozco a ningún esclavo que gane la suma que usted se va a embolsar cuando cumpla con su cometido.

Ayer dudaba de mi capacidad y hoy da por hecho que conseguiré el objetivo. Y, mientras tanto, yo sigo sin saber a qué voy a enfrentarme. De hecho, me siento aún tan perdida e ignorante que la ansiedad por conocer todos los detalles me apremia y me obliga a resumir.

—Sólo una cosa más. ¿Asesoría general? ¿No había ninguna ocupación u oficio que fuera más concreto?

—Como bien sabrá, gracias a la clase política carente de principios que tenemos que soportar, la asesoría de cualquier tipo es muy recurrente para enmascarar todo tipo de gastos y actividades. No, no vuelva a preguntarme si se trata de algo ilegal, pues ya conoce mi respuesta.

—Perfecto, pues en el momento en el que el señor Trujillo redacte el nuevo contrato, nuestra relación quedará rubricada. Y ahora, ¿podría comenzar a explicarme por fin en qué consistirá exactamente mi trabajo?

—Cuando firme el contrato —afirma contundente para amplificar mi frustración.

—¿De verdad que no se fía de mí?

—Es usted quien nos ha obligado a cambiar o eliminar varios términos del contrato, demostrando precisamente que no está dispuesta a obviar la más mínima coma.

—Quizás olvida que también soy yo quien podría haber cobrado medio millón por este enigmático trabajo. ¡O un millón!

Aprieta con fuerza los labios sin dejar de clavarme su mirada, tan negra como los vacíos de información que aún motivan mi inquietud. Resopla contrariado y por fin se dispone a responder.

—Es usted una tenaz negociadora —observa luciendo un atisbo de sonrisa que se advierte antinatural en un rostro que parece creado para estar serio de por vida. Todo un perro pachón, que diría Gema—. Trujillo, redacte el nuevo contrato y déjelo firmado sobre mi mesa. Se lo haré llegar en un par de horas a su despacho. Y usted —se dirige de nuevo a mí cuando se levanta—, acompáñeme, si es tan amable.

Mmm, interesante. Ni siquiera confía en su abogado. Parece claro que quiere mantener su secreto alejado de cualquier oído diferente de los míos.

Dejamos al letrado en el despacho, redactando con un portátil el nuevo contrato. Acto seguido, pasamos junto a una escalera de madera enorme que me recuerda a la del Titanic y, justo a su espalda, doblamos hacia un pasillo tan ancho como largo es mi cuarto de baño. Al final del mismo, volvemos a girar a la derecha y nos topamos de frente con una puerta metálica que rompe por completo con el conjunto clásico de la finca. Quizás debería ser más prudente y no permitir que mis pensamientos, que en tantas ocasiones me han dejado en evidencia, salieran del interior de mi cabeza. Pero es superior a mí. No puedo evitar preguntarle.

—Disculpe mi atrevimiento, pero he de confesarle que me choca que no dispongan de un simple timbre en la puerta y, sin embargo, cuenten con un ascensor.

—El timbre no es necesario, mientras que el ascensor, sí —responde sin ofrecer más detalles y me invita a entrar cuando se abre la puerta.

Si ya me sorprendía la existencia del elevador, sus dimensiones me dejan completamente desconcertada. El mecanismo se activa con llave, lo cual comienza a darme pistas del celo con el que guarda ¿documentos que pretende enseñarme, quizás?

Salimos y nos topamos con otro pasillo, aunque más estrecho que el de la planta inferior. Desprovisto de decoración, una única puerta es cuanto rompe con el blanco inmaculado de sus paredes. Me recuerda a la película «El resplandor» y, con

sólo imaginar a las gemelas en triciclo, ya se me eriza la piel.

Lo recorreremos en silencio y, por suerte para mis nervios, el señor Evaristo abre la puerta sin que lo haga antes Jack Nicholson con su hacha y su expresión demente que a tanta gente aterrorizó en su momento.

Recibimos una bofetada de aire estancado, viciado ante la falta de una buena ventilación. El ambiente que se abre paso en mi campo de visión resulta bastante más acogedor que la frialdad del pasillo que me dispongo a abandonar. Entro en la estancia y no distingo bibliotecas, ni estanterías, ni apenas muebles de ningún tipo. Sólo una pequeña nevera, un televisor plano unido por un soporte a la pared, una cómoda de líneas rectas y sin ningún tipo de adorno, una mesita de noche y ¡dos camas! Una de ellas está ocupada, al igual que la silla que se encuentra situada entre ambas. Dormido, o lo parece, distingo los rasgos de un hombre de mediana edad, con un pelo negro que comienza a retroceder ante la llegada de las primeras canas. A su lado, una mujer entrada en años que viste un traje al estilo «cortina de la abuela». Poco gusto es una calificación que existe un par de escalones más arriba de la que esta mujer atesora.

—Consuelo, esta señorita es Laura Ripoll. —Una vez me presenta, dirige sus ojos hacia mí y me advierte con idéntica inexpresividad—: Señorita Laura, ella es Consuelo González de Castañeda, mi esposa.

Pese a imaginarlo, no puedo evitar sorprenderme. ¿«Quien corta el bacalao» es su mujer y por eso me ha conducido hasta aquí? Y ese hombre que duerme, ¿quién es? O quizás no duerma, seguro. Ella está cuidándolo porque está enfermo.

—Él es nuestro hijo —me ilumina el señor Evaristo cuando observa que no le quito ojo al que dice que comparte buena parte de sus genes.

—Oh, pensaba que sólo tenían un hijo.

—Sólo tenemos un hijo, señorita Ripoll.

—Pero entonces... No entiendo. ¿Cómo quiere que...? Me ha contratado para que traiga a su hijo de vuelta y... Espere, no pretenderá que... ¡Soy abogada, no médico ni enfermera! —protesto tras una alocada sucesión de frases inconexas.

—Comprendo que todo le resulte demasiado extraño, aunque debe confiar en nosotros. No la hemos elegido al azar, señorita Ripoll. Usted es la persona más apropiada para rescatar a nuestro hijo del coma profundo, para traerle del vacío.

4 - Vacío

Su hijo en coma profundo y pretende que yo lo rescate, pero ¿cómo? Y lo peor de todo es que está convencido de que soy la persona más apropiada para hacerlo. Definitivamente, esta gente debe de estar loca o muy desesperada. Me inclino por esto último, pues ninguno de los dos muestra signos de haber perdido la cabeza.

—¿Por qué yo? —me intereso tan perdida como la esperanza que tenía de encontrar respuestas. Al menos, alguna que se antoje verosímil. Cualquiera otra persona ya estaría contenta con la primera suma de dinero que me ingresaré, pero yo necesito saber por qué me eligió a mí para una empresa imposible. Ahora comprendo por qué no albergaba mucha confianza en que fuera capaz de conseguir el objetivo.

—Porque llevamos mucho tiempo siguiendo sus pasos —explica—. No me malinterprete; no la hemos espiado. Simplemente nos hemos limitado a estar atentos. ¿Sabe?, cuando la gente usa internet, tiene la peligrosa costumbre de ser demasiado confiada. A diario ofrecemos en las redes sociales o en foros más información de la que sería conveniente para la seguridad de cualquier persona prudente.

—¿Y a quién podrían interesarle mis fotos o cualquier publicación en internet? —cuestiono casi escandalizada.

—A más gente de la que pueda llegar a imaginar. Google, mutuas aseguradoras, empresas de marketing, ladrones, violadores y otro tipo de personas y empresas que más le valdría desconocer para seguir viviendo en su apacible ignorancia. Pero eso es algo que no procede en la conversación que nos ocupa.

—¿Cómo que no procede? Me está diciendo que se ha dedicado a husmear en mi actividad por internet, ¿y pretende que me olvide del tema? ¡Si eso no es espiar, que baje Dios y lo vea!

—Si usted ve un programa del corazón en la televisión, en el que algún famoso le cuenta parte de su vida, ¿le estaría espiando?

—Eso es diferente porque esa persona estaría contando lo que quiere que todos sepan. ¡Y encima cobra por ello!

—Cuando usted interactúa en las redes sociales, salvo que publique para un grupo concreto de personas, está exponiendo su vida al resto del mundo. No habríamos

dado con usted, en caso contrario. Además, gracias a ello, también va a cobrar. Y más incluso que algunos de esos parásitos de la sociedad que aparecen en la «caja tonta».

No quedo muy convencida con su razonamiento, pese a llevar parte de razón. Me dispongo entonces a lanzar otra de las preguntas cuya respuesta no alcanzo a imaginar.

—¿Por qué yo?

—Porque ya hemos fracasado con otras muchas personas, aparentemente más indicadas que usted para esta empresa tan compleja. Psicólogos, médicos, amigos e incluso nosotros, sus padres. Todas las opciones se desvanecieron por una u otra causa —recuerda con frustración—. En cambio, usted es diferente. Comenzamos a seguirla a raíz de los desajustes en el sueño que padece. Aunque ahora mismo no vea relación alguna con el problema de mi hijo, la tiene y mucha. Por otro lado, no posee usted las capacidades disuasorias que pudiera tener un psicólogo, por ejemplo, pero cuenta con un afán inagotable de conseguir sus objetivos, como gran abogada que llegará a ser algún día. Inteligencia, don de palabra, predisposición o incluso una apariencia agraciada para la vista de cualquier varón, son algunas de las virtudes que nos empujaron a confiar en usted —asevera—. Aunque, en el caso de la última mencionada, ya podrá comprobar con el tiempo que no es tan importante como quizás piense en un primer momento.

—Pues lo cierto es que no, no veo qué relación puede unir ambas situaciones. Mientras que yo quiero dormir y no puedo, su hijo duerme por obligación —resuelvo sin faltar a la verdad, aunque, al momento, reparo en mis palabras—. Disculpe. No era mi intención.

—Descuide. Más me turba no ser capaz de ofrecerle explicaciones de manera fluida que el hecho de que usted me recuerde una realidad incuestionable. Por eso mismo, le voy a pedir que sea paciente y no se adelante a los acontecimientos.

—Lo intentaré —auguro no muy convencida—, aunque me costará. ¿Cómo...? —pregunto procurando que su cerebro termine la respuesta al apuntar con mis ojos hacia su hijo.

—Eso no es relevante. No debe de preocuparle cómo cayó en su actual estado, sino cómo sacarlo del mismo. Y ahora es cuando imagino que me preguntará sobre la manera de hacerlo. Si otros no hemos sido capaces, ¿de qué manera podría conseguirlo usted?

—Pues sí, la verdad es que, disculpe mi atrevimiento, se me antoja un regalo caído del cielo la primera parte del pago pactado, teniendo en cuenta que parece imposible alcanzar el objetivo —resuelvo sin recordar que aún no he firmado el contrato—. Siempre he oído que muchas personas en coma son conscientes de su entorno mientras dura su letargo. A pesar de que así pueda ser, ¿por qué habría de hacer caso su hijo a una completa desconocida, en el caso de que pudiera llegar a oírme?

—Porque llegará a no ser una desconocida.

—No entiendo cómo.

—A través del sueño, señorita Ripoll.

—¿Sueñan las personas como su hijo? —me intereso, perdida en un campo que no domino, a pesar de mi extraña relación con el mundo onírico.

—Bastante más que personas como usted o como yo.

—Lo desconocía —admito—, aunque sigo sin imaginar una forma racional de acceder a los sueños de su hijo. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Iván. Se llama Iván —repite como si quisiera convencerse de lo que dice.

—Bien, pues ¿podría darme pistas de cómo pretende que acceda a los sueños de Iván?

—¿Ha oído hablar alguna vez de los sueños compartidos?

—No. Bueno, sí —corrijo—. En una película. Creo que de Leo di Caprio. Germen, Origen o algo así se llamaba, pero me temo que ese tipo de cosas sólo tiene lugar en los libros y en las películas.

—Se equivoca, señorita Ripoll.

—Puede llamarme Laura, por favor.

—Si no le incomoda, prefiero seguir llamándola como hasta ahora. —Alzo las cejas en señal de sorpresa y él continúa—. Como le decía, a veces las películas y los libros no son sino la representación escrita o visual de campos en los que la Ciencia ya ha investigado. Incluso, en ocasiones existen filtraciones interesadas; bien por preparar a la sociedad ante lo que se avecina, bien por otro tipo de motivaciones que no vienen al caso.

—¿Quiere decirme que una persona normal y corriente, como usted, con una simple diferencia económica respecto de la mayoría, cuenta con tecnología punta para

conectarme a los sueños de su hijo?

—Más o menos —confirma luciendo una minúscula sonrisa que se le escapa de su férreo semblante—. Se equivoca en que no sólo me diferencio de la mayoría en aspectos puramente económicos. Soy teniente coronel en la reserva de la Armada. Cuando me mantenía activo, formaba parte de una división extraoficial dependiente del CIFAS, el Centro de Inteligencia de las Fuerzas Armadas de España, con el cual sigo colaborando en la actualidad. Se sorprendería si conociera algunos de los muchos proyectos en los que he tenido el honor de participar. Como usted comprenderá, no es una información que deba estar al alcance de cualquiera. Quizás ahora comience a comprender mi exceso de celo.

—Esto que dice lo cambiaría todo, aunque me cuesta creer que nuestro Ejército cuente con tecnología que ni los americanos poseen.

—Vuelve a errar, señorita Ripoll. Esta tecnología fue investigada en los Estados Unidos. Sólo gracias a un acuerdo de colaboración ultra secreto, un buen número de investigaciones son compartidas a ambos lados del «charco».

—Aún más a mi favor. Los americanos no necesitan nada de nosotros.

—Si me permite terminar, reducirá de manera ostensible su porcentaje de equivocaciones —insiste con paciencia en llevarme la contraria—. Desde la entrada de España en la OTAN y, con posterioridad, en la Unión Europea, nos convertimos en un aliado demasiado valioso para ellos. Los acuerdos comenzaron a llegar y ambos salimos beneficiados. ¿O cree que España fue por gusto a la guerra de Irak? Pero ya no sólo representábamos para ellos un aliado de un valor estratégico incalculable por nuestra situación y nuestro rol destacable en la UE —apunta—. Tras la espectacular modernización del país, motivada por la caída de la dictadura, comenzaron a brotar mentes brillantes de debajo de las piedras. Intelectos que se encontraban atrapados bajo el yugo de la censura. Ya sabrá usted que lo primero que se amputa es la cultura y la información. A los dictadores les interesa tener como súbditos a borregos que no sean conscientes del absolutismo al que son sometidos. Pero Franco murió y los científicos y pensadores encontraron por fin la libertad que necesitaban para dar salida a su genialidad.

—¿Pretende decirme que usted fue quien inventó la tecnología que me conectará con su hijo?

—Ya querría, pero no. Participé, aunque sus padres fueron otros. Yo me limito a analizar los datos de los experimentos. Soy analista jubilado y la primera «cobaya»

del proyecto Peter Pan.

Conforme más detalles voy conociendo, más me suena a ciencia ficción. Cuando apenas estamos dando los primeros pasos en nuestra lucha contra el cáncer, cuesta creer que seamos ya capaces de entrar en la cabeza de una persona, ¡de entrar en sus sueños!

—El proyecto nació a mediados de los noventa —prosigue al confirmar que estoy tan bloqueada que me siento incapaz de volver a rebatirle nada. Todo suena bastante verosímil, a pesar de lo increíble de su planteamiento—. Por aquel entonces, la comunidad científica comenzó a tomar más en serio ciertas teorías cognitivas y oníricas. La CIA se interesó casi a la par que los lazos con España se afianzaban. La investigación comenzó a experimentar grandes avances, gracias sobre todo al incesante progreso en campos como la informática y la nanotecnología, que abrían un gran abanico de nuevas posibilidades.

—Y, dando por cierto todos los detalles que ha accedido a proporcionarme, ¿qué aplicaciones prácticas podría tener dicho proyecto para que la CIA se involucrase?

—Nos estamos desviando con asuntos que ni son de su incumbencia, ni son necesarios para desempeñar su nuevo trabajo, pero le prometí que respondería a sus preguntas —reconoce, ofreciéndome con ello mayor confianza—. No puede llegar a imaginar en cuántas situaciones se podría usar, aunque le pondré un par de ejemplos. Enviamos a un grupo especial de la Alianza atlántica a una misión secreta —supone—. La mayoría de integrantes del comando son abatidos y sólo podemos recuperar a uno de nuestros hombres, aunque permanece en coma. La información que lleva en su cerebro podría cambiar el rumbo de una guerra. En el caso opuesto, podríamos apresar a un cabecilla de cualquier grupo terrorista. Aunque llegara a cortarse la lengua para no «cantar», su cabeza seguiría portando la información que pudiera llegar a salvar la vida de cientos de compatriotas.

—Entiendo —confieso sin llegar a tenerlo muy claro—. Entonces, ahora me creo lo que usted me cuenta, pero seguimos teniendo un serio problema—. Alza sus cejas en un gesto al que ya me voy acostumbrando, con el cual me demanda que continúe—. ¿Cómo demonios voy a controlar qué tengo que hacer en mis sueños para convencer a su hijo de que vuelva?

—Con entrenamiento —resuelve luciendo esa típica sonrisa que sólo puede apuntar al odioso «te lo dije».

—¿Quiere decirme que se pueden controlar los sueños propios y, a partir de ahí, incidir en los de otra persona?

—Así es —verifica recuperando su expresión de perro pachón—. Ya le he comentado en más de una ocasión que no hemos dejado nada en manos del azar, señorita Ripoll. Cuando usted aún jugaba con la Barbie, un importante equipo humano ya investigaba esta tecnología. Hemos avanzado mucho, pero aún nos cuesta llegar a ciertos niveles de consciencia consiguiendo mantener intacta la razón.

—¿Pretende decirme que puedo volverme loca con este experimento? —indago comenzando a percibir una creciente preocupación—. ¿Distintos niveles de consciencia? ¿Como en la peli que le dije, en la que soñaban dentro de un sueño?

—Algo parecido, aunque no es exactamente así. Permítame que me explique —me pide observando que ya me disponía a replicar de nuevo. De paso, ignora mi inquietud sobre las posibles secuelas—. Gracias al estado de mi hijo, principalmente, pudimos darnos cuenta de la existencia de dichos niveles, a los cuales llamamos «plantas». Aunque he de reconocer que... la desgracia de Iván me impulsó a pensar de forma egoísta y ofrecerlo como «conejiillo de Indias», hoy, años después, puedo asegurar sin riesgo a equivocarme que fue todo un acierto. Un irónico golpe de suerte que representó un gran impulso en las investigaciones.

—¿Su hijo lleva años en ese estado? —pregunto sintiéndome más incapaz aún de conseguir el objetivo, tras cada una de sus revelaciones.

—Así es, por desgracia, aunque eso es algo irrelevante en este momento. Si hemos acertado con su elección, lo que tendremos que contar en adelante será el tiempo que le resta.

—No creo que yo...

—No se dé aún por vencida —me pide casi suplicante al intuir lo que iba a decirle—. Confíe en mí y ponga todo su empeño en el entrenamiento. Dentro de unas semanas, le resultará tan sencillo entrar en la cabeza de mi hijo como cruzar la puerta de su casa.

—Si usted lo dice...

—Si una simple película era todo cuanto conocía acerca de los sueños compartidos, he de imaginar que no tiene ni idea de lo que le hablo si menciono los sueños lúcidos, ¿verdad?

—¿También se trata de otro experimento?

—No. En este caso, usted misma puede verificar mediante internet que se tiene constancia de su existencia desde hace muchos siglos. Quizás haya oído algo al respecto gracias a los monjes budistas. El budismo nos lleva cientos de años de ventaja, aunque fuimos nosotros quienes comenzamos a estudiar esta rama onírica, mientras que ellos se han limitado a disfrutar de sus beneficios desde tiempos inmemoriales. Créame, durante el primer «viaje» se verá a sí misma como una niña con un juguete nuevo, aunque espero que sea consciente de la importancia de nuestra empresa y sepa reconducir sus objetivos. Pero aún es pronto para hablar de eso. Antes tendrá que prepararse física y mentalmente.

—¿Y en qué consiste dicho entrenamiento?

—El primer paso, y más importante de todos, es la motivación. Tiene que descartar la idea de que le costará controlar sus sueños. Debe concentrar todos sus esfuerzos en convencerse de que va a conseguirlo. A partir de ahí, todo será más sencillo.

—Pero para creerme que puedo hacerlo, tengo que ver avances. De lo contrario, me parecerá imposible.

—Todo a su debido momento, señorita Ripoll, todo a su debido momento. En principio, creo que por hoy ya ha recibido demasiada información y el interior de su cabeza será un hervidero, así que lo mejor será que descanse. Dedíquese a pasear o haga como mi esposa —me indica invitándome a reparar en ella, que se ha mantenido en silencio en todo momento—. Ella buscaba en la tranquilidad de la playa el equilibrio mental necesario para conseguir controlar su cuerpo. Oiga su respiración, intente sentir sus latidos, perciba la sangre corriendo por sus venas. Cualquier acercamiento a una mejor comprensión de su cuerpo y de su mente será un primer avance, aunque ahora no sea capaz de comprenderlo.

—No le quepa la menor duda de que aún me cuesta creer todo lo que me ha contado, pero pondré todo mi empeño en conseguirlo. Todavía me da vértigo pensar en cada aspecto que ha ido desgranando, pero le creo. No sé por qué, pero le creo.

Por supuesto, no se me ocurre decirle que siempre, gracias a la peculiaridad de mi sueño, he creído que hay algo más. Pienso que el poder de nuestro cerebro es ilimitado y que mi insomnio está motivado por algo que se me escapa. Puede que la explicación resida en una especie de premonición de lo que hoy me iba a ser desvelado. Quizás se trate del destino y era cuestión de tiempo que mi camino se cruzase con el de la investigación. O, a lo mejor, todo se trate de una simple

casualidad, a pesar de que no crea en ellas. Estoy convencida de que todo en la vida ocurre por algo.

De cualquier modo, coincido con Evaristo en que necesito tiempo para madurar toda la información y ordenar mis pensamientos atolondrados. Me costará porque doy por hecho que comenzarán a surgir nuevos interrogantes, pero quizás encuentre las respuestas que necesito en la variedad de pensamientos dispares de mis tres locas. Me muero por hacerles partícipes de las increíbles revelaciones que me han sido confiadas. Seguro que ellas sabrán ofrecerme los mejores consejos. Tengo que despedirme ya de Evaristo y correr para que no se me escapen. Espero llegar a tiempo, pues necesito sacar al exterior todo lo que llevo dentro.

5 - Todo lo que llevo dentro

Por más que corrí ayer, al final no me dio tiempo de llegar a mi cita diaria con las chicas. Quizás por lo rápido que pareció haber transcurrido el tiempo mientras duró la explicación de don Evaristo. O puede que por tener que esperar a que el inútil de su abogado terminara de redactar el contrato para firmarlo. Lo cierto es que, cuando llegué a la cafetería, pregunté por ellas a la muchacha que servía las mesas y me dijo que se habían marchado un buen rato antes. Al parecer, Lourdes alegó tener que acudir muy pronto al juzgado. A pesar de fastidiarme los planes, me alegré de que no estuvieran preocupadas por mi ausencia. No debieron de creer que alguna mafia me hubiera podido raptar. Lo sé porque, en tal supuesto, me habrían esperado y telefoneado doscientas veces o más.

De todas formas, Gema, la más ociosa de las tres, casi tanto como yo, se encargó de darme la tabarra por Whatsapp durante un buen rato para que le contara de qué iba mi nuevo trabajo. Al final se puso demasiado pesada y tuve que revelarle que consistía en acompañar a un enfermo en coma profundo. Fue la mejor explicación que encontré para no entrar en detalles. Le dije que hoy les contaría todo y no tuve que insistir, gracias a una «quedada» que tenía con gente que, como ella, juega al Pokemon ese. Menos mal que su marido es comprensivo y pasa muchas horas en la Audiencia.

Yo, por mi parte, tan excitada ante semejante cantidad de información confidencial como me fue revelada, estaba que me subía por las paredes. Procuré evadirme un rato viendo la tele, pero fui a dejarme atrapar por un programa de «cotilleos» y terminé frenética. Tuve que darme una ducha de agua fría, ponerme cuatro trapos y salir disparada hacia la calle para que me diera el fresco.

Me dediqué a seguir el consejo de don Evaristo y caminé, caminé y caminé hasta que me sentí tan estúpida de tanto caminar como Forrest Gump de tanto correr. Y entonces me dije que, al menos él, estaba podrido de dinero para hacer lo que le apeteciera, incluso correr porque sí. Pero recordé las últimas palabras que me dirigió mi nuevo jefe antes de que saliera de su palacio corriendo: «Aproveche la tarde libre y verifique que la transferencia le ha llegado sin problemas.». Al advertir que iba a replicar para avisarle de que las transferencias tardan a veces varios días, me tranquilizó alegando que las suyas se ejecutan al momento.

Decidí entonces acercarme a una sucursal cercana para comprobar mi disponible. No confiaba en que la mejor forma de tranquilizarme fuera contar varios ceros en positivo, pero me hacía mucha ilusión verlo con mis propios ojos.

—¿Cuánto te ingresó? —pregunta Rosana en el preciso momento en el que más abstraída me encuentro. Cada vez que comienzan a discutir sobre mi vida, tengo la extraña habilidad de evadirme y olvidarme de ellas casi por completo—. ¡Vamos, mujer! Abrevia, que aún nos tienes que contar lo más interesante.

—Ingresó lo que habíamos pactado. Ni un céntimo más, ni uno menos.

—¡Normal, es que hay que ser pava! —protesta Gema entre carcajadas—. Pudiendo haberle sacado los cuartos, vas y le deleitas con tu vena honesta.

—Todos no son tan interesados como tú —replica mi defensora Rosana—, ni tienen la suerte de seducir a un juez. Algunas nos lo tenemos que trabajar, mientras que otras se pasan el día cazando pokemons.

—Envidia que tienes de no ser capaz de cazar a un Magnemite —replica la otra con similar argumento al de una charla que me suena de anteayer mismo.

—Chicas, creo que he tenido un dejà vu —intervengo frunciendo el ceño—. ¿No discutisteis esto mismo la última vez que nos vimos?

—Es una ilusión que genera la memoria —explica Gema—. A mí me sucede a menudo con esta —aclara señalando hacia Rosana—, que se repite como el chorizo —bromea para conseguir que todas nos riámos, excepto la aludida, que la mira con cara de asco.

—Es mucho dinero —apunta Lourdes una certeza que esconde su verdadero interés.

—Es todo legal —las tranquilizo y luego voy relatando cada detalle tal y como me los expuso don Evaristo. Sus rostros van adquiriendo por momentos mayor expresión de sorpresa. Imagino que mi semblante debió de lucir muy parecido al de ellas. No es para menos.

—Y dices que comprobaste el saldo de tu cuenta y no está retenido ni nada similar, ¿verdad? —insiste Lourdes.

—Sí, tía. De hecho, me aseguré sacando trescientos «pavos», aunque me preocupé cuando me salió una advertencia de que me pusiera en contacto con la sucursal a la mayor brevedad.

—La letra pequeña —resuelve de forma errónea.

—Te equivocas. Me he acercado antes de venir hacia aquí y me atendió el propio interventor. Me habló de planes de pensiones, depósitos fijos, bonos de no sé qué y lo tuve que interrumpir. Le he montado un «pollo» que no os podéis imaginar. He tenido que recordarle aquella vez que les pedí un préstamo para irnos a Mallorca. Como recordaréis, yo no era solvente, me lo denegaron y tuviste que prestarme tú el dinero —me dirijo a Gema—. Por cierto ahora podré pagarte con intereses.

—Sabes que te lo había perdonado, pero ahora que eres una ricachona...

—Tampoco te pases.

—Bueno, y el interventor, ¿qué? Lo habrá flipado.

—No. Lo flipó cuando le aseguré que, aunque me «haga la pelota» a diario, le costará que mantenga mi pasta en su banco. Ya sabes que detesto a las personas interesadas, y los bancos...

—Y sobre ese riesgo de poder perder el ascensor para llegar a tu planta —ironiza Lourdes sobre las posibles secuelas de mi cometido, intentando encontrar cualquier fisura en el acuerdo recién firmado—, ¿menciona algo el contrato?

—¿Por qué eres siempre tan pesimista?

—¡Realista, carajo!, realista. —Las otras dos aguantan la risa porque ninguna terminamos de acostumbrarnos a esa expresión mexicana que tanto usa cuando se altera. Aquí, en España, nos sigue pareciendo malsonante, aunque forme parte del vocabulario habitual en su tierra natal.

—No, no menciona nada al respecto en el contrato —resuelvo su duda, aunque sólo para coger impulso—. ¿Tengo que recordarte que su mujer y él ya viajaron?

—¿Y tengo que recordarte yo que no se puede ser tan confiada? ¿Y si ellos no han viajado nunca? ¿Y si quien lo hizo fue su hijo y se quedó atrapado?

Tengo que morderme la lengua para no replicar. En parte, porque me ha dejado sin argumentos. Lleva toda la razón y no tengo nada que objetar.

—Supongo que tendré que asumir ese riesgo. Quien algo quiere...

—¡Claro que sí, mujer! —acude Rosana en mi ayuda—. Lourdes es una «ceniza», pero todo va a salir bien.

—¿Qué edad tiene? ¿Es guapo? —se interesa ahora Gema por Iván.

—Tendrá unos treinta y tantos. No me fijé en su aspecto, la verdad.

—¡Tú eres tonta! —se queja negando—. Te lo montas con cualquier niño finde sí y finde también, y cuando aparece un buen partido, miras hacia otro lado. Si es que...

—Todas no somos como tú, que te casaste con un vejstorio acomodado y ahora te ves obligada a sustituir el sexo por pokemons —la reprende mi fiel defensora—. Aún quedan mujeres íntegras que esperan pacientes la llegada de su príncipe azul.

A punto estoy de llevarle la contraria y de recordarle, una vez más, que no quiero hombres en mi vida para que luego intenten controlarla. Estoy muy bien así, sin nadie a quien rendir cuentas, aunque prefiero no insistir en algo que ya saben porque así evito que Gema me siga atacando con sus bromas.

—Conociéndote, me sorprende que te muestres tan segura y tranquila —intercede Lourdes a la vez que aprovecha para seguir indagando.

—Bueno, es que ayer... —Vacilo y mi primera intención es soltar una mentira, pero al final decido no avergonzarme por nada. Ya soy mayorcita, así que las amenazaré con marcharme como se burlen de mí—. Cuando me cansé de pasear por la playa, y viendo que mi estado de excitación no decaía, decidí volver a casa para ducharme y salir a tomarme algo en el club.

—Vamos, a emborracharte y a liarle con un «yogurín» —resuelve con ligereza, aunque decido ignorar su ataque.

—Pasé frente al negocio de Reiki que hay de camino a casa y pensé: «¿por qué no?».

—¿Reiki, es ese tipo de establecimientos en los que te enseñan a decir «ohmmmm» en posición «Buda»?

Todas reímos con la ocurrencia de Gema porque es graciosa hasta cuando no lo intenta.

—No, cariño. Reiki es lo que el señor Miyagi hizo al Karate kid ese para que pudiera pelear lesionado —le explico para que me entienda—. Entré porque siempre había tenido curiosidad por saber qué hacían para cumplir con ese «paz mental y corporal» que luce bajo el nombre. Como tenía pasta, me apetecía gastar por primera vez sin sentirme culpable. Y la verdad es que no me arrepiento. De hecho, tengo que volver algún día. Aparte de saludar a María Jesús, la encantadora chica que lo regenta, quiero volver a sentir los efectos algún otro día; una especie de calor que...

—Sugestión —me interrumpe Lourdes.

—¿Cómo?

—Que todo se trata de una simple sugestión.

—Me importa bien poco la forma en la que lo consiga. Lo único que me interesa es que toda mi ansiedad desapareció y me sentí rejuvenecer. Y sólo con posar sus manos sobre mi cuerpo.

—Si tú lo dices —me suelta con indiferencia—. Hablando de sugestión, en el caso de que ese experimento funcione, ¿cómo se supone que traerás de vuelta a su hijo?

—No lo sé —contesto encogiendo los hombros y alzando mis cejas.

—No sabes qué tienes que hacer, ni cómo tienes que hacerlo y ni siquiera tienes la menor idea de si podrás regresar. Ya voy entendiendo entonces por qué pagan tanto.

—Pagan mucho porque se trata de su hijo. Para unos padres, un hijo es lo...

—¿Lo más importante? ¿Lo único? Y me lo dices tú, sin relación estable conocida y que sientes tanto pavor cuando ves a un niño como yo si se me acercara un demonio con tres cabezas.

—¿Por qué te gusta reventar cualquier iniciativa que tengo? ¿Tanto disfrutas?

—Me preocupo por mi amiga —razona al verse atrapada.

—Vamos, chicas, no es momento de discutir —intercede Rosana—. Celebremos que Laura ha encontrado un empleo y confiemos en que se trate de un trabajo sencillo. No más recriminaciones, por favor.

—Sin que sirva de precedente, secundo la moción de Rosana —admite Gema, consiguiendo que la mencionada abra los ojos hasta el límite que sus rasgos le permiten—. Además, no sé qué hacemos perdiendo el tiempo discutiendo, con el pedazo de tío que acaba de sentarse a las diez.

—¿Ya son las diez?! —me quejo.

—Anda ya, mujer, hablaba en lenguaje críptico. A las diez, ya sabes, su posición —me explica con un tono que me hace sentir ridícula—. Ahora que vas a trabajar con el Ejército, tendrás que acostumbrarte a comunicarte en clave.

Las risas que garantiza Gema consiguen hacernos olvidar la tensión y disfrutar de un desayuno más entretenido de lo normal. Eso sí, no logro escapar de la ardiente

mirada con la que me acosa el tío que mencionaba Gema. Incómoda y dispuesta a comenzar mi primera jornada laboral de tan extraño empleo, hago una señal a la chica que atiende las mesas para que me cobre. Tantas veces como me han invitado ellas, en adelante me corresponde a mí hacerme cargo de tantos desayunos como sean necesarios.

—Ya está pagado, chicas.

—¿Cómo? —protesto porque no me hayan permitido hacerme cargo de la cuenta—. ¿Quién ha sido?

—No han sido ellas —corrige sonriente la camarera—, sino él. ¡Vaya suerte! —me felicita guiñándome un ojo.

Dirijo la mirada hacia el guaperas y él me dedica una sonrisa de dientes tan blancos que podrían anunciar pasta dentífrica. Se la devuelvo de mala gana y luego reproduzco un «gracias» sordo. Pero no le basta. ¿Por qué tiene que levantarse y caminar hacia nosotras?

Las chicas bromean con lo «cañón» que está y con que no me quite el ojo de encima. Yo las ignoro y procuro restar importancia al asunto. Guardo el móvil en el bolso y me dispongo a marcharme en cuanto me despache al generoso galán de casi dos metros y pelo negro saturado de gomina que se cuadra ante nosotras.

—¡Gracias! —se adelanta la más lanzada de las cuatro, que no podía ser otra diferente de Gema. Sin embargo, él me sigue mirando a mí cuando hace un gesto con su mano derecha para indicarnos que lo hace de buena gana.

—Llevaba un rato observando lo bien que os lo pasabais. Siempre disfruto mucho admirando la sonrisa de las personas. No he visto mejor manera de agradeceros que me hayáis alegrado el inicio de la jornada. Por cierto, aún no me he presentado —simula recordar—. Soy Jose e imagino que, al igual que yo en adelante, trabajáis cerca, por lo que seremos vecinos. He abierto una consulta a dos calles de aquí.

—¿Eres médico? —pregunta Rosana interesada. Yo la asesino con la mirada por ofrecerle conversación.

—Dentista.

Lo siento, pero imagino que esta es de las situaciones en las que aparece esa risa tonta e inoportuna que te sientes incapaz de controlar. Al final va a ser verdad que hace anuncios de pasta dental. Todos me observan extrañados y yo quiero que la tierra me engulla para callar mi risa, que va camino de convertirse en carcajada.

—¡Laura! —reprende mi falta de respeto Lourdes.

—Descuida —advierte el tal Jose desde lo alto del rascacielos que tiene por cuerpo. ¡Qué demonios, cuerpazo!—. Tiene una sonrisa preciosa. Sería capaz de repetir mil veces cuál es mi profesión si con ello consigo que sonría —se muestra condescendiente con mi actitud para, imagino, caerme bien. De paso, me lanza un piropo gratuito para ir marcando el territorio.

¡Bip bip, peligro! Guapo, con cuerpo de infarto, educado, trabaja cerca y lanzado hasta derretir con su penetrante mirada. Hay que darle puerta ya. Mi sonrisa desaparece de golpe y me pertrecho con toda la «mala leche» que puedo reunir.

—Gracias por tus palabras. La verdad es que debo reconocer que yo también te observaba. A lo lejos, me parecías muy atractivo —confieso consiguiendo que las chicas se queden de piedra—. Es una lástima que te hayas acercado. —Silencio de Viernes Santo a mi alrededor con la bomba que acabo de soltar—. Bueno, chicas, tengo que dejaros o al final llegaré tarde. Jose, ha sido un placer.

Y sin decir nada más, me levanto, me doy la vuelta y me marcho con temor incluso de mirar la expresión compartida en los rostros de mis locas. Puedo imaginarla. Sé que puedo parecer una borde, pero no estoy yo para relaciones duraderas y estas historias ya me las conozco. Primero me invita a desayunar, luego a cenar y antes de que me quiera dar cuenta lo tendré preguntando por mis padres y visitando la sección de Hogar en el Corte Inglés. No, gracias. Ahora tengo un empleo que requiere de toda mi atención, con el cual espero no depender de nadie durante años. Ni hombres, ni niños en mi vida. Y ahora, creo que ha llegado el momento de centrarme en mi entrenamiento.

6 - Mi entrenamiento

Me ha sorprendido que la fase inicial de mi aprendizaje se desarrolle en la única finca que me consta en la vida de don Evaristo. Pensaba que nos trasladaríamos a algún tipo de instalación militar secreta ubicada en la sierra de Cádiz. Sin embargo, parece que no. Y lo cierto es que me extraña, ya que doy por hecho que su hijo acude a algún tipo de centro cuando se inician los experimentos. Al principio, cuando me asombraron las dimensiones del ascensor, no imaginé que la explicación residía en la necesidad de trasladarlo. Está claro que tienen dinero de sobra para que los médicos lo examinen en su propia casa. Sólo en el caso de una urgencia mortal de necesidad o del inicio de una sesión experimental estaría justificado su traslado.

Y aquí estoy, esperando a que don Evaristo proceda a darme las instrucciones. Como no habíamos quedado a ninguna hora concreta, anda terminando unas gestiones pendientes. Eso sí, me ha dejado claro que no saldríamos de la finca, tras mi pregunta previa.

—Disculpe la espera —dice por fin, aunque lo cierto es que resulta muy complicado aburrirse en esta casa, con tantos detalles y tanta Historia que contemplar.

—No es molestia, aunque debo reconocer que me muero por saber cómo será mi entrenamiento. ¿Cuánto durará? —comienzo a interrogarle—. He pensado mucho y tiene que ser alucinante eso de saber que estás soñando.

—No se despiste, señorita Ripoll. Debe tener presente en todo momento que no se trata de unas vacaciones pagadas, sino de una importante misión para la que debe estar centrada y, sobre todo, preparada —me corta con su habitual seriedad. De darme más respuestas como esta, terminará por caerme mal.

—Por eso le pregunto por la duración. No vuelva a subestimar mi grado de implicación y responsabilidad, por favor. No al menos hasta que no le dé motivos para ello —le recrimino.

—Oh, lamento si he podido darle esa impresión con mis palabras, pero tiene que comprender que estoy acostumbrado a lidiar con un tipo de empleados muy diferentes a usted. En el Ejército, bueno, ya me entiende —figura—. Pero procuremos no desviarnos. Me preguntaba usted por la duración. Bien, lo normal es que su preparación no dure menos de seis meses, aunque...

—¿¡Cómooo?! —pregunto escandalizada y entonces me acuerdo de Lourdes y su «letra pequeña».

—No, por favor, no extraiga conclusiones antes de tiempo. Precisamente, el tiempo es muy relativo en esta materia. Una instrucción aceptable depende de muchos factores, tales como la edad, la predisposición, el estado físico, etcétera. Usted no fuma, aunque tampoco hace ejercicio. Su edad no es la más apropiada pero, sin embargo, posee una extraña capacidad para dormir sin dormir. Por eso le dije que su alteración del sueño podría ser determinante en la consecución de nuestro primer objetivo, que no es otro que ponerla en contacto con mi hijo.

Este tío es raro hasta en el trato con su hijo. No sé si porque habla de él como si se refiriese a uno de sus soldados o porque dejaron cuentas pendientes antes del coma, pero nunca menciona su nombre. Siempre habla de «mi hijo».

—Pues me parece que ya estamos tardando en comenzar. Me muero por conocer a su hijo y decirle que ya está bien de tanto vagar —bromeo y al momento reparo en que quizás no le haga la más mínima gracia. Sin embargo, no hace el menor gesto.

—Me gusta su predisposición, señorita Ripoll. Espero que se encuentre a la altura de su fortaleza mental y que no decaiga tras el primer fracaso.

—Da usted por hecho que fracasaré. Sabré llevarle la contraria.

Me observa sin responder. Su mirada, sin embargo, me baja de la nube porque oculta, a buen seguro, un gran número de fracasos.

—Acompáñeme, por favor.

Me conduce hasta un dormitorio situado en la planta baja. Una habitación cuya decoración difiere de la del resto de la finca. Es bastante más fría y cuenta con todo tipo de instrumentos, que imagino para medir lo que sea que se estudie en esta estancia.

—¿Necesita algo para dormir? ¿Alguna infusión o algún tipo de hierba, música? Descartamos las drogas ilegales, claro está.

—¿Me ha traído hasta aquí para que duerma? —No responde. Sólo alza las cejas con una superioridad que me desborda—. Está bien, lo intentaré con el método tradicional.

—Estaré detrás del cristal —me indica señalando hacia una amplia cristalera situada frente a la cama—. Si necesita algo, bastará con que lo pida. La habitación

dispone de equipos de imagen y sonido. La monitorización de sus constantes y de sus ondas cerebrales las dejaremos para más adelante. Hoy sólo se trata de una toma de contacto.

Sus palabras me invitan a examinar con atención el dormitorio para comprobar que, efectivamente, me van a tener tan controlada como a una cobaya de laboratorio. Porque imagino que, aparte de él, habrá alguien más detrás del cristal.

—¿Cuánta gente forma...? Vale, estoy hablando sola —me digo cuando, al girarme hacia él, me doy cuenta de que ya se ha retirado.

Echo un último vistazo a mi alrededor y luego me tumbo sobre la cama con la inútil intención de dormir. Ya me cuesta la misma vida en casa, así que doy por hecho que aquí no lo conseguiré ni harta de vino.

Dicho y hecho. De muy mal humor y al borde de un ataque de nervios, aviso a don Evaristo de que me resulta imposible dormir, tras hora y media dando vueltas y más vueltas. Unos segundos después se abre una puerta y aparece ante mí con la odiosa expresión «te lo dije» tatuada en el semblante.

—Tómese el resto del día libre y mañana volveremos a intentarlo.

—¿Por qué no me dice con palabras lo que grita su rostro?

—Porque mi prioridad no es regodearme con su primer fracaso, sino confiar en su futuro éxito. Hasta mañana, señorita Ripoll.

Después de tres días fracasando, don Evaristo aparece portando un documento que actuará como anexo al contrato que formalizó nuestra relación laboral. Con dicho escrito daría mi consentimiento para que puedan administrarme sustancias que me ayuden a conciliar el sueño. Pienso varias veces en lo que me dirá Lourdes cuando se entere de que lo he firmado, pero decido asumir las consecuencias. Es mi vida y sólo yo soy dueña de mis actos.

Una vez revisada la lista de lo que imagino como somníferos, a la vista de alguno que conozco, reparo en la soledad de don Evaristo. Aparte de él y del fugaz encuentro con su esposa el primer día, no me consta que nadie más forme parte del proyecto.

—Necesito saber algo —le advierto con mis dedos dispuestos a rubricar mi consentimiento sobre el papel. Hace un gesto invitándome a continuar, como casi siempre—. Está usted solo en esto, ¿verdad? Si algo sale mal, no va a venir la caballería como refuerzo.

—Confíe en mí, señorita Ripoll, por favor. Sólo le pido que tenga confianza y no se preocupe de nada diferente de estar convencida de lo que hace. Por más ayuda natural o sintética que pueda administrarle, si no pone de su parte, nuestra misión estará abocada al fracaso.

—Está bien, pero prométame sólo una cosa. Dígame que ninguna de estas drogas va a dejarme secuelas y confiaré en su palabra.

—Señorita Ripoll, como bien ha dicho, estos productos son lo más parecido a lo que conoce como drogas. Pero no me malinterprete. El asunto está lo suficientemente estudiado como para que la única adicción que le pueda generar sea simple y llanamente la psicológica. Laura —se dirige por primera vez a mí por mi nombre de pila, imagino que para ofrecerme confianza—, cuando complete el primer viaje, querrá repetir tantas veces como pueda. Sin embargo...

—Debo ceñirme al plan establecido —completo por él con voz y expresión cansinas.

—Así es —responde con un amago de sonrisa que me sorprende.

Firmo el documento y se lo entrego. Él lo deja sobre la mesita de noche y se acerca a un armario cerrado con llave. Cuando lo abre, puedo distinguir una infinidad de pequeños tarros de todos los tamaños y colores. Sin dudar lo más mínimo, se hace con uno de ellos y me lo entrega.

—Encima de la cómoda tiene una jarra con agua y un vaso. Si necesita otra cosa...

—No creo que sea necesario. Me gusta probar sabores nuevos.

—Este no, se lo aseguro. Está muy amargo.

—¿Qué es? —pregunto sin confiar en que me diga de qué se trata.

—Pequeñas concentraciones de productos naturales y sintéticos, con predominio de una planta llamada Artemisa. Cuando se duerma, monitorizaré sus ondas cerebrales. Creo que querrá saberlo.

—Muy seguro está de que me dormiré.

—En esta ocasión no hará falta que ponga de su parte; dormiré.

Me tomo el brebaje y, tal y como me había advertido, siento un asco tremendo que me obliga a tomarme media jarra de agua. Una vez repuesta, me tumbo sobre la cama y me quedo esperando a que aparezca mi gran enemigo: el sueño.

Pasan los segundos, los minutos y hasta tengo la impresión de que también las horas. Recuerdo lo que me dijo el primer día de controlar la respiración con un ejercicio sencillo, aunque no surte efecto. Entonces pienso en mis amigas, pero me estreso y las descarto. Necesito estar relajada, así que...

Siento algo en la cabeza. Es extraño. No sé, quizás esté comenzando a hacer efecto. Llevo una de mis manos hacia el cabello y noto una especie de ventosa adosada a un cable. Y luego otra y otra. Comprendo entonces que he debido de quedarme dormida sin darme cuenta. Desconozco cuánto ha durado, pero parece claro que ya estoy despierta.

Me levanto para indicarle a don Evaristo que ya puede concluir con el estudio de mis ondas cerebrales, pero algo no va bien. Percibo mi cuerpo demasiado ligero, como si apenas pesara. Tengo que estar aún bajo los efectos de la droga que me ha administrado porque puedo sentir que...

—¡Ahhh! —No puedo evitar un grito de pavor y que mi respiración se detenga cuando, por el rabillo del ojo, descubro que algo reposa sobre la cama que yo ocupaba hace un instante. Al girarme por completo, ¡compruebo aterrada que se trata de mi cuerpo! Tras la impresión inicial, la respiración se dispara y todo se oscurece. Oigo amplificadas los pitidos de la máquina a la que estoy conectada y puedo sentir e incluso oír que mi alma, o lo que sea, regresa de nuevo a mi cuerpo. Entonces abro los ojos de golpe y me encuentro con la cara de perro pachón de don Evaristo. No muestra la menor preocupación, lo cual me tranquiliza un poco.

—¿Qué ha ocurrido? —le pregunto desorientada—. Dígame que no es normal lo que he podido sentir. Asegúreme que eso no era un viaje.

—Yo no puedo ver lo que usted. Me limito a contrastar los datos con lo que me cuenta. ¿Qué ha experimentado?

—Pensaba que aún no estaba dormida y luego... Sentí las ventosas estas y... Todo era extraño. Parecía como difuminado —recuerdo aún sobrecogida—. Entonces miré atrás y lo vi. —Apenas puedo seguir. Creo que tengo un principio de ataque de ansiedad o algo parecido.

—Tranquilícese —me pide don Evaristo posando sus manos sobre mis hombros para ayudarme a recuperar el contacto con la realidad—. Cálmese y dígame lo que vio.

—A mí —contesto con la mirada perdida—. ¡Vi mi propio cuerpo!

—Entiendo. No debe preocuparse; es normal.

—¿Es normal verte a ti mismo sin sentir que estás soñando y sin ayuda de ningún espejo? —le exijo respuestas—. No era ningún reflejo. ¡Fue como si mi cuerpo perteneciera a otra persona!

—Lo sé —reconoce sin perder la calma—. Señorita Ripoll, ha experimentado usted lo que en el campo de la neurociencia y la psicología se conoce como una disociación provocada por diferentes factores psicológicos y neurológicos. Seguramente, esto no le diga nada —resuelve sin aparente ánimo de burlarse de mí—. Puede que le suenen un poco más la experiencia extra-corporal o el viaje astral, que son los nombres usados por quienes estudian la parapsicología.

—Pues tengo que decirle que no había ningún astro cerca, ¡sólo mi cuerpo! —Sonríe para mi completa sorpresa, aparentando disponer de una información que escapa de mis conocimientos—. ¿Dónde está el chiste? —pregunto muy molesta.

—Señorita Ripoll, confíe en mí cuando le aseguro que no es más que una simple expresión común. Lo contrario nos llevaría a entrar en estériles debates en campos como la psicología, la parapsicología, la astrología o incluso la teología. Lo que a nosotros nos interesa es que su mente se ha mostrado receptiva. Es una gran noticia, aunque tendré que analizar los datos que ha arrojado el experimento para conocer con exactitud qué partes de su cerebro han permanecido más activas.

—¿Importa mucho eso?

—¡Eso lo es todo! Y ahora, márchese y descanse. Mañana iremos un paso más allá.

Le hago caso y me marcho a casa. Hoy es el segundo día que no me encuentro con las chicas, aunque el primero que no las echo de menos. A pesar del pánico que experimenté en un primer momento, me muero de ganas de repetir e ir, como dice don Evaristo, un paso más allá.

Paso el día sin hacer nada del otro mundo. Un paseo aquí, una ducha allá, canal tras canal en la televisión y un rato navegando en internet para buscar información acerca de los viajes astrales. No ha servido para tranquilizarme, la verdad. Es lo malo que tiene internet; buscas información para tranquilizarte y terminas peor que antes de comenzar. Entre los bulos y los casos extremos, terminas preguntándote por qué demonios tuviste que responder al maldito anuncio. De la planta esa he preferido no buscar nada porque me fío de don Evaristo. Además, ya he firmado que puede

administrarme cualquier porquería de tantas como aparecían en la relación de sustancias. Ojos que no ven...

Después del quinto o sexto sueño, y tras comprobar que son las siete y cuarto de la mañana, me levanto de la cama con un «nosequé» y me doy una ducha. Hoy percibo una extraña sensación, como si fuera capaz de presentir que algo grande va a ocurrirme. No sé si por las palabras de ayer de don Evaristo, o puede que porque aún me duren los efectos de lo que me dio de beber. De lo que estoy completamente segura es de que nunca he sido una visionaria y de que los susurros que me empujaron hasta esta aventura han desaparecido. Se han esfumado de la misma forma que llegaron hasta el interior de mi cabeza.

Podría llamar a don Evaristo y avisarle de que voy a llegar más tarde porque necesito contarles a las chicas la experiencia de ayer. Sin embargo, es más fuerte la atracción que guía mis pasos hacia el céntrico palacete. Me muero por descubrir los efectos que me tiene reservados «perro pachón». No sé, es raro, como si me hubiese meado de miedo en las bragas por haber hecho puenting y contara los minutos que faltan para repetir.

Y acompañada de miedos, inseguridades y la innata curiosidad de todo ser humano, llego sin darme cuenta al que se ha convertido en mi centro de trabajo. Para mi sorpresa, don Evaristo escolta a la criada que me abrió la puerta. Detrás de él, su esposa, al margen durante los días que llevo trabajando, un hombre uniformado de enfermero e Iván, que yace ajeno a lo que quiera que tenga dispuesto su padre. Aunque, en este caso, mi estado no es muy diferente del suyo, pues no tengo ni idea de lo que tiene previsto quien maneja la operación, pero parece claro que hoy toca excursión.

Tan ensimismada como llegué a la finca, no reparé en los dos vehículos que nos esperaban a escasos metros. En la ambulancia entran la señora Consuelo, el enfermero y, como no puede ser de otro modo, Iván en su camilla. En un lujoso coche negro que será conducido por un chófer lo hacemos don Evaristo y yo. En silencio, como de costumbre, salimos en dirección a las afueras. Me dedico a pensar en lo que está por llegar, aunque sólo se me ocurren dos opciones. Parece claro que vengo como espectadora para lo que tengan previsto hacerle a Iván, o el de hoy es el día señalado en el calendario para introducirme en sus sueños por primera vez. ¿Cómo demonios tendrán pensado hacerlo?

—¿Qué tiene pensado para hoy? —pregunto ya saliendo de Cádiz, incapaz de aguantar callada por más tiempo.

—La elegimos también por su inteligencia. No me decepcione, señorita Ripoll.

—Se refiere a la presencia de su hijo y a su traslado, ¿verdad? ¿Hoy es el día?

—Hoy es el día —me confirma.

Sus cuatro palabras son suficientes para conseguir que me aíse de nuevo en mis pensamientos ante lo que está por llegar. Estoy nerviosa, no puedo remediarlo. Nerviosa ante la incertidumbre de no saber a qué me enfrento. Desconozco cómo pretenden que me introduzca en los sueños de una persona, cuando apenas he podido contener el terror que me abordó cuando me sentí fuera de mi propio cuerpo. Del mismo modo, no tengo ni la más remota idea de qué tipo de drogas me obligarán a ingerir para conseguir algo que parece imposible con métodos oníricos convencionales. ¿Me conectarán a sofisticadas máquinas? ¿Surgirán complicaciones y me acordaré de la letra pequeña a las puertas de mi propia muerte? ¿Y si todo se reduce a una simple desconexión? Quizás falle algo durante el experimento y no llegaré a ser consciente en ningún momento de cruzar la frontera entre mi vida actual y la de Iván. Siento vértigo de pensar en la amenaza de poder extraviar mi plácida existencia actual.

Sin embargo y pese a todo, tengo la necesidad de enfrentarme a lo desconocido porque una especie de corazonada me dice que mi vida está a punto de cambiar a mejor. Debo ser fuerte entonces y aplacar mis temores. Sólo así podré conservar intacta mi capacidad de razonar. Algo me dice que será indispensable durante mi primer viaje.

7 - Mi primer viaje

El largo viaje se hace llevadero gracias a que la parte trasera del vehículo dispone de televisión. Imagino que el documental sobre los sueños lúcidos que me trago sin anuncios intercalados no es fruto de la casualidad, sino que entra dentro de los planes de don Evaristo. La verdad es que me ha servido para entender muchas cosas y me ha tranquilizado un poco. No obstante, aún conservo cierto desasosiego.

—El aislamiento al que estamos... —Me detengo—. El aislamiento al que estoy siendo sometida, ¿es para que no sepa hacia dónde nos dirigimos?

—Es improcedente. No necesita conocer la ubicación de las instalaciones a las cuales nos dirigimos.

—Entiendo. Debe de ser una base militar secreta. Eso explicaría los cristales traseros totalmente tintados y el panel que nos separa del conductor —deduzco—. Las numerosas curvas, en cambio, insisten en ubicarla en la Sierra de Cádiz.

—Deje de especular con asuntos que escapan de su radio de acción.

—Discúlpeme; verme implicada en una misión del Ejército no es algo que me ocurra a diario y olvido que usted es militar y yo no. —Hace un gesto al que ya me voy acostumbrando y con el cual pretende restar importancia a mi ansia de conocer más detalles—. Imagino entonces que los dos conductores, el enfermero y su esposa también son militares —resuelvo para tirarle de la lengua.

—Es usted perseverante —censura mi actitud—. Siempre tensando la cuerda —me recrimina y yo le devuelvo una sonrisa inocente—. Espero que guarde su tenacidad en la maleta y haga uso de ella durante su inminente viaje.

Su hábil escapatoria consigue despertar de nuevo en mí el vértigo ante lo desconocido. Sin embargo, no permito que se haga fuerte y procuro retomar el control de la conversación.

—Habla poco.

—Cuando manejas información confidencial a diario, terminas por acostumbrarte y convertir la introversión en tu mejor aliada. Hablar lo justo es una virtud, señorita Ripoll.

—Me refería a su esposa.

Mi respuesta le coge desprevenido. No hay más que ver su reacción al apretar los labios. Su silencio ya no me sorprende.

—No siempre fue así —responde para, esta vez sí, ser él quien me coja desprevenida. Para nada esperaba que contestara a una cuestión tan personal. Quizás necesite hablar de ello y por eso no he tenido que insistir. Debe de ser muy triste su vida. Al aislamiento provocado por su pasado militar, habría que sumarle la evasión mental de su hijo y la especie de no-relación que aún le une a su esposa. Creo que Iván es el único vínculo que conservan. Eso explicaría que ella no se deje ver nunca, salvo cuando se trata de algo relativo a su hijo. ¿Por qué respondió entonces ella a mi llamada?

—Ella fue quien me eligió, ¿verdad? —especulo para intentar encontrar su papel en toda esta historia—. Se culpa de lo que le ocurrió a Iván. Por eso ha intentado implicarse de uno u otro modo en su posible curación. ¡Claro! —exclamo comenzando a ver la luz—. Llevan años confiando en su criterio como analista militar, mientras que su relación conyugal ha ido acusando cada fracaso. Usted no confiaba en mí, ¡fue ella! —entiendo de forma efusiva, como si hubiera descifrado un enigma oculto durante milenios.

Al regresar de mis pensamientos para saber si he acertado con mi suposición, descubro su expresión de abatimiento y entonces reparo en mis palabras.

—Lamento haberme entrometido donde no me llamaron.

Él niega con la cabeza y luego pulsa un botón para bajar el panel que nos separa del conductor. Estoy convencida de que es una escapatoria para ocultar sus sentimientos. De haber sido otra persona, puede que mi indiscreción le hubiera provocado un llanto incontenible. Pero él es duro como una roca. Su condición militar le ha curtido en mil batallas, a pesar de que yo haya hecho tambalear sus cimientos con «mi bomba» gratuita e innecesaria.

—Don Evaristo, desconozco cuánto de cierto hay en mis reflexiones, pero insisto en disculparme —le indico agarrando uno de sus brazos, tomándome libertades similares a las que motivan la búsqueda de su perdón—. A veces peco de «bocazas» y no soy consciente de estar pensando en voz alta.

Tras echar una ojeada al camino que divisa desde su posición, vuelve a pulsar el botón y el panel asciende de nuevo. Luego se gira hacia mí y su extrema seriedad me hace temer una antológica y merecida reprimenda.

—Señorita Ripoll. —Se detiene—. Laura —corrige para sorprenderme una vez más—, debo admitir que me asombra su capacidad de razonamiento. Ha acertado en casi todo, especialmente cuando hizo alusión a su tacto —se burla de mí con todas las de la ley, aunque no pienso llevarle la contraria. Me lo tengo merecido—. A pesar de todo, agradezco su arrepentimiento. Y ya que nos sinceramos, quiero aprovechar la situación y que estamos tan cerca de su primer viaje para reconocer que no he sido del todo honesto con usted. Es cierto que yo no la quería para este trabajo tan importante que afecta a alguien tan especial como es mi propio hijo. Siempre he preferido confiar en gente preparada para cualquier contingencia. Como bien me ha recordado, ya son muchos fracasos los que soportamos —apunta con expresión de agotamiento—. Al permanecer siempre al margen de la operación, mi esposa se dedicó a tomar el camino que habría elegido cualquier persona normal. Buscó información de todo tipo sin descartar ninguna hipótesis, por descabellada que pudiera parecerle. Y así pasaba el tiempo que no entregaba a Iván, navegando durante horas y horas en comunidades, foros y grupos de Facebook relacionados con los sueños.

—Y aparecí yo.

—Así es, aunque no me pregunte qué vio en usted. Yo sólo me limité... Sólo me limité a espiarla.

—¡Lo sabía!

—Lamento haberle ocultado la verdad, pero espero que ahora comprenda que formaba parte del protocolo de seguridad. Señorita Ripoll...

—Laura —le corrijo.

—Señorita Ripoll —insiste para demostrar que sólo ha usado un par de veces mi nombre con la intención de mostrarse cercano—, va usted a acceder a unas instalaciones secretas con tecnología punta. En realidad, buena parte de las cláusulas que firmó aparecían para ofrecer mayor credibilidad, pero no eran necesarias. El mundo militar es diferente del que usted conoce.

—¿Quiere decirme que podrían obligarme a participar en el experimento? —pregunto escandalizada.

—No, quiero decirle que podrían conseguir su discreción mediante cualquier método al alcance, por el bien de la seguridad nacional. Pero estoy convencido de que el más convencional de todos será el que se impondrá: su sentido común.

—Hemos llegado —advierte la voz metálica del conductor, abriéndose paso en

el incómodo silencio motivado por la inquietante amenaza velada de aquel a quien ya no veo como un jefe convencional. No obstante, me tranquiliza que haya hablado en todo momento de «ellos», sin mencionarlos directamente. Entiendo entonces que él está de mi parte, a medio camino entre el mundo civil y el militar, tal y como sugiere su jubilación parcial.

Completamente superada por la situación, salgo del vehículo tras la invitación de don Evaristo y mis ojos se abren por completo al verme en mitad de un gigantesco hangar. Distingo hasta cinco helicópteros e infinidad de jeeps con los característicos colores del Ejército de Tierra. El incesante trasiego de soldados que caminan en todas las direcciones me traslada a cualquier película de Hollywood. Una sutil carraspera me despierta del impacto inicial y me descubro con la boca abierta ante ese otro mundo que mencionaba hace escasos minutos quien me insta a seguirle.

—He observado cómo permanecía atenta al documental —me informa sin dejar de caminar y sin mirar hacia atrás para verificar que sigo sus pasos. Sabe que lo hago—. Como una toma de contacto, no está mal. Sin embargo, son mis próximos consejos los que deberá tener presente en todo momento. Los documentales no cuentan con toda la información disponible al respecto, del mismo modo que sus creadores no están en disposición de vislumbrar los verdaderos límites de nuestra mente. De hecho, nosotros mismos somos aún incapaces.

—¿Se refiere a una especie de decálogo con una serie de leyes o preceptos a tener en cuenta?

—Un decálogo cuenta con diez principios y créame, no hemos tenido tiempo de sobra por aquí para computar las claves para que la misión llegue a buen puerto. Entienda que, pese a los enormes avances, aún nos encontramos en la fase inicial de una tecnología que afecta a algo tan complejo como es nuestro cerebro. Las recomendaciones o preceptos de la investigación se sustentan sobre un modelo basado en la experiencia.

—Es decir, que va a tratar de aconsejarme para que no cometa los mismos errores que derivaron en anteriores misiones fallidas, ¿no es así?

—No cabe duda de que usted cuenta con una capacidad de análisis que ya querrían muchos de tantos subordinados como he dirigido —me halaga—. Creo que podemos evitarnos el «no toque nada sin que se lo pida» o el «no pregunte nada si no guarda relación con la misión». De este modo, partimos de la base de que, a pesar de mi reticencia inicial, confío en usted y en su capacidad para llevar la misión a buen

puerto. Gracias a las investigaciones previas y al seguimiento que le vengo haciendo desde que nos conocemos, tengo plena confianza en que logrará el objetivo. Para ello, ha de ceñirse al plan establecido y no obviar mis recomendaciones.

—¿Sabe? Me caía mejor cuando no se iba por los cerros de Úbeda —bromeo consiguiendo que se detenga y me mire con cara de pocos amigos.

—Señorita Ripoll, llegará un momento en el que estará sola y extrañará cada una de las palabras que ahora le dedico, así que haga el favor...

—De tomarse esto en serio y concentrarse en alcanzar el objetivo —concluyo por él—. También es muy previsible —le indico alzando las cejas a modo de burla—. Continúe, por favor.

—Como ya le dije —prosigue—, lo más importante es que usted se crea que puede hacerlo. Partiendo de esa premisa, debe tener siempre presente el mundo en el que se adentrará. En los sueños, todo puede ocurrir. Aunque va a sumergirse en el de Iván, tiene que intentar por todos los medios que todo transcurra de la forma más natural posible. Si se encuentra con un caballo rosa, acéptelo como algo normal, pero procure no ser usted quien lo pinte en sus pensamientos porque podría generar conflicto en el cerebro de Iván.

—Imagino que se refiere a lo de la película que le comenté y prefiere que no juegue con las leyes físicas y cosas así.

Me clava su mirada castigada por los años y por los problemas y, acto seguido, se dispone a continuar.

—Más o menos, aunque le ruego que no vuelva a interrumpirme. Es la mejor manera que se me ocurre para que le quede todo claro. Si no entiende algo, pregúnteme cuando acabe. —Asiento avergonzada y le invito a continuar—. Desconozco qué puede estar pasando en este momento por la cabeza de mi hijo, pero la experiencia nos indica que será muy diferente a lo que un día fue su vida, señorita Ripoll. Una en la que disfruta de la existencia que eligió, alejado... —vacila—. Alejado de los problemas asociados al mundo real. No nos consta que existan demasiados vínculos con su vida pasada, a excepción de su nombre y pocos detalles más sin importancia. Puede que su aspecto físico no se corresponda con el que usted recuerda, aunque le conocerá siendo observadora, pues el mundo de Iván se reduce a su entorno más cercano. No obstante, resulta muy aventurado hacer cualquier previsión, lo más frecuente es que se haya convertido en alguien bastante adinerado, que conserve su físico o lo mejore, que no tenga ocupación conocida y... bueno, creo que será mejor que usted lo descubra por sí

misma. Ya le digo que cualquier previsión podría no corresponderse con la nueva realidad de Iván.

—Entiendo, aunque lamento volver a pecar de entrometida, pero necesito saber si...

—Pues no lo haga —me corta sin guardar los modales que acostumbra gastar—. Entienda que el subconsciente de Iván, al igual que el de cualquiera de nosotros, funciona de una forma diferente a nuestro habitual modo de discernir. El tiempo es tan relativo, que aún no sabemos determinar con certeza una relación exacta entre una realidad y otra. Sólo tenemos claro que todo transcurre más deprisa allí abajo —me advierte como si me hablara de algún tipo de sótano. Pensándolo bien, me parece bastante acertado el símil—. Esto no quiere decir que todo ocurra a velocidad de vértigo, sino que su cerebro trabajará así. Una semana de sueño lúcido podría corresponderse con una hora de su vida actual. O quizás no. Ya le digo que es muy relativo y cada fracaso supone una capa de profundidad que Iván añade entre ambos mundos, con lo que la brecha temporal va aumentando su grosor.

—El tiempo en mis manos. Interesante —apunto y luego atiendo a su silencio—. Lo sé, no debo desviarme y ceñirme al plan previsto. —Aunque, a pesar de tranquilizarle, no puedo evitar fantasear con las posibilidades del mundo que pondrá a mis pies. Cambiar mi aspecto, mi vida, ¡mi mundo! Suena de vicio.

—Tiene que recordar siempre que la diferencia entre Iván y usted es que él no sabe que está soñando y usted sí. Debe usar esa valiosa información en su beneficio. No obstante, tiene que ser consciente de ello en cada momento, en cada una de sus acciones o palabras. Lo contrario la acercaría al mundo de Iván.

—La letra pequeña —vuelvo a recordar las palabras de Lourdes.

—¿Cómo dice?

—Nada. Hablaba sola.

—Pues vaya acostumbrándose, ya que ahí abajo no podrá hablar de la misión con nadie. Sobre todo, con Iván. Si no consigue que vuelva por su propio pie, añadirá una nueva capa sobre él y el objetivo se complicará un poco más. Hasta ahora no le había comentado que cada una de esas capas motiva que Iván esté más lejos aún de la realidad en todos los sentidos. Si consigue que se vaya pareciendo poco a poco al que algún día fue, se estará acercando al objetivo.

—¿Y cómo pretende que lo haga sin saber cómo era antes?

—¿Por qué cree que su madre o yo no lo hemos conseguido? Los lazos emocionales eran demasiado grandes, por lo que corríamos el riesgo de cometer errores que usted no repetirá. Dedíquese a estudiarlo, a escarbar en su interior para reconocer al verdadero Iván y, con mucho tacto y sutileza, intentar que no sienta deseo por seguir viviendo esa vida que no le corresponde.

Apenas soy consciente de los numerosos pasillos que vamos recorriendo. Son todos tan iguales, que me recuerdan a los de cualquier hospital. Creo que jamás encontraría la salida, suponiendo que, en el peor de los escenarios imaginables, pretenda huir. Aunque la única salida que me preocupa en este momento es aquella cuya entrada no he llegado a cruzar aún. Me siento más incapaz de alcanzar el objetivo con cada detalle que voy conociendo, pero intento convencerme a mí misma de lo contrario. Creo que todo será diferente una vez que me encuentre ahí abajo. Ahora me siento acosada por el temor a lo desconocido, a la grandeza de un proyecto militar en el que soy la protagonista. Algo que jamás podría haber imaginado en mis sueños más extraños. Sin embargo, aquí estoy, por lo que tengo que ser consecuente con mi elección. No puedo echarme atrás. ¡No quiero echarme atrás! Necesito hacer ese viaje y descubrir ese mundo al que tantos millones de personas permanecen ajenas. Voy a conocer a Iván y lo voy a traer de vuelta por los pelos, si hace falta, pero no pienso regresar con un fracaso bajo el brazo.

—Quiero bajar ya —me apresuro a decir.

—Aplaque su ímpetu, señorita Ripoll. Aún debe tomarse el compuesto que la llevará al país de Alicia y esperar un par de horas a que comience a hacer efecto.

Dos horas que pasan como si fueran dos años, a pesar de que han tenido el detalle de ponerme el Discovery para que me «empape» del mundo de los sueños. En el nuestro, el tiempo también se antoja relativo en demasiadas ocasiones, como ahora. Aunque parece que la espera llega a su fin cuando don Evaristo aparece acompañado de un hombre de mediana edad vestido con una bata blanca.

—Señorita Ripoll, le presento al profesor Geeby. Es el responsable del proyecto Peter Pan en España. Quizás le resulte familiar el apellido. Adoptó el de su madre cuando su padre falleció en Vietnam. Mary Ann, como se llamó, fue premio nobel de medicina por sus avances en el campo de la psicología de los sueños.

—Hello, mister Geeby.

—Buenos días, señorita Ripoll —contesta en un perfecto castellano para hacerme sentir estúpida.

—No sabía que... Bueno, da igual. Imagino que el mareo que estoy sintiendo es normal, ¿verdad?

—¿Tiene nauseas?

—Noto revuelto el estómago desde que ingerí las setas. Y con lo que me dieron de tomar, he comenzado a sentir muchos cambios.

—El pulso está correcto —me dice y entonces me percató de que había posado sus dedos en mi muñeca.

—¿Correcto? ¡Pero si tengo el corazón a mil por hora!

—Es normal, no debe preocuparse.

—¿Y la saliva? ¡Joder, si algo sale mal, podréis usarme como manantial! Parezco una fuente de la Sierra en la que nos encontramos —protesto haciendo gala de un lenguaje impropio en mí. Experimentar tan extrañas sensaciones que escapan de mi control me desconcierta y agría mi carácter.

—Son los efectos de las setas. El celastrus debe comenzar a actuar en breve. Por eso es indispensable que abreviemos y nos pongamos en marcha. ¿Nota algo raro en la visión?

—Desde hace cinco o diez minutos, lo veo todo como... difuminado. No sé, tengo la sensación de estar en un cine 3D sin las gafas. Si va a más, tendré que cerrar los ojos porque mareo bastante.

—También es normal. Se está abriendo la puerta hacia Neverland.

—¿Neverland? —pregunto extrañada y sin pensar—. ¡Ah!, el País de Nunca Jamás —relaciono al centrarme—. Peter Pan.

—Sígueme —me pide—. Es primordial que le conectemos cuanto antes al teniente Carrasco.

—¿Teniente?! —pregunto con mayor desconcierto del que ya conseguían provocar los efectos de las drogas—. No me había dicho que... —balbuceo asesinando con la mirada a don Evaristo, que hace lo propio con el profesor, aunque este no le brinda la menor atención. Me recuerda a los típicos profesores chiflados de las películas, con su pelo canoso y revuelto—. Iván es militar también —mascullo, más para convencerme que para recriminarle nada a su padre.

De cualquier modo, camino tras sus pasos por inercia, considerando la sustancial variación en la idea preconcebida que me hice sobre lo que sea que motivó

el estado vegetativo de Iván. No sé por qué, pero creí que podría haber intentado suicidarse y de ahí que doña Consuelo se sintiera culpable. Incluso intenté preguntar a don Evaristo cuando me cortó de forma tajante. Esto lo cambia todo, pues quizás su estado haya sido motivado por algún accidente en el desempeño de sus funciones. Una incursión militar fallida, un atentado en alguna misión de paz, a saber. Lo que parece claro es que mi cerebro ya trabaja a una velocidad endiablada, lo cual contrasta con mi dificultad creciente para comunicarme con ellos. Me cuesta trabajo hablar, como si algo anclara mi lengua al paladar. Y, precisamente, no se trata de sequedad bucal, con estos malditos ríos de saliva que terminarán por ahogarme.

Llegamos a una especie de quirófano, en el que Iván yace como no podía ser de otra forma: dormido. Doña Consuelo le acompaña y le muestra su cercanía rodeando con ambas manos una de las suyas. Me observa con una extraña expresión, como alguien que ya hubiera perdido casi toda la esperanza en algo y se encontrase ante la última oportunidad. Me incomoda sentirme así, aunque yo misma confíe más que nadie en mi capacidad. Evito su mirada y guío la mía hasta la del «profesor chiflado», a la espera de sus seguras instrucciones.

—¿Aún está así? Oh, my God, ¡desnúdese, mujer!

—¿Cómo? El contrato no decía nada de... Giro la cabeza a un lado y descubro, ahora sí, que Iván también está desnudo, aunque con una especie de pijama blanco sobre su cuerpo, como los de los hospitales. Examinó mi entorno y veo entonces que mi pijama lo porta don Evaristo en una de sus manos. Me observa con una expresión que parece reclamar mi perdón, pero no le voy a dar el gusto. No al menos ahora—. Ya hablaremos usted y yo cuando vuelva —le recrimino su falta de transparencia—. Por cierto, doña Consuelo —me dirijo ahora a su esposa—, me gustaría robarle unos minutos cuando usted encuentre un hueco. Necesito charlar con usted.

—Traiga de vuelta a «mi» Iván y tendrá una amiga con la cual hablar hasta que Dios me reclame.

—Trato hecho. —Agarro el pijama de malos modos y luego vuelvo a mirar a mi alrededor—. ¿Cuánta gente habrá detrás de ese cristal? —indago apuntando hacia una enorme cristalera, tras la que imagino todo un arsenal de equipos de control y monitores adornados con cientos de botones.

—Si usted lo desea, sólo estaremos el profesor, mi esposa y yo.

—Aunque preferiría que sólo estuviera ella, me conformo con que no graben nada.

—Eso es imposible —afirma contundente—. Tenemos que...

—Tenéis que comenzar a velar un poco más por los intereses de vuestra última esperanza —le interrumpo con una sobrada que escapa de mis labios. Sin embargo, parece que he acertado de pleno, pues su silencio así me lo indica.

—A las grabaciones sólo tendremos acceso el profesor y yo. Añadiremos esa cláusula en cuanto vuelva. Confíe en mí.

—No está mereciendo mi confianza, aunque estoy convencida de que podré entenderme mejor con ella cuando vuelva —señalo de nuevo a su esposa.

—¡Si no comenzamos ya a trabajar, no volverá porque no llegará a marcharse a ningún lado! —se queja el profesor Geeby—. ¡Let's go, please!

Quizás por la premura, o puede que por la extraña desinhibición que me asalta, pero lo cierto es que comienzo a desnudarme sin esperar siquiera a que ellos desaparezcan. Qué puede importar, cuando van a observarme a través del cristal. Cuando me quedo desnuda por completo y me voy a vestir con el pijama, el profesor me indica que ya no será necesario. Entiendo entonces que sólo se trataba de una prenda para evitar las miradas indiscretas.

—Túmbese en la camilla —me pide a la vez que conecta decenas de cables rematados con ventosas al cuerpo de Iván, también desprovisto ya del pijama.

¡Y vaya con el cuerpo de Iván!

Me siento sucia por deleitarme con su bendita desnudez, teniendo en cuenta su maldita inconsciencia. Sin embargo, no soy capaz de despegar mis ojos de aquello que desea mi cuerpo. Después de todo, llevo un tiempo ya sin darme un homenaje y una tiene sus necesidades.

Es una pena que las drogas no me permitan distinguirlo con nitidez, por lo que decido hacer caso a las sugerencias de su padre y centrarme en la misión. No me queda otra, pues el profesor chiflado comienza a conectarme a Iván a la vez que me va empujando poco a poco para que deje reposar mi espalda sobre la camilla. Acto seguido, me indica que voy a sentir pequeñas descargas que pretenden activar no sé qué parte del cerebro, por si no fuera ya suficiente con lo que llevo encima. Me aconseja que me concentre en controlar y ralentizar mi respiración. Sin apenas pausa, me suplica que no me asuste cuando vea algo extraño y que me concentre en entrar en la cabeza de Iván, por imposible que me parezca.

Y eso hago cuando me dejan a solas con él en nuestra disparatada primera cita.

Espero que sea algo más convencional cuando nos encontremos ahí abajo. Cierro los ojos y me concentro en percibir cómo entra y sale de mi cuerpo el aire que me da la vida. Tengo agudizados los sentidos, ya que puedo oír amplificada mi respiración. Incluso tengo la sensación de poder escuchar de fondo la charla que imagino tras la cristalera. Pero me olvido de ella y me centro en Iván y en mí, en mi cuerpo, que ya va notando cierta laxitud muscular. A pesar de tener la sensación de que me pesa varias toneladas, me siento ligera. Resulta del todo curioso. Ahora noto con infinita precisión cómo eriza mi piel una corriente de aire, a pesar de que la cámara permanece sellada. Tengo la sensibilidad súper desarrollada y me gusta, aunque me asusta que pueda jugar en mi contra más adelante. Quizás lo compruebe abriendo los ojos poco a poco. ¿O será preferible que los mantenga cerrados? ¡No lo sé, joder! Voy a pecho descubierto y sin libro de instrucciones.

De cualquier modo, decido abrir los ojos y enfrentarme a la posibilidad de verme de nuevo levitando. Voy levantando los párpados como si me costara, con la lentitud que aconseja el miedo a lo desconocido. Un torrente de luz que asocio con las lámparas del quirófano me invita a abrirlos de golpe al pensar que todo ha salido mal. Sigo en la camilla y sin ser capaz de dormirme, para variar. Detecto entonces un movimiento a un lado y me dispongo a pedir explicaciones a don Evaristo o al profesor.

—¿Se encuentra bien? —pregunta una voz extrañamente familiar, una que no pertenece a ninguno de aquellos a quienes esperaba encontrar—. Ha tropezado y se ha golpeado en la cabeza —intenta recordarme algo de lo que no tengo la menor idea de haber vivido. De lo que ya no me cabe duda es de que se trata del mismo tono que insistía en que respondiera al anuncio. El anuncio, qué lejano lo recuerdo. Todo parece frío y lejano en el interior de mi cabeza, a excepción de la calidez que contagia quien acaricia las palabras con semejante dulzura.

Creo reaccionar en un momento de lucidez y entender qué ha ocurrido. ¡Está claro! De un modo que escapa de mi comprensión, me he quedado dormida y he conseguido traspasar la barrera de mis sueños para entrar en los de él.

—¿Iván? —pregunto sin pensar.

—¿De qué me conoce? —pregunta también él. Entonces me giro y veo su rostro. Mi respiración se dispara al no encontrarme de frente con quien esperaba. Es una cara de alguien a quien conocí alguna vez, alguien a quien no consigo recordar, alguien a quien creo que decidí no recordar. ¿Quién es? ¡Maldita sea mi memoria!; no

consigo recordarlo.

No tengo ni la más remota idea de a quién pertenece ese rostro, pero la certeza de que no voy a saberlo a corto plazo va tomando forma. Su rostro se desvanece a la par que mi calma. Los intensos colores que percibía comienzan a difuminarse de nuevo y mi desconcierto acelera más aún, si cabe, los latidos de mi corazón. Me falta el aire y el cuerpo me pesa una enormidad. Tengo la boca muy seca y las mejillas bañadas por unas lágrimas cuyo detonante desconozco. No comprendo nada, no siento nada que se asemeje a una experiencia en el paraíso. Sólo noto un creciente malestar en el estómago que amenaza con tomar la salida de emergencia entre mis labios reseca. Comienzo a ser consciente del entorno que vuelve a tomar forma poco a poco en mi campo de visión, a la par que comprendo en mi angustioso malestar que algo ha salido mal. Justo antes de girarme y expulsar la vida por la boca, entiendo que el primer viaje ha supuesto mi primer fracaso.

8 - Mi primer fracaso

¿Qué pudo haber salido mal? En realidad, todo salió mal. Eso sí, al menos tengo ya la certeza de que los viajes astrales y los sueños lúcidos no me están vetados, pese al fracaso que han supuesto ambos. Ellos son quienes tienen que determinar por qué apenas he sido capaz de «bajarme del avión» para poner rumbo a la realidad tan pronto. Yo me he limitado a contarles cada una de las sensaciones que he percibido desde que me tumbé en la camilla. Que sean ellos quienes diluciden cuál ha podido ser el error de sus dispositivos. Yo ya he cumplido con mi parte.

—No se levante, por favor —me indica el profesor cuando aparece portando unos folios que continúa estudiando, a pesar del tiempo que han dedicado al análisis de los datos que ha arrojado el experimento.

—¿Qué ha salido mal? —le pregunto sin andarme con rodeos.

—En realidad, nada. Los datos que hemos extraído de su escáner cerebral nos invitan al optimismo.

—¡Pero si apenas he sido capaz de viajar unos minutos!

—Segundos, señorita Ripoll, segundos —me corrige.

—Sabré yo el tiempo que he estado soñando.

—Pues parece que no lo sabe, puesto que los datos recogidos por el instrumental indican que su viaje ha durado poco más de cinco segundos.

—¡No puede ser! —me opongo a su hipótesis de forma enérgica—. Poco, pero hemos llegado a cruzar unas palabras, así que me niego a aceptar...

—¿Que el tiempo es relativo en el interior de su cabeza? —pregunta con una suficiencia que raya la soberbia. El tiempo. Me había olvidado por completo de lo que ya sabía sobre la relatividad del tiempo. Cinco segundos, cuando a mí me parecieron unos cinco minutos desde que me sentí tan ligera. Esto quiere decir que por cada hora soñando... —No intente hacer cálculos. Las condiciones son tan variables, que resulta estéril encontrar una relación temporal entre ambos mundos. Ahora es necesario que descanse y que se reponga para estar en perfecto estado cuando llegue el momento de volver a viajar.

—Ya estoy preparada, aunque antes quiero saber...

—Señorita Ripoll, su cuerpo necesita un tiempo para asimilar las sustancias que ha consumido. Del mismo modo, su cerebro necesita descansar. Recuerde que no podemos decir que haya dormido. Las gráficas indican que se han activado zonas de su cerebro que habrían permanecido inactivas en el caso de encontrarse dormida. Aunque no lo crea, es una gran noticia.

—¡Y una mierda! —protesto y al instante me doy cuenta de mi vulgar y maleducada respuesta. Creo que las drogas esas me han afectado más de la cuenta—. Disculpe mi falta de respeto. He perdido los nervios porque no concibo que califiquen como un éxito haber viajado durante cinco segundos.

—Créame, hay individuos que no llegan a viajar hasta después de muchos intentos y algunos no llegan a conseguirlo jamás. Como casi todo en esta vida, el acceso a los sueños requiere de un entrenamiento que, en su caso, hemos compilado más de lo aconsejable. Of course, yo me negaba a que viajara tan pronto, pero su mecenas confiaba en usted y parece claro que no se ha equivocado.

—Desconozco qué vio en mí la señora Consuelo, pero...

—Me refería al teniente coronel Carrasco —aclaro—. Era una apuesta arriesgada. Civil, sin experiencia previa, mujer...

—¿Mujer? ¡Es usted un machista!

—No me malinterprete; sé de lo que hablo. A las mujeres, acostumbradas a cargar con más problemas de los aconsejables para mantener una salud mental aceptable, les cuesta más trabajo desprenderse de su rutinaria existencia. ¡Usted es la primera viajera femenina del proyecto Peter Pan!

—¿Y doña Consuelo?

—Fracasó.

—Pues yo no me conformo con viajar cinco segundos, así que comenzaremos a entendernos si me explica cuál ha sido el motivo de mi fracaso.

—Según su versión —se interpone el potente tono de voz de don Evaristo—, parece claro que no ha sido capaz de liberar su mente por completo.

—Entonces, ¿cómo se explica que haya viajado?

—Porque reúne unas condiciones que, unidas a ciertas sustancias propicias, le han permitido dar el salto. Sin embargo, usted misma ha reconocido que creía haber fracasado antes incluso de darse cuenta de que ya estaba soñando. A pesar de mis

consejos, no ha llegado a confiar en sus propias posibilidades. Si no se cree capaz de visitar otro mundo, seguirá anclada en este. ¿Cómo se explica entonces que asociara un rostro conocido al de Iván? —pregunta acorralándome—. Porque la opción de que compartan amistades la veo poco probable, así que el rostro debió de generarlo su cabeza, no la de Iván. Desconozco de quién se trata y, ciertamente, no me interesa —admite para tranquilizarme pues, a pesar de no recordarlo, algo me dice que lo enterré junto con el dolor que me causó. No recuerdo cuándo ni dónde, como casi tampoco me acuerdo ya de sus rasgos, pese a la cercanía del sueño. De lo que no me cabe duda es de que prefiero que siga siendo así—. Lo que me interesa es que se crea de una vez que no se trata de un juego. Si lo consigue, quizás esté más cerca de traer de vuelta a mi hijo de lo que jamás estuvo nadie.

—Está bien —coincido con él—. Le prometo que esta vez será todo diferente.

—El profesor ya le ha indicado que debe descansar.

—Y yo ya le he indicado al profesor que no estoy cansada.

—Aquí no funcionan las cosas a su antojo, señorita Ripoll.

—Es normal; sólo veo hombres a mi alrededor. Ustedes se cansan con demasiada frecuencia. Me juego el cuello a que la mayoría de sus esposas aún esperan a que les coloquen ese cuadro que jamás llegarán a ver en la pared. Hasta que decidan colgarlos ellas mismas —me burlo—. Ya imaginaré entonces una de las razones por las cuales no me casé. Y ahora, vaya a buscar el potingue ese y pongámonos en marcha.

—¡No puede abusar del compuesto!

—Bien, hagámoslo entonces por el método convencional.

Niega con la cabeza a la vez que resopla y me mira contrariado, para luego disponerse a lanzarme otra recriminación.

—Cada vez tengo menos dudas de que conseguiré traerle de vuelta. Nadie en su sano juicio sería capaz de llevarle la contraria.

En contra de lo que aconsejan, al final lo preparan todo para mi segundo viaje mientras que yo no dejo de darle vueltas a la cabeza. No quiero pensar en el rostro que vi porque no tengo la menor intención de que se cuele otra vez en mi sueño. Según los escasos conocimientos que tengo acerca de la lucidez onírica, yo soy quien controlo mis sueños. Aunque hay algo que me resulta contradictorio.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Cuando esté ahí abajo —contesta don Evaristo sin mirarme—, no podrá hacerlo.

—Usted asegura que yo controlo mis sueños lúcidos. O, mejor dicho, que puedo hacerlo.

Asiente sin llegar a responder.

—Esta premisa conlleva que yo también controlo a quienes aparecen en mis sueños.

Asiente de nuevo, creyendo entender a dónde pretendo llegar.

—Pero el asunto se complica cuando entran en juego los sueños compartidos.

Esta vez no se molesta en asentir. Simplemente, olvida su ocupación y me dedica toda su atención.

—Él lleva mucho tiempo soñando y estará acostumbrado a que nadie le lleve la contraria.

—Imagino que no le costará meterse en su piel para entenderle —apunta con ironía para hacer una sutil alusión a mi tozudez.

—Muy gracioso, aunque el chiste no hace juego con su cara —contraataco devolviéndosela y, de paso, tomándome ya demasiadas libertades—. A lo que me refiero es que no sé hasta qué punto puedo llegar sin generarle un conflicto.

—¿Ve? Debería estar casada para saber qué se siente teniendo a alguien cerca que le lleve la contraria —vuelve a bromear—. Señorita Ripoll, dedíquese a actuar como lo haría sin soñar. Mientras que no olvide que se trata de un sueño y que Iván no debe ser consciente de ello hasta que esté completamente segura de que quiere abandonarlo, no habrá problemas.

—Entiendo. Nada de doblar edificios, ni caballos de color rosa, ni contarle a su hijo que está soñando. Por lo demás, tan natural como la vida misma.

—Así es.

—Entonces, del mismo modo que haría en mi vida, puedo meter en mi maleta de viaje lo que me apetezca. —Me mira con una expresión que deja clara su extrañeza—. He decidido que mis amigas me acompañen.

—Señorita Ripoll, ¿se da cuenta usted de lo que me está pidiendo?

—No le estoy pidiendo nada porque en mis sueños mando yo. —Asiente de

nuevo al entender que no pretendo obligarle a traer a mis tres locas porque no será necesario—. Mientras que no genere conflicto en la mente de Iván, no pienso desechar la posibilidad de rodearme de quienes me inspiran seguridad y confianza. El primero sólo duró cinco minutos, pero varias horas de sueño pueden ser muy largas ahí abajo si no consigo congeniar pronto con Iván.

—Haga lo que crea conveniente. De todas formas, creo que no servirá de nada llevarle la contraria.

—Ya nos vamos entendiendo. ¿Ve como no era tan difícil caerme bien? —bromeo una vez más. Tengo la impresión de que se esfuerza para no sonreír.

Intento controlar mi respiración cuando todos se marchan y sellan la cámara, aunque recuerdo en última instancia otra pregunta pendiente. Quizás, la más importante de todas.

—Si quiero volver antes de tiempo, ¿qué tengo que hacer? —pregunto al aire, dando por hecho que podrán contestarme mediante una especie de interfono que tendrán instalado.

—Bastará con que lo desee, aunque si se limita a contar desde diez hacia atrás con los dedos, se activará una parte concreta de su cerebro que nos servirá de alerta —me responde una voz metálica que asocio con don Evaristo.

—¿Y si me ocurre algo en el sueño? Ya sabe, en Matrix decían que el cuerpo no puede seguir adelante sin la mente y no creo que yo sea «la elegida», la verdad. ¿Me quedaría entonces como él? —pregunto girando mi cabeza hacia Iván.

—No. Si le ocurre algo, se despertará, como después de cualquier pesadilla. ¿Comenzamos? —se interesa con un tono del que se desprende cierta impaciencia.

—Adelante, Campanilla^[1] —me burlo. Como siga abusando de su confianza, cualquier día me mandará un poco lejos.

Vuelvo a relajarme y me concentro en intentar controlar mi respiración. Si en mis sueños mando yo, también voy a ser yo quien decida cómo cruzar la puerta. Me he propuesto aparecer sentada en alguna de las terrazas de la plaza de la catedral y hacia allí envió mis pensamientos. Intento imaginarme a mitad de la primavera o del otoño, cuando el fresquito que entra por la calle Arquitecto Acero aparece y acaricia tu piel como el agua de mayo. Casi puedo oler el aroma que desprenden las flores que venden en los puestos de Topete. Un niño discute con su madre porque quiere que le compre una baratija en la tienda de souvenirs que escolta a la iglesia de Santiago. El trasiego

habitual de la calle Pelota me molesta y decido silenciarlo. Prefiero música, así que pienso en los sudamericanos que intentan ganarse la vida en nuestras calles con su cultura musical. Me encanta cómo suena.

—¿Café con leche como siempre? —me pregunta la voz de la chica que nos atiende todos los días a mis amigas y a mí en nuestros desayunos. La sorpresa por no esperarla me empuja a abrir los ojos. ¡Y ahí está! En esta cafetería no trabaja. ¿Qué hace aquí? ¡Y las chicas también están!

—¿Vosotras aquí? —les pregunto desorientada.

—¿Volviste a beber anoche, carajo? —pregunta sonriente la más crítica de las tres.

—¿Anoche? No recuerdo qué... Espera, ahora me acuerdo. Estoy en mi sueño. Elegí venir aquí y por eso no parece cuadrar nada. Eso es, estoy soñando.

—¿Y nosotras también? —se interesa Gema—. Porque si es así, me pido al guaperas ese que viene hacia aquí.

Vuelvo la cabeza por inercia y veo a Jose, el dentista que nos invitó hace... No recuerdo cuándo. Le debo una disculpa, pero no será ahora. No lo quiero aquí.

—¡Ha desaparecido!

—¿Quién ha desaparecido? —me interroga ahora Rosana—. Cariño, ¿te encuentras bien?

—Yo... No lo sé. Vosotras...

Algo no va bien. Las chicas me hablan, pero no las oigo, tan ensimismada como me encuentro en mi transitorio descontrol. Estoy convencida de estar soñando pero, por alguna razón que se me escapa, no consigo controlar mi sueño. Eso es, tengo que relajarme y acostumbrarme a ser yo quien decida qué o quién debe aparecer. Quiero que se callen.

Y como por arte de magia, dejo de oír sus voces.

—Y ahora quiero que desaparezcan las tres —me oigo decir en voz alta—. Y tampoco quiero que tú vuelvas a aparecer —ordeno pensando en Jose.

—Apenas he llegado a preguntarle si se encuentra bien y ¿ya me pide que desaparezca? —cuestiona una voz que no pertenece al dentista más guapo que conozco, sino al propio Iván.

Decido no abrir los ojos. No aún. Mi respiración se ha acelerado y temo

volver a ver un rostro no deseado. Opto entonces por coger aire con fuerza y elijo contemplar otro cuyos rasgos aún no conozco muy bien, a pesar de todo. Quiero ver la cara de Iván sin la barba de varios días con la que lo dejé en la camilla de la base militar. Abro los ojos y ahí está. ¡Es él y me está sonriendo!

—¡Iv...! —A punto estoy de volver a cometer el error de pronunciar su nombre, aunque en última instancia recuerdo una de las premisas de la misión: todo debe surgir de forma natural. No puedo actuar como si ya le conociera, pues él ha de creer que tal circunstancia está ocurriendo en este preciso momento—. Iba a ser un pensamiento, pero ha escapado de mi cabeza —arreglo como puedo mi ligereza—. A veces cometo el error de pensar en voz alta.

—No creo que sea un error —me contradice luciendo una sonrisa que se niega a abandonar su expresión. ¡Cielos, no lo recordaba tan guapo! Puede que haya decidido entrar en «chapa y pintura». Es su sueño y puede hacer lo que quiera. Aunque quizás se trate de mí y sea yo quien quiero verlo así.

—Créeme, ya me he metido en muchos líos por culpa de mi sinceridad.

—Mmm, me tuteas —observa reproduciendo con las cejas un gesto de contrariedad endiabladamente sexy—. Teniendo presentes tus palabras, debo entender entonces que tus pensamientos en voz alta recriminan mi falta de educación por no presentarme.

—Oh, no. Yo...

—Me llamo Iván —se presenta—. Iván Carrasco —verifica que sigue usando su verdadero nombre y el apellido de don Evaristo.

—Yo... —Dudo entre presentarme con mi nombre real o crear un personaje ficticio—. Me llamo Laura —decido lo más lógico para evitar mis propios conflictos.

Alza las cejas, demandando mayor información que no estoy dispuesta a ofrecerle aún. Soy yo quien tiene que sonsacarle a él, no al contrario.

—Laura a secas.

—Bien, «Laura a secas» —repite provocando mi sonrisa—. Ahora que ya hemos superado el incómodo momento de cualquier presentación, quizás puedas sacarme de dudas. Parece ya claro que no te ocurre nada; aparentas estar bien. Demasiado bien, diría yo —me adula llegando a incomodarme al recorrer cada porción de mi cuerpo que la mesa le permite contemplar. Su frescura me sobrepasa y me empuja a desviar la mirada hacia la camarera, que aparece con mi café como caída

del cielo.

—Gracias.

—Corre de mi cuenta, Ángela.

—No es necesario —me apresuro a rechazar su invitación, como si el dinero importara en los sueños.

—No voy a ir a la ruina por cincuenta céntimos.

—¿Cuesta cincuenta céntimos un café? —pregunto de forma irreflexiva, sin tener en cuenta que estamos en su sueño y que cualquier cosa es posible. En adelante, tendré que ser más prudente, pues las extrañezas no llegarán siempre en forma de caballo rosa.

—A quienes nos rodean, no. En cambio, sí al dueño del establecimiento.

—¿Eres el dueño de la cafetería?

—En realidad, soy el dueño de todo cuanto ves. Bueno, aún no he lanzado una oferta al Obispado por la catedral, pero dame tiempo.

Vuelve a hacerme sonreír. Sabe cómo seducir a las mujeres y parece claro que ha visto algo en mí que le interesa. Quiero creer que eso es bueno, aunque no pienso ponérselo en bandeja. De cualquier modo, creo que no resultará sencillo. Lo hace todo de forma tan natural, que cuesta no caer en su embrujo. Se ha sentado frente a mí y no me he dado cuenta de cuándo lo ha hecho.

—Querías resolver una duda y se me está haciendo tarde —escapo como puedo de sus redes instándole a no desviarse. Cojo mi taza de café y bebo la mitad. Quema un poco, pero creo que tengo que luchar por el control de la conversación o me comerá viva. Y mucho me temo que es lo que pretende. Ahora entiendo por qué se despiertan todos empalmados; hasta en sueños están pensando en lo mismo.

—Oh, es una verdadera lástima. Para ser tan transparente, la urgencia no se reflejaba en tu expresión.

—No pretendo resultar grosera, pero...

—Hablas como cualquier gaditano y, sin embargo, no me suena de nada tu cara —advierte—. Ahora ya sabes cuál es mi inquietud.

—¿Conoces a los más de cien mil gaditanos?

—No, pero jamás olvido un rostro precioso.

Buf, no se anda con rodeos. El tiempo será relativo aquí abajo, pero Iván parece que lo aprovecha al límite. Me halaga, me hace sentir genial que me piropee alguien tan guapo como él, pero no he venido para esto. Ahí arriba ya estaría debatiéndome entre darme el revolcón en mi casa o en la suya, pero aquí no estoy para tener sexo con alguien que en realidad está postrado en una camilla, aunque no lo sepa.

—Tengo que irme —anuncio tomándome el resto del café a toda prisa.

—¿Ya? ¡Pero si aún no has respondido a mi pregunta!

—Soy de aquí, pero he estado fuera mucho tiempo —aclaro pensando en una escapatoria convincente que no tarda en aparecer en mi cabeza—. Y ahora, debo irme. Mis amigas me esperan —le indico señalando hacia el frente. Iván se gira y descubre a las tres locas viniendo hacia nosotros. En previsión de que no sea capaz de controlarlas, aprovecho que las mira para levantarme y caminar hacia ellas con la intención de marcharnos cuanto antes. Ya las conozco y, al descubrir que tomaba café con alguien tan guapo, se pondrán pesadas. Tendré entonces que ordenarles de nuevo que se callen, lo cual podría generar un conflicto a Iván.

Caminamos sin saber hacia dónde ir. Las tres locas no hablan porque así se lo he pedido y, para mi sorpresa, han obedecido. Después de todo, me parece atractiva la idea de que la gente haga sin rechistar lo que le pido. Aunque esto me lleva a pensar en que así se sentirá Iván desde hace mucho, hasta que he llegado yo para llevarle la contraria. No puedo evitar entonces girarme para observar su expresión.

Sigue sonriendo, ¡bien! Creo que le va la marcha. Puede que le parezca interesante que alguien se le suba por fin a las barbas que yo he decidido eliminar de su rostro. Al menos, en el interior de mi cabeza. Sería interesante saber cómo se ve él. A lo mejor, incluso se imagine con otro rostro u otro cuerpo. Es posible que lo que vean mis ojos es lo que yo deseo ver, mi realidad, en vez de la suya. ¡Qué locura!

—Y ahora que me acuerdo, en mi primer viaje dijo que me había golpeado en la cabeza.

—¿Te has golpeado en la cabeza? ¿Cómo ha ocurrido? —pregunta Rosana, tan pendiente de mí como siempre.

—No recuerdo haberme golpeado —aclaro—. Pero no es eso lo que me preocupa, sino que no lo recuerde él.

Quizás se haya reiniciado su cerebro cuando le generé conflicto al desaparecer asustada ante el rostro que vi. ¿Y si le ocurre cada día que pasa en su cabeza? ¡Dios,

eso sería un serio revés! ¿Cómo podría traerle de vuelta entonces, si no me recuerda al día siguiente de conocernos? A lo mejor me siguen ocultando algo perro pachón y el doctor chiflado. Tengo la sensación de que ellos saben de las capas más de lo que me han contado y pienso adivinar de qué se trata.

—Tenemos que llevarte a Urgencias. Podrías tener un derrame o algo peor — intenta imponer su cordura Lourdes.

—No te preocupes, Lourdes. Además, no sé siquiera por qué te respondo. Sólo existes en mi cabeza. Bueno, también ahí arriba, pero aquí no sois reales, así que tengo que dejaros —les aviso en el momento en el que desaparecemos de la vista de Iván entre la muchedumbre que satura la calle Santiago—. Quizás no haya sido tan buena idea traeros de viaje conmigo. No lo sé. Ya pensaré con calma ahí arriba, pero ahora necesito encontrar respuestas.

9 - Buscando respuestas

El despertar ha sido más plácido que el del anterior viaje, aunque no por ello albergo menos dudas en este caso. Tengo que saber...

—¡Excelente! —advierde a voz en grito el profesor chiflado en cuanto accede a la cámara de experimentación—. Ha logrado usted lo que nadie —me informa intentando peinarse un cabello que no creo que haya conocido peine alguno.

—¿A qué se refiere?

—Su actividad cerebral ha alcanzado picos nunca vistos en anteriores experiencias. Ha superado cualquier expectativa. ¡Oh, my God!, tengo que analizar todos estos datos antes de mañana y me faltan horas.

—Pues vaya buscando tiempo de debajo de las piedras, porque yo necesito que me resuelvan algunas dudas.

—Todo a su debido momento —se apresura a advertirme don Evaristo—. Antes tendrá que realizar un informe pormenorizado de todo lo acontecido ahí abajo.

—Mucho me temo que eso no va a ser posible mientras que no me cuenten toda la verdad —amenazo en el preciso momento en el que se me nubla un poco la vista. Me siento cansada. Puede que esa actividad cerebral tan alta que asegura el profesor esté haciendo mella, aunque no voy a marcharme ni a rellenar ningún informe mientras no consiga las respuestas que necesito.

—Le hemos contado todo cuanto desea saber.

—Usted sabe tan bien como yo que eso no es cierto, don Evaristo —le advierto intentando no excederme con las libertades que ya me he tomado en anteriores ocasiones—. Su hijo y yo nos cruzamos unas palabras durante el primer viaje y, sin embargo, no hizo la menor referencia al respecto durante el segundo. Estoy casi convencida de que este hecho no ha sido motivado por el menor conflicto, así que ya me está contando qué se me escapa o tendrá su dinero de vuelta con un lacito.

No me creo ni yo la amenaza que le lanzo, pero ya he podido comprobar en varias ocasiones que me consideran insustituible para alcanzar el éxito en la misión. Los resultados de este segundo viaje avalan mi hipótesis, con lo que mi «farol» está más que justificado.

—Acabemos de una vez con esta absurda discusión —resuelve con frustrado tono de voz—. ¿Qué más pretende saber? ¿Cree acaso que le ayudará a alcanzar el objetivo?

—Sin tener nada claro qué siguen ocultándome, desconozco su importancia. Quiero saber si Iván olvida las vivencias del día anterior porque, si no me equivoco, para él ya habrán pasado unas veinticuatro horas.

Deja caer sus párpados con signos de abatimiento. Desconozco si lo motiva mi desvergonzada persistencia o quizás la certeza de que se verá obligado a contarme algo demasiado íntimo. De cualquier modo, me siento incapaz de saber cómo «atacar» a su hijo sin conocer aspectos de sus dos vidas tan significativos como imagino.

—De haberse limitado a seguir el programa previsto, era cuestión de tiempo que lo hubiese verificado.

—O sea, que tengo razón. —Su gesto más repetido desde que le conozco confirma la primera de mis sospechas—. Bien, ya vamos avanzando. Ahora necesito estar al tanto de la versión oficial acerca de una circunstancia que tendrán más que analizada. ¿Qué piensan que motiva su amnesia?

Aprieta los dientes y, por un momento, pienso que va a soltarme toda una serie de improperios o me va a pedir que abandone las instalaciones. Por suerte, parece que intenta relajarse cuando coge aire con fuerza y luego expulsa toda su indignación en un sonoro resoplido.

—Mi hijo se encuentra en ese estado por decisión propia. Sin recuerdos, sin ataduras ni preocupaciones. Cada día que pasa es una nueva vida para él, a pesar de que repite idénticas vivencias.

—¿Quiere decirme que cada uno de sus días es idéntico al anterior?

—Así es.

—¿Por qué querría volver a vivir una y otra vez el mismo día, con las posibilidades que existen ahí abajo? —pregunto desconcertada.

—Oye mis palabras, pero no me presta atención.

—Es que no termino de entender por qué desearía alguien tener una existencia tan pobre en el paraíso.

—¡Porque cualquier variación le conduce al infierno! —me grita para mi mayor sorpresa. Es la primera vez que pierde de verdad los nervios, por lo que mi

siguiente pregunta, aunque conozco la respuesta, resulta obligada.

—Intentó suicidarse, ¿verdad?

No hace falta que responda. Sus ojos vidriosos ya le han delatado. ¡Buf, que fuerte! Aunque ya lo había imaginado, cada paso que completo en esta surrealista historia da mayor valor a mis emolumentos. La consecución del objetivo se presenta más complicada cuanto más me acerco a conocer los aspectos de la vida de Iván. De sus vidas, pues el transcurrir de una está ligado a las consecuencias de la otra. ¿Cómo podré conseguir que deje atrás una vida sin recuerdos para que regrese a otra que provocó su deseo de olvidar?

—¿Por qué?

—En la puerta le espera un cabo que le conducirá hasta mi coche. Mi chófer le llevará hasta su casa o hasta donde le indique —dispone sin la menor intención de responderme.

Mi primera reacción casi me lleva a replicar, pero creo que en esta ocasión sería muy cruel y desacertado continuar tensando la cuerda. No tengo derecho a hurgar en su dolor. Creo que tendré que pensar de forma concienzuda en una estrategia para acercarme a Iván sin saber qué motivó su trágica decisión de acabar con su propia vida. La verdad es que conocer este hecho lo cambia todo. Quizás tuviera razón don Evaristo al intentar ocultarme la verdad, pues ahora no seré capaz de mirar a los ojos a Iván sin sentir cierta compasión. Del mismo modo, me costará desterrar mis remordimientos al cruzar mis ojos con los de su padre por haber sido tan dura y cabezota.

Al llegar a casa, a punto estoy de llamar a las chicas para contarles todo lo ocurrido, que no es poco. Sin embargo, es más poderosa la opresión que siento en el pecho que la necesidad de compartir con alguien las extraordinarias experiencias vividas. Una extraña sensación se apodera de mí. Me siento sucia y ni siquiera espero a llegar al cuarto de baño para desnudarme.

Cuando llego, me introduzco en la ducha y abro el agua fría hasta el tope, meto la cabeza debajo y dejo correr el agua durante mucho tiempo. Percibo en las mejillas un contraste de temperatura que no se corresponde con la frialdad que me envuelve. Al entender que se trata de lágrimas de impotencia ante una situación tan imprevista como triste y desconcertante, rompo a llorar como no recuerdo haberlo hecho nunca. Sé que alguna vez lo hice, pero me parezco a Iván en que yo también decidí olvidar. Lloro y lloro por todo y por nada. Y es que en realidad no sé por qué lo hago. Quizás por la

rabia de que Iván y su cobardía hayan condenado a sus padres a vivir un infierno. Un averno que sólo yo parezco predestinada a destruir, aunque para ello me vea obligada a que Iván vuelva a ingresar en él.

¿Por qué tuve que contestar al maldito anuncio? ¡Mi vida era muy plácida hasta que lo pusieron delante de mis ojos! Me levantaba temprano, desayunaba con las chicas entre risas, recorría la playa sin mayor preocupación que mirar si el cielo estaba enfadado y pasaba toda la tarde en las redes sociales. Sólo cuando me agobiaba de ver que la gente compartía sus problemas con el mundo, decidía dar una vuelta y tomarme una copa. ¡O dos o veintidós! Y si terminaba liada con algún yogurín, como dice Gema, al día siguiente era historia porque sin compromiso no hay problemas, ni preocupaciones.

Pero ahora cambia todo. Lo quiera o no, me he visto envuelta en un problemático acuerdo del que no soy capaz de huir. Si lo dejo, me sentiré en deuda con don Evaristo y con doña Consuelo. En cambio, si continúo adelante, temo encariñarme tanto con Iván que pueda llegar a comprender sus motivos. En tal supuesto, será él a quien le falle cuando descubra mi propósito de traerle de vuelta.

—¡Pero él fue un cobarde! —me oigo gritar—. No quiso afrontar cualquiera que fuese el problema que motivó su partida por la puerta de atrás.

¿Y quién soy yo para juzgarle sin conocer los motivos? Quizás no tuviera nada que le atara a este mundo. A lo mejor fueron sus propios padres quienes le empujaron hacia el abismo.

¡Eso es! Don Evaristo es muy recto y, a lo mejor, siendo Iván adolescente, decidió no seguir los pasos con los que su padre pretendía que se convirtiese en un militar, como él. Sería una razón de peso para que saltaran más chispas de las aconsejables. O puede que, una vez dentro del Ejército, no fuera capaz de superar los efectos de las barbaries ocasionadas en la guerra. ¿Libia, Iraq, Siria? Podría haber sido destinado a cualquier región en guerra y haber perdido a un compañero. O quizás a hombres bajo su mando.

¿Y si la razón no es tan rebuscada e intentó quitarse la vida por desamor?

Hay muchas mujeres en el mundo.

¿Y si la suya perdió la vida y él se sintió incapaz de vivir sin ella?

—¡Cielo santo!, ¿por qué tiene que ser tan complicada la vida de los demás?

Salgo de la ducha tiritando y sin encontrarme mejor. Miro la hora, ya vestida

con el albornoz, y me sorprendo al comprobar que he pasado tres horas para no llegar a ningún sitio. O sí. Me obligo a llamar al teléfono que me facilitó don Evaristo para advertirle de que mañana no iré a trabajar. Espero no tener que ofrecerle la menor explicación. No tengo ganas de hablar. Mucho menos, cuando lo haría para decirle que, si vuelvo a viajar mañana, mandaré al traste la operación porque no seré capaz de contenerme frente a Iván. No sé qué me deparará el futuro, pero hoy por hoy me pongo en el lugar de los padres. De bajar, sólo reproches podrían salir de mi boca para traer a Iván por los pelos.

¡Maldito cobarde!

La llamada a don Evaristo se resuelve de la mejor manera posible: me salta el contestador y le dejo el mensaje de que sigo adelante, pero mostrándole mi deseo y mi necesidad de despejar la cabeza. Necesito hacer una composición de lugar y centrarme de nuevo para recuperar el control que creo haber perdido.

En cuanto cuelgo, me viene a la cabeza el rostro de Iván y vuelvo a preguntarme por qué querría quitarse la vida. Descarto la idea de evadirme pensando en él, por lo que me dirijo por instinto hacia el armario y cojo lo primero que me salta a la vista.

—Voy a salir, a emborracharme y a tirarme al primero que me tire los tejos. Eso haré. Seguro que me olvido de todo y mañana lo veré con otros ojos. Con resaca, pero con una visión diferente de la que hoy no me permite pensar con claridad.

En cuanto termino de vestirme —bastante «provo», para qué nos vamos a engañar—, me dirijo a la cocina y tiro de un «culo» de JB que aún conservo de la última noche de cine en casa con las chicas. Sin pensarlo, comienzo a beber como si se tratara de agua y los efectos no tardan en manifestarse. Sin apenas llegar a notar el fuego que me recorre las entrañas, todo lo que llevo dentro sale hacia el exterior junto con el whisky que me he metido entre pecho y espalda. No podía acabar de otra forma. Con restos de alcohol y bilis allá donde mire, me arrodillo y continúo expulsando la vida por la boca.

—¡Maldito seas, Iván! —apenas consigo protestar. La culpa la tiene él. ¡De todo! De las manchas de vómito en mi vestido «polvo fácil», de la panzada de limpiar que me pegaré cuando desaparezcan estas nauseas y, en definitiva, de traer los problemas hasta mi apacible vida. Sin ser consciente de ello, pero culpable de todos modos, pues un acto tan cobarde afecta a la vida de muchas personas, lo quieras o no.

El resto del día lo paso limpiando, llorando, vomitando, volviendo a limpiar,

volviendo a llorar y volviendo a vomitar. Hasta que caigo rendida y duermo durante tanto tiempo seguido que no recuerdo otro descanso tan prolongado.

Al día siguiente toca bajón y apenas me dedico a ir de la tele a la cama, de la cama a la ducha, de la ducha a la tele y de ahí al ordenador portátil. Buena parte de mi tiempo lo ocupan algunas consultas a foros visitados por gente que pasó por circunstancias similares a la de Iván y lo superaron. Me intereso por sus razones, pero son tan diferentes entre sí que resulta utópico encontrar un patrón que me ayude a entenderlo.

¿Cómo podré salvarle del pozo en el que se encuentra si no tengo ni idea de por qué quiso entrar en él?

Al tercer día decido resucitar. Enciendo el móvil, apagado desde que, tras enviar el mensaje de voz a don Evaristo, avisé a las chicas con otro por Whatsapp para tranquilizarlas. Tras varios días sin aparecer por la cafetería, seguro que se preocuparían y moverían cielo y tierra para encontrarme. Mintiéndoles, me aseguré de que no me molestaran, tras indicarles que estaba agotada después de los dos primeros viajes. Por supuesto, les prometí que les contaría todo en nuestro siguiente desayuno juntas.

Y he decidido que hoy es el día en el que tengo que activarme y recuperar la normalidad. Me levanto muy temprano y bajo al bar de Nacho para tomar café. Me apetece reflexionar con una taza hirviendo en la tranquilidad de la noche. No cuenta con la comodidad de la cafetería en la que desayuno con mis locas, pero tampoco se está tan mal. Creo tener ya claro mi futuro más cercano y en él me encierro, hasta que compruebo que se me está haciendo tarde para acudir a mi desayuno con las chicas.

Cuando llego, todas me reciben como si hubiera llegado de un largo viaje, lo cual me resulta ciertamente irónico. Tras una batería de preguntas que llegan desde los tres puntos cardinales que me flanquean, decido tomar el control de la situación al ordenarles que se callen para poder explicarme. De forma sorpresiva, me hacen caso a la primera. Imagino no se esperaban un arranque tan impropio de mí. Como ninguna parece tener prisa hoy, me tomo mi tiempo para contarles de cabo a rabo todas y cada una de las experiencias vividas desde la última vez que nos vimos.

—Y dices que todo se presenta tan real como nos ves a nosotras en este preciso momento —reflexiona Gema, lo cual me hace augurar que prepara una tontería de las tuyas.

—Así es.

—Allí nos pediste silencio y te hicimos caso, al igual que aquí. Allí nos hiciste desaparecer y aquí... ¡Mierda, me estás acojonando!

—¡Pero qué tonta eres! —la censuro provista de una sonrisa sincera—. Ojalá pudiéramos hacer y deshacer a nuestro antojo en la vida real. Así se podría erradicar tanto mal como existe en el mundo.

—De hecho y si lo piensas con frialdad, la vida consiste en hacer y deshacer a nuestro antojo —observa Lourdes con su habitual y reflexiva forma de proceder—. Hemos sido concebidos con el poder de decisión. El problema es que muchas personas no son merecedoras de semejante poder porque no saben hacer buen uso del mismo.

—Pero no es lo mismo, Lourdes. Yo puedo decidir tomarme un café o un té, pero mi decisión no debería condicionar la vuestra.

—¿Por eso has pasado tres días atormentada? Te recuerdo que una decisión cobarde fue lo que motivó la tuya de vivir casi dos días como una ermitaña.

—¡A eso me refiero! En el mundo real, todas las decisiones desacertadas parecen destinadas a desencadenar una serie de terribles secuelas en la gente del entorno de quien las toma.

—¡No me chingues, carajo! Ese es un punto de vista muy pesimista. ¿Ya no recuerdas la influencia positiva de grandes personajes de la historia como Gandhi, el Dalai Lama o Jesucristo?

—Por cada uno de ellos, podría contar hasta un centenar de tiranos que también nos trajo la Historia. Imagina un mundo en el que pudiéramos hacer que desapareciera la maldad.

—Lo hago a diario con mis acciones. Cambia tu forma de pensar y estarás cambiando el mundo.

—Suena demasiado bien tu cita para ser cierta.

—Si no tienes fe en poder vivir otra vida, jamás podrás experimentar lo que se siente al hacerlo.

Su última sentencia consigue empujarme hacia un inoportuno estado de introspección, en el cual reflexiono sobre los paralelismos entre sus palabras y las de don Evaristo. Él aseguró algo parecido tras mi frustrado primer viaje. Quizás Lourdes lleve razón y cambiar el mundo dependa de cada uno de nosotros, pero se presenta ante mis ojos como una misión tan colosal como imposible. Tanto, que incluso percibo una

sensación similar al vértigo que me despierta de mis transitorias cavilaciones.

—Sea como fuere, lo que comentas escapa de mi radio de acción. Yo sólo puedo limitarme a incidir en la vida de las personas de mi entorno. Por circunstancias de la vida, ahora me veo obligada a intervenir en la de una familia a la que no conocía de nada hace unos días. Sin embargo, aunque todo salga bien, ni cambiaré el mundo, ni mi participación contará con el beneplácito de todos. Tengo la sensación de que alguien no saldrá bien parado de toda esta historia.

—Quizás se trate de ti —deja caer para conseguir atemorizarme con sus habituales notas discordantes. Menos mal que se autodenomina optimista—. Recuerda que alguno entregó su vida en el pasado para salvar la de mucha gente.

—Pero mira que eres negativa, mujer —protesta Rosana, mi fiel defensora—. ¿Por qué tiene que salir algo mal?

—Porque puede salir mal —me anticipo a la respuesta de Lourdes sin pensar—. Ya me está cambiando la vida y apenas he tenido un par de breves contactos con él. Estoy convencida de que va a existir un antes y un después de Iván.

—Eso no tiene que ser forzosamente malo.

—No lo sé, Lourdes. No lo sé, pero pienso averiguarlo.

—Me asustas —reconoce Rosana.

—Y a mí me asusta una vida tan vacía como la de Iván. Por eso voy a poner todo de mi parte para intentar entenderle y convencerle de que está equivocado. Aunque a veces sea mejor mirar hacia otro lado ante tantos problemas, tarde o temprano hay que afrontar la realidad y encararla con valentía.

—¡Órale, esta es mi chica! —celebra entusiasmada Lourdes, a quien pocas veces se le puede ver con semejante efusividad.

—Al final te has salido con la tuya, ¡cabrona! —advierte Gema a la mexicana sin dejar de reír. De las cuatro, Lourdes es la más inteligente y Gema piensa que ha conseguido convencerme de secundar sus pensamientos, toda vez que la misión parece segura y ha dejado atrás sus temores. Sin embargo, lo que desconoce es lo que voy a anunciarles a continuación.

—No estaría yo tan segura. Voy a mudarme.

—¿Te mudas? —se interesa sorprendida Rosana—. ¡Pero si estabas muy contenta con tu pisito!

—Claro que se muda. ¿Se te ha olvidado que ahora es una ricachona asquerosa que nos mirará por encima del hombro? —bromea Gema—. ¿Te vas a una unifamiliar o a una urbanización con piscina? Retiro lo de ricachona asquerosa.

—Anda y deja de hacer la tonta. No me habéis entendido —les advierto—. Me mudo al piso de abajo.

—Tía, me parece que se han pasado con las drogas esas que te has tragado. ¿Se te ha ido la cabeza?

—No, Gema. Me refiero «al piso de abajo» —aclaro enfatizando y alzando mis cejas con una cómica expresión.

—¡Ah, al piso de abajo! —exclama, entendiéndome por fin—. ¿De qué coño estás hablando, tía?

¡Buf!, a veces resulta agotador lidiar con ellas aquí arriba.

—Chicas, hasta que consiga traerle de vuelta, he decidido mudarme al mundo de Iván.

10 - El mundo de Iván

He telefonado a don Evaristo y le he puesto al tanto de mi intención de volver al trabajo. No ha objetado nada ni se ha quejado por mi repentina desaparición. De hecho, en mi teléfono móvil no había ninguna llamada perdida suya cuando volví a conectarlo. Imagino que entendió mi situación. O eso quiero creer. En cualquier caso, he preferido no hacerle partícipe aún de mi deseo de permanecer en el mundo de Iván hasta que no cumpla con el objetivo de la misión. Doy por hecho que protestará, por lo que prefiero discutirlo cara a cara. En nuestros combates dialécticos en persona siempre he salido victoriosa, así que he optado por no tentar a la suerte.

Por otro lado, le he pedido el favor de que hable con su esposa para que acuda a la base militar. Necesito hablar con ella antes de viajar, pues desconozco cuánto tiempo se prolongará esta nueva experiencia. Al no poner el menor impedimento, me he limitado a informarle de que estaré preparada cuando llegue su chófer para recogerme. Todo demasiado sencillo. Espero que transcurra de igual modo ahí abajo. Aunque antes tendré que convencerles de hacer ellargo viaje previsto al otro lado y mi mejor aliada puede ser doña Consuelo. Ella confió en mí y, como yo, es mujer. Nosotras vemos el mundo desde una perspectiva más pasional. Estoy segura de que estará encantada con mi decisión.

Durante el trayecto hacia la base militar, pienso mucho en la necesidad o no de contar con las chicas ahí abajo. Aunque sé que puedo tirar de ellas cuando me apetezca, tratándose de un entorno bastante maleable, puede que lo mejor sea olvidarme de su apoyo y no dejarme influenciar por nadie. Tengo la corazonada de que no las voy a echar de menos.

Llegamos y, para mi sorpresa, al bajarme del coche me recibe la propia doña Consuelo.

—Felicidades —me saluda de una forma que ni mucho menos esperaba—. Sabía que usted era la persona indicada —confiesa ofreciéndome su mano, la cual estrecho sin pensarlo.

—Muchas gracias por la felicitación y por la confianza que depositó en mí, doña Consuelo. Muy a mi pesar, siento ser una aguafiestas y recordarle que aún no hemos conseguido nada.

—Hemos conseguido mucho más con usted en unos días que en bastantes meses anteriores con gente mucho más preparada, señorita Ripoll.

—Llámeme Laura y tutéeme, por favor —le pido, aunque imaginando recibir una respuesta calcada a la de su esposo.

—Como quieras —me sorprende—. Acompáñame a un sitio más apropiado para conversar, Laura.

Y eso hago, intentando entender por el camino lo receptiva que se ha mostrado de inicio. Eso sí, no ha demandado idéntico tratamiento. Imagino que pretenderá mantener ciertas distancias que ya vienen determinadas por la diferencia de edad y de clase social que nos separa. De todos modos, no debería despistarse mucho si no quiere que la llame Chelo. Risto y Chelo: no suena mal.

—Querías hablar conmigo —me recuerda en cuanto un soldado cierra por fuera la puerta de una estancia similar a una sala de espera.

—Pues sí pero, antes que nada, me gustaría pedirle un favor. Quisiera que me apoyara cuando le traslade a don Evaristo mi decisión de no regresar mientras no lo haga con Iván de la mano —le suelto sin esperar su reacción y con toda la intención del mundo. Por un lado y en previsión de que su matrimonio no pase por el mejor momento, hablo de don Evaristo en vez de referirme a su esposo. Con ello pretendo crear cierta complicidad entre ambas. A su vez, intento conseguir su receptividad a mis preguntas evidenciando mi total entrega a la causa. Nadie se muda a su centro de trabajo para rendir a tope, por lo que espero que reconozca mi esfuerzo.

—¡Eres increíble, Laura! —celebra feliz mientras que yo grito «bingo» sin abrir la boca—. Cualquiera se habría limitado a cumplir, pero tú te has entregado desde el minuto cero.

—Así soy yo, aunque también necesito franqueza desde el principio, y mucho me temo que usted es la única persona en la que puedo confiar al cien por cien.

—¿Qué necesitas saber?

—Cómo y por qué —confieso sin rodeos. Pese a mi determinación, tratar con semejante naturalidad un asunto tan penoso me hace sentir mal.

—Si me lo preguntas, entiendo que es necesario.

—Lo es. Necesito saber a qué atenerme. Siento ser tan ruda, pero debe entender que no puedo dar un paseo por las nubes con él si lo intentó tirándose de un

rascacielos. —Ha sonado muy brusco, pero no parece tan afectada como imaginaba, así que decido continuar—. De igual manera, resultaría contraproducente pedirle que me presente a sus amigos si la muerte de los mismos en algún conflicto bélico motivó su estado actual —termino sorteando el combo de palabras «intento de suicidio».

—Tomó demasiadas pastillas antidepresivas cuando ya fue incapaz de soportar su pena —confiesa con una frialdad que me hiela el alma. Un nudo aparece en mi garganta y me impide preguntarle el motivo. Por suerte, decide continuar sin que yo la empuje—. Creo que ya se hará una idea del detonante.

Incapaz de responder y en peor estado emocional que ella, me limito a negar con la cabeza.

—Por amor, Laura. Por amor.

Las lágrimas luchan por escapar de mis ojos, pero me esfuerzo en retenerlas apoyándome en una tragedia que quiero disfrazar de cobardía. Por desgracia, me siento incapaz de hacerlo. Me veo observando a un Iván destrozado por cualquiera que sea la desgracia que le obligó a no querer vivir. Por amor. ¿Murió su novia? ¿Su esposa quizás? ¿Le traicionó a punto de casarse? No lo sé, pero no soy capaz de quitarme de la cabeza esos preciosos ojos marrones, enrojecidos de llorar hasta la locura.

—Hábleme de él —le pido con mucha dificultad y sintiendo que una lágrima tan gélida como mi estado de ánimo desgarró mi mejilla ardiente.

—Fue un niño muy cariñoso desde casi antes de dar sus primeros pasos —recuerda en un lógico pasado, aunque me encoge más el corazón porque lo que sigue también llegará de igual manera. Para Iván y su familia, ya todo es pasado—. Sensible, generoso, guapo a rabiar y un poco introvertido. Se hizo un hombre sin que sus padres llegaran a ser conscientes siquiera de ello. Él, siempre soportando demasiada responsabilidad sobre sus hombros, mientras yo, más preocupada de las reuniones sociales que de criar y educar a mi propio hijo.

Lo sabía. Estaba convencida de que ella se culpaba de lo sucedido. Pero no puedo permitir que se derrumbe. No aún. Al menos, hasta que no consiga aclarar una última cuestión.

—Tranquilícese, doña Consuelo —le sugiero inventando una volátil entereza—. Usted no tuvo la culpa de nada. Su hijo eligió su destino y permítame la libertad de recordarle que es más reprochable su rendición que cualquier comportamiento censurable de sus padres. Este no es momento para buscar culpables, sino para

encontrar soluciones —me crezco intentando contagiarle mi optimismo—. El destino ha querido que Iván siga con nosotros de forma diferente, pero sigue ahí. Y le prometo que, por muy grande que fuera su desesperación, jamás se aproximará a mi determinación de poder regalar a unos padres el tiempo perdido.

Creo que no se lo piensa. Se abraza a mí como si fuera ella quien hubiera permanecido aislada en el pozo durante mucho tiempo y yo la hubiese rescatado. Apenas la conozco y ya le tengo cariño. Pobre mujer, cuánto sufrimiento y remordimientos llevará a cuesta sobre sus hombros.

—Sólo una última pregunta —prometo separándome de ella.

—Tantas como necesites. Es lo mínimo que puedo hacer por ti.

—¿Cree usted que yo soy del tipo de mujeres por el que Iván sentiría cierta atracción? No me malinterprete —me apresuro a tranquilizarla—. Su esposo ya me dejó bastante claro que no admitirá la más mínima relación entre él y yo cuando todo esto se acabe.

—Hija —se dirige a mí con tono de voz y una familiaridad que me hace sentir muy bien—, Iván jamás posó sus ojos en mujer alguna —confiesa para tumbar cualquier idea preconcebida que pudiera albergar. Mi desconcierto es total al descubrir que Iván no era... ¡Iván es gay! ¿Cómo voy a poder entonces...? Esto lo complica todo sobremanera. Doña Consuelo me contempla sonriente, pese a sus ojos enrojecidos. Se ve que debe de hacerle mucha gracia que vaya a sorpresa por cada hora que paso inmersa en esta locura de historia que me ha tocado vivir—. Tendrías que verte la cara —bromea—. No, Laura, a Iván no le gustan los hombres. Él no las miraba con sus ojos, sino con su corazón.

—Uf —resoplo aliviada—, menos mal. Es decir, no quise...

—No te disculpes. Tu reacción es comprensible, pero no hay nada de qué preocuparse en ese sentido. De haber sido homosexual, es posible que el rechazo de su padre hubiera desencadenado mucho antes la situación en la que nos encontramos inmersos.

—No me malinterprete. No es que me hubiera importado que fuese homosexual. Es decir, yo no... O sí, no lo sé.

—Laura, haz ahí abajo lo que creas conveniente para traer de vuelta a mi... —vacila—, para traer de vuelta a mi hijo. Cuando volváis, que sea lo que tenga que ser. No te preocupes por mi esposo. Él es muy cerrado en bastantes ocasiones; ya le

conoces. Pero en realidad es un buen hombre y quiere lo mejor para ti. Para él, quería decir —corrige—. Si lo mejor para él eres tú, Evaristo no pondrá la menor objeción.

—No lo tengo tan claro. No parece mal hombre, pero me dejó claro que entre su hijo y yo no habría nunca nada aquí arriba. Además, a él, al igual que a usted, también le pedí que me llamara Laura, pero rechazó mi invitación, excepto en un par de ocasiones.

—Por la misma razón que yo prefiero que me sigas tratando de usted. Sabemos que lo más lógico es que nunca despierte Iván. Llegará entonces el momento de tu despedida...

—¿No quieren encariñarse? —pregunto sorprendida—. Pensé que...

—Haríais buena pareja —me interrumpe con una predicción que suena a deseo y que me entenece casi tanto como me asusta. La pareja no se inventó para mí—. Te pareces mucho a ella, aunque la mejoras en muchos aspectos. Tú...

—No me lo cuente, por favor. Prefiero no conocer más detalles. Aquello quedó atrás y tenemos que centrarnos en el presente, aunque con la vista puesta en el futuro.

—Mejor. Creo que es la decisión más acertada.

—Pues entonces, creo que ha llegado el momento de tomar ese ascensor que me llevará al piso de abajo.

Tras nuestra intensa charla, ambas caminamos en silencio hacia el laboratorio, escoltadas por un par de soldados y reflexionando acerca de lo comentado en los últimos minutos. Cuando llegamos, cogemos por sorpresa a don Evaristo, que se encuentra apoyado sobre una consola con signos de evidente cansancio. Ante la nula reacción de su esposa, opto por mostrarme interesada.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, sí —responde nervioso y sin girarse—. Sólo se trata de una ligera indisposición —asegura extrayendo de su solapa un pañuelo con el que seca el sudor de su frente y creo que algo más.

Al volverse hacia nosotras, distingo sus ojos enrojecidos y su rostro un poco demacrado. No se encuentra bien, por más que insista en aparentar lo contrario.

—Si quiere, podemos aplazar...

—No, ni mucho menos. Ya me encuentro bien. Ha sido sólo que... Bueno, vamos allá.

—Antes, me gustaría comentarle algo —me adelanto a su afán por comenzar. Es entonces cuando agacha su cabeza y repara en la mochila que porto en mi mano derecha—. Sí, vengo para quedarme.

—No entiendo.

—He venido para dormir y no despertar hasta que traiga de vuelta a su hijo.

—Eso no es posible —niega con rotundidad, tal y como había previsto. Giro entonces mi cabeza, esperando la mediación de doña Consuelo, que no llega porque ha desaparecido sin avisar. ¿Por qué dice que me apoyará y luego se quita de en medio? ¡Qué familia más rara! Qué le vamos a hacer. Tendré que ser yo la que convenza sola a don Evaristo, como siempre.

—Don Evaristo, no le he pedido opinión. Está decidido. ¿No ha visto «Atrapado en el tiempo»? Si Iván olvida cada día, tendré que permanecer allí para que no se repita su día de la marmota.

—No sé de qué demonios me habla, pero me está pidiendo un imposible. No sabemos los efectos que un sueño tan prolongado podría acarrear a su salud, por no hablar de la dificultad de controlar el tiempo que...

—Somníferos, don Evaristo, así que déjese de simular ignorancia y comencemos antes de que me arrepienta. Asumo cualquier complicación que pudiera surgir, así que redacte dicha cláusula antes de que me entre el sueño. Además —añado—, nadie va a venir a reclamar nada si no regreso. ¿Sabe? —pregunto sin preguntar—, prefiero no volver nunca sin antes sentirme merecedora de la suma de dinero que me prometió —miento a medias, pues me he tomado todo esto como un reto personal que tengo que solucionar porque sólo yo creo poder hacerlo. Sin embargo, necesito ese dinero para rehacer mi vida, para darle un sentido del que ahora carece.

—Es muy peligroso lo que pretende.

—Creo que esa es una decisión que me corresponde a mí asumir.

—Lo que a usted le ocurra es responsabilidad del Ejército, señorita Ripoll.

—Por eso le ofrezco la posibilidad de modificar las condiciones contractuales.

—Nunca pierde —afirma derrotado.

—No cuando me asiste la razón.

Una vez firmado el nuevo documento e ingerido el asqueroso brebaje, me desnudo sin que me lo ordenen y me tumbo sobre la camilla. En esta ocasión tengo

pensado hacer las cosas de forma diferente. He decidido que no voy a ver a Iván en cuanto llegue. Quiero acostumbrarme a su mundo, al que en adelante será el mío. Sólo así podré ser consciente de las posibilidades a mi alcance. Además, mi intención es la de ser yo quien contacte con él esta vez, antes de que lo haga él conmigo.

—Señorita Ripoll, imagino que habrá notado algo raro en el compuesto —supone don Evaristo dirigiéndose a mí a través del interfono—. Hemos aumentado un poco la dosis de Ayahuasca, así como de celastrus.

—Pues no, la verdad. ¿En qué se traduce eso?

—Podrían aumentar las alucinaciones sonoras. La percepción de su entorno se agudizará y le resultará más sencillo controlar sus deseos.

—¿Quiere decir eso que puedo tener un viaje tan alucinante como desee?

—Recuerde que...

—¡Debo ceñirme al objetivo de la misión! —protesto—. ¡Qué pesado! —mascullo.

—¿Cómo dice? No he podido oírla.

—Que si está preparado.

—Los equipos ya están en marcha. Nuestra conversación ya está siendo grabada.

¡Vaya! Cuando la revise podrá oírme llamándole pesado. Bueno, cuando vuelva con su hijo, me lo perdonará todo.

—Por cierto, casi olvidaba algo muy importante. A pesar de mi determinación, puede que las cosas no vayan ahí abajo como yo deseo. ¿Cómo haríamos para interrumpir mis vacaciones?

—Háganos la señal.

—¿Qué señal? Además, ¿cómo van a verla desde abajo?

—Señorita Ripoll, debería prestar más atención a mis explicaciones —me advierte con un tono casi tan agrio como su habitual expresión, con esos mofletes caídos que le hacen parecer siempre triste y enfadado—. Durante los primeros días ya le he indicado que contara hasta diez con los dedos cuando quisiera que la despertáramos. Además, es algo que también se mencionaba en el vídeo que visionó en mi vehículo. Me parece increíble que a estas alturas aún no tengamos claros unos conceptos tan básicos.

—¿Debo tomarlo como una reprimenda? ¡Le recuerdo que no he parado de recibir información desde que le conocí! —me defiendo—. Además, que un despiste puede tenerlo cualquiera, ¡capullo!

—Espero no haber entendido lo que parece haber salido por su boca, señorita Ripoll.

—Seguramente me haya entendido mal, capullo.

—¿Podríamos dejar las discusiones para otro momento, señores? —media el profesor chiflado, en vez de unirse a la fiesta—. Ya debe de estar notando los primeros efectos y es very important que controle la cadencia de su respiración, señorita Laura.

—Muchas gracias por dirigirse a mí con mayor delicadeza que... Bueno, será mejor que me concentre.

Me relajo y procuro mantener un ritmo respiratorio sosegado, siguiendo los consejos del profesor. Tras cada inspiración me cuesta menos mantener el aire en los pulmones y, unidas a las prolongadas expiraciones, consiguen reducir los latidos de mi corazón. En cada viaje me cuesta menos, lo cual favorece que mi mente se evada con mayor facilidad. De esta forma, mantengo mis pensamientos varios metros por encima de mi cuerpo. En esta ocasión pretendo verme desde otro plano astral sin asustarme, como ocurrió en la primera experiencia.

A pesar de comenzar a sentir mi cuerpo muy ligero y tener la percepción de estar levitando, mantengo mis ojos cerrados y me dejo llevar por la paz. Mis sentidos se agudizan y creo poder oír el tenue zumbido del instrumental situado al otro lado de la gran cristalera, desde la cual controlan mis ondas cerebrales en particular y mis signos vitales en general. Sin embargo, lo ignoro y consigo silenciarlo. Me centro en la sensación de vacío tan placentera en la que me encuentro instalada.

Con la absoluta percepción de estar ya sumida en un nuevo sueño lúcido, determino que ya ha llegado el momento de abrir mis ojos y disfrutar de las vistas. Un intenso escalofrío recorre mi cuerpo etéreo al distinguir con infinita nitidez mi cuerpo carnal, situado unos diez metros por debajo de donde me encuentro. Es entonces cuando me acuerdo del techo, que debería de estar situado unos seis o siete metros por debajo de mí aunque, sin embargo, no lo veo porque ha desaparecido.

Interesante: el techo me molestaba y mi cerebro, sencillamente, lo ha eliminado.

Y más arriba, ¿qué hay?

—¡Cielo santo, es precioso! —me emociono al contemplar el cielo más estrellado que jamás creo que haya podido apreciar el mejor de los instrumentales de observación creados por el hombre. Una lágrima provocada por la impresión me despierta de mi involuntario estado de hipnosis y recuerdo la premisa de don Evaristo de ceñirme al plan previsto. Sin embargo, comienzo a tomar consciencia de que aquí abajo —o arriba, según se mire—, mando yo. Estoy convencida de que el último pensamiento antes de caer dormida guarda relación con mi eterno deseo de tocar las estrellas. ¿Quién soy yo para llevar la contraria a mis deseos en el único lugar en el que puedo verlos cristalizados?

Proyecto mis pensamientos hacia el increíble firmamento, poblado por millones de diminutos puntos blancos, y noto de inmediato que mi cuerpo se desplaza dejándose acariciar por la leve brisa húmeda que me escolta en forma de nubes. Pese a que comienzo a ganar velocidad, la percepción es idéntica, en un estado tan placentero como la espectacular vista que contemplan mis ojos lacrimosos. Conforme avanzo, los millones de estrellas se convierten en billones. Y estos, a su vez, se multiplican en trillones hasta teñir mi campo visual de un blanco deslumbrante que no molesta, pero que impresiona hasta el punto de llegar a asustarme.

¿Será esto lo más parecido a ir hacia la luz que narran aquellos que han vuelto de su cita con la muerte?

No puede ser. Es imposible que me encuentre cerca de la muerte porque jamás me he sentido tan viva. Gracias a este oportuno pensamiento, comienzo a distinguir rasgos multiformes que disputan entre ellos por hacerse un hueco en la inmensidad que va adquiriendo tonos anaranjados frente a mi deslumbrado escrutinio. Entonces lo entiendo por fin. Estoy a escasos kilómetros de lo que hasta hace unos segundos, u horas, era un punto blanco.

¡Tengo la posibilidad de tocar una estrella!

Aminoró la velocidad a la par que las corrientes de lava con millones de tonalidades que existen entre el blanco y el rojo más incandescente aumentan su tamaño ante unos ojos más abiertos que nunca. Deberían permanecer cerrados, infinitamente deslumbrados ante la mayor explosión de luz y calor existente en el universo. Sin embargo, contemplan repletos de lágrimas el mayor espectáculo de la naturaleza. El milagro de la vida al alcance de una mano dispuesta a completar un deseo durante años enterrado en el fondo de mi corazón.

Y toco por fin la estrella sin quemarme, aun sintiendo el poderoso abrazo de su

ardiente existencia. Lloro de felicidad, de emoción ante la indescriptible experiencia que jamás podría haber imaginado tachar de la lista de mis sueños imposibles.

Pero aún disfrutando del contacto con la esponjosa caricia de la abrasadora materia que envuelve mi brazo, en mi cabeza se cuela otro de los más ocultos deseos que atesoro. Miro entonces a mi alrededor, buscando el lugar exacto del que procedo. Y allí a lo lejos aparece en su esplendoroso tono azul. Sé que no debería verla desde donde me encuentro, pero también tengo presente que se trata de un sueño, de mi sueño, en el que ocurre lo que a mí me apetece y cuando yo lo demando.

—¿Cómo sería viajar a la velocidad de la luz? —me pregunto dejándome llevar por la euforia—. ¡Probémoslo! —me digo en el momento en el que mi cuerpo se siente atrapado por los brazos de la energía más poderosa que pueda existir. De inmediato inicia un desplazamiento a la mayor velocidad posible, para alcanzar la Tierra en una infinitésima porción de tiempo. Tan rápido ha resultado ser este nuevo viaje, que se antoja imposible disfrutarlo. No al menos con la intensidad de la sensación que me aborda al darme cuenta de estar caminando sobre el mar. El cosquilleo que el leve oleaje me produce sobre la totalidad de la planta de mis pies se presenta delicioso y llevadero. Tanto que, unido a la mágica estampa de mi Cádiz visto desde la superficie del mar y en ultra HD, vuelven a emocionarme y me invitan a llorar una vez más de felicidad. La emoción que siento es indescriptible.

¿Cómo podría explicar la explosión de colores que consigue generar el contraste entre un increíble cielo azul y los tonos pastel de los edificios y de la catedral?

Justo en el momento en el que admiro el impresionante perfil de la seo gaditana, una alarma comienza a sonar en el interior de mi cabeza.

—¡Iván! He venido a rescatarle de este mundo —me oigo recordar en un tono de voz audible que se mezcla con el incesante sonido de las olas que me rodean—. Resulta irónico venir para conseguir que abandone el paraíso.

Parece innegable el inmenso poder de atracción que despierta en cualquiera la alucinante existencia de un mundo sin reglas. Una realidad en la que la paz y el disfrute de la vida priman por encima de cualquier problema heredado del «piso de arriba». Esta vida resulta ser tan atractiva y adictiva como peligrosa. A poco que te despistes, te olvidas de estar viviendo en una quimera, en una fantasía que sólo existe en tu cabeza.

No me extraña entonces que Iván haya llegado a olvidarse de quién es y de

dónde procede. Incluso creo que la naturaleza de este mundo invita a olvidarse de lo vivido el día anterior. Eliminas de tu cabeza cualquier experiencia negativa que hayas podido experimentar el día anterior y te limitas a vivir el presente como si no existiera futuro alguno. De hecho, con semejante presente, ¿a quién podría importarle el pasado o el futuro?

Pero mi caso es diferente. Él no sabe que está durmiendo, mientras que yo lo hago para despertarle a él. Aunque ya me entristece la necesidad de ser yo quien despierte algún día, no puedo olvidarme de que todo lo que me rodea se trata de una ficción. Maravillosa, pero ficción al fin y al cabo.

Tengo que comenzar a ubicarme en este nuevo entorno y concentrarme en el objetivo de la misión. Ahora entiendo por qué me lo repetía tantas veces don Evaristo. Permanecer mucho tiempo aquí es lo más parecido a padecer una bendita locura.

—Céntrate, Laura. No permitas que unos trucos de magia te hagan perder la cabeza. Recuerda cuál es tu meta y dedica todo tu esfuerzo en intentar rescatar a Iván.

11 - Intentando rescatar a Iván

Resulta cómico que me encuentre rematando mis dos horas de reflexión intentando determinar si dicho tiempo es real o no. Es decir, ya tengo claro que no han pasado dos horas ahí arriba, pero no tengo ni idea del transcurso del tiempo aquí abajo. En realidad, casi todo el rato lo he pasado centrada en esta misma idea, que nada tiene que ver con el paso de los minutos o las horas, sino más bien con la percepción de la realidad. Parece claro que aquí abajo sucede cualquier cosa que uno desea, pero ¿qué pasaría si a mí me apetece que llegue la noche y a él no? Y yendo un paso más allá, ¿qué ocurriría si yo deseo que regrese conmigo y él no quiere?, como, de hecho, así parece ser.

Imagino que por eso me dejó entrever don Evaristo que el mundo aquí abajo funciona de forma similar a como lo hace arriba. Es decir, mis deseos podrían chocar de frente con los de otra persona y no puedo modelar el mundo a mi antojo. Pero, aun teniendo clara esta premisa, la probabilidad de cometer errores se antoja bastante alta por culpa de lo que convierte esta tierra imaginaria en un paraíso. El conflicto entre dos personas anhelando sueños contrapuestos podría presentarse como la peor de las reacciones químicas en un laboratorio, lo cual resulta irónico, teniendo en cuenta dónde nos encontramos ambos en realidad. No quiero imaginar qué podría ocurrir si, en vez de dos personas, muchos individuos compartieran sueños lúcidos.

—Tengo que procurar por todos los medios no crearle ningún conflicto. Podría echarlo todo a perder —reflexiono en voz alta para convencerme del camino seguro que debo tomar—. Si yo estuviera soñando sin saberlo y ocurrieran cosas extrañas, me asustaría —resuelvo—. O quizás no. No lo sé. Lo normal en los sueños es que ocurran cosas raras. En cualquier caso, intuyo que esto será más complicado de lo que en un principio imaginé.

¿Qué ocurriría si quiero que aparezca ahora aquí, paseando a su perro por la playa? A lo mejor él no querría o no tendría perro y mi deseo acabaría frustrado. Podría intentarlo para comprobar a qué me expongo. Ya está, eso haré.

—¡Quiero que aparezca Iván paseando a su perro!

Durante unos segundos me dedico a inspeccionar la playa, en busca de Iván y del perro que yo misma he decidido designarle como inseparable compañero. Incluso

alzo la vista hasta el paseo marítimo, pero el único canino que diviso lo pasea una mujer entrada en años que se encuentra a escasos cien metros de mí.

—Parece claro que mi deseo choca de frente con el suyo. Tendré que limitarme a ir a lo seguro y acercarme a la misma cafetería de mi anterior viaje para forzar un encuentro.

Aunque, ahora que lo pienso, don Evaristo me dijo que sería sencillo dar con su hijo porque mi radio de acción se limitaba al sueño de Iván. Esto da lugar a dos alternativas: o estaba equivocado, o Iván se encuentra más cerca de lo que mi campo de visión insiste en desmentir.

Abandono la playa con la intención de coger un taxi que me lleve hasta la plaza de la catedral. Aún sin una estrategia clara de cómo entablar conversación cuando le encuentre, camino por el paseo marítimo absorta, con la mirada perdida. Sin embargo, el sentido del oído despierta a los demás receptores sensitivos, aparentemente adormilados, cuando percibe un tono de voz tan encantador como anhelado. Ya daba por hecho que don Evaristo había errado en su hipótesis, pero, al girarme hacia una de las terrazas y descubrir a Iván sentado con un par de mujeres, entiendo que la equivocada soy yo.

—¿Qué hago? —me pregunto petrificada ante mi falta de previsión. Como mire hacia aquí y me descubra parada y mirándole, pensará que no tengo la cabeza muy bien amueblada o que estoy más salida que una perra en celo—. Tranquila. Es casi seguro que no te recuerde —me digo—, así que camina hacia allí, siéntate en la mesa de al lado y pide algo mientras piensas en una forma de hablarle sin hacer el ridículo.

Sentado y ofreciendo su perfil derecho al paseo marítimo, conversa con las dos chicas ajeno a mí por completo. Pese a todo, me dirijo hacia la mesa situada a su espalda. Vestido con unos vaqueros gastados y una camisa negra, se presenta relajado y en una postura que denota una gran seguridad. Se le ve cómodo. No obstante, ya lleva demasiado tiempo aquí abajo como para sentirse el puto amo del lugar.

Justo antes de sentarme, me fijo en la mujer sentada frente a él. La minifalda roja casi parece una cinta del pelo usada para tapar sus partes nobles, lo cual me resulta irónico. Más que tapar, su función parece ser la de destapar. Cuando tomo asiento, me fijo en los dos kilos de pintura que luce su rostro, con un rojo chillón adornando sus labios. Por ser benévola, diría que lleva la palabra buscona tatuada en la frente. Aunque yo no sea tan diferente cuando salgo de marcha, no me agradan las mujeres que se ven a sí mismas como un objeto de culto. Más por objeto que por culto.

Y hablando de culto, no parece que la cultura sea su virtud más destacada. Me cae mal y aún no la conozco.

La otra no parece muy diferente aunque, a pesar del generosísimo escote con el que centra cualquier atención sobre su persona, viste un poco más recatada.

—¿Qué crees que puedes aportarme? —pregunta Iván con su tono de voz agradable a la de la falda tan pequeña como su pudor. Parece claro que se trata de una entrevista de trabajo y que la genética cumple con su función, pues don Evaristo me hizo a mí la misma pregunta.

—Soy una persona con muchas virtudes —defiende, cargando de picardía sus palabras—. Mi obsesión es que mi jefe quede contento y satisfecho.

Menuda zorra. Sólo le hace falta sortear la mesa y subirse a horcajadas sobre Iván.

—¿Y tú, piensas igual que tu hermana?

Ah, vale, que encima son hermanas. Pobre madre. Aunque quizás también se trate de algo genético.

—Yo no soy persona de pensar mucho. Siempre me dejo llevar por mi instinto. ¡Vaya par! No entiendo cómo puede haber personas así.

Aunque, ahora que lo pienso, ellas no existen. Sólo están en la cabeza de Iván. Bueno, y ahora en la mía.

¿Esto es lo que él desea, dos guarras que no sólo sirvan calientes los cafés? No creo que contratar a dos pibones tan superficiales sea lo más conveniente para que emerja el verdadero Iván. Él necesita cerca a alguien que escarbe en su interior y le recuerde las cosas verdaderamente importantes de la vida. Vale que el sexo también lo es, pero no lo suficiente como para dar sentido a nuestra existencia.

Quizás vaya siendo hora de experimentar un poco. Voy a intentar que desaparezcan de forma natural.

—¿Por qué no te sientas con ellos? —pregunta tan cerca una voz infantil que sólo puede estar dirigiéndose a mí. Giro mi cabeza hacia el origen de la pregunta y veo sentado a mi lado, en la mesa contigua, a un niño de unos siete años que espera una respuesta.

—¿Hablas conmigo?

—Sólo estás tú. Si quieres oír lo que dicen, ¿por qué no te sientas con ellos?

—Guapo, ¿te has perdido? —le pregunto a la vez que busco a mi alrededor a una madre demasiado relajada. De paso, también me cercioro de que Iván no haya prestado atención a las palabras del renacuajo este.

—No, mi madre es esa de ahí —me indica señalando con uno de los muñecos que porta en sus manos.

—¿Y qué haces aquí, en lugar de estar ahí?

—Ella habla con su amiga, pero tú estás sola.

—¡Ay, qué mono! —observo forzando la sonrisa—. Anda y ve con tu madre, diablillo. Yo estoy muy bien sola.

—Pero conmigo estás mejor. Ahora no tienes que divertirte escuchándoles a ellos. Puedes hablar conmigo.

—Niño, ¿por qué no vas a darle...? —Dar por culo no es muy apropiado para un pequeño demonio—. Tu madre te está llamando —le digo en voz más alta de lo que me habría gustado, esperando que me oiga quien le dio la vida y amarre al jodido niño a la pata de la mesa.

—¡Pablito, deja de molestar a la señora! —ordena despreocupada a su hijo y, acto seguido, continúa charlando.

—Nos estamos haciendo amigos, mamá.

—Mira, hijo, yo no me hago amiga de los niños. Los meto en un saco y luego me los como. Y ahora, ¡vete con tu madre antes de que me abras el apetito!

El chiquillo abre los ojos como si hubiera visto a un fantasma y sale disparado hacia donde se encuentra quien tiene la culpa de todo.

¡Joder!, ¿para qué quieren tener hijos? ¿No es mejor tener un perro, que sólo lo sacas a la calle para que orine? Al menos, la ley obliga a llevar a los perros con correa para que no molesten a nadie.

—Entonces, os espero allí —oigo decir a Iván en el preciso momento en el que vuelvo a prestarle mi atención.

¡Mierda!, ¿allí dónde? ¿En la cafetería? Tengo que enterarme como sea, pero ¿cómo? ¡Maldito niño, cómo los odio! No hacen más que molestar y pedir.

Piensa Laura, piensa.

Las hermanas «guarrindongi» se levantan y, tras despedirse de él con un par

de sonoros besos cada una, se marchan dejándolo solo. Y a mí no se me ocurre nada. Piensa, Laura. Piensa.

—No parecen las más indicadas para servir desayunos —dejo caer, casi sin ser consciente de lo que digo.

Se vuelve y me mira frunciendo el ceño. Creo que no está nada acostumbrado a que nadie cuestione sus decisiones por aquí.

—¿Se dirige usted a mí?

—Así es. Le decía...

—Ya he oído lo que me decía —me interrumpe sin perder la calma—, pero no creía que se dirigiese a mí porque mi educación no me permite estar pendiente de las conversaciones de los demás.

—Oh, lamento mucho. Yo...

—¿Pretendía quitarles el puesto de trabajo al que aspiran? —me corta de nuevo.

—¡Claro que no! Yo no me veo... Es decir —intento explicarme nerviosa—. Yo no creo que pudiera trabajar nunca en una cafetería —aseguro y, a continuación, me doy cuenta de que he perdido una buena oportunidad para estar cerca de él.

—No aspiran a un puesto en una cafetería, sino en un bar de copas.

—Oh, yo pensé que... —Vale, la he cagado. Olvidé lo que me dijo en nuestro primer encuentro. Parece que aquí abajo cuenta con muchos negocios—. He asociado su apariencia con el prototipo del dueño de cualquier cafetería —alego una torpe excusa.

—Interesante —reflexiona permitiendo que se relajen sus facciones para regalarme una sonrisa bastante seductora, aunque nunca tanto como el peculiar brillo de sus ojos marrones—. No sabía que los propietarios de cafeterías respondían a un patrón que los hacía parecerse. Me pregunto entonces cómo será el prototipo para quien regente un bar de copas. ¿Cómo son los propietarios de los bares de copas? —repite, preguntando de forma directa en esta ocasión para hacerme sentir ridícula—. Usted parece dominar el tema, señorita...

Rehúso su invitación a desvelarle mi nombre. Estoy más preocupada por saber cómo conseguía escapar sano y salvo Houdini de aprietos más serios que el que está consiguiendo avergonzarme en este momento.

—Déjelo. Ha sido un error.

Por suerte para mí, aparece un camarero y me pregunta qué quiero tomar. Espero que Iván se olvide del tema y me dé tiempo de pensar en otra estrategia.

—¿Un error? —repite para hurgar en la herida que ha dejado abierta mi sentido de la improvisación—. Le habría supuesto menos vergüenza admitir que intentaba «hacerles la cama».

—¿Hacerles la cama? Me ha dado la impresión de que eran ellas quienes querían hacer la cama de alguien. O, más bien, calentarla.

¿Por qué he dicho eso? Ahora pensaré que estoy celosa, aun sin conocerle de nada. Y no lo estoy, ¡por supuesto! Jamás he sentido celos de nadie. Mucho menos, de alguien a quien acabo de conocer.

—Se inmiscuye en una conversación ajena y prejuzga a dos personas a las que no conoce de nada. Y todo por conseguir un trabajo —insiste para comenzar a irritarme. Aunque...

—Yo... lo lamento mucho. Es cierto que necesito un trabajo, pero no pretendía insultar a esas... señoritas —miento—. Simplemente, me pareció... Bueno, me equivoqué. Reconozco que su imagen es bastante apropiada para trabajar en un local nocturno.

—¿Ve usted? Habría sido más elegante preguntarme sin rodeos si podía ofrecerle un trabajo.

Poco me falta para soltarle una barbaridad, pero el rostro de decepción de doña Consuelo se cuela en mi cabeza y me muerdo la lengua en última instancia.

—¿Puede usted ofrecerme un trabajo?

—Su carta de presentación no es la más recomendable; de eso no creo que existan dudas ya. Sin embargo, voy a ofrecerle el beneficio de la duda y creeré que todo se ha tratado de una terrible confusión, señorita...

—Ripoll —respondo esta vez sin pensar, dispuesta retomar la senda de la tranquilidad.

—Aquí tiene su zumo de naranja, señorita —me indica el camarero, mientras que Iván aprovecha el momento para tomar asiento en mi mesa, frente a mí.

—Bien, señorita Ripoll, ¿qué cree que puede aportarme?

¡Maldita sea esa pregunta! ¿No podría preguntarme a qué me dedico, cuál es mi

profesión o cualquier otra pregunta más directa? Creo que, al igual que su padre, sólo busca analizar mi reacción.

—Constancia, dedicación, puntualidad, profesionalidad y, aunque no lo crea, don de gente.

—Interesante —apunta meditando a la vez que se pellizca la barbilla con una naturalidad que me resulta extrañamente familiar—. Con esas cualidades no me basta para contratarla con la misión de servir copas, a pesar de su agraciada imagen.

—Gracias por el cumplido.

Hace un gesto alzando las cejas y no llega a responder. ¿A quién habrá salido?

—Sin embargo, dando por sentado que ha sido honesta conmigo, lo cual no me atrevo a prejuzgar, creo contar con un empleo bastante apropiado para usted.

—¡Oh, cuánto me alegra saberlo! ¿De qué se trata?

—Teniendo en cuenta su incuestionable paciencia con los críos...

—¿Me ha espiado? —pregunto algo que también sospeché de su padre.

—Bueno, como bien sabe, oír las conversaciones de la mesa de al lado no se puede considerar propiamente espiar.

Vuelvo a morderme la lengua porque hace sólo un par de minutos que me recriminó idéntico comportamiento. ¡Maldita sea, ha oído lo que le dije al mocoso ese!

—¿En qué consiste el trabajo? —cambio de tema para centrarme en lo que importa de verdad.

—Tengo un local de celebraciones muy animado. Ya sabe, ese tipo de lugares repletos de bolas en los que los críos celebran sus cumpleaños.

—¡Imp...! —No puedo decirle imposible, por muy odioso que pueda resultarme trabajar rodeada de demonios enanos—. ¿Importa que no posea experiencia? —cambio el rumbo de la frase que pretendía lanzarle.

—Creo que bastará con que no haga aparecer su saco y vaya a trabajar habiendo comido ya.

—Muy gracioso —observo con expresión de asco.

Debería ser yo quien me centrara en ponerle en aprietos a él cuando accediera a su interior. Sin embargo, es él quien ya ha conseguido alterarme con uno de mis puntos débiles: el odio a los niños. Y además parece hacerle gracia, pues estoy

convencida de que podría haberme ofrecido cualquier otro trabajo, pero ha decidido dar donde duele. Pero no voy a mostrar el menor síntoma de flaqueza. Ya pensaré en la forma de darle la vuelta a la tortilla y encontrar sus puntos débiles, como Laura que me llamo.

—Acepto.

—¿Sin saber cuánto cobraré?

—Imagino que antes de contratarme querrá probarme y asegurarse de que no me como a los hijos de quienes le pagan.

—No las tengo todas conmigo —se burla con ironía—, pero sí. Imagino que lo mejor será verificar que su desencuentro con el crío de antes también se trató de un malentendido. Es más, apostarí a que le encantan los niños.

Un tremendo ardor me recorre el pecho al oír su pregunta velada. No sé si lo motiva que siga intentando ponerme nerviosa o la fobia que siento por los niños. De cualquier modo, creo que tendré que tragarme mis emociones si quiero conseguir algún tipo de avance.

—¿Cuáles son las condiciones?

—No comerse a los niños —insiste en picarme—, entrar a trabajar a las cuatro y salir a las diez, ser puntual y agradable con los críos y poco más. Se trabaja todos los días y se descansa uno de manera rotativa con las que serán tus compañeras. Cobrarás ochocientos euros y...

Hago el amago de protestar porque me parece muy poco a pesar de la crisis económica que nos asola. Sin embargo, vuelvo a morderme la lengua porque recuerdo que no necesito el dinero aquí abajo y porque, en realidad, no son muchas horas al día. Imagino que tendré que usar las mañanas en indagar sobre su vida imaginaria.

—¿Cuándo comienzo?

—Mañana, pero se me ha olvidado un detalle muy importante. —Calcando el gesto de la familia Carrasco, alzo mis cejas y demando mayor información—. Cada día le toca a una empleada disfrazarse de Petra la fantástica para animar los cumpleaños de los niños. Ya sabes, ayudarle a abrir los regalos, llevarles la tarta y cosas así —explica mientras que yo me quiero morir—. Verás qué bien lo vas a pasar. Es súper divertido —asegura—. Te encantará reírte de ti misma cuando te veas vestida de serpiente rosa. Eso sí, no le falta el más mínimo detalle, con sus escamitas sonrosadas, su lengüita viperina...

—Bueno, ¡basta ya! Creo que puedo hacerme una idea —manifiesto contrariada—. ¿Dónde se encuentra el local? —me intereso por las señas de mi infierno particular. Saca una tarjeta de su cartera y me la entrega a la vez que una sonrisa que ya no me parece tan seductora. ¡Capullo! Si no fuera porque estoy obligada a contactar contigo, te ibas a enterar tú de lo que vale un peine.

—Está bien —asiento antes de acabarme el zumo y sacar la cartera para pagarlo.

—No es necesario; está pagado.

—¿Cuándo ha pagado?

—Cuando me convertí en propietario de esta maravillosa heladería.

Tiene salidas para todo. A lo mejor, ni siquiera le pertenece, pero como es su sueño y puede actuar a su antojo...

Me parece que voy a tener que esforzarme por ser más lista que él o, en vez de ser yo quien me coma a los niños, será Iván quien termine merendándome.

Sin embargo, lo que más me preocupa ahora mismo es lo que llegará a partir de mañana. Jamás habría imaginado que terminaría buscando un trabajo aquí abajo.

12 - Mi trabajo aquí abajo

Petra la fantástica. ¿A quién demonios se le ocurre llamar a una serpiente Petra la fantástica? Aunque lo peor no es ponerle ese nombre, sino que una legión de mocosos me llamarán así a mí. Por suerte, imagino que no tendré que disfrazarme mientras que no tenga claro qué tengo que hacer exactamente. Eso me da unos días de tranquilidad, aunque mucho me temo que no serán suficientes para convencer a Iván de que su vida está arriba.

Tengo la sospecha de que esto va a ser mucho más complicado que conseguir relacionar a dos personas a través de sus sueños. No tengo más que acordarme de la odisea de ayer para decidir dónde vivir mientras que me encuentre aquí abajo. Mi piso actual lo descarto porque es muy pequeño y aquí tengo la posibilidad de vivir mejor. Además, tengo que acostumbrarme, pues lo primero que haré cuando vuelva arriba será buscar otro lugar para vivir. Mi primera opción fue acomodarme en uno de los muchos chalets ubicados en la vecina San Fernando, pero reparé en las palabras de don Evaristo. Al indicarme que mi mundo aquí abajo se reduce al radio de acción de Iván, me vi obligada a instalarme en la capital gaditana.

Me pasé toda la tarde eligiendo la ubicación perfecta. Cuando por fin decidí quedarme a vivir en una lujosa finca del barrio con más vecinos acomodados de la ciudad, caí en la cuenta de que podría derivar en un conflicto futuro para Iván. Alguien que acepta un trabajo, que implica disfrazarse de serpiente, no reside en un barrio más apropiado para quien lanza ofertas de empleo en cualquiera de sus muchos negocios. Al final opté por mudarme a un barrio más obrero para no levantar sospechas si llegaran a verme de camino a casa o al trabajo. Eso sí, con vistas hacia la bahía en uno de los edificios más nuevos de la zona.

—Ha llegado la hora —reconozco frustrada, después de pasar toda la mañana comiéndome la cabeza por culpa del empleo que me he visto obligada a aceptar para estar cerca de Iván.

Espero que mi esfuerzo obtenga su recompensa, pues no las tengo todas conmigo. Teniendo en cuenta que este hombre parece haber decidido ser el dueño del Cádiz ficticio en el que vive, imagino que se pasará el día de empresa en empresa. Mucho me temo que le resultará más atractivo entrevistar a guarras dispuestas a

meterse en su cama, a cambio de un contrato de trabajo, que comprobar si yo cumpla como Petra la fantástica.

Después de mucho pensarlo, me armo de valor y decido levantarme del banco situado a unos quince metros de la fachada de mi nuevo empleo. No me queda más remedio que probar suerte. Siempre tendré la opción de abandonar el puesto de trabajo si él no llegara a aparecer por aquí o, en el peor de los casos, si ni siquiera se acuerda de mí. Esta opción es más que probable, teniendo en cuenta los precedentes y la información que me suministró su padre antes de viajar: parece olvidar todo lo vivido el día anterior.

Entro en el local una vez asimilado su nombre, y es que es duro de digerir que tenga que currar casi todos los días en La madriguera de Petra. El nombre de la maldita serpiente bien presente, para que no se me olvide que tendré que disfrazarme y divertir a los niños.

Una chica casi tan rubia como yo se dedica a barrer los restos de la «guerra» del día anterior. No parece descontenta, aunque imagino que se alegrará cuando sepa que ha llegado la «nueva culebra».

—Buenas tardes.

—Aún estamos cerrados. Abrimos a las cinco.

—Lo sé. Ayer hablé con el jefe y quedamos en que hoy iniciaría mi periodo de prueba. ¿Puedo hablar con él? —indago si ya ha llegado o no.

Para mi sorpresa, la mujer se parte de risa con lo que le digo, a pesar de que aún no he llegado siquiera a disfrazarme.

—¡Sonia! —grita volviéndose hacia el castillo de toboganes—. Ha llegado una chica que pregunta por el jefe.

Otra sonora carcajada se oye tras la maraña de redes protectoras y a mí me queda la sensación de que se están cachondeando de mí.

—Si lo ves, salúdalo de mi parte, que ni me acuerdo ya de su cara —sugiere la muchacha apareciendo por la pequeña puerta, con dimensiones apropiadas para quienes pasarán por ella dentro de un rato.

—Tendrá que venir, ¿no? —especulo—. Imagino que le interesará comprobar si sirvo para esto.

Ambas me examinan de arriba abajo y luego se dirigen la mirada la una a la

otra.

—Sirves para esto —aseguran al unísono y luego se vuelven a descojonar en mi cara.

—¿Qué le pasa a mi ropa? —las interrogo sin tener ni idea de qué puñetas se ríen.

—Querida, salta a la vista que Iván te ha seleccionado porque estás muy bien —explica la que porta la escoba—. Todas somos contratadas por lo mismo y todas vemos al jefe aparecer cuando le pica.

—¿Cuándo le pica qué? —pregunto inocente a la vez que lo entiendo—. Vale, no hace falta que respondas.

—De todas formas, es posible que hoy tengas suerte y venga. Le gusta enseñar la serpiente a las nuevas.

—Calla, no me hables de Petra —le pido—, que no me la quito de la cabeza desde que me dijo lo del disfraz.

—No me has entendido, querida.

Vuelvo a analizar sus palabras y entonces entiendo el sentido de las mismas.

—¡Pues conmigo lo tiene claro! —rechazo de pleno—. He accedido a trabajar aquí porque me hace falta el dinero —miento—, pero de ningún modo voy a dejar que me acose.

—Mujer, no te enciendas, que Iván no es de esos —intenta tranquilizarme la tal Sonia—. Él es de los que te invitan a almorzar o a cenar y una cosa lleva a la otra, hasta que al final somos nosotras las que le acosamos a él. ¡Joder, está buenísimo!

—Ya te digo —confirma la otra—. Si dices eso es porque habréis hablado por teléfono y no lo has visto en persona.

—Lo conozco en persona —corrijo, aunque omitiendo la parte en la que Iván está desnudo en una camilla y yo vengo a rescatarle en lo que parece una película de Spielberg—. Es sólo que... Tengo novio —miento.

Vaya con Iván. Habrá intentado suicidarse por amor, pero bien que se lo pasa aquí abajo. ¡Joder!, si me parece que este tío ve una tubería suelta en mitad de la calle y allí que entra con todo. No pierde el tiempo.

—Señoritas, no se les paga por perder el tiempo —resuena melódica la voz de Iván, que hace acto de presencia en el momento menos propicio para mí. Aunque no

figura en mis planes la posibilidad de liarme con él para conseguir el objetivo, no quiero cerrarme ninguna puerta al mentir acerca de un novio que no existe.

Mis nuevas compañeras de trabajo vuelven de inmediato a retomar sus obligaciones y me dejan a solas con él.

—Y usted es...

—Soy Laura Ripoll. Nos conocimos ayer y me ofreció un trabajo —le recuerdo por cumplir, pues ya daba casi por sentado que no me reconocería. Tengo que averiguar por qué olvida de un día para otro.

—Mmm, no la recuerdo. Hablo con mucha gente cada día, así que no sembraré la duda sobre sus palabras. Le creo. —Me mira de arriba abajo sin cortarse un pelo y sin pasar de largo por mi busto. A pesar de ir recatada, no disimula su escrutinio a mi canalillo—. ¿Ha comido ya?

Por un momento pienso que vuelve a bromear con lo mismo de ayer, pero reparo en que no recuerda nada, así que respondo en función de eso.

—Sí, claro.

—La invito entonces a un café y la pongo al día de su nuevo empleo.

Se encienden las alarmas al recordar lo que las chicas me han contado hace un par de minutos y me pongo un poco nerviosa al no prever que fuera tan directo.

—Ya me explicó ayer lo de Petra —aclaró—. Tengo novio.

—Felicidades, aunque ya lo sabía porque he podido oírla al entrar, pero ni es eso lo que le he preguntado, ni le he propuesto matrimonio. Y ahora, ¿nos vamos a tomar ese café?

—Oh, disculpe. Yo, pensé que...

Debería decirle que sus empleadas me han prevenido, o que es normal que piense mal si me mira las tetas con tanto descaro. Sin embargo, me muerdo la lengua por el bien de la misión—. Detrás de usted —le indico.

Vamos hasta una cafetería cercana y, tras su invitación, tomo asiento en una de las mesas libres de la terraza. Estoy un poco nerviosa porque no sé por dónde entrarle para sacarle información. En realidad, no sé ni qué tipo de datos necesitaría para llevarle de vuelta conmigo.

—¿También es suya esta cafetería? —lanzo por fin una primera pregunta que me sirva como toma de contacto.

—No —contesta escueto, más pendiente de que nos atiendan que de mi pregunta.

Cuando llega la muchacha para tomar nota, entiendo su interés en pedir. Aquí parece que todas están buenas. De una cosa no parece haber ninguna duda y es de la superficialidad de Iván, pues las mujeres que se van cruzando conmigo son producto de su imaginación. Me pregunto si yo cumpliré con sus estándares de belleza, aunque no sea algo que me quite el sueño. Que sí, que él también está para hacerle un favor detrás de otro, pero tengo claro cuál es mi objetivo y no es que se meta entre mis piernas.

Pedimos ambos un café con leche y luego nos dedicamos a observarnos el uno al otro. Pese a que en un primer momento mantengo el cruce de miradas, la fuerza de la suya me obliga a desviar la atención hacia los viandantes. No sé, es algo extraño. No recuerdo que me haya ocurrido nunca. Por alguna razón que se me escapa, Iván es capaz de sortear con sólo una mirada mis barreras, que desde siempre han mantenido la distancia con los hombres. Sus ojos saltan de las cuencas con un buen culo o con unas tetas como melones pero, sin embargo, parecen querer abrirse paso a través de los míos para escarbar en mi interior. Aunque soy yo quien debe dar con las interioridades que lo mantienen aferrado a este mundo imaginario.

—¿Por qué quieres trabajar con niños? —me pregunta de buenas a primeras.

—Yo no quería trabajar con niños. Lo que pasa es que... —Creo que explicarle lo que pasó ayer puede resultar agotador, pues es más que probable que mañana tenga que repetirlo lo mismo—. Prefiero otro tipo de empleos —aclaro para cambiar de estrategia sin mentir—, pero no está mal este. ¿Y usted? —decido pasar al ataque.

—Yo me dedico a diferentes actividades, aunque las relacionadas con los críos me las tomo como un reto personal.

—Entiendo. Entonces, pasará la mayor parte de su tiempo en mi nuevo centro de trabajo, ¿verdad? —indago con la intención de incomodarlo, atendiendo a lo que me dijeron las chicas que tiene a su cargo.

—¿Ya piensa en escaquearse durante su primer día? —contraataca con rapidez.

—No es eso —aclaro nerviosa al no esperar semejante respuesta—. Pensaba que quizás disfrute mucho entonces gestionando un negocio así. Tiene hijos, imagino.

—No estoy casado.

—Lo cual no es un requisito para poder tener hijos.

—Dejemos de hablar de mí —me insta incómodo—. Es usted quien llega a nuestra pequeña familia —me recuerda, a pesar de que, al parecer, apenas se deja ver por aquí—. Hábleme de usted. ¿A qué se dedicaba antes de esto?

No puedo decirle que soy abogada. ¿Qué puñetas pinta una letrada divirtiéndose a los niños en sus cumpleaños? Tengo que ganar tiempo.

—Puede llamarme Laura y tutearme.

—Tendré en cuenta su invitación, señorita Ripoll, pero no se vaya por las ramas y hábleme de usted —me sugiere con doble intención, invitándome a no tutearle y a que le hable de mí.

—Yo... Me resulta un poco violento —procuro escabullirme.

—Vamos, inténtelo. No puede ser peor que mis inicios.

—Soy hija única de unos padres con mucho dinero y jamás me vi obligada a trabajar —inventó una mentira que bien se asemeja a su vida real—. Hasta que discutí con ellos y me marché de casa.

—Interesante. No quiero ahondar en su vida personal, aunque he de reconocer que me resulta sorprendente. ¿Qué podría ser tan grave para renunciar a todo?

—Ese todo era nada sin amor —corrijo de forma instintiva y comenzando a ganar seguridad.

—El amor, siempre el amor —divaga entre resoplidos.

—Teniendo en cuenta sus palabras, entiendo que ha debido de tener alguna mala experiencia.

—No se le puede llamar exactamente así.

—Entonces, ¿quiere decirme que no cree en el amor? —pregunto temiendo haber sido tan directa que se vea impulsado a cambiar de tema otra vez. Después de todo, habíamos venido a tomar café para hablar de mi nuevo empleo.

—Creo en el sexo, en el alcohol y en otras muchas cosas que no te dejan marca alguna tras una experiencia... —Se detiene para encontrar la mejor palabra que se ajuste a lo que motivó su intento de suicidio—. Incompleta. ¿Se siente usted completa, señorita Ripoll? —cambia el objetivo muy hábil.

—Contando por fin con ingresos propios, lo cual se lo tengo que agradecer a usted, estoy más cerca.

—O sea que, técnicamente, se siente más completa desde que me conoce.

—¡Ey, yo no he dicho eso! Bueno sí, pero ya sabe a qué me refería.

—A lo mismo que yo, imagino. Con dinero es todo más fácil —finge que el sentido de su resolución era diferente del que parece claro. Es muy listo. Aunque ha surgido de casualidad, ha sorteado sin problemas mi mención a una vida similar a la suya, así como mi debate frustrado sobre el amor. Ha sabido darle la vuelta para «tirarme los tejos».

—Ya claro, seguro que se refería a eso, señor Carrasco —le secundo con retintín.

—Por favor, no me trate de usted. Vamos a trabajar juntos, así que puede llamarme Iván —sugiere recuperando su sonrisa más canalla y el peculiar brillo en sus ojos, de un marrón rojizo a la luz del sol.

—Tendré presente su invitación, señor Carrasco —se la devuelvo enfatizando el final de mi frase.

—Para haber acabado de conseguir su independencia económica, tengo la sensación de que no la aprecia demasiado, señorita Ripoll. En mi primer trabajo no se me habría ocurrido nunca devolverle la broma a mi jefe.

—Lamento si le he molestado —me disculpo ipso facto, más por no echar a perder el lazo que ya me acerca a él que por el propio empleo. ¿Para qué puedo querer una nómina que no existe? —Pensé que le divertía el juego de palabras mutuo —explico—. No volverá a ocurrir.

—No se confunda; me divierte. Simplemente recordaba a mi primer jefe —repito de nuevo y entonces caigo, esta vez sí, en que recuerda algo de su pasado. Desconozco si alude al de aquí o al de arriba, pero ya he conseguido avanzar algo. Además, no sé si porque salen de su cabeza o si se trata de alguna otra razón, pero también recuerda a sus empleadas. Ha ocurrido hoy y también en mi segundo viaje. ¿Y si su memoria es selectiva? Puede que sólo olvide lo que le interesa borrar de su nueva vida. De hecho, sabiendo que en este mundo de ensueño se cumple casi cualquier deseo, yo haría lo mismo. Tengo que aprovechar que está receptivo para sacarle más información.

—¿De qué trabajaba?

—Era militar.

¡Bingo! Ha confirmado que recuerda una parte de su pasado. Después de todo, parece que el origen de todo este embrollo no guarda relación con el Ejército. De haber sido el germen, a buen seguro que lo habría omitido.

—Jamás habría imaginado que algún día fue «el novio de la Patria» —vuelvo a retomar la senda del amor de forma sutil—. ¿Fue ese el amor incompleto que mencionó antes?

—Muy hábil su intento de saber más sobre mi vida sentimental, aunque debo advertirle que ni tengo la más mínima intención de hablar sobre ello, ni esta charla tan amena merece acabar de forma brusca.

—Lo lamento de nuevo.

—No pasa nada. Además, nunca se puede comparar su indiscreción con lo que me hizo pasar aquel primer jefe. ¡Menudo cabrón!

—Bueno, siempre he oído hablar de las duras condiciones de vida en el ámbito militar. No quiero justificarlo, pero imagino que cada rango conlleva cierto tipo de obligaciones con las cuales no se comulga —comento intentando justificar el comportamiento de alguien a quien no conozco.

—Eso suena muy bien y es comprensible, pero el tío del que le hablo nació cabrón y morirá cabrón. Aún lo tengo en la memoria como si me hubiera licenciado ayer. Teniente coronel don Evaristo Ripoll. ¡Un hijoputa de cuidado!

—¿¡Cómoooo?!

—¡Oh, no me he dado cuenta! Sí, tenía el mismo apellido que tú. Disculpe, que usted —corrige de inmediato, aunque apenas le presto atención. Aún estoy flipando con el nombre que le ha puesto a su padre. Porque no albergo la menor duda de que se trata de «mi» Evaristo «perro pachón». Primero me confiesa que su padre fue su propio jefe y luego imagino que su mente ha encontrado en mi apellido la mejor escapatoria para no admitir que su primer jefe fue el mismo don Evaristo. Esto se pone interesante. ¡Claro! Por ahí pudieron comenzar los problemas. El Ejército lleva aparejada una vida relativamente incompatible con el amor. Puede que para don Evaristo fuera más importante la carrera militar de su hijo, mientras que para él lo era el amor de esa desconocida. Tengo que seguir sacándole información. No podría haber imaginado nunca que pudiera conocer tantos detalles cuando, en primera instancia, rechacé su invitación de tomar café.

—Bueno, creo que todas las cosas ocurren por algo. Pienso que pudo tratarse

de una especie de instrucción para su vida como hombre de negocios. Así sabe de primera mano cómo se siente un empleado cuando su jefe abusa del poder que ostenta.

—¡No, que va! Yo soy más cabrón que él.

—Oh —apenas acierto a mostrar mi desolación.

—Te estaba vacilando —reconoce provisto de una enorme sonrisa que consigue aliviarme—. Otra vez lo he vuelto a hacer. He vuelto a tutearle.

—¡No, de veras, no me molesta!

—Lo sé, pero si comienzo a llamarte por tu nombre, luego querré invitarte a cenar para terminar viendo la luna de la playa solitaria reflejada en tus preciosos ojos azules. Pero ya me has dejado claro que tienes novio y no soy persona de compartir ojos.

—Yo... —Apenas soy capaz de digerir sus preciosas palabras. Creo que, después de «ha sido el mejor polvo de mi vida», es lo más bonito que me ha dicho nunca un hombre. Tengo que cortar. Este camino no me interesa porque ha revuelto algo en mi interior que me hace sentir incómoda. Me encuentro muy a gusto con él y tengo la sensación de que le conociera de toda la vida, pese a no tutearnos, aunque no puedo permitirme el lujo de echarlo todo a perder por liarme con él. No puedo negar que podría estar bien eso de echar «un kiki» imaginario, pero sólo lo haría si fuera mi última opción de llevarle de vuelta a casa.

Sin embargo, su propuesta ha parecido más de amor que de sexo. No parece la mejor manera de llevarme a la cama. O quizás sí. A lo mejor es su forma de camelarse a todas las tías. Ya me advirtieron las chicas del curro de cómo actúa con las nuevas empleadas. Tengo que hablar con ellas y sacarles más información sobre Iván. De hecho, creo que lo mejor será no investigarle a él directamente, sino hacerlo a través de quienes le rodean. Necesito saber más cosas suyas y espero encontrar las primeras respuestas en mis nuevas compañeras. Parece claro que no son meros objetos decorativos en el sueño de Iván. Han interactuado conmigo antes de que él apareciera, por lo que quiero creer que podrán ofrecerme información. Aunque todo está en la cabeza de Iván, este parece un mundo bastante interactivo, en el que cada protagonista parece tener vida propia.

Y, yendo más lejos, esto me lleva a pensar en la posibilidad de que don Evaristo estuviera equivocado. A lo mejor no es tan pequeño este mundo para que gire alrededor de Iván. Desde el momento en el que he bajado para compartir sueño, yo

tendría que poder hacer y deshacer también a mi antojo. De hecho, eso hice cuando traje a mis tres locas. Si puedo introducir personajes o caballos rosas, ¿quién me prohíbe viajar a donde me dé la gana para buscar sus orígenes? Aunque estén arriba, este sueño es una reproducción corrupta de su realidad. Estoy convencida de que aquí tendré menos problemas que arriba para conocer su pasado. Además, ya me vino a decir perro pachón que aquí mandaba Iván y que nadie se podía negar a sus imposiciones. Pero si él no está y yo también sueño, creo que tampoco se podrán negar a facilitarme lo que les pida.

—Creo que lo mejor será que me incorpore a mi puesto de trabajo —sugiero impaciente por bombardear a Sonia y a la de la escoba con una tormenta de preguntas.

—Sí, yo también lo creo. Disculpa mi... Disculpe mi comportamiento. Me he aprovechado de mi posición, en vez de hablarle del empleo, tal y como prometí.

En esta ocasión soy yo quien alzo las cejas y no digo nada. Mola esta respuesta, tan abierta a diferentes interpretaciones. Creo que me voy a aficionar a las contestaciones de don Evaristo y de su hijo. Pero lo que me preocupa ahora mismo no es la reacción de Iván a mi gesto, al que ni siquiera agradezco su invitación cuando me levanto, me vuelvo y comienzo a caminar hacia el trabajo. Ahora ha llegado el momento de ser yo quien ponga las reglas del juego.

13 - Poniendo las reglas del juego

¡Qué horror de día! Y lo peor de todo es que llegarán peores y yo tendré que involucrarme más. Ayer escapé medio bien porque, a ratos, aprendía con cada una de mis compañeras las que serán mis funciones a partir de hoy. Pensaba que sería un trabajo más liviano. Craso error el mío. No sólo hay que soportar el escándalo que genera la mezcla de decenas de niños gritando con la música a toda pastilla. Además, hay que estar continuamente haciendo cosas. Desde atender en la barra a los pocos padres que se quedan, para lo cual hay que aprender a usar ese engendro del diablo llamado cafetera industrial, hasta acompañar a los enanos al cuarto de baño y limpiarles el culo. Qué suerte la mía, que me estrené pringándome la mano de mierda de niño. ¡Joder, debería de existir un manual para aprender a limpiar el culo a otra persona!

Sin embargo, no fue todo eso lo más frustrante. Ni siquiera el agudo dolor de cabeza con el que llegué a casa por no contar con pastillas cuando comenzó. Por cierto, muy torpe por mi parte la gestión del dolor. Comencé soportándolo durante mucho tiempo, hasta que caí en la cuenta de que no tendría el menor problema en hacer aparecer pastillas en mi bolso cuando ya no existen dudas de que puedo crear un caballo rosa. De hecho, el propio bolso o mi ropa lo generó mi subconsciente en función de mis gustos. Estúpida de mí, pensé cuando, al no hacerme efecto las dos pastillas que me tomé, caí en la cuenta de que el dolor estaba en mi cabeza. ¡Y nunca mejor dicho! Era algo similar a Matrix. Si me convengo de que soy la elegida, seré la elegida. Sólo tuve que desear que desapareciera y remitió al momento. Pero entonces llegó otro dolor de cabeza de pensar que había perdido un tiempo de oro, por muy relativo que sea aquí abajo. De haberme quedado más tiempo con Iván, habría conseguido más información. Sin embargo, durante la jornada laboral resultó sencillamente imposible. Demasiado trabajo y las chicas se lo toman demasiado en serio. También estuve un poco torpe, pues tendría que haber probado a «obligarlas». Con Iván desaparecido en combate, la única soñadora de allí era yo y todos los que me rodeaban tendrían que haberse adaptado a mis deseos.

Todo esto es muy nuevo para mí. Imagino que necesito habituarme para aprovechar todo el potencial de mis poderes. Sí, me siento como una súper heroína. En prácticas, pero lo soy.

—Aunque hoy va a ser todo diferente —me digo al cruzar la puerta de La Guarida de Petra cinco minutos tarde—. Buenos días, chicas —saludo—. Imagino que no ha llegado el jefe, ¿verdad?

—Verdad —confirma quien hasta que no supe que se llamaba Ángeles, salmantina ella, era "la tía de la escoba".

—Bien. Necesito hablar con vosotras —les advierto.

—Déjate de hablar, con todo el trabajo que hay. ¿No has visto cómo está todo de mier...? ¿Dónde está la mierda? —pregunta extrañada, sin saber que he sido yo quien ha decidido hacerla desaparecer. ¡Me gusta esto!

—Sonia, ¿estás en la cafetería?

—¡Sí! —me grita pensando que, por culpa del sonido de la aspiradora que utiliza, yo la oiré tan mal como ella a mí.

—Perfecto, pues sírveme un café —le ordeno, a sabiendas de que no podrá negarse porque su autonomía depende de Iván o de mí.

Cuando consigo mi propósito de sentarnos a la mesa con una taza de café hirviendo, como si fuésemos amigas de toda la vida, comienzo mi interrogatorio fijando las miras en Sonia. Es la más dicharachera de las dos y quien mejor me ha caído desde el principio.

—Sonia, ¿cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Buf, no sabría decirte.

Claro, lo imaginaba. El tiempo aquí es como si no existiera.

—¿Has llegado a intimar con Iván?

—¿Con el jefe? Se nota que no le conoces aún —se burla sonriente.

—¿Sólo fue en tu primer día de trabajo o te lo has tirado más veces?

—Nena —se anticipa Ángeles—, nosotras no nos tiramos al jefe. Él es quien lo hace todo. Es una máquina. ¿Qué demonios? ¡Es un dios!

—¿Cuántas veces? —repito sintiéndome violenta.

—No sabría decirte, pero unas cuantas.

—¿Es de esos hombres que se sincera en la cama? Es decir, ¿te ha contado cosas de su vida antes o después? Ya sabes que son capaces de hacer cualquier cosa con tal de meter. ¿Lo has aprovechado para conocer cosas de su vida?

—Iván es muy opaco y tampoco es que le haga falta esforzarse para conseguir que nos abramos de piernas.

¡Alucino! Aquí son todas más guarras que... yo. Joder, que tampoco es que yo espere a que me presenten a sus padres para llevármelos a la cama.

—¿No os ha hablado entonces nunca de una novia que tuvo?

—La chica que trabajaba antes aquí nos comentó algo de eso. No la creíamos, por supuesto. Decía que Iván tuvo una movida «chunga» con una ex y por eso no se ata a nadie ya. Nos ve a las mujeres como meros objetos para su disfrute.

—Oye, y que no cambie nunca, ¿eh? —bromea la otra.

—¿Cómo podría dar con ella?

—¿Sabes idiomas? —pregunta Sonia con gesto burlesco.

—¿Por qué lo preguntas?

—Le salió un curro de lo suyo en Alemania y no se lo pensó.

—Estamos apañados —me quejo frustrada.

—¿Por qué quieres saber tanto del jefe?

—No preguntes.

Y no lo hace. Aunque no está saliendo como esperaba, al menos no tengo que darles explicaciones de ningún tipo. Yo ordeno y ellas acatan.

—Imagino que os llevó a su casa cuando... Bueno, ya me entendéis.

—No. En mi caso —se adelanta Sonia—, una vez fue en su coche y las demás, repartidas entre un hotel y mi casa.

—Yo siempre en mi casa.

—No sabéis entonces dónde vive —resuelvo.

—Ni idea —confirma Ángeles, mientras que la otra niega con la cabeza.

El asunto se está poniendo feo. Este tío parece que lo tiene todo más que estudiado para que nadie ose violentar su intimidad. Parece como si quisiera ocultar algo. ¿Qué puede temer? Aquí es Dios, como ellas han confirmado. Tiene todo lo que quiere y cuando... Por cierto...

—Olvidé comentároslo. Ayer no pasó nada entre nosotros.

—Ya lo sabemos —admite Sonia—. Te vimos marcharte sola, recuerda.

—Dijisteis que siempre lo intenta durante el primer día.

—¿Tan necesitada estás? Y parecía muy modosita, Angie —bromea y ambas se ríen de mí. Yo les sigo el juego porque quiero que me vean como a una amiga. Hoy no, pero puede que algún día me puedan ayudar.

—No es eso —retomo el tema—. Es sólo que me ha extrañado que no fuera más allá de un inofensivo intento. Sin embargo, reculó.

—¡Entonces lo intentó! Me debes diez pavos, Sonia.

—¡Maldita sea mi suerte; siempre pierdo!

—¿Habíais apostado?

—Sí —me confirma Ángeles—. Yo dije que lo intentaría y que tú te negarías.

—Lo cierto es que ni siquiera hizo falta —revivo la escenita de anoche.

—¿Que no? ¡Qué raro!

—Pues sí —admito—. La verdad es que casi toda la conversación... ¡Claro!

—¿Qué? —me interrogan ambas al unísono.

—Nada, cosas mías —evito ofrecerles explicaciones sobre algo que comienza a adquirir claridad en el interior de mi cabeza. Creo que recuerda bastante más de lo que permite intuir. Estoy casi convencida de que se acuerda de su padre y puede que me haya visto como una amenaza. Alguien que no cae rendida a sus pies no es normal en este mundo. Habrá pensado que su padre me ha enviado para convencerle. Pero... Esto implicaría que sabe que está soñando.

No puede ser. Es demasiado fácil y me niego a creerlo porque esto haría casi imposible el éxito de la misión. Hay algo que se me escapa y voy a averiguarlo. Tengo que seguirle para saber dónde vive. Cuando consiga sus señas, no me costará abrir la puerta de su casa con los poderes. ¿Quién me asegura que no lo tiene todo anotado en un diario?

—¿Qué coche usa?

—Un CLK rojo.

Mi color favorito.

—Cuando aparece por aquí, ¿suele hacerlo en coche o andando?

—En coche —responde de nuevo Sonia.

—Bien, tendré que tener un taxi preparado.

—¿Piensas seguirle? —pregunta atónita Ángeles, a quien creo que también llamaré Angie en adelante.

—Tía, te va a salir más caro tener un taxi ahí a todas horas que tirarte el mejor gigoló del mundo —bromea Sonia—. Estás de coña, ¿verdad?

—Luego os lo cuento. Ahora, vamos a comenzar a currar, que ya son menos cuarto.

Como no podía ser de otra forma, cada una vuelve a las mismas ocupaciones que ayer a esta misma hora porque así se lo pido. Acto seguido, las cojo por separado y les ordeno que olviden toda la charla que hemos mantenido. Sus rostros de extrañeza al cumplirse mi deseo dan fe precisamente de que se ha consumado.

La primera mitad de mi segunda jornada de trabajo transcurre sin molestias reseñables. Cada vez que algo me fastidiaba, hacía uso de las benditas habilidades mentales que poseo aquí abajo. Eso sí, con cautela. Aunque no se le espera, no puedo arriesgarme a que aparezca Iván y encuentre a todos los usuarios del parque, incluyendo a mis compañeras, petrificados como si fueran estatuas, que es lo que me apetece hacer con todos. Cuando nadie me observaba, me limité a ordenar a pequeños grupos de niños que no montaran mucho jaleo. Y la verdad es que está surtiendo efecto. Hoy no ha aparecido el dolor de cabeza. También es cierto que la cosa está muy tranquila porque no hay programado ningún cumpleaños y he tenido tiempo incluso de ir al cuarto de baño, hecho que ayer me resultó imposible. Ojalá todos los días...

—¿Y esa ventana? —me pregunto al ver en la parte alta del inmenso salón la luz que procede del otro lado de una ventana que creí «ciega»—. Sonia, ¿puedes venir un segundo?

—Dime.

—¿Qué hay tras esa ventana? Al ver oscuridad tras ella, pensaba que estaba anulada desde alguna antigua reforma.

—Chata, ese es el despacho del jefe.

—¿Ha venido Iván? —pregunto sorprendida—. ¿Cuándo?

—Lleva ya cerca de una hora —aclara. Imagino que llegaría cuando entré al cuarto de baño—. ¿Y sabes qué? Te ha estado observando. Acostumbra hacerlo a menudo. Por eso solemos decir que es un dios. Tan perfecto y observando desde las

alturas, sólo le falta decir eso de «este es mi cuerpo, come de él».

—¡Qué guarra eres, tía! —protesto sin cortarme, aunque sonriendo. Ya nos tratamos casi como si fuésemos amigas—. ¿Y dices que suele hacerlo a menudo?

—Las pocas veces que aparece por aquí, sí. Lo extraño es que haya venido hoy, aunque, teniendo en cuenta que ayer escapaste viva, es más que posible que hoy lo vuelva a intentar.

—Sabe que tengo novio. No creo que intente nada.

—Qué poco le conoces —afirma rotunda antes de volver a su sitio detrás de la barra.

La verdad es que lleva razón. No conozco casi nada de él, pero eso va a durar muy poco tiempo.

Durante el resto de la jornada no soy capaz de quitarme de la cabeza la maldita ventanita. Cada pocos minutos alzo la mirada y casi siempre me topo con su silueta impasible, dejando claro que vigila lo que hacemos. O, lo más probable, lo que hago. Adquiere más peso mi sospecha por momentos. Estoy casi convencida de que recuerda su pasado y cree que su padre me ha enviado. Por eso sigue todos mis movimientos, porque la opción de que le interese como mujer la descarto. Tiene a su disposición a todas las que quiera y yo sólo soy una más. Alguien a quien ayer no quiso apretar las tuercas. De haber deseado mantener relaciones conmigo, no le habría importado nada que tuviera novio. Según me confirmó Angie, no sería la primera vez. Cádiz es muy pequeño y él es muy conocido. Al final, todo se sabe.

Termina la jornada y me despido de las chicas hasta mañana. Apenas llego a dar un par de pasos cuando siento una presencia.

—¿Te llevo? —se interesa Iván con su tono de voz más dulce, aunque para nada se hace empalagoso. Me resulta sorprendente que no haya pensado en su voz desde que me he mudado a su mundo, pese a estar convencida de que era la que me susurraba en sueños. Parece claro que ha sido mi cabeza la que le ha asignado dicho tono, del mismo modo que decidí verle con aquel rostro familiar durante el segundo viaje. En cualquier caso y aunque su verdadera voz sea más fea que la de Sabina, no estoy dispuesta a dejarme atrapar por sus redes.

—Estoy esperando a mi novio.

—Pues, para esperarle, me ha dado la impresión de que te disponías a marcharte.

Está claro; sospecha de mí.

—Ahí hace algo de corriente y no me apetece que llegue mi primera baja laboral en mi tercer día de trabajo.

—Me gusta que comiences a sentir aprecio por el puesto. Así podrás ofrecer tus mejores sonrisas a los críos. No obstante, me veo obligado a velar por mis recursos humanos —apunta, aunque no sé muy bien a dónde pretende llegar exactamente. O quizás sí—. Cuando cerramos nosotros y la cafetería, esta calle se vuelve peligrosa. Te haré compañía hasta que llegue tu novio. Así conoceré por fin al afortunado.

¡Mierda! Ni siquiera reparo en el piropo con el que concluye sus planes, tan agobiada como me siento ya porque haya conseguido acorralarme sin hacer casi nada. ¿Qué invento yo ahora? En menudo lío me he metido.

Apenas un par de minutos y varias arritmias después, mi cabeza saturada es invadida por una brillante y oportuna idea. Creo que, cuando tome consciencia de una vez por todas del maravilloso mundo que me rodea, seré capaz de conseguir cualquier cosa, incluyendo mi único objetivo aquí abajo.

—Ahí llega ya —aviso en el momento en el que, al otro lado de la calle, unas pisadas firmes conducen hasta nosotros a quien he decidido que sea mi novio.

—Perdona el retraso, querida —se disculpa Jose, el dentista a quien tan mal traté en el mundo real y que ahora aparece desde lo más profundo de mi cabeza para sacarme del aprieto.

Llega con un traje impecable. Parece sacado de un anuncio de perfume. Lo cierto es que es guapísimo, un hombre que cualquier mujer soñaría con tener a su lado, aunque acaba de llegar al mío de casualidad y por simple interés. No sé, lo veo demasiado perfecto, demasiado correcto. A mí me va más la marcha. Necesito a mi lado a alguien más sinvergüenza, aunque sin pasarse. Alguien que no parezca lucir una belleza prefabricada, sino más natural, más salvaje, como... Supongo que como la de Iván, aunque él y yo no podremos tener nunca nada en común. Somos de mundos muy diferentes, aunque consiga sentirle tan cercano con sus piropos y con el brillo de su mirada marrón que clava en mis ojos. La calidez de su voz, tan familiar y pausada, su pelo algo revuelto, su caradura...

¡Joder, me estoy despistando!

Tanto que, cuando Jose me ofrece sus labios, mi primera reacción es entregarle mi mejilla. Por suerte, en última instancia me percató de mi error y me giro para

saludarlo con un pequeño «pico». Lo justo y necesario para justificarme.

—Usted debe de ser Iván Carrasco —se dirige al jefe—. Me ha hablado mucho de usted —admite y yo me pregunto cuándo ha ocurrido eso para que yo no me haya enterado. Al momento entiendo que sus palabras las está generando mi propia cabeza. Es lo que se suele decir y es lo que ha surgido, imagino.

—Parece claro que usted es el afortunado que la cazó, aunque no tengo el placer de conocerle —admite tras insinuar de nuevo que le atraigo. Otro cualquiera habría sido más comedido. Sin embargo, no se ha cortado un pelo. Aunque, si es consciente de que todo se trata de un sueño...

¡Joder!, ¿se habrá tragado lo de Jose o estará fingiendo?

Vuelvo en mí cuando concluye el apretón de manos y Jose me indica que tiene el coche aparcado a la vuelta de la esquina.

Algo descontrolada, me despido de Iván con un simple «adiós», haciéndome la despistada e ignorando su tímido acercamiento con el que, imagino, pretendía darme dos besos para tensar la cuerda.

—Muy simpático tu jefe —confiesa Jose.

—Demasiado.

—Normal; le gustas.

—¿Qué dices? No veas fantasmas donde nada hay —le sugiero sorprendida por tener que aplacar unos celos irreales en una situación irreal con un novio irreal, con el cual camino agarrada a su mano por un mundo imaginario. De locos.

Me abre educado la puerta de su 307 y luego se dirige hacia la suya. Temo que el asunto derive en una discusión que ni me va ni me viene, por lo que me mantengo alerta para cortarla de raíz en cuanto comience. Sin embargo, cuando arranca el coche y nos ponemos en marcha, comienza a contarme el día tan complicado que ha tenido. Que si endoncias, empastes, piezas de porcelana. ¿Qué me estás contando, tío? ¡Si ni siquiera nos conocemos!

—¡Cállate! —le ordeno y su última palabra queda sellada tras sus labios a medio camino—. ¿Sabes? De no ser porque ya me estás agobiando, pese a llevar juntos sólo dos minutos, me habría planteado que subieras a mi casa y habría probado qué se siente echando un polvo lúcido o como quiera que se llame.

—Cariño, ¿qué te ocurre? Estás muy rara hoy.

—¡Hoy! Tú lo has dicho. Hoy hemos comenzado a salir porque me hacías falta, pero no existes y ya no te necesito.

—Cielo, me estás asustando.

—A ver, guapito de cara, que te quede claro que hemos roto, pero si mañana me haces falta, volverás a mi lado.

Creo que me he pasado porque no es capaz de responder, aunque me da igual porque no existe. Sólo le debo una explicación y se la ofreceré arriba y en su momento. Ahora sólo deseo estar ya en casa y que Jose desaparezca hasta que no lo vuelva a necesitar.

Como si hubiese entrado en un agujero de gusano, de pronto me veo transportada al lugar deseado. En mi mano derecha tintinea el manajo de llaves que espera a darse un beso con la cerradura de mi nuevo hogar. Mientras tanto, yo permanezco inmóvil frente a la puerta, flipando aún con lo que acaba de ocurrir. La verdad es que este mundo se antoja tan adictivo como desconcertante. A poco que le coja el gusto, no me extrañaría nada que comiencen a surtir efecto las advertencias de don Evaristo. Aquí abajo corro el riesgo de comenzar a olvidarme de mi vida de arriba, pero eso no puede ocurrir. Jamás dejo nada a medias.

Hoy he dormido muy bien. Creo que no descansaba tan plácidamente desde niña. Ya sé que las cinco horas seguidas pueden haber sido cinco minutos en la realidad, pero ¿qué más da que sea ficción o no? El estado de mi cuerpo es muy real.

Para esta mañana he planificado pasar a la acción. Quiero ir al Registro de la propiedad y obligar al funcionario que me atienda a que me pase un listado de las posesiones de Iván. Luego haré lo propio en la Cámara de comercio o en la Asociación de empresarios para saber cuántos negocios posee.

—Voy a saber más de su vida que él mismo —me digo convencida cuando a punto está de llegar el ascensor que me llevará hasta el garaje. A última hora de anoche, tras el pequeño incidente con Jose, decidí «comprarme» un coche. Y no me hago con un avión porque sería más sospechoso que ir de un sitio a otro en el caballo rosa.

Se abre la puerta automática del ascensor y me quedo completamente en blanco cuando descubro quién se encuentra dentro.

—¡Señorita Ripoll! —exclama sorprendido y con una sonrisa de oreja a oreja el mismísimo Iván—. ¿Me está usted siguiendo?

—Yo...

¡Joder, estoy bloqueada. ¿Qué hace en «mi» ascensor?

—Admítalo, ese novio tan recto que tiene no consigue completarla como le ocurre conmigo —asegura con un cinismo que no suena tan mal saliendo por sus labios.

De todas formas, consigue encenderme que se lo tenga tan creído, aunque sé que para él sólo se trata de un juego.

—Sólo viviré aquí una temporada, pues no tardaré en mudarme al piso de mi novio. Me ha pedido matrimonio —miento con descaro, dispuesta a no permitir que me engulla de nuevo con su labia.

—¡Qué casualidad; somos vecinos!

—¿También vive aquí? —pregunto desbordada por la sorpresa.

—Así es, pero lo verdaderamente sorprendente es que lo haga usted. Imagino que lleva poco tiempo, pues nos habríamos cruzado antes —resuelve.

—Es mi segundo día. El empleo me ha animado a dejar mi viejo piso.

—¿Ve usted? Yo la completo —vuelve a la carga—. Y con tantos lugares como hay para vivir, ¿por qué aquí?

¿Casualidad, causalidad? A saber, aunque decido no mentir en esta ocasión.

—Siempre soñé con vivir en un lugar tranquilo que tuviera vistas a la bahía. Mientras me lo pueda permitir...

—¿En qué piso vive? ¡Qué estúpido! —se responde al momento—; estamos en la cuarta planta —entiende en el momento en el que pulsa el botón que nos conducirá hasta el garaje—. Pues está de enhorabuena. Yo vivo en el ático y la estampa que se divisa desde ahí es espectacular. Se puede distinguir hasta Medina Sidonia sin prismáticos. —No puedo negar que sabe jugar sus cartas, pero no debo ceder—. Incluso tengo una pequeña piscina en la terraza. —Me lo está poniendo complicado, aunque debo mantenerme firme. —Durante las noches de luna nueva, te puedes pasar una cena entera contando estrellas y no serías capaz de completar más que una pequeña porción del firmamento.

Está claro que su intención no es la de presumir de la casa tan espectacular que tiene, sino ponerme los dientes largos para que suba a pedirle sal. Por cierto, qué irónico resulta que haya venido al «piso de abajo» a rescatarle y, precisamente aquí, sea yo quien vivo en el piso de abajo.

—Tiene mucha suerte de poder contar con todos los lujos. Sin embargo, ya le dije que todo es nada sin amor. Yo prefiero vivir en un hogar más modesto y tener cerca a alguien especial.

—Te invito a cenar —me suelta de pronto, tuteándome sin darse cuenta—. Te prometo una experiencia especial —anticipa jugando con mis palabras. Suena muy bien y lo cierto es que cada vez que estoy cerca de él me siento cómoda, pero no puedo olvidar lo que hizo. Intentó suicidarse y ahora mismo se encuentra aquí por amor. No puedo permitirme el lujo de cenar con él como si se tratara de una cita romántica—. Te advierto que guiso un cordero que está para chuparse los dedos.

—Sabe que estoy comprometida.

—Sólo es una cena. Te prometo que no pienso representar un obstáculo para tu novio; sólo pretendo llevarte a la cama —me aclara con toda la poca vergüenza del mundo. Abro mucho los ojos antes de prepararme para mandarlo a la mierda por fresco, pero vuelve a tomar la palabra—. Te estaba vacilando —aclara luciendo sus dientes blancos con un embrujo que cuesta no rendirse a él.

—No puedo —niego muy a mi pesar.

—¿Una merienda?

—Trabajo a esa hora —me excuso siendo ahora yo quien sonrío.

—Está bien, me doy por vencido. Está claro que tendré que conformarme con mostrarte el amanecer. Mañana llamaré a tu puerta a las seis de la mañana para invitarte a desayunar.

—¡Te he dicho que...! —A punto estoy de tutearle. Bueno, lo he hecho, aunque sin terminar la frase—. De veras que lo lamento. Estaría mal; tengo novio.

—¿Qué letra es? No quiero despertar a tu vecino.

—¿Nunca se rinde?

—Jamás. Por muchos años que puedan pasar, siempre consigo lo que quiero —amenaza—. Aunque, en esta ocasión, lograré que te emociones con el alba más maravilloso que hayas visto nunca y tendrás que pedirme perdón por no haber aceptado mi invitación a la primera. ¿Me dices la letra? —No respondo; sólo le observo sin saber qué hacer o decir—. Muy bien, tendrás que acarrear con las consecuencias de un mal despertar de tu vecino, Ripoll —me amenaza de nuevo, sin dejar de tutearme, aunque dirigiéndose a mí por mi apellido.

—Esta noche iré a dormir a casa de mi novio —contraataco para aplacar su descaro, pero no me hace el menor caso. Me deja allí sola y se dirige hacia su plaza de aparcamiento.

—No lo harás y lo sabes, Ripoll.

¡Vaya si lo haré! Sólo por no darle la razón, soy capaz de acostarme esta noche con Jose, o incluso con don Evaristo si fuera necesario.

Ya decidiré cómo me escabullo, pero tengo claro que mañana no veré a su lado el amanecer.

14 - El amanecer

La música está muy fuerte hoy. Demasiado, diría yo. Apenas se puede hablar a gritos con los chiquillos o con sus padres. Por si fuera poco, Sonia está saturada en la cafetería y Angie no aparece por ningún sitio. ¿Dónde puñetas se habrá metido?

Siento que algo tira de mi pantalón y miro hacia abajo por instinto. Un niño con la cara descompuesta me observa y me dice algo, pero no le oigo.

—¡Que me hago pipí! —me grita en el mismo momento en el que me agacho.

—Anda, ven conmigo —le ordeno con un talante más sociable que el de mi primer día.

Ya acostumbrada, apenas le bajo la cremallera, el pantalón y el calzoncillo sin pensar. Bueno, sí pienso, pero en lo que me dijo Iván. Tengo que decidir qué voy a hacer esta noche.

—¿Ya has terminado, cariño? —le pregunto con la voz melosa. No me reconozco, la verdad. Hace menos de una semana los quería bien lejos de mí y ahora les hablo como sus madres o sus abuelas. La verdad es que no recuerdo en qué parte del camino comencé a cogerles manía. Y es que, cuando era niña, soñaba acunando a mis muñecas con ser madre algún día. La mejor de todas.

—Venga, ¿volvemos a jugar con las bolas?

Asiente con una expresión angelical y me saca una sonrisa. Le revuelvo el pelo y le ofrezco mi mano gigante.

Cuando salimos, lo primero que veo es un remolino de niños a través de las redes del castillo. Vuelvo a sonreír, pero la sangre se me hiela al moverse uno de ellos y descubrir detrás a otro que yace en el suelo. Abandono al pequeño que enterraba su mano en la inmensidad de la mía y salgo corriendo hacia la puerta del castillo. Llego en cuatro saltos hacia la puerta pero, cuando intento introducirme por ella, compruebo horrorizada que soy demasiado grande para pasar. Recuerdo que estoy en un sueño y deseo que se amplíe, aunque no lo hace. Me vuelvo loca y corro hacia la cafetería en busca de unas tijeras o un cuchillo para cortar la red protectora. Al llegar frente al grupo de niños otra vez, el tiempo que tardo en cortar las cuerdas me parece una vida. Paso por fin a la zona de juegos y me quiero morir cuando veo una mota azulada sobre

fondo blanquecino en el rostro del pequeño, que permanece amenazadoramente inerte. Llego hasta él y entiendo que no respira. Lo zarandeo y no reacciona.

—Se ha tragado una bola —me informa un amigo o un primo sin ser consciente de la gravedad.

Miro a mi alrededor sin entender nada, pues resulta imposible tragarse una bola tan grande. Descubro entonces aterrada que todas son algo más grandes que las canicas. Intento practicarle el boca a boca, pero no tengo ni idea de cómo se hace. Lo cojo en mis brazos y lo acuno a la vez que pido ayuda a gritos, como una loca. Nadie viene a ayudarme y siento que mi vida se escapa junto con la del pobre infeliz que sostengo al borde de la muerte. Rompo a llorar de impotencia, de tristeza, de dolor. Pero entonces oigo la sirena de un ambulancia y recobro el ánimo. Me seco las lágrimas, aunque el sonido cesa. Y vuelve otra vez, y de nuevo desaparece. Bajo la mirada y contemplo desolada los ojos sin vida del crío. Para él ya es tarde. Ha llegado su hora demasiado pronto. Voy a romper a llorar de nuevo cuando oigo unos golpes secos a mi espalda. Me vuelvo para ver de qué se trata y me topo con una ventana sin cortinas. La misma que anoche me cantó una nana al compás que marcaba el viento de levante.

—¡Joder, ha sido una pesadilla!

Los golpes secos vuelven a sonar y comprendo que alguien llama a la puerta. ¡Iván! Pensaba que al final se arrepentiría. ¿Qué hora es? ¡Mierda, la seis menos cinco!

Me abrigo con una bata para no coger frío y me dirijo a paso rápido hacia la puerta para no darle tiempo de seguir montando un escándalo con sus golpes. Echo un vistazo por la mirilla para asegurarme de que es él y no puedo evitar sonreír al verificarlo. Ha tenido que oír mis pasos, pues así se extrae de su expresión de satisfacción.

—Cuando anoche decidí dormir en casa, lo hice convencida de que no sería capaz de llamar a mi puerta a las seis de la mañana —me quejo simulando estar enfadada.

—Son menos cinco —corrige—. Quería aprovechar que aún quedan estrellas en el cielo, aunque me alegro de comprobar que la más hermosa de todas se encuentra frente a mí.

Su nuevo piropo me coge desprevenida y despierta una sensación extraña en mi abdomen, aunque la elimino de golpe y la asocio con el rugir del estómago previo al

desayuno.

—No estoy de humor; he tenido una mala noche.

—Lo imaginaba, aunque hay pocas sonrisas que se resistan a un buen ramo de flores —confiesa a la par que descubre lo que ocultaba tras su espalda. Es una preciosa mezcla de flores blancas y rojas, entre las cuales no se encuentra ninguna rosa. Es listo y las ha descartado porque sabe el significado que tienen.

—No puedo aceptarlas.

—Ya sé que tienes novio, Ripoll. Sólo me limito a endulzar tu carácter para que luego lo disfrute él. Deberías agradecer mi altruismo —me recrimina sin dejar de sonreír—. Y ahora, no quisiera ser agorero, pero podría montarse una buena por aquí si no subimos ya y apagamos el fuego que he dejado encendido para que todo esté dispuesto cuando llegues.

—Por eso, sería conveniente que se marchara cuanto antes y me permitiera seguir durmiendo.

—Ya te lo dije ayer, Ripoll; siempre consigo lo que me propongo, así que no me marcharé solo.

—Imagino que no tengo alternativa.

—Salvo riesgo de perder el empleo —lanza una amenaza que ninguno nos creemos.

—Necesito cambiarme.

—Estás preciosa con esa bata y las estrellas no esperan.

—Pero sólo llevo debajo la ropa interior —le informo con candidez.

—Mejor —indica con una sonrisa picarona—. Así te bastará con quitarte la bata cuando retomes tu cita con las pesadillas.

No recuerdo haberle revelado el origen de la mala noche que he pasado. Puede que lo haya adivinado de suerte. Seguro. Habrá observado que mi rostro no arrastra secuelas de enfermedad alguna.

—Está bien, me rindo —acepto someterme a su deseo y luego dejo el ramo de flores en el mueble del recibidor.

Subimos los doce pisos que me separan de su casa en silencio, aunque él tamborilea con los nudillos en la chapa metálica. Creo que intenta ponerme nerviosa.

Al llegar arriba, me sorprendo de encontrar un sólo portón.

—¿Vives solo en la planta?

—Compré el piso al vecino y lo uní al mío —contesta con indiferencia mientras gira la llave.

Entramos y descubro un hogar que, pese a la similitud que conserva con el mío, destaca por su gran amplitud, claridad y funcionalidad. Está decorado de forma minimalista, aunque sin perder por ello el gusto.

—¡Vamos, Ripoll, que se escapan! —avisa cogiéndome de la mano y tirando de ella para que me centre en lo que me ha traído hasta aquí. Aunque debo confesar que su invitación resulta excitante porque siempre me ha encantado mirar a las estrellas y contemplar maravillosas vistas al mar, aún no tengo claro por qué he subido. No tengo ningún plan para conseguir mi verdadero objetivo, ni hago el menor intento por trazar uno, la verdad.

Me conduce a través de un amplio salón con el suelo de un mármol de mayor calidad que el mío. Al llegar a la altura de una gran abertura acristalada, esta se parte en dos cuando un sensor advierte nuestra presencia. Al desaparecer el reflejo de las luces interiores, la oscuridad del firmamento se abre paso en nuestro campo de visión. Iván podría soltarme ya la mano, pero no lo hace y no pienso pedirle que lo haga. Me siento cómoda, segura caminando agarrada a él hacia la inmensidad que se agranda tras cada paso que completamos.

No cabe duda de que estas cosas sólo ocurren en los sueños, pues la Concejalía de Urbanismo no le habría aprobado jamás la licencia de obras para convertir media casa del vecino en una terraza con vistas al infinito. Tal y como me adelantó, jamás había tenido la suerte de contemplar tal cantidad de estrellas. Ni siquiera mi cerebro fue capaz de generarlas cuando comenzó este último viaje.

—Es... Es...

—Mágico, Ripoll —completa por mí porque apenas soy capaz de pensar ante el espectacular dibujo que ocupa mi campo de visión y mi razón. Y es que parece eso, un cuadro creado con un pincel extraordinario por una mente divina. Sé que se trata de un sueño, el de Iván, por lo que no alcanzo a entender cómo puede crear tanta belleza un cerebro tan castigado como para haber deseado la desconexión eterna.

Asombrada e ida como me encuentro, apenas percibo que la calidez de sus manos se posa sobre mis caderas y que su embriagador aliento acaricia la unión de mi

mejilla derecha con mi cuello. A pesar de la amenaza de un posible beso, no reacciono porque me inspira confianza y sé que le gusta jugar conmigo. No pretende besarme. Aún no, aunque desconozco su motivación presente.

—Cierra los ojos y confía en mí —me susurra con una sensualidad que consigue que me tiemblen las piernas. En parte, porque tengo ese cariñoso tono de voz clavado en el fondo de mi memoria. Cuántas veces habré soñado con él cuando, en mitad de las más horribles pesadillas de mis sueños incompletos, la seguridad y calidez de sus palabras me conducían hacia un nuevo despertar que me alejara de todo mal.

Cumplo con su deseo sin apenas ser consciente de haber perdido mi autonomía, entregada sin condiciones a su aplastante dominio de mis sentidos. Avanzamos unos diez pasos hasta que sus manos recorren mi contorno y se posan unidas sobre mi abdomen. Estoy nerviosa. Pese a imaginar ya lo que pretende, no puedo evitar que continúe avanzando hacia mi pecho el fuego que consume mi reticencia a caer rendida a la evidencia. Al menos aquí abajo, Iván supera con creces la mejor de las fantasías que pueda llegar a imaginar porque, sencillamente, el sueño es él.

—Abre los ojos, Laura.

Y los abro sin pensar, y descubro un vacío que me llena, y me siento volar frente a la barandilla de cristal, y al fondo refulgen puntitos de luz sobre la loma de Medina, y bajo la mirada hasta toparme con el azul casi teñido de negro, y los puentes que lo escoltan se mofan de mi expresión, y mi rostro tiembla de emoción, y la emoción desborda mis lágrimas de felicidad.

—¡Es precioso! —confieso maravillada, sin sentirme capaz de capturar en mi retina el punto más bello sobre el cual posar mi atención. Miro a un lado y otro, desbordada y sintiéndome torpe por no poder fijar mi atención en algo concreto. Es todo tan maravilloso y se advierte tan real, que unas dudas razonables de que se trate de un sueño aparecen sin avisar. En conjunto, es la imagen más espectacular y bella que haya contemplado jamás. Supera incluso a mi viaje hacia las estrellas porque, tal y como me advirtió Iván, siento que yo misma soy una de ellas, perdida entre la multitud que me observa en la distancia.

—Ripoll, te advierto que terminarás comiéndote el desayuno frío, eh.

¿Cuándo se ha ido de mi vera? No lo he sentido, aunque su voz se antoja a varios metros de mí. Me giro hacia él y veo que me espera sentado a una mesa adornada con dos velas de llamas que parecen dibujadas a causa de la ausencia de

viento. Su postura se ajusta a su reconocida imagen de granuja y seductor, pese a que su expresión relajada denota cierto aire de humildad y agradecimiento por haberme plegado a su deseo. Debo reconocer que los vaqueros gastados y la camisa suelta de color negro que luce le da un aire desenfadado que incita a la locura. Como si se hubiera propuesto aderezar la velada como telón de fondo, la mañana luce perfecta en penumbras. No hace nada de frío, ninguna minúscula nube ensucia el cielo estrellado, un hombre guapo y sensible aguarda para desayunar juntos y yo, admirada por sus esfuerzos de hacerme feliz, me siento despreciable por querer arrancar su vida apacible de un mundo con el que completa una insuperable simbiosis.

Camino hacia él insegura, tratando de inventar el comportamiento que merece por lo que ha hecho por mí. Evito el cruce de miradas porque sé que la suya eclipsará a la mía y no existirá universo para esconderme. Tomo asiento analizando el esmero y sencillez con los que ha decorado la mesa. Los dos puntos de luz descansan sobre un mantel blanco con pequeños elfos impresos, aunque más bien parecen magos. En el centro, un jarrón alargado y no muy grande preside la mesa con, esta vez sí, la rosa más roja y viva que haya admirado jamás. Sólo una, pero desprende tanto aroma como el más bello jardín.

—Gracias. —Despierto por fin de mi embriaguez temporal.

—Esperaba la disculpa prometida, pero me sirve — bromea para romper el hielo como mejor se le da—. ¿Tostadas? —pregunta señalando a su izquierda—. ¿Con mantequilla, mermelada, queso? ¿Prefieres mejor beicon? También he cocinado varios huevos. Hay fruta, fiambre, lo que te apetezca. Sírvete —me sugiere induciéndome a «pecar».

—¿Por qué lo hace?

—Una sonrisa bien merece cualquier esfuerzo —responde a la pregunta equivocada.

—Me refiero a su vida. ¿Por qué se comporta como alguien que no es?

—Si a ti no te importa comerte la tostada helada, a mí sí, Ripoll —se escabulle levantándose y acercándose hasta la mesa auxiliar, repleta de comida hasta los bordes.

Sigo sus pasos y me sirvo un café. Lo acompaño con unas tostadas que embadurno con la mantequilla justa. Aunque todo lo que veo me tienta, debo mantener mi línea. Si adquiero malos hábitos aquí, será complicado desprenderme de ellos arriba.

Volvemos a tomar asiento y comenzamos a desayunar en silencio.

—Está comenzando a amanecer —me informa, creo que para invitarme a echar un último vistazo al firmamento. Sin embargo, no miro a las estrellas, sino a los dos ojos como soles que tengo frente a mí. Por primera vez percibo que le incomoda mi mirada. La desvía hacia un mando a distancia que descansa en un aplique que hay en el lateral de la mesa. Pulsa un botón y se enciende la luz de unos pequeños faroles a la vez que el celeste intenso de la piscina situada a su espalda reclama mi atención. Es maravilloso, pero sólo son «fuegos artificiales» y yo estoy dispuesta a disparar con balas de verdad.

—No me ha contestado.

—No te he despertado a las seis de la mañana y te he arrastrado de tu casa para hablar de mi vida, Ripoll —soluciona de forma drástica. Tiene miedo de algo. ¿A qué temes, Iván? ¿Eres consciente de por qué estás aquí y evitas el tema o estás ocultando algo más profundo e intenso? Algo guardas tras el brillo de una mirada que ha perdido seguridad y tengo que saber de qué se trata.

—Me ha traído hasta aquí para impresionarme.

—¿Eso crees? —pregunta incisivo.

—No —reconozco.

—¿Sabes, Ripoll? Me habría gustado que te hubieses visto. Me situé a tu lado y no reparaste en mí. Estabas completamente embrujada. Aunque debo reconocer que se trató de una apuesta, estoy convencido de haber acertado de pleno. Tu expresión de felicidad parecía indicar que estabas soñando despierta.

¡Qué irónico! Si tú supieras... ¿Y si lo sabe y por eso ha dicho lo que ha dicho?

—Lo hacía —admito—. Soñaba despierta, pero ahora me siento en deuda con usted. Ni conozco sus sueños, ni creo que devolverle la cristalización de los mismos esté a mi alcance —cambio sobre la marcha de estrategia.

—Das demasiadas cosas por sentado. Hablas de mi vida creyendo conocerme, especulas sobre mis sueños aun ignorándome despierto, además de sostener la firme convicción de que pretendo acostarme contigo.

—¿Y no es así? —le interrogo con una pregunta tan directa como equivocada.

No debería haber preguntado eso. Me arriesgo a perder lo conseguido.

—A cada segundo que pasa, pero me interesa infinitamente más que seas tú

quien lo desee —confiesa y me hace sentir rara—. No pretendo lanzarme a un pozo sin agua. Tampoco voy a negar que ya odio a muerte al estirado con el que te has prometido —bromea—, pero él fue tu elección. A todas horas me pregunto la razón, pero he de aceptarlo.

No me puedo creer que todo vaya tan rápido. Ha admitido sin andarse con rodeos que le atraigo, lo cual me preocupa. Me preocupa mucho porque yo siento algo parecido y no puede ser. He venido con un objetivo claro en la cabeza y nada tiene que ver con el riesgo cada vez más real de enamorarme. Esto que está pasando no es real. Ni sus palabras, ni lo que parece sentir, ni mucho menos lo que siento yo.

—Él es del tipo de personas leales que no abandonan jamás a los suyos —decido clavar mi daga donde causará estragos, en el caso de que se confirme mi sospecha de su lucidez.

—¿Estás sugiriendo que yo no lo soy?

—Ha dado la vuelta a mis palabras.

—Porque sospecho que las tuyas han bordeado tu pensamiento. Habla con claridad y sé franca, Ripoll. ¿Una vida junto a ese hombre es la que poblaba tus sueños de juventud? —me aprieta las clavijas—. Sea cual sea tu respuesta, me daré por vencido, lo prometo, pero no me pidas que crea en ellas porque tus emociones de hace unos minutos ya me respondieron.

—Yo... —Me encuentro atrapada. La verdad es que sí, prefiero este tipo de vida que él propone. Jamás soñé con otra ligada a la de alguien tan aburrido como Jose. Se le ve buena persona, pero yo necesito a un hombre. A uno que me divierta, que me sorprenda, que haga locuras conmigo, un hombre que me permita soñar con volar hasta las estrellas y caminar sobre el mar. Ni siquiera imaginé transitar jamás por la vida que llevo arriba. Nunca concebí una felicidad asociada a cuántos hombres me tirase ni al número de copas ingeridas. Incluso me da asco que nadie haya sabido mirar más allá de mis tetas. No, definitivamente, no me siento completa con la vida que conozco, pero no por ello optaré por la solución cobarde de acabar con ella. La ilusión de un cambio mantiene mis pies pegados al suelo, a la realidad. Una certeza tal como la distancia que me separa de una vida con alguien como Iván—. Creo que será mejor que me marche.

—Gracias —me dice sin oponer resistencia.

—Soy yo quien debo darle las gracias por todo.

—¿Por todo? —cuestiona fingidamente extrañado—. ¿Cómo era? ¿Todo es nada sin amor, Ripoll?

—Hasta luego, señor Carrasco.

—Te acompaño.

—Conozco el camino, gracias.

Como era de esperar, cuando regreso a casa no soy capaz de volver a conciliar el sueño. No paro de pensar en lo ocurrido y en la conversación con Iván. Se me ha declarado sin andarse con rodeos, aunque ha respetado mi negativa, sin intentar siquiera dar un paso más allá. Esto choca de frente con la forma de proceder que las chicas le atribuyeron cuando me hablaron sobre él. Esperaba al típico chulo, un conquistador descarado que no admitiera un no por respuesta y que aprovechara la más mínima oportunidad para llevarme a la cama. Sin embargo, sólo he visto destellos de esa persona que parecía ser. Me he encontrado con alguien directo, juguetón e inteligente, un hombre que se muestra sensible cuando no caes en sus redes, más correcto que los propios pensamientos contradictorios que me acosaron sintiendo sus manos en mi abdomen. Un modelo de hombre que bromea para disfrutar con mi sonrisa no se corresponde con el sinvergüenza que me habían descrito.

La mañana la dedico a visitar los numerosos comercios de todo tipo que posee Iván. Todos comparten una similitud: las trabajadoras son chicas guapas y con cuerpos de infarto. Este hecho coincide con lo que me revelaron Sonia y Angie sobre el jefe, aunque contrasta con la imagen dócil y tierna que me regaló esta mañana. Cuando a punto estoy de marcharme a casa para almorzar, con la idea de no ir a trabajar con la comida en la boca, ocurre algo que detiene mi respiración. Encontrándome pagando el zumo de naranja consumido, miro hacia un lado y descubro a una empleada del bar comiéndose a besos a un hombre que asocio con Iván sin lugar a la duda. Pese a la relativa intimidad que les otorga el pasillo que conduce al almacén, cualquier persona situada en la esquina de la barra en la que me encuentro podría verles. Sin embargo, no parece importarles porque no se cortan lo más mínimo. El corazón comienza a bombear fuerte y mis nervios se desatan, como si fuera una vulgar ladrona a la que están a punto de descubrir escondida. Mi boca se vuelve un desierto a la vez que agudizo mi percepción sonora para saber de qué hablan. Él está de espaldas, con sus manos luchando por levantar una falda negra que se resiste menos que su portadora. Ningún sonido detecto, sólo imágenes turbadoras que yo misma podría haber protagonizado esta mañana.

Cuando parece claro que la ardiente parejita terminará follando como dos descerebrados, él evita todo contacto con la muchacha y se echa a reír.

—Esta noche terminaré lo que he comenzado —amenaza una voz que no se corresponde a la de Iván en el momento en el que se gira y muestra su sorpresa al descubrir que les observo escandalizada. Un suspiro de alivio involuntario escapa de mis labios áridos a la vez que oigo cómo chocan contra la madera de la barra las monedas del cambio.

—Quédese con la vuelta —le indico a la muchacha y salgo nerviosa hacia el exterior del local.

Al recibir la bofetada del aire de poniente, inspiro varias veces con fuerza para reponerme de las extrañas sensaciones que acabo de experimentar.

—¿Qué me está ocurriendo? —me pregunto desconcertada—. Esto no es real. Tengo que retomar el control —me obligo sin tener nada claro que sea capaz de conseguirlo. De hecho, al llegar a casa, todo se vuelve descontrol. No doy pie con bola y se me olvidan las cosas que tengo que hacer. Incluso pierdo el apetito y me marcho al trabajo sin probar bocado, con mi estómago sólo relleno con lo desayunado en el ático de Iván y con una tapa ingerida en uno de sus bares.

En La madriguera de Petra no mejora la cosa. Las chicas me preguntan y yo evito el tema porque siento incluso pánico de pensar en ello. Pese a todo y tras mucha insistencia, me veo obligada a admitir que esta mañana desayuné en casa del jefe. Se vuelven locas al saberlo, pues nadie aparentaba conocer su lugar de residencia. Me bombardean con preguntas, aunque yo obvio casi todos los detalles del encuentro. No miento cuando les cuento lo correcto que se comportó. No les cuadra y bromean, atormentándome con la idea de que se haya podido enamorar de mí. No les creo, no quiero creerles.

Pasada la media jornada, me encuentro tan mal que les informo de mi marcha a casa porque me siento indispuesta a causa de una regla que aún no me toca ni sé si aquí abajo sufriré. Antes de marcharme y con mucho cuidado, elimino a la mitad de los usuarios del local con mis pensamientos para que las chicas no se vean saturada por mi ausencia. Una vez en casa, no consigo centrarme en nada y sigo tan descontrolada como hace unas horas.

—¿Y si cambio de estrategia? Teniéndolo cerca, es posible que pueda sacarle más información —intento convencerme—. No te engañes, Laura; estás pensando con la entropierna. Además, ¿cómo le vas a explicar la ruptura con Jose? No puedes

presentarte ante Iván y admitir que te ha convencido y que por eso has roto tu compromiso de matrimonio. Os conocéis desde hace varios días y las cosas no funcionan así —intento instalar la cordura a mis pensamientos, como si aconsejara a alguien distinto de mí—. Pero las cosas son diferentes aquí abajo. ¿Y si funcionara? Lo peor que puede pasar es que nos acostemos varias veces, que no consiga convencerle de volver y que él construya otra capa de ladrillos sobre su cabeza. No creo que una más se note mucho. ¿Qué hora es? —me pregunto desbloqueando el móvil—. Las diez y cinco. Es muy temprano aún. Si ha acudido a La madriguera, todavía no habrá vuelto a casa. ¿Y si no lo hace? Puede que la frustración por mi rechazo le empuje a pegarse una noche loca. O puede que no, no lo sé. Creo que he entrado con fuerza en su cabeza y quizás le apetezca cambiar de vida. Más que sus palabras, sus ojos así lo indicaban.

Agotada a causa de la lucha interior que libro entre lo aconsejable y lo que deseo, a las once de la noche me doy por vencida y decido permitir que sea mi instinto quien conduzca mis pasos hasta el ático del edificio. Incluso sin estar convencida del tipo de instinto al que me abandono.

Cuando me cuadro ante su puerta, mi corazón late desbocado. Tengo la incómoda sensación de estar errando, pero soy más persona de fracasar que de no intentar.

Llamo al timbre y procuro controlar mi respiración para no causarle una impresión equivocada. Mejor pensado, para lo contrario. Aunque tengo claro el motivo que me trae hasta aquí y cómo pretendo conseguirlo, tampoco quiero parecer acuciada por la necesidad.

—No abre —me digo contrariada. Comienzo a mirar a todos lados y descubro una pequeña cámara situada en la unión de dos paredes con el techo. Entiendo entonces que es más que probable que en este momento se esté riendo de mí al hacerme sufrir con la espera. Sonrío para mis adentros y me obligo a presentar batalla.

—¿Quieres luchar? Pues hagámoslo usando cada cual sus mejores armas.

Sin dudar lo más mínimo, libero un par de botones de mi blusa fucsia y abro el escote lo suficiente como para conseguir que su sangre bombee fuerte en la única zona del cuerpo de un hombre que le nubla la razón. Me giro hacia la cámara y guiño un ojo con sensualidad. Ni yo misma me creo lo que estoy haciendo, lo cual me provoca una sonrisa nerviosa que bordea la carcajada en el momento en el que se abre la puerta del ascensor y me giro de manera instintiva.

Como no podía ser de otro modo, Iván aparece y su rostro serio se ilumina al

descubrirme en la puerta de su casa. De modo inverso, el mío se ensombrece al comprobar que llega acompañado de una pelirroja con el pantalón ceñido a su cuerpo hasta doler y el escote casi tan abierto como estarán sus piernas dentro de un par de minutos. Me quedo bloqueada, avergonzada y desilusionada, sin saber qué decir o qué hacer, aunque lo que me pide el cuerpo es dejar que la tierra me engulla.

—Yo... Venía a por sal —se me ocurre justificar mi presencia con la mentira más absurda.

Ambos parecen ponerse de acuerdo para mirarme el canalillo y yo me quiero morir.

—Más bien parece que venías a traer pimienta —contesta la aprendiz de furcia a la vez que salen del ascensor. Iván se gira hacia ella, pero no le dice nada y yo me siento aún peor.

—Lamento haber sido tan inoportuna —me excuso y me adentro en el ascensor pasando entre medio de ambos.

—Laura, yo...

Iván me mira con expresión de incredulidad, aunque la única persona de aquí que no entiende nada soy yo. Me siento mal, muy mal. Aunque sólo se trata de un sueño, la opresión que siento en el pecho es demasiado real. Necesito estar sola y pensar. Mejor no, no quiero pensar. Me gustaría dormirme y olvidarme de lo ocurrido, pero sé que no lo conseguiré. Y lo peor de todo es que lo sucedido en las últimas horas lo complica todo. Por primera vez, desde que comenzó la misión, tengo serias dudas de poder alcanzar el objetivo. Tengo que replantear la situación y tomar decisiones.

15 - Tomando decisiones

Tengo que hacer algo. Este nuevo mundo se aprecia muy nítido, muy real y, sin embargo, lo está distorsionando todo. No sólo el tiempo parece relativo. Incluso he perdido la cuenta ya de cuántos días llevo aquí. No me reconozco aunque, en realidad, no soy muy diferente de la Laura de arriba. Insegura e indecisa, una Laura que pretende tomar las riendas de la situación y no es capaz siquiera de tomar las de su vida. Tengo que dar un giro radical y todo pasa por desintoxicarme para ver las cosas con perspectiva. Debo subir. Quizás las chicas puedan aconsejarme cómo puedo actuar.

Cada vez tengo más clara la dificultad que conlleva acercarse al Iván que hay tras la coraza, pero es que no resulta nada sencillo. Cuando parecía que sus palabras eran sinceras y yo le atraía, aparece con esa zorra. Era una oportunidad única para acceder a él. No es lo que más me apetece porque creo que podría dejarme secuelas, pero puede que sea la única forma. Todo lo demás pasa por espiarle y ver por dónde se mueve o con quien suele salir. Estoy convencida de que debe de tener algún amigo. Nadie se lo guarda todo para sí. Tiene que haber alguien en quien confíe. Y si no existe esa persona aquí abajo, a lo mejor tendré que buscarla arriba o asumir ese papel. No lo sé. Sólo sé que tengo que escapar de aquí porque siento que me ahogo. Ni siquiera tengo claro que vaya a volver, aunque no me gusta dejar las cosas a medias. Nunca me rindo, pero me resulta tan frustrante todo lo que está ocurriendo, que apenas tengo la menor certeza de poder alcanzar el objetivo. Seguro que arriba encuentro más respuestas que aquí.

Hasta que caigo rendida de agotamiento, me paso varias horas pensando para llegar siempre a la misma conclusión: tengo que subir.

Cuando despierto, tras nueve increíbles horas de sueño seguidas, me levanto aún más desanimada que anoche. Lo que me resulta increíble es que consiga prolongar mi descanso durante tantas horas. Aunque, pensándolo mejor, varias horas de aquí equivalen a una de arriba. A lo mejor no ha cambiado nada diferente de mi percepción de la realidad.

Tengo que despedirme de las chicas. Sé que no son más que simples proyecciones alojadas en el subconsciente de Iván, pero también lo están ya en el mío y les he cogido cariño. Si no consigo aclararme arriba, puede que esta sea la última

ocasión para charlar con ellas.

Llego a la cafetería situada frente a La Guarida un buen rato antes de la hora de entrada al trabajo. Así pretendo controlar que sólo se encuentren dentro Sonia y Angie cuando cruce las puertas para despedirme de ellas. No me apetece encontrarme con Iván porque me siento demasiado vulnerable. Ambas llegan casi a la vez. Mientras que Sonia se dedica a abrir la baraja, Angie aparece al fondo de la calle, por lo que aprovecho el momento para levantarme y acercarme hasta ellas.

—Hola —saludo escueta.

—Muy arreglada vienes tú a currar, ¿no? —observa Angie en el momento en el que se une a nosotras.

—No voy a trabajar. No me encuentro bien y he pedido la baja a mi médico de cabecera.

—¿Qué te ocurre? —preguntan ambas al unísono.

—No os preocupéis —las tranquilizo—. Aunque mi locura no tiene cura, no me estoy muriendo —bromeo. Ambas sonrían algo aliviadas, aunque no tardarán en hacer más preguntas, así que paso al ataque para no dejarlas pensar—. Tomemos un café.

—¿Estás loca? —protesta Angie—. Tía, comprendo que te apetezca charlar un poco, pero hay mucho que...

—No hay nada que hacer. No me preguntéis cómo, pero ya me he encargado de que todo esté listo a la hora de la apertura.

—¿Te ha dejado su llave el jefe o vinisteis juntos anoche para jugar con sus bolas? —se burla Sonia chistosa—. Ya sabes; todo lo de dentro le pertenece.

—A ti te lo voy a contar yo, para que luego se lo casques a mi sustituta, a los niños y a sus padres.

—¡Perdona!, ¿me estás llamando cotilla? —finge su enojo.

—Quizás esté siendo injusta. Al sordo que trajo anteayer a su hijo no le contaste que en mi primer día de trabajo me pringué las manos de mierda de niño —me burlo—. Tomemos café. Necesito hablar con vosotras.

Ocupamos una mesa de la terraza con tal naturalidad que parecemos amigas de toda la vida. Este hecho me invita a acordarme de las de verdad. No puedo evitar echar de menos a mis tres locas.

—¿Por qué tengo la extraña sensación de que este encuentro se trata de una despedida? —indaga avispada Sonia.

—No se te escapa ni una.

—Será coña —interviene ahora Angie, la menos intuitiva de las dos.

—No es definitivo, pero existe la posibilidad de que no regrese.

—Ha pasado algo con el jefe, ¿verdad? —intenta averiguar la primera entrecerrando un ojo, como si con ello tuviera la facultad de extraer de mi cabeza la respuesta.

—Algo ha pasado —confirmo—, aunque nada que no tenga solución. Por eso mismo os pido que no salga de aquí lo que hablemos —les sugiero, pese a poseer el poder de obligarlas a callar. No sé, les estoy cogiendo cariño y creo que la palabra obligar está reñida con la amistad.

—¿Qué ha ocurrido entre vosotros para que quieras quitarte de en medio?

—Lo gracioso es que no pasó nada.

—Entonces, si os terminasteis acostando y no ha mediado enfado alguno, ¿dónde está el problema?

—No me has comprendido, Sonia. Te digo que no ocurrió ¡nada!

—¿Lo rechazaste? —se sorprende Angie.

—En realidad, no hizo falta.

—No me lo creo. A ver, que Iván es a un coño lo que un niño a un caramelo. Tía, ¡que es una ciencia exacta! —bromea.

—No en mi caso. Y no porque no le interese, pues me ha dado sobradas muestras de ello. Es como si... No sé, imagino que respeta demasiado mi opinión y no piensa lanzarse hasta que yo no dé el primer paso.

—¿Y a qué estás esperando? Laura, igual es que me he perdido algo o es que no te enteras. No hablamos de un hombre, ¡sino de un dios!

Le río la gracia y a continuación le explico la razón de por qué no es tan sencillo. Miento al defender mi negativa apoyándome en un desengaño anterior, aunque digo la verdad cuando reconozco que Iván me provoca sensaciones muy extrañas. Les informo de mi necesidad de contar con tiempo para aclarar mis ideas, ese tiempo tan relativo que volará aquí abajo mientras que yo mantenga mis dudas arriba.

—¿Volverás? —se interesa Sonia cuando nos disponemos a despedirnos.

—No lo sé.

—¿Y esa noche de locas que nos prometiste? —me recuerda algo que les dije hace unos días, cuando rememoraba mis andanzas nocturnas para generar complicidad al hacerles partícipes de mis secretos.

—Bueno, quizás no para quedarme, pero os prometo que bajaré —equivoco el verbo que he de utilizar con ellas—. Os prometo que volveré para celebrar juntas mi cumpleaños —corrijo sin que se den cuenta de mi error—. Os aseguro que será inolvidable —anticipo pensando en usar mis poderes cuando llegue el momento, aunque mintiendo en parte porque luego tendré que borrarlo todo de sus cabezas.

—Te tomamos la palabra —me advierte Angie—. Y con respecto al jefe, ¿qué le decimos si nos pregunta sobre tu baja?

—No existe tal baja —reconozco, a pesar de que podría crear cualquier documento con sólo pensarlo—. Quiero que me hagáis el favor de entregarle esta carta.

—¿Una declaración de amor no correspondido? —se burla Sonia.

—¿Ves a ese hombre que trastea con su teléfono móvil? —pregunto señalando por encima de sus cabezas. Ambas se giran y luego asienten a la vez—. Bien, pues se trata de un investigador privado que he contratado para demostrarle al jefe lo que hacéis cada día entre las cuatro y las cinco. En esta carta están todos los detalles —miento devolviéndole la broma.

—¡No serás capaz! —supone Angie con inocencia.

—«Pringá», ¿pero no ves que intenta darnos coba?

—Ahí le explico los motivos de mi desaparición —me interpongo para no dilatar más la situación—. Y ahora, chicas, tengo que marcharme y vosotras debéis comenzar a trabajar. Dentro de poco comenzarán a llegar los primeros niños. Confío en vosotras y sé que no le contaréis nada de lo que he sentido. Respecto a lo demás, todo está incluido en esa carta. ¡Ah, por cierto! —recuerdo—. Ayer me crucé con él e iba acompañado de una mujer pelirroja. Sé que hay muchas tías...

—¿Con pinta de putilla? —me interrumpe Sonia.

—Sí, bueno, yo no iba a utilizar ese calificativo, pero supongo que sí.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunta ahora Angie y ambas se miran con expresión de sorpresa. Sonia asiente y ambas sonríen.

—¿Qué pasa?

—Creemos que se trata de Raquel, que ha podido regresar de Alemania.

—¿La antigua empleada de La Guarida?

—La misma —confirma Angie.

—¿Y?

—Y si estamos en lo cierto y eso que revolotea por tu abdomen es lo que imagino —especula Sonia como portavoz de ambas—, estás bien jodida.

Voy a responderle que no se trata de lo que imagina, aunque al final no digo nada porque ni yo misma tengo claras mis emociones. Por eso he decidido marcharme.

Me cito con ellas el veinticinco de agosto para celebrar mi cumpleaños y luego me despido con sendos y emotivos abrazos, demasiado para el tiempo que hace que nos conocemos. Cuando verifico que entran en La Guarida, comienzo a caminar pensativa hacia la playa. Es el lugar que he decidido para abrir la puerta que me lleve de vuelta a la realidad.

Cuando me encuentro sentada sobre la arena, recostada sobre uno de los pilares del Balneario de la Palma, reproduzco con mis dedos la señal que debe poner en alerta a don Evaristo y al profesor Geeby. Luego intento rescatar de mi memoria las posibles últimas palabras que me unirán a Iván y así permanezco absorta hasta que el sol comienza a esconderse tras el Castillo de Santa Catalina.

Señor Carrasco... Iván, cuando leas esta carta estaré muy lejos. Lamento haberme marchado sin despedirme, pero tenía que hacerlo así. De lo contrario, es posible que hubiese tomado una decisión equivocada. Necesito tiempo para pensar y tomar decisiones sobre el tipo de vida que deseo. Precisamente a usted, a ti, tengo que agradecerle que me hayas abierto los ojos y me hayas obligado a ver las cosas con perspectiva. Esto me obliga a dar un paso atrás para que la cercanía de los árboles no me impida contemplar la inmensidad del bosque.

Debo reconocer que te mentí. Jose y yo no estamos prometidos. Tampoco me he despedido de él y desconozco cómo terminará todo esto, pero quiero que te quede claro que uno de los dos, o los dos, no me verá jamás. Quiero estar segura de lo que hago y no seguir dando tumbos por mi vida.

Entenderé y respetaré que no quieras esperar o que incluso contrates a alguien para sustituirme, del mismo modo que espero tu comprensión. Más que una

elección entre tú o él, tengo que determinar qué tipo de vida quiero vivir.

Muchas gracias por todo. Por el trabajo, por hacerme reír y por hacerme soñar aunque, al fin al cabo, «los sueños, sueños son».

Hasta siempre. Soñaré contigo, Peter Pan.

Laura.

Resulta sorprendente lo extraordinariamente bien que funciona la memoria aquí abajo. Debe de ser por estar navegando por los rincones más escondidos de mi subconsciente, pues arriba no habría sido capaz de recordar ni la mitad de mi carta de despedida. Gracias a esta alucinante capacidad, apenas percibo que el mundo que me acoge va retirándose su abrazo, tan centrada como me encuentro rememorando mis propias palabras e imaginando la reacción de Iván cuando las lea. Un efecto de túnel similar al que me trajo hace unos días me va envolviendo cada vez más, hasta que la increíble velocidad a la que viajo por su interior me obliga a cerrar los ojos para no marearme. El sonido del viento que provoca el desplazamiento acapara entonces toda mi atención, hasta que, de pronto, todo parece cesar.

Un persistente pitido entrecortado toma el relevo para servirme de enlace entre ambos mundos. Abro los ojos y la claridad de las luces blancas del techo me ciega al momento. Vuelvo a intentarlo de nuevo, aunque permitiendo que la intensidad luminosa entre poco a poco entre mis párpados entrecerrados. Mi sentido del oído sigue tan agudizado como cuando inicié el viaje, por lo que el molesto pitido me obliga a mirar hacia su procedencia. Se trata de la máquina, a la cual estamos conectados Iván y yo. Iván, ahí tumbado en la camilla con tu barba de varios días, cuán diferente pareces del seductor que tanto afinó mis sentidos con tan poco. Aún me estremezco al recordar lo que sentí cuando me sonreíste por primera vez, o cuando aprovechaste mi salida del tiesto con el chiquillo en aquella terraza para burlarte de mí. Todavía se eriza la piel de mi mejilla al revivir la caricia que provocaste con tu susurro al pedirme que abriera los ojos al borde del abismo. Las emociones que despertaron con aquella visión son irreproducibles. No creo que nunca más vuelva a sentir nada que se le parezca.

Pero todo eso quedó atrás, abajo, demasiado lejos de lo que tu inánime presencia insisten recordarme. Me decido por fin a incorporarme, aunque mi iniciativa se queda en un simple intento. Me pesa mucho el cuerpo y apenas soy capaz de mover un músculo.

—¿Cómo se encuentra? —oigo preguntar a don Evaristo.

—Agotada, sin fuerzas —reconozco con un tono de voz cansino.

—Entra dentro de las posibilidades que barajábamos. Lleva demasiado tiempo ahí abajo. No tenemos constancia de nadie que haya prolongado durante tanto tiempo un sueño lúcido.

—¿Cuánto tiempo ha durado el viaje? —me intereso alarmada.

—¡Veinticinco horas y media!

A tenor de su entonación, no cabe duda de su euforia. Mucho me temo que confía en mis logros bastante más que yo. Casi veintiséis horas, pese a que a mí me ha parecido una semana. Como siete días de duro trabajo; así me siento.

—Yo... Tengo que decirle que...

—No se preocupe. Ya llegará el momento de hacer valoraciones de lo ocurrido ahí abajo. Ahora debe descansar mientras que nosotros analizamos la ingente cantidad de datos que ha arrojado el experimento —aclara para mi completa sorpresa—. Parece interesarle más el experimento que la posibilidad de traer a su hijo de vuelta.

—Pero...

—¡No hay peros que valgan! —se impone su enérgico vozarrón—. El profesor Geeby tiene preparado un compuesto que le ayudará a restablecerse cuanto antes. Tenga en cuenta que, para nosotros, sólo ha transcurrido un día —me recuerda con evidentes ojeras apuntando hacia mí—, pero usted ha vivido este tiempo en su cabeza a velocidad de vértigo. —Se inclina un poco hacia mí y se acerca hasta mi oído por sorpresa—. Confíe en mí, Laura —me susurra con una similitud escalofriante al gesto que su propio hijo ya reprodujo varios pisos más abajo.

Me quedo en una especie de estado de shock y apenas me doy cuenta de la somnolencia que me atrapa entre sus garras para, esta vez sí, permitirme descansar.

Sueño con Iván y el maravilloso despertar que me regaló. En mi sueño, las flores que usa para sorprenderme son rosas rojas, mis preferidas. Su significado representa lo que siempre anhelé. Subimos en el ascensor más pegados de lo que el espacio existente permite. Siento su respiración arremolinando mi cabello y me hace estremecer. Al llegar arriba y girar la cerradura, no me invita a entrar y me extraño. En su lugar, se agacha y pasa una de sus manos por detrás de mis pantorrillas y otra por la espalda.

—¿Qué haces? ¡Suéltame! —le pido. Pero no me hace caso.

—Bienvenida a la casa de tus sueños, mi amor.

Acerca su rostro al mío y cruzamos el dintel flotando bajo el efecto del beso apasionado que me entrega.

Cuando abandona mis labios y abro los ojos, la visión que me encuentro resulta espectacular. Un cielo estrellado como nunca escolta la expresión de felicidad de un Iván que me contempla satisfecho. Le obligo a dejarme en el suelo y entonces descubro que nos encontramos en una terraza muy amplia. Similar a la que vi en el interior de su cabeza, aunque diferente. En mi sueño, aunque menos nítido todo, se presenta más real. La terraza se advierte más pequeña que el campo de fútbol que parecía en el suyo. El cielo, muy estrellado, pero bajo el efecto del velo que consigue el resplandor que escapa de la ciudad. Y las vistas hacia la bahía... Algo más cerca que en su sueño, apenas llego a disfrutarlas porque vuelve a sorprenderme creando magia con sus labios sobre los míos. Es la situación más romántica que he vivido nunca, la que siempre he soñado. Qué ironía. Y qué raro que sea consciente de estar soñando.

¿Habré llegado a subir? A lo mejor me he inventado la conversación con don Evaristo, pues jamás he sido consciente de estar soñando, salvo cuando se ha tratado de un experimento.

Apenas puedo centrarme en esta idea porque dejo de sentir la calidez que Iván me entregaba con su beso entregado. Abro entonces los ojos de nuevo y lo descubro observándome con ojos de enamorado.

—Laura, ¿quieres casarte conmigo? —pregunta arrodillándose y entregándome una pequeña cajita de color corinto con símbolos dorados en relieve.

Mis ojos responden por mí cuando de ellos comienzan a surgir dos ríos de lágrimas. No llego a contestar porque entre nosotros no hace falta. Las miradas son suficientes para...

—Mi amor, ¿pretendes que se enfríe el cava? —oigo decir a alguien que no veo porque Iván me priva con su rostro cerca del mío. Pero me suena esa voz.

Miro por encima de su hombro y descubro a la pelirroja del ascensor con una botella en la mano y un picardía rojo sobre su cuerpo de putilla.

—¡Era todo mentira! —me quejo amargamente—. Me estabas engañando.

—No, cariño. Confía en mí. ¡Ella no es real! Quiero casarme contigo y formar

una familia. Dejaré el ejército si tú me lo pides.

—¡Aléjate de mí! Tú no quieres a nadie. Ni siquiera tus padres sienten afecto por ti. Tú sólo piensas en ti y en quién calentará tu cama cada noche. ¡Qué estúpida he sido! Me he dejado convencer por el más mentiroso, por alguien que no cree en el amor. Ni yo misma sé por qué sigo creyendo en esa palabra vacía. ¡Además! —le grito—. Tú y yo nunca formaríamos una familia porque odio a los niños.

—¡No, estás confundida! A ti te encantan los niños. Creo que necesitas descansar, relajarte. Démonos un baño —me sugiere encendiendo la luz de la parte trasera de la terraza con un mando que porta en su mano.

Un miedo irracional se apodera de mí cuando descubro a su espalda la piscina. No sé por qué, pero la visión me causa pavor y quiero marcharme de aquí.

—Ven conmigo, mi amor —me pide cogiéndome la mano.

—No, la piscina no.

—No pasa nada. Te relajará.

—¡La piscina no! —le grito desembarazándome de él, con tan mala fortuna que, tan cerca como estaba del poyete casi inexistente, tropiezo sin darme cuenta y de pronto me encuentro cayendo al vacío.

Despierto sobresaltada y desorientada. Demasiado, pues no sé qué demonios hago en mi casa. Me dormí en el laboratorio y ahora aparezco aquí. ¿Lo habré soñado todo? No puede ser, yo sé lo que es sueño y lo que no lo es. Aunque la verdad es que no habría adivinado jamás que mis viajes eran sueños, de no ser porque lo sabía de antemano. Pero esto es diferente. He hablado del tema con las chicas. Ellas saben que no se trata de un sueño. ¿Qué hora es? Tengo que hablar con ellas. ¡Las siete y cuarto! Aún me da tiempo.

Durante la ducha no soy capaz de quitarme de la cabeza el sueño convertido en pesadilla. Ni siquiera reparo en lo extraño que me resultó despertar en casa. Imagino que me traería don Evaristo en previsión de que mi descanso se alargase. Es lo más lógico. En cambio, la inquietante relación entre Iván y yo en mi sueño, de cuyo posible nacimiento he huido en su realidad, me resulta demasiado ilógica. Ya no por el hecho en sí, pues creo que una parte de mí que insisto en silenciar desea que se cumpla lo soñado, sino más bien porque tengo la sensación familiar que se experimenta cuando se sueña con recuerdos. Pero yo no conocía a Iván de nada antes de haber respondido al anuncio. Mucho menos olvidaría que me hubiese propuesto matrimonio y formar una

familia. Todo esto es muy extraño, casi tanto como el miedo irracional que aún siento desde me pidió que le acompañara a la piscina.

Llego a la cafetería en la que siempre nos citamos y saludo a las chicas como si hiciera varias semanas que no las viera. De hecho, es el cálculo que mi reloj mental parece haber resuelto. Como bien dijo don Evaristo, mi cabeza ha trabajado a un ritmo superior al que lo habría hecho aquí arriba.

Con pelos y señales, les cuento a las chicas el maravilloso viaje de ida que disfruté. Siguiendo el hilo temporal, también las hago partícipes de nuestro encuentro en la terraza del paseo marítimo y mi incidente con el pequeño. Se burlan de mí porque no les extraña. Me conocen y tienen presente mi mala relación con los niños. Por eso se sorprenden cuando relato cómo acepté el trabajo en La Guarida. Omito el vergonzoso incidente al pringarme las manos de mierda durante mi primera jornada. No estoy dispuesta a motivar sus carcajadas gracias a mi humillante experiencia. Sus primeras preguntas llegan cuando confieso haber usado a Jose para mi propio beneficio, a pesar de que Gema lo califica como un perjuicio.

—Teniendo a mano dos bombones —me dice—, no entiendo por qué tienes que descartar uno.

De cualquier modo, la verdadera batería de cuestiones llega tras mi exposición del mágico desayuno con el que Iván me obsequió.

—A ver si lo he entendido bien —interviene una Lourdes demasiado callada hasta ahora—. Le recriminaste que fuera tan superficial y luego huiste de allí por miedo a enamorarte de él.

—Yo no he dicho que me estuviera enamorando —protesto sin demasiado énfasis.

—¡Chíngale! Quien no te conozca, que te cambie por otra.

—Era parte de mi trabajo —justifico—. Tenía que hacerle entender que existen sentimientos y emociones bastante más reconfortantes que echar un simple polvo.

—Ardua labor entonces para quien no conoce otro modo de vida.

—¿Disfrutas criticando todo lo que hago?

—No. Disfrutaría si mi amiga fuera consecuente con lo que predica y sentara la cabeza. ¿Tú te has parado a pensar alguna vez en lo que quieres para el futuro, carajo?

—¡Quiero una vida sin problemas! No tener que preocuparme por el dinero y...

—¡Mentira! El dinero nunca te preocupó. ¡Órale, Laura! O mucho me equivoco, o en esta ocasión tampoco te importa perder lo que te falta por cobrar. ¿Estoy en lo cierto?

—¡Claro que no! —sale en mi defensa Rosana—. Díselo, Lau. Dile que tú nunca te rindes y que vas a luchar por traer a ese cobarde de vuelta.

No soy capaz de secundar sus palabras, a pesar de que casi todo lo que soy me empuja a hacerlo. Sin embargo, un temor desconocido impone su criterio y potencia mi silencio.

—Me parece que alguien ha manchado las bragas de marrón —interviene Gema con poco acierto, insertando una de sus bromas en el peor momento.

—¡Tú siempre dando la nota! —le recrimina Rosana.

—Yo lo diría con otras palabras —vuelve a la carga Lourdes—, aunque no considero desacertada la observación de Gema.

—Ey, cerebritito, no te pongas de mi parte, pues no te perdonaré que me taches de cría por matar el tiempo atrapando pokemons.

—Desde luego, es que ambas parecéis unas chiquillas —las reprende de nuevo Rosana..

—Y tú, ¿de qué vas, Robin Hood?

—¡Bueno, basta ya! —les grito, harta de soportar una lucha que ni yo misma lidio en mi interior porque estoy convencida de que la decisión ya la tomé desde mucho antes de venir. El silencio que sigue a mi orden despierta mi recelo y mis recuerdos. Por un momento me veo en similar situación a la vivida en la plaza de la catedral, cuando yo tenía el control sobre sus voluntades y las obligué a callar para luego hacerlas desaparecer. Descarto mi dominio aquí arriba y asocio la atención que me prestan con la inusual y contundente imposición de mi criterio—. Chicas, de veras que agradezco vuestros intentos de ayudarme o hacerme reaccionar —les aclaro sosegando mi tono de voz—. Sin embargo, me importa poco lo que podáis pensar porque la decisión está tomada. No me preguntéis por qué, ya que ni yo misma lo sé, pero la sensación de ahogo que sentí allí abajo —omito el miedo y la ira experimentados en el sueño de arriba— era tan real como la suma de dinero que engorda mi cuenta.

—¿Te parecerá entonces muy honesta tu actitud? —me recrimina de nuevo Lourdes—. Esa plata no la mereces, ¡carajo!

—Me da igual lo que digas, Lourdes. Tampoco creo que merecieran sus padres ni sus conocidos lo que Iván les hizo al quitarse de en medio. Y, sin embargo, ahí sigue tan tranquilo, sin el menor cargo de conciencia, viviendo sin preocupaciones una vida muy real para él. ¿Y pretendes que yo me sienta mal? ¡No los conozco de nada!

—A él sí —corrige Rosana con la decepción instalada en su rostro—. Te ha dado muestras sobradas de estar interesado por ti. Se estaba enamorando y esa parecía la mejor manera de traerlo de vuelta.

—¿Estás pensando lo que estás diciendo? —me pongo en contra suya por primera vez—. ¡Era un maldito sueño, joder! Además, en el supuesto de que llevaras razón y lo trajese de vuelta, su padre ya me dejó claro que no me hiciera ilusiones. Procedemos de mundos distintos y nunca podrá existir nada entre nosotros más allá de los sueños.

—Pues quédate allí abajo —soluciona Gema con el colmo de la sinrazón.

—Tú lo flipas. Yo quiero vivir una vida real.

—La vida real está llena de problemas —apunta Lourdes—. Sí, esos de los que tú huyes cuando te acosan.

—Puede que lleves razón. ¡Qué demonios, la llevas!, pero me da igual. He decidido rendirme. Sólo volveré allí abajo porque se lo prometí a las chicas de La Guarida.

—Ellas tampoco existen —replica para mi sorpresa Rosana.

—Pero el sentimiento de culpa por faltar a mi palabra, sí.

—Espero entonces que seas capaz de no dejarte atrapar por la horrible sensación de no haberlo intentado con Iván cuando llegues a casa borracha cualquier sábado, después de abrirte de piernas para algún desconocido.

—Es el tipo de vida que he decidido vivir.

—Ahí estoy con Rosana —la segunda Gema—. Ese es el tipo de vida que has decidido sufrir.

—A mí no me mires —me pide Lourdes cuando lo hago—. Ya sabes que opino como ellas. Si permites que el miedo te venza, jamás podrás disfrutar con la emoción del riesgo a equivocarte, de enamorarte, de sentirte genial tras cada problema superado.

—Perfecto, os habéis puesto de acuerdo para hacerme sentir mal —les

reprocho—. Pues que sepáis que me da igual. He tomado una decisión y sólo volveré allí abajo para emborracharme, reírme con mis amigas imaginarias y echar un polvo inolvidable con algún tío de ensueño. Un príncipe azul, de los que sólo existen en los cuentos y sus mundos de fantasía. Uno al que me encargaré de encender su vela, en vez de ser él quien apague las mías durante el día de mi cumpleaños.

16 - Mi cumpleaños

Las matemáticas nunca han sido mi fuerte. Sin embargo, en los últimos días me he visto forzada a hacer más cálculos que Einstein cuando determinó la velocidad de la luz en su estudio de la relatividad. Y todo por no pedir ayuda a «cerebrito». Ella habría cogido la calculadora para resolver con exactitud en qué momento justo tengo que bajar de nuevo para celebrar mi cumpleaños. No quiero arriesgarme a pasar más tiempo del necesario en un sueño que no es el mío, por lo que he tenido que precisar al máximo. Teniendo en cuenta que subí el catorce de junio, tendría que bajar antes de doce días para cumplir con mi promesa con cierto margen. He calculado que cada día de aquí se corresponde con seis de abajo, pero no es algo que haya medido con ningún instrumento. Es una simple percepción.

Lo que no termino de entender es por qué no ha dado señales de vida perro pachón. La verdad es que la falta de noticias por su parte me ha hecho dudar de todo, pero yo sé lo que he vivido. Imagino que seguirá más preocupado de analizar los datos que de recuperar a su hijo o de dar sentido a la inversión que para él represento. En más de una ocasión, he estado tentada de ser yo quien le llamara a él, pero he preferido dejarlo todo para el último momento. Así no me veré obligada a relatar otra vez toda mi experiencia. Sé que tendría que hacerlo, pero es lo último que me apetece porque volverían a aparecer las dudas y mis fantasmas.

En cambio, sí que me apetece charlar con la señora Consuelo. Necesito hacerle algunas preguntas antes de bajar de nuevo. Más por curiosidad, que porque piense en su utilidad para una misión que ya di por fracasada hace varios días. De cualquier modo, no pienso decirles nada hasta que no regrese de nuevo. De hacerlo, no volverían a invertir dinero público en satisfacer mi estúpido deseo de no fallar a dos amigas que ni siquiera existen.

Y aquí estoy, esperando ver algún movimiento en el palacete que tienen por vivienda en la calle Ancha. Estoy helada. Nadie en su sano juicio esperaría sentado en un banco a las ocho y media de la mañana en pleno mes de abril. Pero mis cuentas chapuceras indican que abajo ya es agosto y no puedo aplazar mis preguntas por más tiempo.

A las nueve en punto se abre la puerta de la finca y aparece don Evaristo. Solo

y envuelto en un abrigo de piel, se marcha en dirección opuesta a la que me encuentro, lo cual aprovecho para ponerme en acción. Cuando me aseguro de que casi se encuentra en la plaza de San Antonio, imagino que en el parking existente dormiré su coche personal, completo la distancia que me separa de su casa.

Para mi sorpresa, el inmenso portón vuelve a abrirse en el momento justo en el que me cuadro frente a él. Aparece precisamente la señora Consuelo y, aunque imagino que se dispone también a salir, compruebo que viste prendas de andar por casa.

—Te estaba esperando.

No sé si me sorprende más que me tutee o que aguardara mi llegada.

—Yo... Lamento no haber llamado o dado la menor señal de vida.

—No te preocupes, ya contaba con ello. Vamos, se enfría el café.

Tras su invitación, no me queda otra que seguir sus pasos. De hecho, es lo que pretendía, pero está ocurriendo de un modo que no esperaba.

Cuando tomamos asiento y su criada nos sirve el café, antes de dejarnos a solas, por fin me mira muy seria y decide tomar la palabra.

—¿Te causa demasiado respeto y has preferido comunicármelo a mí?

—¿Lo qué? —me intereso desconcertada—. No sé de qué me habla.

—Imagino que te resulta más sencillo que sea yo quien reciba la noticia de tu rendición.

—Yo... —No me lo puedo creer. ¿Cómo lo ha sabido?—. No he venido para eso, sino para hacerle algunas preguntas antes de volver a bajar.

—¿Vas a regresar? —pregunta muy sorprendida, como si no tuviera ya la menor esperanza. Para su desgracia, desconoce cuál es en realidad mi verdadera intención.

—Sí, pienso volver, aunque antes necesito saber algunas cosas.

—No te imaginas cuánto me alegra que no te hayas dado aún por vencida. Ante tamaño sacrificio, no puedo negarte respuesta alguna —me advierte guiñándome un ojo en un gesto que me resulta insólito, viniendo de quien viene.

—¿Su esposo era el superior de Iván? —arranco el interrogatorio apostando fuerte. Pese a todo, con algunas de las preguntas sólo busco su confirmación.

—Así es. Entre mi hijo y mi esposo existían varios mandos intermedios, pero

sí, podemos resolver que estaba a las órdenes de su padre.

—¿Eso fue lo que motivó la mala relación existente entre ambos?

—No exactamente —confirma sin vacilar, consiguiendo que sea yo quien lo haga—. Iván tenía en un pedestal a Evaristo. La verdad es que me sorprende un poco, pues no es el reconocimiento que merecía de su hijo, pero tampoco me extraña demasiado. Imagino que Iván, el crío, tendría demasiado tiempo para pensar e imaginar que su padre no tenía tiempo para él porque era una eminencia en su campo.

—Pero ocurrió algo —imagino.

—Así es.

—¿Apareció ella?

—Las vidas de los muchachos se cruzaron en un momento clave del proyecto Peter Pan —revela para sorprenderme, pues pensaba que la empresa nació años más tarde—. Iván se ofreció voluntario para ser el primer conejillo de indias.

—¡No me lo esperaba! —exclamo sorprendida—. ¿Algo salió mal?

—Así es. Los planes de Evaristo pendían de un hilo. Uno que adelgazaba a la par que crecía el amor de la pareja.

—Le pidió ella que lo dejara y don Evaristo se opuso a la relación —resuelvo convencida.

—No. Evaristo se opuso a la relación por miedo a las consecuencias que la aparición de ella en la cabeza de Iván pudiera provocar. Se conocían menos detalles técnicos que hoy y creía que el «viajero» tenía que permanecer ajeno a vínculos que le desviarán del objetivo.

El objetivo, siempre el objetivo. Jamás cambiaré ese hombre. Si el objetivo en su vida hubiera sido velar por su familia, es más que probable que nada de esto hubiese ocurrido. Pero conseguir los objetivos siempre fue su obsesión, aunque eso se llevara por delante la vida de su hijo. Y no es que yo sea ahora mismo la persona más apropiada para juzgar a nadie. Más preocupada por no faltar a mi palabra con dos fantasmas, pisoteo mi compromiso con esta familia que se aferra a mí como última esperanza. Y lo peor es que me estoy fallando a mí misma; siempre llego tarde a mi cita con la vida. Creo que sólo cumpliré con mi propio objetivo cuando llegue la hora de citarme con la muerte.

—No parece suficiente para hacer lo que hizo —le tiro de la lengua enlazando

con mi último pensamiento.

—La vida de mi hijo se apagó a continuación de la de ella.

—¡Lo sabía! Sabía que a ella tuvo que haberle pasado algo —me digo en voz alta, encontrando por fin una excusa para justificar lo que hizo Iván. Sin su esposa y privado del cariño de sus padres, era normal que se viera solo y acorralado en el pozo sin fondo de la desesperación.

Las dudas vuelven a aparecer y ya no tengo tan claro que quiera entregar mi rendición. Aunque...

—¿Tuvieron hijos?

La señora Consuelo asiente sin mucho énfasis. Creo que he tocado uno de sus puntos débiles aunque, siendo honesta, creo que lo es para cualquier persona. Incluso para mí, que me producían salpullidos los niños hasta que comencé a trabajar en La Guarida. Ahora los miro con otros ojos, por lo que no puedo evitar que la congoja se apodere de mí al imaginar a esos críos sin unos padres que los eduquen y rebosen sus vidas de amor.

—¿Cuántos?

—Sólo uno. —Encima, hijo único y criado por unos abuelos que no cumplieron con su papel de padres. Pobre muchacho, aunque la suya no es muy diferente de la infancia que debió de tener Iván—. No sufras por él más de lo necesario. Permanece ajeno a todo cuanto aconteció y en la actualidad no le falta de nada.

—¿Fue recogido en adopción? —pregunto comenzando a encresparme ante la poca humanidad de sus abuelos.

—No exactamente, pero no dista demasiado de su situación presente.

Alucino. No tenían bastante con joder la vida de su hijo, sino que vuelven a repetirlo con su nieto. En realidad, no sé qué demonios hago aquí todavía. Esta gente no merece ni que la miren a la cara. Y ahí está, tan tranquila, mientras que yo me siento ya como otra más de sus víctimas, con lo apacible que era mi vida hasta que les conocí.

—¿Por qué yo? —me pregunto en voz alta—. No termino de creerme la explicación que me ofreció. ¿Acaso pretendía que intentara enamorar a su hijo para traerlo de vuelta? —lanzo una pregunta que ya resulta evidente—, ¿o es que era más sencillo pringar a una desconocida con una mierda de situación, de la que ustedes no

parecen haber aprendido nada? Le advierto que lo primero no ocurrirá jamás — anticipo con la mirada desafiante—. Y no porque su esposo me prohibiera hacerlo, sino porque...

—Te pareces mucho a ella —confiesa para interrumpir mi cadena de reproches.

—O sea, que me confirma que pretendía que se enamorase de mí —resuelvo—. Pues hay cientos de mujeres... ¿Qué digo? ¡Miles de mujeres más hermosas que yo! Y muchas de ellas son incluso más tontas que yo...

—Ser una bella persona no es sinónimo de ser tonta.

—¿Qué sabe usted de mí? Apenas me conoce de nada y pretende...

—También se llamaba Laura.

Debo reconocer que el último secreto ha conseguido captar mi atención y despertar mi silencio. De hecho, el impacto ha sido tan brutal que ha desencadenado un torrente de preguntas e ideas inconexas en el interior de mi cabeza, cada día más superada por una historia tan dura como desagradable. Desconozco cómo lo habrán pasado ellos, aunque parece que no muy mal. Sin embargo, no tengo dudas de que yo lo estoy llevando fatal.

—Mañana bajaré por última vez y hablaré con Iván sin guardarme nada — amenaza, cambiando sobre la marcha mi plan previsto—. Le contaré lo que sabe y lo que quizás desconozca. Me da igual lo que piensen usted y su marido. Quiero que le quede claro que si Iván decide permanecer abajo o abrigarse con otra capa más de olvido, no seré yo quien luche por impedirselo. Puede que sea lo mejor, quizás siempre lo haya sido. Únicamente lo lamentaré por ese crío, a quien los caprichos de la vida lo situaron en la familia equivocada. Y ahora —prosigo a la vez que me levanto de forma enérgica—, haga usted el favor de comunicarle a su señor esposo que mañana, a las siete de la mañana, estaré esperando en la puerta de mi casa. Agradeceré que llegue su chófer solo para evitarme el asco que me producirá su presencia. ¡Ah!, por cierto, que ya lo olvidaba. ¿Cómo y por qué me llevaron hasta mi casa después del último viaje?

—Bajo los efectos de la hipnosis y para que pudieras seguir descansando. Mi esposo no quiso hacerte pasar por la tortura que te supondría contar todo lo ocurrido abajo, así que te hipnotizaron y les entregaste toda la información sin verte forzada a recordarla. Sólo hubo que sacarla de donde se encontraba. Te suministraron somníferos para que descansaras y después te despertaron para que volvieras a dormirte.

—Genial. Me hipnotizan sin pedirme permiso y acceden a cualquier secreto que pueda albergar en el único lugar que jamás creí que pudiera ser violentado.

Sin ni siquiera despedirme, me giro y me marcho en dirección a la puerta.

—Espero que algún día te pongas en mi lugar.

—Espero que no —contesto tajante y sin detenerme. El día que me parezca a ellos, me sentiré igual de despreciable.

Por la noche, apenas duermo media hora, sumando las tres veces que consigo cerrar los ojos. Las pesadillas me atormentan, a pesar de que la voz de Iván me susurra al oído que me tranquilice. Pero no lo hago. Muy al contrario, me enciendo más aún si cabe, pues su voz me recuerda que hay un niño soñando cada día con recuperar a sus padres. Y yo sueño con él, con que la soledad que lo educa no es capaz de rescatarlo de su desafortunado resbalón en el borde de la piscina. Y se ahoga frente a mis ojos sin que yo pueda tenderle mi mano. Nada habría pasado en un sueño lúcido, pero este es uno de tantos en los que sólo puedes asistir como espectador y sufrir sus consecuencias. Y estas se manifiestan en mi cuerpo sudoroso y mis ojos anegados de lágrimas cuando el despertador suena a las seis de la mañana. La consciencia regresa a la par que mi cuerpo siente un cansancio por mi mal dormir que ya creía desterrado.

La ducha me sienta bien, aunque no consigue eliminar el dolor que siento en casi todos los músculos. Sólo el trasiego de un lugar a otro de la casa consigue calentarlos y ocultar el malestar.

A la hora señalada, aparece el coche ocupado sólo por el chófer, por suerte para mí. Viajo en la parte trasera, aislada y viendo las noticias que aparecen en la televisión.

Cuando llegamos a la base secreta, el conductor me abre la puerta y un par de soldados con cara de odiarlo todo me conducen hasta el laboratorio. Al llegar, me apodero de todo el odio de los militares que me escoltaban y lo multiplico por diez cuando veo el rostro de perro pachón, extrañamente inseguro.

—¿Está todo preparado? —le interrogo sin molestarme en saludarle.

—Sólo estamos a la espera de que le administren a mi hijo su medicación.

—Ya, a su hijo —repito con sarcasmo.

—Mientras tanto, podríamos...

—Desaparecer de mi vista —concluyo su frase—. Creo que será lo más

aconsejable para que aquí no se monte una guerra mundial.

Hace el amago de responder, pero finalmente no lo hace. He sido muy dura, aunque ya no me causa el menor efecto su eterna cara de pena con los ojos caídos. ¡Que se joda! Todo lo que le diga es poco.

Pese a mi intención de intentar viajar sin la ayuda de ninguna droga, el profesor Geeby me convence haciéndome ver que mi opción es inviable con los problemas del sueño que arrastro.

Cuando comienzo a sentirme rara, me esfuerzo en intentar alejar de mi cabeza a Iván y a un hijo suyo que no conozco. Me centro en dibujar mis pensamientos con la imagen de las vistas que poseía desde la terraza de mi piso de abajo. Y hasta allí llego tras un viaje sin más pena que gloria por el agujero de gusano que, imagino, ha decidido mi mente para hacerme el desplazamiento más comprensible. Puede que otros viajen de otra manera diferente a la mía, aunque ciertamente no me importa. Ahora sólo me preocupa relajarme con las vistas que contemplo. Un relax que, al pensarlo bien, no necesito. Aquí abajo es todo paz. El malestar y el nerviosismo que me acosaban arriba han desaparecido. Incluso distingo ya de forma muy lejana la imagen difusa de ese niño que no conozco.

No tengo ni idea de qué hora es, aunque debe de rondar el mediodía, atendiendo a la posición del sol. Tengo tiempo de sobra, por lo que imagino el frigorífico repleto de cerveza negra y me paso un par de horas sentada en la hamaca, bebiendo y disfrutando del momento.

A las tres y media cojo el ascensor que me lleva hasta el garaje y desde ahí parto en mi coche molón hacia La Guarida. Imagino un espacio amplio junto a la cafetería que hay frente al parque infantil y ahí decido aparcar. Me bajo del coche y me sorprendo al ver ya la puerta abierta, en cuyo marco permanece apoyada Angie. Toquetea su teléfono móvil mientras se fuma un cigarro, sin la menor intención de entrar a trabajar antes de la hora fijada en su horario laboral.

—¿Se ha perdido por aquí la buena costumbre de simular estar trabajando? — bromeo como mejor forma de saludarla sorprendiéndola.

—¡Laura! —exclama totalmente desprevenida.

Parece claro que no recordaba mi cumpleaños o no esperaba que cumpliera mi promesa. Me abraza como si diera la bienvenida en un aeropuerto a una familia, la suya, que no viese desde hace años. Correspondo a su efusividad porque, la verdad, yo

también me alegro mucho de volver a verla.

—¿La otra loca está dentro?

—Sí, tía. Estamos de trabajo hasta arriba.

—Ya te veo chorreando de sudor por tanto esfuerzo —me burlo—. Llevarás encima las llaves, ¿verdad?

—¿Qué llaves?

—Las de todos los pubs que vamos a cerrar esta noche.

—¡¿Hoy era tu cumpleaños?! —pregunta completamente perdida.

—No me puedo creer que os hayáis olvidado de mí.

—Tía, qué apuro —se lamenta—. Verás cuando se entere Sonia.

—A ver, tampoco dramaticemos, que tan sólo se trataba de una broma. Cuando salgáis de aquí, os ducháis, os vestís, no muy putillas para no privarme del honor de ser yo quien elija al más guapo en el día de mi cumpleaños, y luego terminamos en comisaría por no permitir dormir a los vecinos con nuestras carcajadas.

Su contagiosa sonrisa no se hace esperar, aunque algo más discreta que las de otras ocasiones.

—¿Qué ocurre? —la interrogo sospechando que me oculta algo.

—No sabes cuánto lo siento, pero tendremos que aplazarlo para otro día. Desde que te fuiste, las cosas han cambiado un poco por aquí. Ahora, además de divertir por las tardes a los niños, también entretenemos a sus padres por las noches. Hoy tenemos contratada una fiesta de empresa. No hacemos gran cosa, la verdad: unos dardos, un karaoke y ponerlos ciegos de tanto beber, pero ellos se lo pasan de lujo y dejan más pasta que sus hijos.

—Joder, qué mala suerte —me lamento frustrada.

—Bueno, tampoco está todo perdido —intenta animarme sin mucho éxito—. Tenemos dos horas para cenar desde que se van los niños y vienen los mayores. Podríamos tomarnos aquí todo lo que queramos y más. ¡Y gratis!

—¿Aquí? ¡Ni loca! —descarto de pleno.

—¿Lo dices por él?

—Pues claro. No me apetece que os llevéis una bronca por mi culpa y el dinero no representa el menor problema para mí. Además, tengo pensado hablar con él,

pero no hoy.

—No hemos vuelto a verlo por aquí desde que te fuiste.

—Entonces, ¿mi carta?

—Le llegó —responde nerviosa—. Como bien sabes, tenemos que limpiar su despacho una vez a la semana. Se la dejamos ahí y a la semana siguiente ya no estaba.

—Entiendo —admito sospechando que no me ha contado toda la verdad.

Aprovecha que le llega una notificación al móvil para desviar la atención, ante la supuesta necesidad de responder a quien sea que le haya escrito.

—Vamos adentro, anda. Sonia se va a poner como una moto cuando te vea.

—Yo...

—Mujer, ya te he dicho que no lo vemos desde que te marchaste. No tienes nada que temer.

—Bueno, va, pero sólo un rato. Tengo muchas cosas que hacer —miento de forma descarada.

Cuando abrimos la doble hoja que da acceso al interior, me llevo la gran sorpresa de encontrarme todo a oscuras.

—No te preocupes —me tranquiliza Angie—. Últimamente estamos teniendo problemas con los plomos. ¡Sonia, ¿arreglas lo de la luz o qué?! —le grita exigente.

—¡Ya casi está! —responde la otra, acuciada por la excitación del esfuerzo que debe de estar llevando a cabo.

De pronto se hace la luz y mis ojos se nublan tras varios segundos bloqueada, sin ser capaz de pensar en nada. La parte alta del local no se aprecia, gracias al falso techo creado con infinidad de globos de todos los colores. Suenan las voces de muchos niños cantando a coro el «cumpleaños feliz», una piñata preside colgada el centro del amplio salón, pero lo que reclama mi atención es lo que adorna las paredes. «Feliz cumpleaños», «Te queremos», o «Te hemos echado de menos» son algunas de las pancartas con letras coloreadas que dibujan una sonrisa nerviosa en mi rostro. Lloro de felicidad y abrazo con unas ganas enormes a la mentirosa de Angie. Busco con la mirada a Sonia y la descubro viniendo hacia mí sin parar de reír. Las muy cabronas lo tenían todo previsto y me han tenido engañada.

—Hoy es uno de los días más felices de mi vida —confieso a duras penas, pues la congoja apenas me permite hablar.

—Tómame algo, mujer, que te vas a atragantar de tanto llorar —me indica Sonia conduciéndome hacia una barra portátil que han montado en el salón, colindando con la puerta lateral de la cafetería.

—¿Cómo...? ¿Qué hace aquí toda esta gente? —pregunto en el momento justo en el que los críos se olvidan de mí y se meten en el castillo de bolas y toboganes.

—Cuando no hay que pagar, la gente se apunta a un bombardeo.

—Pero, ¿cómo vais a...?

—¿Justificarlo? —completa una sonriente Angie—. Tácticas de marketing. Ahora nos conoce más gente, gracias a esta iniciativa.

—Sois unas cabronas —las insulto a medio camino entre la risa y el llanto—. Habéis conseguido echar al traste una hora de maquillaje —miento, pues aquí abajo me basta con pensar en la mejor forma de verme bella para que se cumpla mi deseo.

Las chicas me cuentan cómo han ido las cosas durante mi ausencia, mientras que los niños se entretienen con las bolas y sus padres con los cubitos... de hielo. Cuesta creer que las chicas se hayan arriesgado tanto como para ofrecer bebidas gratis a adultos y niños. Como se entere Iván, creo que alguien va a tener problemas.

—Me sorprende que no nos preguntes por tu sustituta —deja caer Sonia con fingida inocencia.

—Porque supongo que no será tan auténtica como yo.

—Bueno, en eso llevas razón —apunta Angie sonriente—. La pelirroja guarrilla nunca te llegará a la suela de los zapatos.

—¿¡Ella?! —pregunto indignada.

—Te estaba vacilando —aclara para que ambas se partan de risa con el rostro de gilipollas que se me ha quedado—. El jefe no ha contratado a nadie para sustituirte.

No sé si creer que la razón reside en su prolongada ausencia o en la confianza plena en mi vuelta. Todo indica que se trata de lo primero, aunque algo muy dentro de mí desea que el motivo guarde relación con lo segundo.

—Bueno, ya está bien de tanta cháchara, ¿no? —se impone enérgica Sonia cuando acaba su carcajada—. Un cumpleaños sin tarta ni regalos es una mierda de cumpleaños.

Una emoción que no recuerdo haber sentido me aborda cuando oigo hablar de regalos. Todo está resultando mágico, pues no recuerdo haber celebrado jamás mi

cumpleaños. Las locas de arriba se limitaban a regalarme algún detalle y a pagarme el desayuno cuando les recordaba que cumplía años. Y en cuanto a mi infancia, está ya tan lejos que me resulta imposible recordar nada. Quizás sea porque tenga poco para recordar.

Sonia se retira un poco de nosotras y, con un mando a distancia entre sus manos, activa las luces intermitentes de colores que sólo funcionan cuando aparece Petra con las tartas de los críos. El resto de luces se apaga y, en medio de un espectáculo de luz y color que ya me conozco de memoria, comienza a sonar la música que da la bienvenida a la simpática serpiente. Ríe nerviosa, mientras que los niños no dejan de aplaudir al ritmo de la canción. Sonia y Angie se descojonan y el resto de adultos sonrían sin demasiado interés, más pendientes de volver a llenar sus vasos que de celebrar el cumpleaños de una desconocida.

Petra la fantástica, tarta en mano, hace su aparición estelar a la vez que divierte a los más pequeños con su alegre y estúpido baile. Uno que, por suerte, no llegué a protagonizar antes de mi partida. En esta ocasión lo interpreta de manera más torpe que cuando fueron las chicas quienes centraron la atención de todos bajo el disfraz de serpiente. Cuando llega hasta mí, cambiando unas normas que prohíben ofrecer la tarta a los críos, extiende sus brazos y espera a que sople unas velas que no me molesto en contar. Caigo entonces en que las chicas están a mi lado, por lo que parece claro que me han mentido y al final se contrató a alguien para que me sustituyera.

—¡Que las sople, que las sople! —gritan todos a coro, jaleados por las dos organizadoras de una de las mayores sorpresas y alegrías de toda mi vida.

Cojo aire con fuerza y luego lo lanzo sobre las pequeñas llamas juguetonas. El aplauso es inminente, pero justo antes ocurre algo que me deja completamente petrificada.

—Felicidades, Campanilla —oigo decir a una voz tan conocida como anhelada tras los simpáticos colmillos de Petra.

—¿Iván? —pregunto lo evidente.

Pero no me responde. En su lugar, se dirige hacia donde se encuentran los niños y se sienta en el suelo, esperando a que ellos hagan lo propio. Sonia, que aprovechó mi despiste para quitarse de en medio, aparece entre las numerosas cabecitas portando varios regalos empaquetados. Petra, o más bien Iván, me pide haciendo aspavientos que me una al grupo que ha formado con los niños para que abra los presentes. Algo avergonzada y sin dejar de sonreír nerviosa, hago lo que me

empuja a hacer y me siento a su lado, como también me sugiere dando palmaditas en el suelo.

Los niños se lo pasan genial y la verdad es que yo también, hasta el punto de olvidar que sólo se trata de un sueño. Uno tan real que supera con creces a tantos recuerdos veraces como se pierden en mi memoria. No hay lugar para el pasado en un presente mágico, irrepetible.

Angie me asegura que el primero de los regalos que abro procede de los críos, cuya inmensa mayoría de rostros me suena de haber visto celebrando sus propias fiestas.

Cuando rompo los papeles y destrozó la tapa de la pequeña cajita, presa de la impaciencia, no puedo evitar la carcajada al encontrarme con una caquita de las que venden en los comercios dedicados a los artículos de broma.

—¡Vaya mиеerda de regalo! —me quejo bromeando, jugando con un doble sentido que no llego a calificar como inapropiado en presencia de tan diminutos espectadores. Por suerte para mí, incluso los padres me ríen la gracia.

Aunque todos merecen recibir mis besos agradecidos, quien recibe mi cariño es el pequeño que me pringó en mi primer día de trabajo. Me lo dicen hace un mes y no me habría creído que estaría celebrando mi cumpleaños rodeada de desconocidos, niños en su mayoría, y comiéndome a besos a quien hasta hace bien poco habría calificado como un pequeño demonio.

—Este es el mío —me dice Sonia entregándome una caja que da lugar a pocas dudas.

Y, en efecto, descubro en su interior unos zapatos la mar de chulos, tal y como había imaginado. Estrello mis labios contra su mejilla a la vez que le digo de todo por habérmela jugado, aunque de forma cariñosa.

—Y el mío.

La cajita que me ofrece Angie es bastante más pequeña que la de Sonia. Debe de haberle costado envolver algo tan minúsculo. Sin embargo, en el interior aguardaba algo tan grande que despierta mi ternura cuando lo descubro.

—Para que nunca te olvides de mí —explica lo que representan los pendientes de plata con forma de ángeles, que guardan una estrecha relación con su nombre. Me fundo a ella en un abrazo de oso y me la como a besos. Qué increíble me resulta que les haya cogido casi el mismo cariño que a mis locas en tan poco tiempo.

—Gracias, gracias, gracias —repito una y mil veces, aún incapaz de contener mi emoción.

Por inercia, comienzo a recoger del suelo los papeles desperdigados de los regalos.

—¿No corras tanto, Forrest? —bromea Angie—. Aún te queda uno por abrir.

En principio no le entiendo, tras el torrente de emociones que aún acarreo, pero vuelvo a reparar en la presencia de Iván cuando extiende hacia mí su mano de tela llena de escamas. Aunque parezca imposible de creer, me había olvidado por completo de él.

—Es sólo un pequeño detalle —me anticipa tras acercarse a mí para que a los niños no les resulte chocante oír la voz de un hombre en el cuerpo de una serpiente que, en su lógica infantil, asocian con el género femenino.

Me tomo mi tiempo en desenvolver el regalo que, entre todos, parece haber sido envuelto con mayor mimo. Los pliegues del papel azul adornado con estrellas blancas son perfectos. Las chicas me increpan para que no me recree tanto, pero no les hago caso. Una pequeña cajita alargada de color negro recibe mi aprobación en forma de sonrisa. La abro y el color dorado de pequeñas estrellitas, que se unen entre sí por algunas de sus puntas, provoca un prolongado «oh» de todos los presentes. Con el precioso colgante de oro vibrando entre mis manos temblorosas, mi corazón desbocado interpreta un redoble de tambor para iniciar de nuevo la danza de la emoción. Estoy a punto de llorar de felicidad, pero no quiero sentirme tan frágil delante de todos, tan expuesta delante de él.

—Así tocarás las estrellas a todas horas, Campanilla —me susurra con un tono apenas audible que se clava amplificado en lo más profundo de mi alma.

Lloro sin poder contenerme en esta ocasión y me abrazo a él. Desearía con todas mis fuerzas poder ver su rostro y entregarle rendida el beso que le negué en aquella terraza. Sin embargo, no es el momento ni el lugar, así que imagino que las ganas se alejarán de mí cuando remita la emoción y se imponga la razón.

—¿A dónde vas? —le pregunto cuando abandona mi abrazo y se levanta.

—A cambiarme —me dice al oído y luego se marcha en dirección al vestuario que tenemos habilitado para disfrazarnos.

Mientras dura la espera, me dedico a charlar con las chicas de los momentos tan maravillosos que me han regalado. Ellas me cuentan que, por culpa de una metida

de pata de Angie, Iván supo lo del cumpleaños y se encargó de organizarlo todo. Mi corazón se ablanda y no puedo evitar emocionarme de nuevo. Ellas aprovechan mi debilidad para reírse de mí. Bromean con la posibilidad de que Iván se haya enamorado y yo resto importancia al asunto, pese a que, con este tipo de sorpresas, está consiguiendo hacerse un hueco en mi corazón.

La espera se hace eterna y la sobrellevo intentando no pensar mucho, ya que su pasado insiste en abrirse un hueco en el interior de mi cabeza. Hoy sólo quiero poblarla con felicidad, lo cual resulta más sencillo con alguna cerveza de más. Estoy tontorrón, lo reconozco. El punto que el alcohol ha conseguido en mí hace que me sienta desinhibida y receptiva a prestarme a lo que vaya surgiendo, sin cerrar la puerta a nada. Pero el tiempo pasa e Iván no aparece, por lo que lo único que surge es un sabor agrídulce por haberme puesto el caramelo en la boca para luego arrancármelo de golpe.

Las chicas me consuelan cuando advierten mi expresión, a pesar de mis esfuerzos por dejarles claro que ese hombre no representa nada para mí. Defiendo que fueron ellas y su forma de ser las que motivaron que decidiera volver. Sin embargo, la enorme sensación de vacío que siento sin la sonrisa de Iván iluminándolo todo, despierta nuevas dudas. Vacilaciones que ya creía desterradas antes de volver a bajar. La que más me hiere es la ignorancia acerca del motivo de su desaparición. ¿Por qué ha organizado esto y luego se ha marchado? Desconozco la razón, pero estoy convencida de que será él mismo quien me saque de dudas. Estos días me han hecho pensar mucho y no estoy dispuesta a extraviar de nuevo la seguridad en mí misma que tanto trabajo me ha costado recuperar.

—Iván —me digo mirándome al espejo del cuarto de baño, adonde se supone que entré para arreglar mi maquillaje—, lamento decirte que se has equivocado de persona. ¿Querías jugar conmigo?, pues ¡juguemos!

17 - ¡Juguemos!

Anoche me quedó un sabor agridulce. Las chicas insistieron en pegarnos una noche loca incluso antes de cerrar La Guarida, pero yo ya no tenía ganas de fiesta desde que tuve la certeza de que Iván se había marchado. Me vi obligada a prometerles que tendríamos nuestra noche de chicas en otra ocasión. Hay tiempo, pues mis planes han cambiado. Ahora mismo no tengo la menor intención de subir. Me he propuesto descubrir por qué me sorprendió Iván con una fiesta de cumpleaños inolvidable para luego desaparecer. Es posible que guarde relación con el origen de todo y al final termine matando a dos pájaros de un tiro. No lo sé, pero no tengo la menor duda de que voy a averiguar qué motiva sus contrastes para pasar de ser un devorador de mujeres a comportarse como el más sensible de los hombres que haya conocido jamás.

Por esta razón me he levantado hoy tan temprano, he sacado el coche del garaje y me he pasado una hora y media esperando a que él haga lo propio. Le he seguido a una distancia prudencial, evitando en todo momento que pueda descubrirme. Cuando apenas llevábamos un centenar de metros recorridos, llegó el primer problema en forma de luz roja en un semáforo. Por suerte, reaccioné rápido y deseé que volviera a ponerse en verde y que el rojo parase de nuevo el tráfico en la vía perpendicular.

Ha metido el coche en el parking de Canalejas y yo he hecho lo propio, aunque he inventado una plaza libre para bajarme del coche antes que él. He esperado escondida detrás de una columna y luego le he seguido hasta una tienda de ropa que posee en la calle Columela. He esperado paciente en el exterior y luego he vuelto a calcar sus pasos hasta encontrarme de nuevo donde tuve la suerte o la desgracia de conocerle. Ha entrado en el interior de la cafetería y yo me he mantenido expectante tras una de las palmeras que pueblan la plaza de la Catedral. Cuando ha salido y se ha sentado en la terraza, imagino que para entrevistar a otra guarrilla de las que tanto le van, he decidido hacer lo propio, eligiendo una mesa situada a su espalda.

Y aquí estoy, sintiendo una mezcla entre rabia e indignación al oír sus preguntas una chica espectacular en todos los sentidos. Guapa, con cuerpo de infarto y con más títulos que la duquesa de Alba. Sin embargo, la pobre no tiene muchas luces cuando cae de forma inocente en las redes de Iván. Aunque yo no soy muy diferente de ella. Dije que no volvería y, en cambio, me encuentro sentada a su espalda y sin la menor intención de despedirme de él cuando desaparezca de mi vista la barbie con la

que comparte mesa. Al menos, esta no me cae mal. No parece del mismo tipo de persona que las dos de la otra vez. Viste más recatada y parece tener verdadero interés en hacerse con un empleo digno. En cualquier caso, quiero que se vaya de una vez porque llevo demasiado tiempo conteniendo mi ira.

—Pensaba que el empleo era como administrativa para llevar el papeleo de la cafetería —la oigo lamentarse y me pregunto si yo habré tenido algo que ver.

—Ese puesto lo cubrimos anteayer.

—Lamento la confusión y haberle hecho perder el tiempo.

—No se preocupe —resta importancia Iván con esa habilidad que tiene para acariciar las palabras que salen de su boca—. Seguro que sabré encontrar la forma de aprovechar que estoy aquí. ¿Le apetece tomar algo?

¡Cabrón! Ya se la quiere camelar. No aceptes, tonta. Sólo quiere embaucarte para llevarte a la cama.

—No, se me hace tarde —rechaza ella su invitación, provocándome una sonrisa enorme—. Tengo otra entrevista dentro de media hora. Disculpe de nuevo las molestias.

Una vez abandona su asiento, se despide y se marcha en dirección al ayuntamiento.

—No te ha dado tiempo de preguntarle cuándo es su cumpleaños —comienzo disparando con balas de verdad.

—No me hacía falta —replica antes de tomar un trago de su cerveza—. He tenido la profesionalidad suficiente como para ver en su currículum cuándo nació, dónde vive y hasta que estudió en el mismo colegio que yo, aunque años más tarde.

—Lástima que no haya terminado bien vuestra relación —hago una pausa— laboral.

—Nunca sabes lo que te deparará la vida a la vuelta de la esquina —apunta sin hacer el menor intento por girarse hacia mí. De hecho, no ha mostrado sorpresa alguna al oír mi voz. Tengo la sensación de que sabía en todo momento que estaba aquí—. A lo mejor vuelve dentro de una hora y me suplica de rodillas que la contrate de lo que sea.

—Y tú disfrutarías de lo lindo al tener a otra mujer en la palma de tu mano.

—Te equivocas —aclara tajante—. No llegaría a permitirle que se arrodillara

ante nadie. Le ofrecería de nuevo el empleo en cuanto la viera aparecer por aquí —sentencia—. Siempre que no seas tú quien desea ocupar la vacante.

—¿Yo? —me sorprendo de sus palabras—. Me he sentado aquí de casualidad. Ni me acordaba de que fue en este lugar donde... Andaba paseando y...

—Ya imagino. Yo también he venido paseando desde el mismo parking.

Vale. Acaba de cachondearse de mí y no se me ocurre la menor idea para devolverle la moneda. Me siento ridícula.

—Te gusta jugar con la gente, ¿verdad?

—¿Por qué lo dices? —pregunta girando por fin su silla hacia mí y, con ello, me regala una inesperada expresión de desconcierto que realza sus facciones y golpea en mi pecho con fuerza. Esto no puede estar ocurriéndome. ¿Por qué estoy mirando embobada a un tío que me hace suspirar al mostrarme esa mezcla de inocencia y caradura adornada con una sonrisa?

—Porque no sé si he venido hasta aquí para agradecerte que me organizaras el cumpleaños o recriminarte que te fueras sin despedirte.

—¿Qué te pide el cuerpo? —pregunta desafiante.

Si te lo dijera, también me enteraría yo y me da miedo de saber qué me pide el cuerpo.

—No lo sé, la verdad. Creo que tú mereces un agradecimiento y yo una disculpa.

—Llevas razón —reconoce permitiendo que la seriedad se apodere de sus facciones—. Lamento haberme marchado sin despedirme.

—¿Por qué te fuiste? —insisto sin darle un respiro.

—Porque era tu fiesta, no la mía. Desde el momento en el que supiste que me ocultaba bajo el disfraz de Petra, era más que probable que no disfrutaras de la fiesta del mismo modo que si yo no estuviera. Quería que te lo pasaras genial, sin sentirte incómoda porque Sonia o Ángeles se vieran forzadas a justificar su salario.

—Pero no lo entiendo. ¿Por qué acudiste entonces? ¿Por qué me organizaste la fiesta sorpresa?

—Porque tienes una sonrisa preciosa. Tanto que merecía la pena meterme en la piel de un reptil para verla de nuevo, liberada, desinhibida.

¡Cielo santo! ¿Por qué tiene que decirme esas cosas?

—No tiene sentido.

—Eso mismo me digo yo cada vez que te veo. ¡Sólo es una mujer! Pero algo me dice que eres algo más que una mujer.

¿Debo tomarlo como una posible sospecha de mi presencia en su mundo o como un simple halago? No lo sé. Cada día que pasa doy más por sentado que sospecha del motivo de mi llegada, pero quizás debería otorgarle el beneficio de la duda. ¿Y si le resulto tan atractiva porque soy la única que no me pliego a sus deseos? Si así fuera, podría usarlo en mi propio beneficio.

—De todos modos, con tus halagos no conseguirás que olvide lo principal —aclaro nerviosa—. Te fuiste sin despedirte.

—Te noto muy afectada. ¿Tanto me extrañaste? —pregunta luciendo de nuevo su sonrisa socarrona.

—No se trata de eso. Tendrías que haberme dado la opción de elegir si me apetecía o no que estuvieras en mi fiesta.

—O sea, que te habría gustado que estuviera.

—¡Yo no he dicho eso! Vuelves a intentar jugar conmigo y no estoy dispuesta a consentirlo —amenazo haciendo el ademán de levantarme para marcharme.

—Discúlpame. No tendría que haber actuado así. Está claro que mis bromas no te hacen gracia —reconoce—, con lo cual se demuestra que tomé la decisión más acertada al marcharme. Tu mayor cualidad es la sonrisa y parece claro que yo no soy la persona más apropiada para arrancarla de tus labios.

Ahora es él quien hace el amago de levantarse, aunque no se lo llevo a permitir.

—Cuando te marchaste, me harté de reír con las chicas, imaginándote metido dentro de un disfraz ridículo y demasiado pequeño para ti.

Su reacción llega en forma de nueva sonrisa, de oreja a oreja en esta ocasión, lo cual me indica que lo tengo en el bote.

—Entonces conseguí mi objetivo de hacerte reír en tu fiesta de cumpleaños. ¿Me lo agradecerás con un beso?

—¡Pero bueno! ¿Cómo puedes tener tanta caradura? —le pregunto aguantando la risa. Después de todo, he de reconocer que la poca vergüenza que demuestra tiene su

encanto—. Te recuerdo de nuevo que te marchaste sin decir adiós —vuelvo a tensar la cuerda y me preparo para lanzarle un dardo envenenado—. Cuando visitas a tu familia o a las personas que aprecias, ¿también te marchas sin decir adiós?

—¿Si te respondo me darás el beso que me debes?

—¡Yo no te debo nada! —respondo con firmeza, aunque pensando en su nula reacción a la alusión velada que hago de su dramática marcha del mundo real.

—Cierto. De hecho, soy yo quien te debe los días que trabajaste sin cobrar —me recuerda—. No pude ingresarte el dinero en la cuenta porque te fuistesin formalizar el contrato y también sin despedirte.

Joder, tiene salida para todo. ¿Qué le respondo yo ahora? Me la ha jugado con idéntico argumento al que he usado yo.

—Te dejé una carta de despedida.

—¿Siempre te despides de todo el mundo con una carta, sin dar la cara?

—¿Me lo parece, o estás intentando darle la vuelta a la situación?

—Yo no intento conseguir las cosas, yo las consigo —sentencia con lo que parece una amenaza.

—Pues lamento ser yo quien te diga que, ¡connigo! —enfático—, te equivocas de pleno.

—¿Lo dices por el beso?

—Lo digo por todo.

—Como te comenté antes, la vida da muchas vueltas. A lo mejor terminas siendo tú quien me pida ese beso —especula en el colmo de la desvergüenza, lo cual me provoca una carcajada tan forzada como falsa.

—No me hagas reír, por favor.

—¿Apostamos algo?

—¿A que seré yo quien te pida que me beses? —pregunto con el tono más irónico que consigo simular, pues no será por falta de ganas de besarle.

—¿No te gusta jugar? —me interroga, jugando precisamente a ver quién lanza más preguntas.

—A mí me encanta —confieso—, aunque a ella no tanto —le digo señalando tras de sí, en un acto reflejo provocado por un impulso irreflexivo muy propio de mí.

Cuando se gira para saber de quién le hablo, me incorporo pasando mi cuerpo por encima de la mesa hasta acercar mi rostro al suyo. Y le beso en la mejilla. Es el beso más casto que he dado en toda mi vida a alguien con más de diez años, pero me ha resultado una situación de lo más excitante. No sé por qué lo he hecho, pero me ha gustado mucho. El corazón me late a mil por hora, se me ha secado la boca y mis pulmones reclaman mayor oxígeno del que les envío simulando estar relajada. Sin embargo, no es aire puro lo que impregna mis fosas nasales, sino la embriagadora fragancia del perfume cuya frescura ha conseguido dejarme hechizada. A pesar de mi transitoria hipnosis, reacciono con agilidad para evitar que suelte alguna de sus fanfarronadas,.

—La deuda está saldada —le aclaro poniéndome en pie—. Y no olvides nunca que yo no amenazo con ganar, yo gano cuando quiero y como quiero.

Me marchó orgullosa de haber soltado la última palabra y sin mirar atrás, aunque loca por hacerlo para contemplar su expresión de sorpresa. Bueno, para eso y para deleitarme con su sonrisa, con la cual consigue hacer que tiemblen los cimientos de mi entereza. Aunque debo ser fuerte. He decidido que no voy a caer en sus provocaciones ni dejarme embrujar como tantas incautas cuenta entre sus conquistas y eso voy a hacer.

Hoy ya no podré seguir espiándole, pero me doy por satisfecha por haber ganado el primer asalto. Mañana será otro día, para el cual cuento con bastantes horas de planificación.

* * * * *

Esta noche han vuelto las pesadillas. Siempre el mismo rostro del niño que me atormenta persiguiéndome, siempre huyendo de él y de sus gritos ahogados, siempre presa del pavor y despertándome sudorosa y con el corazón acelerado. Algo ha cambiado, sin embargo. Esa voz que intentaba tranquilizarme, la misma que oigo desde la primera pesadilla que recuerdo, la que asocié con la de Iván cuando bajé a este mundo, esa voz cálida y afectiva ha desaparecido. Puede que mi subconsciente, al atribuirle a un Iván que no conocía cuando la oí por primera vez, haya decidido que dicha voz no puede seguir vagando sin rostro por mis sueños. Quizás llegue el día en el que oiga otra diferente, o puede que, en adelante, sea el propio Iván quien intente tranquilizar a mi yo más irreal y etéreo. No lo sé, pero tengo claro que, en esta ocasión, no ha acudido en mi ayuda. De haberlo hecho, es probable que no sintiera esta extraña sensación de agobio que me hace anhelar la no menos sorprendente sensación de paz

que percibo cuando le tengo cerca.

Dicen que las medidas a tomar se vuelven desesperadas cuando las situaciones se presentan como tal. Quizás por eso sea tan incauta de encontrarme llamando a su puerta a las ocho de la mañana para devolverle su invitación a desayunar de hace unos meses. Bueno, unos meses para él, pues para mí han pasado apenas unos días.

—No abre, ¡maldita sea! —me quejo tras llamar por tercera vez. Al mismo tiempo y de forma inconsciente, revivo en mi cabeza el único momento para olvidar experimentado aquí abajo. Evito girarme hacia el ascensor por temor a que vuelva a aparecer con la maldita pelirroja, aunque peor habría sido que me hubiese abierto la puerta ella misma y desnuda. Derrotada una vez más, elijo la escalera como escapatoria más aconsejable para mi salud mental.

Al llegar a casa, me visto con lo primero que encuentro, puesto a mi alcance convenientemente por mi propio subconsciente, y pulso el botón del parking de muy mal humor. Sin embargo, antes de llegar abajo se me ocurre algo y cambio de planes. Detengo el ascensor estrangulando el pulsador del stop y luego hago lo propio con el que me llevará hasta la planta baja. Al abrirse la puerta, salgo decidida y miro hacia todas partes con desesperación.

—¿Busca algo? —pregunta con su voz cansina precisamente aquel a quien buscaba.

—Buenos días, Antonio —saludo al portero—. La verdad es que le buscaba a usted. Me preguntaba si habría visto usted salir hoy al vecino del ático.

—¿Al señor Carrasco? Claro. ¿Por qué lo busca? —pregunta guiado por el innato defecto, maquillado de virtud, que tienen todos los porteros para convertirse en los peores cotillas de cualquier vecindario. O mejores, según se mire.

—Es que... —vacilo—. Es que me lo vas a decir porque para eso te pago —resuelvo de forma drástica y haciendo uso de mis recurrentes poderes.

—El señor Carrasco sale demasiado temprano algunos días. Lo sé porque lo hace en el momento que aprovecho para regar el suelo del parking.

—¿Sabe a dónde se dirige?

—No, pero no suele llevar muy buena cara cuando sale tan temprano. Ni siquiera saluda, a pesar de ser un encanto de persona —le excusa—. Se ve que no debe de llevar muy bien tanto madrugón.

¡Mierda! ¿Cómo podría saber hacia dónde se dirige tan temprano? ¿Qué hace una persona con muchos negocios a tan temprana hora? Piensa, Laura, piensa.

—¿A qué hora se marcha?

—Sobre las seis y diez. Algunas veces, antes, pues no llego a verlo salir y yo entro a las seis.

—¿Sigue un patrón? —insisto agobiada—. Es decir, ¿sale temprano, por ejemplo, los lunes, miércoles y viernes? ¿Martes y jueves, quizás?

—Ni idea. Sólo puedo decirle que esos días es mejor no mirarle a la cara —confiesa susurrando, como si se tratara de un secreto.

Necesito saber a dónde se dirige. Tengo el presentimiento de que puedo encontrarme ante una de las claves que me pueden guiar hacia el interior de su cabeza, pero ¿cómo demonios lo consigo?

Me quedo unos instantes pensativa, tratando de encontrar la manera de seguirle sin que me vea, lo cual resulta imposible a esa hora.

¡Lo tengo! Si paso la noche con él...

No, me niego. Además, así sólo conseguiría saber si es una pesadilla lo que motiva su mala leche, pero seguiría sin conocer su destino.

¿Y si se lo pregunto yo misma?

Ahora mismo me parece utópico. A pesar de que ya nos tuteamos como dos buenos amigos, jamás me contaría nada de su vida privada. Para conseguirlo, antes tendré que ganarme su confianza. Digo yo que podríamos ser amigos sin derecho a roce, ¿no? Creo que no conozco a ninguno así, pero el mundo de arriba es muy diferente de este.

—Señorita Ripoll, ¿se encuentra bien? —se interesa Antonio al verme tanto tiempo ausente—. ¿Ha desayunado algo?

—¡Claro, esa es la manera! —celebro eufórica—. Gracias, Antonio, ¡un millón de gracias!

—¿Por qué? —pregunta el pobre sin saber de qué le hablo.

—Porque acabas de... Óyeme con atención —le pido—. Vas a olvidarte por completo de nuestra charla en el mismo momento que desaparezca de tu vista.

—No la entiendo, pero como usted quiera.

Por supuesto que será como yo quiera, aunque aún no lo sepas. Pero ni tú, ni él.

Sólo media hora más tarde, mi plan sigue su curso previsto cuando tomo de nuevo el ascensor en dirección al ático. Estoy convencida de que aún no habrá llegado porque no son ni las nueve de la mañana. Cuando llego arriba y salgo del ascensor, camino hacia la puerta y decido llamar para asegurarme. Tal y como había previsto, nadie abre, por lo que aprovecho para echar un último vistazo a mi nota antes de echarla por debajo de la puerta.

Pensarás que soy una cría que se dedica a enviar cartas, pero he llamado a tu puerta para invitarte a desayunar y no había nadie. Además de un maravilloso desayuno y un inolvidable cumpleaños, te debo un agradecimiento por haberme contratado. Quizás no haya sido demasiado justa contigo, pero debes entender que tu fama de seductor y tus bromas han jugado en contra de una amistad que podría merecer la pena.

Y para que demostrarte mi gratitud, he pensado que quizás aceptarías que te invite a cenar. Por supuesto que pago yo. No te preocupes por el dinero; ya no necesito trabajar.

Te espero a las ocho en el piso de abajo.

Fdo: Campanilla

—¡Me gusta! Creo que puede funcionar.

Sin pensarlo más, echo la carta por debajo de la puerta y, esta vez sí, cojo el ascensor de vuelta a casa. A pesar de la satisfacción por estar convencida de haber tomado una decisión acertada, la ansiedad de apodera de mí al reparar en que faltan casi doce horas para que llegue el momento

¿Qué voy a hacer hasta esa hora?

Mucho me temo que, aunque el tiempo transcurra más deprisa aquí abajo, se me va a hacer eterna la espera hasta que llegue la hora de nuestra primera cita.

18 - Nuestra primera cita

Mi primera intención fue la de vestirme como siempre, provocativa. Sin embargo, esta cita es diferente a las de otras ocasiones, pues no voy con la idea preconcebida de terminar durmiendo fuera de casa. Si surge, tampoco me voy a castigar por ello, pero voy a procurar reducir las probabilidades de que ocurra algo entre nosotros. De caer en la tentación, podría complicarse el asunto al permitir la aparición de posibles lazos emocionales que transportasen a Iván a su pasado más traumático. Me interesa más indagar en su pasado para tratar de encontrar la forma de afrontar la situación y pensar en las posibles soluciones, aunque de forma sutil y distante, desde un punto de vista neutral y observador.

Pese a todo, soy mujer y me siento incapaz de no lucir lo que la naturaleza tuvo a bien poner a mi disposición. He optado por un traje ocre con tirantes de una pieza, ceñido hasta las rodillas y con un escote generoso, aunque no tanto como mi mayor atractivo corporal invita a lucir.

A las ocho en punto, ni un minuto más ni uno menos, suena el timbre y decido tomarme mi tiempo en abrir. Si yo sufrí dos veces con la espera frente a su puerta, que también le toque a él un poco ante la mía.

—¡Ya voy! —miento sintiéndome traviesa.

Dos minutos más tarde, me dirijo hacia la entrada con parsimonia y abro sonriente para encontrarme con un precioso ramo de flores que consigue sacarme una enorme sonrisa

—¿Por qué te has molestado? —pregunto observando que, en esta ocasión, una única rosa roja en el centro preside un ramo poblado casi en su totalidad por unas flores de un azul intenso que desconozco.

—Porque me temo que las de la otra vez ya se habrán marchitado.

—Ya sabes a qué me refiero —le recrimino sin mucho afán y luego le dedico una primera mirada.

Con pantalón negro, camisa blanca desabotonada y chaqueta de un azul claro muy cálido, luce bastante elegante. Su pelo, a medio camino entre rubio y castaño, se presenta menos revuelto que el de otras ocasiones en las que se muestra con ese

aspecto travieso con el que encandila a cualquier f emina. Tengo la sensaci3n de que se ha tomado esta cita muy en serio y pretende causarme una muy grata impresi3n. De ahí el precioso ramo con el detalle de la rosa, demostrando su interés en mí, pero sin exponerlo abiertamente. Su vestimenta, bastante menos informal que lo acostumbrado, así como su cabello. Sin embargo, su carácter bromista sigue idéntico, a pesar de que intuyo que hoy medir  un poco más sus palabras.

— Nos marchamos? —me apremia—. Te advierto que mi est3mago es más de carne pero, cuando se enfada, es capaz de obligarme a pastar y hacerme tragar las flores de un bocado.

Tras la mirada amenazadora que le dedico, a modo de broma, sonrío complaciente. Después de todo, yo también quiero causarle una impresi3n de cercanía que me permita indagar en su pasado.

— En tu coche o en el mío? —presento las alternativas para dejarle claro que no soy la t pica mujer dependiente de las decisiones de su pareja.

 He pensado en él como mi pareja?  Mierda! Menos mal que s3lo ha sido un pensamiento y no ha salido por mi boca.

—En el tuyo, por supuesto. De estar pendiente de conducir, no podría centrarme en contemplar lo preciosa que estás hoy.

— S3lo hoy? —me animo a contraatacar, como método autodefensivo que me permita controlar unas emociones demasiado agitadas, para tratarse del inicio de nuestra cita.

—S3lo hoy estás preciosa. Otros días estás espectacular, o perfecta, o encantadora, o sensual...

—Vale, ya he captado el mensaje. Vay monos a cenar antes de que... —Antes de que te invite a cenar en mi cama—. Antes de que tu voracidad acabe con este precioso ramo —le advierto nerviosa, dejando las flores sobre el taquill3n y dándole la espalda para cerrar la puerta y para que no perciba c3mo se me han subido los colores con sus palabras.

Una vez en el coche, conduzco en silencio, oyendo únicamente los potentes latidos de mi coraz3n. No s  por qué estoy tan nerviosa. Desde que ni siquiera recuerdo, jams  me he sentido sobrepasada por la presencia de un hombre. Por si fuera poco, tengo siempre presente que s3lo se trata de un sueño. Tan real que ahora mismo es mi realidad, pero s3lo es un sueño. Tengo que recuperar la calma y comenzar a

manejar la situación.

—¿Ayer pretendías abrir las calles tan temprano?

—A veces tengo problemas para dormir y prefiero salir a vagar por las calles, antes que quedarme pensando en casa.

—¿Tan dañinos son tales pensamientos para huir de ellos? ¿Algún tipo de remordimiento? —insisto incisiva—. ¿Una relación frustrada, quizás?

Su nula respuesta inicial denota la incomodidad con la que recibe mis molestas preguntas y, sin embargo, parece que pretende contestarme tras el sonoro resoplido que reproduce.

—¿Existe alguna posibilidad de que hoy sólo exista hoy?

—Lamento haberte incomodado —me disculpo—, aunque en mi manera de afrontar la vida no tiene cabida un presente sin memoria y sin miedo a las repercusiones futuras de mis actos. Sin embargo, evitaré esta noche cualquier referencia a tu pasado —anticipo contrariada, aunque sabedora de que se trata del único camino para conseguir su confianza. Puede que la mejor manera de que hablemos de sus orígenes sea esperando a que sea él quien saque el tema.

—No te lamentes. Como te digo, hoy sólo me preocupa el hoy. Tu sonrisa bien merece carta blanca. —¿Qué quiere decir eso? ¿Me está invitando a continuar indagando con el único requisito de mantener mi sonrisa?—. ¿A dónde me llevas? —se interesa al instante de forma astuta, poniéndome el caramelo en los labios para luego esconderlo en el fondo de su cabeza.

—Ya casi llegamos —esquivo su pregunta.

—Sabrás que, si has escogido uno de mis restaurantes, no podrás invitarme a cenar porque mis empleados se negarán a traerte la cuenta, ¿verdad?

—Aunque no vacilaría para exigir la hoja de reclamaciones en tal supuesto, no tienes que preocuparte; no se trata de ninguno de tus locales.

—Muy convencida estás —observa puntilloso, como si supiera que he investigado sobre su patrimonio y quisiera arrancarme una confesión.

—Claro que lo estoy. El dueño es amigo mío —miento para conseguir como respuesta una simple sonrisa silenciosa.

Aparco el coche en tan poco tiempo como en las ocasiones anteriores en las que lo conduje. La verdad es que esto de vivir aquí abajo resulta ciertamente adictivo.

Basta con desear cualquier cosa y se cumple. Bueno, cualquier cosa no. Al menos, cuando también se trata de un sueño compartido. Por eso estoy aquí, invitando a cenar a un hombre encantador y guapo a rabiar. Un seductor junto al que no me preocupo de que llegue el momento de llevármelo a la cama, sino de intentar acceder a sus secretos más ocultos de cualquier modo.

Caminamos por el paseo marítimo más próximo al casco antiguo, en dirección a la playa de Santa María del Mar. Iván permanece en silencio, al igual que yo. Imagino que ambos pensando en algún tema de conversación apropiado para la cena. Aunque yo, más bien, centro mi atención en...

—Detente —me pide situando una de sus manos en mi brazo desnudo.

—¿Qué ocurre?

—Cierra los ojos.

—¿Para qué? —me intereso confundida.

—Confía en mí.

Aunque imagino que se trata de otra más de sus bromas u ocurrencias, al final me pliego a su deseo. A pesar de todo, se sitúa a mi espalda y deposita sus delicados dedos sobre mis ojos para que no haga trampas. Se sirve de su pecho apoyado sobre mi espalda y de ambas manos sobre mis ojos para obligarme a que me gire hacia mi derecha. Me pongo nerviosa sin poder remediarlo. Y no por lo que sea que me tenga preparado, sino por sentir cómo me absorbe su cercanía hasta privarme de la voluntad para siquiera hacer el amago de preguntarle qué pretende.

—Cuando abras los ojos, tienes que intentar mirar hacia el sol sin pestañear mientras pides el deseo que más anheles. Si consigues repetirlo un total de cien veces antes de que se esconda tras el castillo de San Sebastián, tu deseo se cumplirá.

—No creo en esas cosas —confieso aún cegada por la calidez de sus manos, que protegen mis ojos del fresco viento de poniente que llega precisamente de la dirección a la que pretende que mire.

—Razón de más. No tienes nada que perder.

No sé por qué razón, pero no me resisto por más tiempo y espero a que libere mis ojos de la placentera prisión en la que se encuentran. Sin previo aviso, retira sus manos y, de forma instintiva, levanto los párpados para encontrarme con una preciosa puesta del sol. Un ocaso en el que el astro rey besa con un lateral el faro de Cádiz y

con su parte inferior las almenas del vetusto castillo.

—¡Qué bonito! —reconozco algo emocionada, a pesar de las numerosas ocasiones en las que he podido apreciar tan maravilloso espectáculo de la naturaleza. Creo que los gaditanos no llegamos a ser conscientes de la tremenda suerte que tenemos de haber nacido en la ciudad más antigua de Occidente, cargada de Historia y belleza a partes iguales.

—Estás desperdiciando tu tiempo, Campanilla.

Quizás esa última palabra es la que activa esa parte de mí que permanece tan aletargada como los numerosos deseos convertidos en sueños que alberga.

Deseo vivir mi sueño con él. Deseo vivir mi sueño con él. Deseo vivir mi sueño con él...

A la vez que repito de forma sistemática la misma frase, mis dedos, apiñados sobre la palma de la mano, se van extendiendo para ir contando las veces que llevo pensado mi súbito deseo. No me puedo creer que esté deseando esto.

Deseo vivir mi sueño con él noventa y nueve, y deseo vivir mi sueño con él cien.

Una enorme sonrisa ilumina mi rostro en el preciso momento en el que las sombras colorean el litoral con el característico tono anaranjado que da la bienvenida al crepúsculo.

—Lo has conseguido —resuelve Iván con un susurro al verme sonreír—. ¿Qué has deseado?

—Siempre se dijo que los deseos no se cumplen si son desvelados. Además, si algún día se hace realidad, te enterarás.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso.

—¿Por qué lo dices? —le interrogo sonriente—. ¡Ni se te ocurra pensar que mi deseo guarda relación contigo! —bromeo guerrera y le golpeo en un brazo.

—Oh, por descontado que no confiaba en tal supuesto, pero si dices que me enteraré, es señal de que aún disfrutaré del inmenso placer de tenerte cerca.

¿Qué puedo responder a eso? La versión más bromista de mí me empuja a responderle que, a lo mejor, he deseado que me toque el premio más grande de la historia de la lotería, con lo cual conocería mi deseo por los periódicos. Sin embargo, la parte de mi cerebro que gestiona la ternura impone su criterio, a la vez que me

permite disfrutar de un romanticismo que jamás conocí con hombre alguno. En este momento me siento dichosa por estar a su lado, por oírle decirme cosas tan hermosas o por compartir conmigo instantes inolvidables, como la puesta de sol que acaba de regalarme. Este momento es nuestro y no pienso renunciar a él, no pienso renunciar a Iván mientras dure el sueño porque mi sueño es él.

Llegamos por fin a la cuesta que conduce hasta la playa, en cuyo tramo intermedio se encuentra el restaurante que he elegido para nuestra cita. Desde que endurecieron la ley de Costas, es prácticamente el único local para cenar con vistas panorámicas del mar casi a pie de playa.

—Espérame aquí —le pido a Iván—. No he avisado a mi amigo de nuestra llegada y no tenemos reserva, por lo que tendré que hacer uso de mis armas de mujer —miento con naturalidad, pues mi intención es la de obligar al encargado a que nos prepare una mesa, gracias a los benditos poderes que poseo aquí abajo.

Asiente sin contestar, aunque provisto de esa sonrisa canalla que me vuelve más loca cuantas más veces la veo. Qué lejos queda ya el odio que incluso llegué a sentir por lo que hizo. He cambiado tanto desde entonces, que ya me cuesta creer que intentara quitarse la vida. Quizás no ocurrieron los hechos como me han contado. Visto lo visto, si he de confiar en alguien, me fío más de Iván que de sus padres. Él es pura corrección y delicadeza. Sus palabras, aunque no muy numerosas, desprenden un halo de sinceridad, bondad y pureza que me cuesta asociarlas con el terrible final que se le atribuye. Porque no me puedo engañar; si no consigo el objetivo, esa camilla será su final y yo me sentiré responsable hasta el día en el que me muera.

—Ya está todo solucionado —le informo después de sugestionar al encargado que, de forma diligente, ha ordenado a uno de los camareros que nos preparen la mesa con las vistas más espectaculares.

Cuando me hace una señal, pido a Iván que me siga y, al llegar a nuestra mesa, retira una de las sillas y me invita a tomar asiento. Lo sé, es una estupidez sin importancia pero, con pequeños detalles como este, está consiguiendo ganarme.

La panorámica que se divisa desde donde me encuentro es tremenda. De frente al litoral que comprende desde el final del Campo del Sur hasta el faro que lo remata, sin duda alguna que he salido ganando. Iván, sin embargo, se ha quedado con las vistas del Cádiz moderno y la extensa línea de playa iluminada de forma artificial.

—A la vista de tu expresión, bien parece que tu deseo se acabase de cumplir.

No, mi deseo no se ha cumplido aún. Está comenzando a fraguarse.

—¿Qué vas a pedir? —le pregunto para cambiar de tema.

—Lo que yo deseo no aparece en ninguna carta de ningún restaurante —aclaro dedicándole una mirada penetrante que rasga mi pecho en canal y detiene mis pulmones—. Aunque me apetece como entrante una tapita de papitas «aliñás» y luego —prosigue como si lo que acaba de sugerir acerca de lo que desea no hubiera salido de su boca—, como plato principal, probaré la dorada. Me han hablado muy bien de cómo la sirven aquí.

Con cierta dificultad y actuando como una autómatas, consigo pedir al camarero mi cena. Acto seguido, el silencio se instala entre nosotros y me siento demasiado bloqueada como para ser yo quien lo rompa.

—Y bien, Ripoll, entiendo que has debido de encontrar un empleo mejor que el que yo te ofrecí —comienza la charla de forma recurrente—. O bien has hecho las paces con tus padres. De lo contrario, me resultaría una temeridad que no me permitas pagar la cena.

—Estaba muy contenta y agradecida, pero... —Tú no estabas nunca en La Guarida—. No sé, imagino que aspiro a algo más acorde a mi preparación académica.

—Mmm, esto se pone interesante. Déjame adivinar —solicita—. Estudiaste medicina y te especializaste en alguna rama como Farmacia. ¿Eres esa incansable técnica de laboratorio que apenas duerme, intentando encontrar la solución para todos los males de la Sociedad?

—Abogada —corrijo burlándome con una sonrisa por haberse alejado tanto en su predicción.

—Entiendo. Optaste entonces por luchar contra las injusticias de la vida.

Parece claro que sus palabras van cargadas de un doble sentido al que ya me voy acostumbrando. Sin embargo, no termino de habituarme a querer ser yo quien maneje las conversaciones y termine a su completa merced. Lo hace todo de una forma tan natural y afable, que al final consigue atraparme en las redes de su adictiva elocuencia.

—La vida está repleta de demasiadas injusticias, la mayoría de las cuales no pueden ser resueltas por una simple abogada —explico a medio camino entre la opinión y la exposición de hechos contrastados—. No hay más que encender la tele para entender a qué me refiero. Militares enfadados en un montón de países, civiles

con una alarmante ausencia de valores que les lleva a banalizar con temas vitales y matar por un partido de fútbol, o infinidad de niños huérfanos porque sus padres no soportaron la presión de una crisis económica que no iba con ellos.

Apenas puedo creer que haya sido tan directa como para tocar de lleno temas que le deben de afectar bastante. Sin embargo, su expresión no lo demuestra, a pesar de haber eliminado su sonrisa de golpe.

—Llevas razón —admite por fin—, aunque tienes que reconocer que no hace falta encender la televisión para toparse con muchas injusticias. Muchas de las cuales —añade—, son cometidas por nosotros mismos. Gracias —corresponde a la diligencia del servicio cuando el camarero deja sobre la mesa las bebidas, sus papas aliñadas y un plato con aceitunas para que yo no me quede mirando.

—¿Insinúas que no he sido justa contigo?

—¿Por qué rompiste tu relación? —pregunta cambiando por completo de conversación, aunque mucho me temo que enlazará con la que ha tocado a su fin.

—Bueno, creo que ese es un asunto bastante personal —respondo con una salida bastante pobre.

—Vamos, Ripoll. Ambos sabemos que te mueres por contármelo. ¿No era el tipo de hombre que habías imaginado? ¿O quizás sentiste pánico de verte atada de por vida?

—Nunca te das por vencido. Evitas hablar de tu vida, pero me vas embaucando poco a poco para que te hable de la mía —le recrimino sin mostrarme agresiva.

—Me pareces una mujer muy interesante y con un potencial increíble, por lo que me resulta chocante que, a tu edad, aún sigas dando tumbos. ¿Cuántos tienes, treinta, treinta y uno?

—De haberme pedido el currículum cuando me contrataste, no te habría hecho falta hacerme esa pregunta. Porque creo recordar que controlas hasta dónde viven, ¿verdad? Fueron tus palabras.

—Ya sé lo que ocurrió. El estirado no te hacía reír, ¿verdad? Has debido de tener un duro pasado y necesitas a tu lado a un hombre que te haga reír.

—Necesito a mi lado a un hombre que no me haga llorar —corrijo molesta por el cariz que está tomando la conversación—. ¿Y tú, cuántos tienes? ¿Y tu novia? ¿O quizás tengas novio? ¿Amigos? Mmm, olvidaba que nadie sabe nada de ti porque te

encierras en tu mundo y ni siquiera tus empleadas tienen ni idea de dónde vives. De no ser porque somos vecinos —añado.

—¿Me has estado espiando, Ripoll? —pregunta con una sonrisa socarrona.

—¿Para qué podría querer espiarte?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Lo único que puedo decirte es que no me siento cómoda con esta conversación. ¿Es injusto que haya dejado plantado a un hombre más decidido y transparente que tú? ¡Seguro!, pero aquí estoy, discutiendo contigo por saber quién de los dos cuenta menos acerca de su vida.

No contesta. Creo que ha tomado mis palabras como lo que ha parecido. El ambiente ha quedado cargado con el interrogante de si he decidido elegirlo a él, en vez de a Jose. Ni yo misma lo sé. Cada vez que veo con claridad los pasos que tengo que dar, aparece él y llena el camino de obstáculos para hacer más complicado el tránsito hacia el objetivo. Quizás debería preguntarme a mí misma que es exactamente lo que quiero.

—¿Qué quieres, Ripoll? —pregunta precisamente para rescatarme de mi abstracción.

—¿Cómo?

—¿Prefieres acabarte el refresco o me ayudas a darle muerte a esta botella del mejor vino que tenían? —Muestro mi sorpresa por lo imprevisto de su pregunta—. ¡Oh!, no te preocupes, esta corre por mi cuenta.

—¡Ni mucho menos! —protesto—. Es sólo que no me he dado cuenta de cuándo has pedido el vino.

—Cuando estabas embobada viendo el paisaje. Si pretendo emborracharte, Ripoll, tengo que hacerlo con mucha cautela para que no seas consciente de mi estrategia.

No puedo evitar sonreír con sus palabras. No se le puede negar que sea un sinvergüenza con mucho encanto.

—A lo mejor soy yo quien te tumbo a ti —amenazo. A pesar de que no me hace mucha gracia perder ni un ápice de mi capacidad sensorial, debo reconocer que me apetece tomar una copa. ¡Qué demonios!, de no ser porque, a su lado, sería incapaz de controlar mis impulsos más básicos, ahora mismo me jalaba la botella yo solita y cogía

un pedo de los que hacen época. Ya los voy echando de menos.

Entre copa y copa, sin dejar a un lado la exquisitez de la cena, hablamos de todo un poco y de nada un mucho. Vamos, que seguimos mareando la perdiz en este estúpido juego de ver quién le cuenta menos al otro. Ambos sonreímos más de lo que acostumbramos, por lo que parece que la segunda botella de vino va haciendo efecto. Si tuviera que apostar por adivinar quién de los dos está más chisposo, no arriesgaría lo más mínimo, la verdad.

—¿De dónde ha salido la fortuna que posees para haberte adueñado de medio Cádiz? —pregunto, casi ya sin recordar que nada de lo que posee es real.

—Soy una persona bastante emprendedora a la que le encantan los retos. Y soy paciente, ¡muy paciente! —me reta con sus palabras y con su mirada brillante a causa de un alcohol demasiado dulce para darnos cuenta de sus devastadores efectos—. Abrí un establecimiento y, con una buena planificación y mucho esfuerzo, lo demás fue llegando solo.

—¿Y ese primer establecimiento? ¿Dejaste tu anterior empleo para arriesgarte en la búsqueda de tu sueño? —le interrogo siendo consciente ahora de lo que hago. Aunque la velada está siendo bastante agradable, tengo que correr el riesgo de que despierten sus fantasmas del pasado si pretendo conseguir algún avance.

—Mi sueño no tiene nada que ver con las pertenencias materiales.

—¡Uy!, si va a resultar que Iván Carrasco no es tan superficial como todo parece indicar —me burlo—. Tómame otra copa, a ver si hay suerte y te puedo tirar de la lengua para que me cuentes cuál es ese sueño —bromeo y consigo agrandar esa sonrisa que está volviéndome loca. Sus labios no son muy prominentes, pero el resto de sus facciones consiguen el juego de luces y sombras adecuado para que se muestren bastante apetecibles. Mataría en este momento por morder uno de ellos, de no ser porque tengo que centrarme en el objetivo.

—Te dejas llevar demasiado por las apariencias —me amonesta sin demasiado énfasis—. No sé por qué, pero tengo la ligera sospecha de que, la primera vez que nos vimos, llegaste con bastantes ideas preconcebidas respecto a mí. ¿Y sabes qué? Que estoy convencido de que la mayoría son erróneas.

¡Beeep, alarma! ¿Me lo parece, o ha lanzado una alusión a la información que de él traigo desde el piso de arriba? Tengo que actuar con cautela en adelante.

—Este tipo de cosas suelen ocurrir cuando las personas son tan cerradas y no

se abren a nadie —le recrimino—. De lo contrario, no les importaría contar a la mujer con la que comparten una cena en un enclave precioso ese sueño que tanto tiempo llevan anhelando.

—¿Quieres saber cuál es mi sueño?

—¿Quieres contármelo tú?

¡Mierda! ¿Para qué demonios he dicho eso? Lo tenía a punto.

—No te lo voy a preguntar una tercera vez. ¿Quieres saber cuál es mi sueño?

—¡Pues claro!

—Entonces, háblame de tu familia. Quiero saber qué suegros me esperan cuando me invites a cenar para conocerlos.

—¡Eso no vale! Me estás haciendo trampa. Además, ¡ellos no van a ser tus suegros jamás! Yo...

—Vamos, ya habías hecho las paces con tus padres, ¿no? —indaga con sutileza—. No creo que sea tan traumático hablarme de ellos. Mi sueño está en tu mano —sugiere con segundas.

—Mis padres —Murieron en un accidente de tráfico y ya no soy capaz siquiera de acordarme de sus rostros—. Bueno, en realidad, las personas a quienes llamo padres son mis padrastros. Quienes me dieron la vida perecieron en un accidente hace mucho años. Los actuales me adoptaron valiéndose de su fortuna —miento de forma descarada, lo cual me hace sentir mal. Pretendo que me cuente verdades e intento conseguirlo con mentiras. Imagino que es el precio que tengo que pagar para conseguir lo que busco.

—Tendrán nombres, ¿verdad?

—¿Qué pueden importar sus nombres?

—Mujer, estaría feo que los saludara como suegro y suegra. Vamos, Ripoll, que casi lo has conseguido. Sólo dos nombres y te entregaré mi sueño.

—¡Bueno, está bien! —protesto en el justo momento en el que tengo una ocurrencia que me puede servir para despertar sus recuerdos—. Mi padre se llama Evaristo y mi madre Consuelo.

—¡Joder!, por eso no querías decírmelo. ¡Tu padre se llama exactamente igual que mi antiguo jefe, Evaristo Ripoll!

¡Mierda, ni me acordaba ya de la charla que mantuvimos hace ya demasiado como para controlar lo que digo o lo que hago. Finjo estar avergonzada por haberle ocultado una verdad que, en realidad, es una mentira como la catedral de Cádiz.

—Bueno, ya sabes sus nombres. Ahora te toca responder. Y te juro que si se ha tratado de una trampa, me levanto y no volverás a verme en toda tu vida.

—Tranquila, Ripoll —me sugiere inclinando su cuerpo hacia delante y posando sus manos sobre mis brazos—. Te prometí que te contaría cuál es mi deseo y eso voy a hacer.

Sólo cuando he visto que ha sido capaz de acercar su rostro a menos de treinta centímetros del mío sin levantarse de su asiento, he sido consciente de lo pequeña que es la mesa. Casi puedo sentir su aliento acariciando mis ardientes mejillas.

—¿Cuál es tu deseo? —pregunto titubeante, temiendo oír lo que quiero y no quiero conocer.

—Preguntas lo que ya sabes de sobra —apunta—. Mi deseo eres tú, Ripoll.

—¡Deja de burlarte de mí!

Alza las cejas, como queriendo decirme que no hay más cera que la que arde. No puede ser. Yo no puedo ser su deseo porque... ¡Mierda, la pelirroja!

—¿Qué te ocurre? Esperaba otro tipo de reacción, no que sufrieras un síncope. ¿Has visto un fantasma, Ripoll?

¿Qué demonios hará aquí esa zorra? Siempre tiene que aparecer en el momento más inapropiado, cuando más cerca me encuentro de Iván. ¿Qué puedo hacer? Viene hacia aquí.

—Entonces, ¿insistes en asegurar que tu sueño soy yo?

—Llevo años esperando a que aparecieras —asegura.

—Pues entonces, bésame.

—¡Pero bueno! Cuando te dije que terminarías pidiéndome que te besara, jamás habría imaginado que sería tan sencillo —continúa bromeando cuando la pelirroja se encuentra apenas a cinco pasos de nosotros.

—¡Que me beses, capullo!

Y por fin se levanta un poco de su silla para incorporarse y poder llegar hasta mí. Se acerca poco a poco y sin dejar de mirarme. Me derrito con su cercanía, pero

creo que mis nervios son ocasionados por la colorida cabellera que emerge por encima de su hombro. No está la cosa para muchos prolegómenos, así que decido ser yo quien complete el camino hasta sus labios, que son golpeados con violencia por los míos. El contacto aplaca mi fogosidad, a la par que la dulzura con la que me besa altera mis sentidos. Mis ojos se cierran y mi cabeza se olvida de todo.

No me lo puedo creer, ¡estoy besando a Iván! O más bien, estoy flotando con el beso que él me da. Porque no nos engañemos, es él quien maneja el tempo, el beso, los latidos de mi corazón y hasta el mismo aire que respiro. Estoy a su completa merced.

¡Maldito alcohol!

Si es que no voy a aprender en la vida. Junto a un tío guapo con una botella de alcohol y pierdo los papeles. Eso sí, este no es un tío cualquiera. Jamás he sentido tanto deseo con un solo beso. Pero no mi deseo, sino el suyo. Bueno, yo creo que... Que sí, que en este momento le deseo y daría lo que fuera por pegarme un revolcón con él ahí mismo, en la arena de la playa, pero no se trata de mí. No sé, es una sensación muy extraña. He sentido algo que no sabría cómo explicar. Los babosos que siempre me tiro cuando salgo de fiesta no me han demostrado jamás tanto... ¡no sé cómo llamarlo!

¿Es esto amor?

Lo cierto es que no tengo ni idea porque jamás he tenido cerca a ningún tío que no buscara levantarme la falda. Pero entonces... ¿Y la pelirroja?

Abro los ojos a la vez que mi lengua saborea unos labios, los míos, ya huérfanos de los suyos. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo ha dejado de besarme.

Miro a un lado y otro para encontrarla, pero no aparece por ningún sitio. ¿Me la he imaginado? ¡El alcohol!

—Estoy aquí, Ripoll —se burla Iván en una situación surrealista. Yo debería estar en este momento mirándole a los ojos embobada por haber conseguido que sienta lo que no soy capaz ni de explicar, pero...

—¿No ha venido por aquí?

—¿Quién? Tranquilízate —me pide—. A lo mejor se te ha subido el vino a la cabeza y al cerrar los ojos...

—¡Estoy bien! —protesto liberándome de sus manos y levantándome para

encontrarla—. Sé lo que he visto. Era ella, estoy convencida —aseguro.

—¿De quién hablas?

—¡De la pelirroja! Venía hacia nosotros y por eso...

¡Mierda!, la he cagado. No tendría que haber dicho eso.

—Sólo estabas jugando conmigo —se lamenta.

—¡No! —me apresuro a desmentir—. Es sólo que... —Me encuentro acorralada. No sé cómo explicarle que me ha encantado su beso porque me ha parecido sincero, ¡mágico!, aunque no se lo habría pedido si no hubiese aparecido ella. Pero ella no está y yo... no quiero echarlo todo a perder. ¡Qué demonios; me importa una mierda el objetivo! No quiero perderle a él—. Iván, soñaba con este beso desde la primera vez que te vi —confieso—. Puedes creerme o no, pero te estoy diciendo la verdad. Aquel día... Sentí fuego cuando la vi y hoy... Espero que no pienses lo que no es. Yo...

—No tienes que excusarte.

—¡Pero quiero hacerlo! Yo... Estoy aquí, contigo. Me has besado y no he salido huyendo. ¡Y no creas que busco tu dinero, pues mi padre tiene más que tú! —bromeo y consigo sacarle una sonrisa.

—Está comenzando a refrescar. Creo que deberías pagar. Mañana tengo que levantarme temprano y...

—No lo estropeemos, Iván.

—Hoy ha sido un día muy intenso. Creo que ambos tenemos mucho en lo que pensar —insinúa algo distante. Parece claro que ha desaparecido el Iván cariñoso y bromista, el Iván que enciende la llama con su mirada y la apaga con sus labios.

—Bésame, Iván.

—No tensemos la cuerda. Voy al servicio —me informa a la vez que se levanta y me deja con un palmo de narices.

¡¿Qué demonios ha pasado?!

No sé si estoy más jodida por haber dado un paso atrás para conseguir el objetivo o por haberme quedado con la miel en los labios, ¡y nunca mejor dicho!

Algo ha ocurrido para que haya cambiado su forma de actuar de forma tan drástica. ¿Será ella una especie de proyección de alguien que le afecta demasiado? ¿Su

esposa quizás? ¡Claro, por eso aparece siempre en el momento más inoportuno! No quiere que me líe con él. La cabeza de Iván intenta que ninguna mujer le haga olvidar a su esposa y lo consigue a través de una imagen de ella.

Tengo que saber más sobre esa mujer. Aunque no me cuadra que trabajase en La guarida y luego se marchase. Quizás él se enamorase de alguien y por eso estuvo vigilante. Cuando esa chica desapareció, ella se marchó. ¡Hasta que yo entre en escena!

¿Por qué no le habré confesado el deseo que he repetido cien veces contemplando la puesta del sol?

Parece claro que hoy no conseguiré ningún avance y que es posible que me cueste volver al mismo punto en el que me encontraba con Iván hace unos minutos, pero tengo que saber quién es ella. De una forma u otra, voy a desenmascarar y hacer desaparecer a esa maldita pelirroja.

19 - Maldita pelirroja

Suena el despertador y mi cerebro comienza a trabajar de inmediato al mismo ritmo endiablado que anoche me condujo al sueño por agotamiento. Sin embargo, hoy me siento más entera, con ánimo renovado, muy distinto del que ayer hizo flaquear mi confianza ante la frialdad demostrada por Iván. Así fue desde el beso hasta que me despidió en la puerta de mi casa con un desmotivado «gracias por la cena», seguido de un «adiós» de los que hielan el alma. Sonaba a despedida definitiva, a carencia de ilusión, a «no me suicido también aquí porque ya estoy muerto en vida y esto es sólo un sueño».

Pero hace falta mucho más que eso para conseguir mi rendición. Mientras haya vida, hay esperanza y, tanto él como yo, seguimos vivos. Por eso he decidido insistir hoy con ese desayuno que le debo. Le va a hacer falta mucho más para librarse de mí. No se lo voy a poner nada fácil. Él querrá olvidar, pero yo deseo tener algo para recordar y grabarlo en la zona vacía de mi memoria que guarda las vivencias especiales. Ya me ha regalado varias, pero no me conformo con eso. Ya no. Necesito mucho más y por eso voy a luchar con uñas y dientes, digan lo que digan sus padres o mis locas. Incluso a pesar de las negativas que pueda darme Iván desde hoy o de lo que mi sentido común insiste en aconsejarme.

Me ducho en cinco minutos y gasto otros tantos en vestirme y peinarme. Para este tipo de cosas prefiero seguir manteniendo la versión tradicional, al contrario de lo que me ocurre con el maquillaje. Aunque siempre lo haga, nunca me ha gustado maquillarme, lo reconozco. Pese a todo, hoy no quiero hacer uso de truco alguno. Quiero ser yo, con mis virtudes y mis defectos, sin pinturas que disfracen mis expresiones, de frente y a pecho descubierto. Bueno, es una forma de hablar, pues hoy he optado por no mostrar porción alguna de piel más allá de mi cuello.

Tomo el ascensor y me dirijo hacia el ático, salgo decidida del elevador, llamo a la puerta, espero a que me abra y espero, espero y espero. Otra vez me ha vuelto a ocurrir. Bajo a preguntar al portero y este me confirma lo evidente. Intento encontrar algún tipo de explicación y sólo llego a la optimista conclusión de que no ha podido conciliar el sueño porque se castiga por su actitud de anoche.

Pienso en una estrategia a seguir y sólo se me ocurre acercarme a una

floristería y comprarle un ramo de rosas rojas. Sé que las mujeres no regalamos flores a los hombres, pero también doy por hecho que le sacaré una sonrisa y despertaré algo en su interior. Cuando llego de nuevo al bloque de viviendas, entrego las flores al portero y le ofrezco una generosa propina por hacerme el favor de entregárselas a Iván. Podría obligarlo con mi mente, pero he decidido hacer las cosas de un modo más convencional, desde la sencillez de mi existencia y procurando ser todo lo honesta que pueda en adelante. Luego le indico que estaré todo el día fuera de casa. Sé que no le importa, pero puede que a Iván sí. Saco el coche del garaje y lo aparco a un par de manzanas. Luego vuelvo a casa y, aprovechando que el portero charla con una vecina, entro por la puerta trasera y me encierro en casa durante todo el día. Si estoy en lo cierto e Iván no ha conciliado el sueño por lo ocurrido anoche, es posible que mañana pueda invitarlo por fin a desayunar, una vez se le haya pasado. Quizás sea yo quien no le permito dormir, aunque suene muy egocéntrico. Tengo que descartar hipótesis.

Llega la mañana y repito mis acciones de ayer. La verdad es que algo más desanimada pues, aunque no pensaba abrirle la puerta, esperaba que Iván llamase para agradecerme el obsequio.

Subo sin muchas esperanzas de que me abra la suya, salgo del ascensor, llamo al timbre y, para mi completa sorpresa, a los pocos segundos aparece Iván. Sólo vistiendo la parte de abajo de un pijama celeste y con evidentes síntomas de haber acabado de despertarse, me mira sorprendido por no esperarme a esa hora de la mañana.

—¿Qué haces aquí tan temprano?

—Pretendía invitarte a desayunar en mi casa y pedirte disculpas por...

—No tienes que pedir perdón por nada. Por cierto, muy bonitas las flores. Gracias.

—Era sólo un pequeño detalle por... —vacilo—. Bueno, yo. ¿Te pones la parte de arriba y nos vamos?

—Tengo cosas que hacer.

—Nada que no pueda esperar. Eres el jefe.

—Llevas razón, aunque hay cierto tipo de cosas que sólo un jefe puede y debe hacer cuando llega el momento —apunta y comienzo a sentir verdadero temor de que no tenga la menor intención de continuar con lo que inició mediante un beso que sabe a demasiado poco en la distancia. ¿Y si está con otra?

—¡Oh!, ya lo capto. Estás acompañado.

—¿Acompañado? —pregunta extrañado—. ¡Claro que no! Sólo he sido capaz de pensar...

Pero no lo dice.

—¡Cariño!, ¿vuelves a la cama o voy yo a buscarte? —se interesa durante su silencio una voz demasiado conocida como para no resultarme odiosa. Un torrente de ira acaba de nacer en mi abdomen y escala por mi tráquea a toda prisa, amenazando con salir al exterior y llevarse por delante a todo aquel que encuentre a su paso. Tengo que tragar saliva para controlarme. Y reconozco que me cuesta al ver el cinismo con el que Iván trataba de engañarme. Ya no porque haya intentado hacerme creer que estaba sólo. Al fin y al cabo, es su vida y puede gestionarla como le apetezca. Lo que más me enerva es su expresión. Lo más lógico sería mostrar vergüenza, arrepentimiento o incluso chulería, pero no me apetece ver por más tiempo su cara de sorpresa porque terminaré partiéndosela. ¡Vamos, que a lo mejor él no sabía que una guarra le esperaba en la cama!

—Lamento haberte molestado tan temprano. No volverá a ocurrir —le aseguro antes de darme la vuelta para marcharme sin decir ni adiós.

—Espera. Yo...

—No es necesario que me des explicaciones. Es tu vida —le recuerdo—. O eso es lo que crees —lanzo como despedida, sin importarme lo más mínimo que pueda sospechar nada que ponga en peligro el objetivo. La misión está muerta. Iván no saldrá de aquí jamás porque no tiene la menor intención de hacerlo.

El sonido de su puerta al cerrarse refuerza mis palabras y activa mis glándulas lagrimales, aunque me esfuerzo en no derrumbarme. No al menos hasta que no entre en el ascensor.

—Me encantará desayunar contigo —confiesa la voz de Iván consiguiendo asustarme. ¿No había cerrado la puerta?

Por instinto, me giro de inmediato hacia él, sin entender qué está ocurriendo.

—¿Me puedes repetir lo que has dicho?

—He dicho que me encantará desayunar contigo.

—Iván, en tu habitación te espera una mujer muy bella y dispuesta.

«Y muy zorra», pienso superada por la humillación.

—Ella... Es más complicado de lo que puedas llegar a imaginar —corrige su planteamiento inicial—, aunque tiene una explicación. Inverosímil, pero la tiene. Si tú me lo permites, me gustaría aclarártelo con el estómago lleno.

—No hay nada que aclarar —me cierro en banda—. Tú tienes la potestad de vivir tu vida como te parezca oportuno y yo...

—Tú me importas —confiesa interrumpiéndome—. Ella no significa nada para mí. De hecho, significa más para ti que para mí —sentencia, no sin faltar a la verdad—. Vayamos a desayunar a tu casa, por favor.

—En el hipotético caso de que respondiera que sí, ¿pretendes dejarla sola en tu habitación?

—Olvídate de esa mujer y vayámonos ya, por favor —me pide—. Confía en mí —añade suplicante con ese tono de voz tan dulce que cuesta negarse a cualquiera de sus peticiones.

Analizo la situación durante varios segundos, aun sabiendo que voy a ceder porque quiero ceder. Me he sentido muy mal al descubrir que estaba con otra mujer y peor al saber que se trataba de ella, la verdad. Sin embargo, no es menos cierto que se ha visto forzado a decidir sobre la marcha y me ha elegido a mí, en vez de a ella. Prefiere dejar plantada a esa mujer en su casa para venir a la mía a desayunar. No sé si alegrarme o darme cabezazos contra la pared porque esté resultando todo tan complicado, pero de lo que no me cabe duda es de que voy a aprovechar esta nueva oportunidad que se me presenta. No pierdo nada por permitirle que me explique lo que parece claro. Lo peor que puede pasar es que termine dándole la bofetada de la que se ha librado hace un minuto.

—Me das esa explicación mientras desayunamos y luego cada uno se va por su camino.

—Trato hecho.

Aunque en un primer momento pienso en sugerirle que se vista para que no coja frío con el torso desnudo, luego recuerdo que ella está dentro de la casa y opto por que se joda. Si me canso de deleitarme con sus pectorales, ya le ofreceré una camiseta mía.

Bajamos en el ascensor acompañados por un tenso silencio y, de igual manera, luego entramos en mi piso.

—Al fondo a la derecha tienes el salón. Espérame ahí, por favor —le sugiero

—. Yo no puedo ofrecerte tanta variedad.

—No te preocupes —me tranquiliza—. El desayuno es sólo una excusa. Con un café y una tostada bastará.

Titubeo y a punto estoy de contestarle, pero al final decido no decirle nada y guardar todas mis energías para una charla que auguro bastante animada.

Cinco minutos después, aparezco en el salón con una bandeja poblada con todo lo necesario. Se levanta para ayudarme, aunque la mirada de suficiencia que le dedico se basta por sí sola para que vuelva a sentarse.

—¿Azúcar? —pregunta, más por asesinar el silencio que se interpone entre nosotros, que por educación.

—Gracias —correspondo sin mucho afán a su cortesía.

Comenzamos a desayunar en silencio y el ambiente se advierte más irrespirable a cada segundo que pasa. Nada que ver con el desayuno en su casa.

—Las chicas de la Guarida te echan mucho de menos —me informa de buenas a primeras. Creo que no sabe cómo romper el hielo y se acaba de inventar lo primero que ha pasado por su cabeza.

—Te lo habrán confesado con un correo electrónico, imagino, pues nunca estás allí.

—Antes no tenía muchos alicientes para ir por la Guarida —apunta con segundas.

—Pues no creo que haya cambiado mucho la situación desde entonces —me revuelvo guerrera.

—Ahora tengo la esperanza de que aparezcas por la puerta en cualquier momento.

—Ya imagino. Y cuando compruebas que no es así, optas por descargar tu frustración entre las piernas de cualquiera —le reprocho con maldad.

—Sé que no me crees, pero esa mujer no representa nada para mí.

—Pues mira por dónde que sí te creo. Ya me ha quedado claro que ¡ninguna mujer representa nada para ti! —enfatico mi aseveración.

—No sabes cuán equivocada estás, aunque no te culpo por ello. Sin embargo, espero hacerte cambiar de opinión.

—Pues chico, me parece más complicado conseguir los éxitos empresariales que atesoras, que intentar convencerme de algo que resulta evidente.

—¿Alguna vez has vivido algún tipo de experiencia... —hace una pausa— increíble?

Mi respuesta, cargada de ironía, consiste en abrir los brazos para indicarle lo insólito que resulta estar invitando a desayunar a un sinvergüenza como él.

—Por favor, tómate en serio mis palabras —me pide—. Si después de mi explicación, decides desaparecer de mi vida para siempre, lo respetaré porque no me queda otra. Sé que no estoy en disposición de pedirte nada —continúa con expresión de desánimo—. Sin embargo, también tengo presente que vales mucho más que yo como persona y serás tan generosa como para regalarme esta última oportunidad. Sé que piensas que no la merezco, pero...

—Di lo que sea de una vez y acabemos cuanto antes.

—Respóndeme entonces a la pregunta que he formulado.

—¿A qué tipo de experiencia te refieres? —me intereso por cumplir y, de paso, desbloquear de una vez su justificación.

—Sobrenatural.

—Si pretendes convencerme haciéndome creer que esa mujer era una alucinación, esta conversación se ha terminado —amenazo levantándome de inmediato, sin reparar en que es él quien ya va sobrando en mi casa y no yo.

—Te juro por lo más sagrado que no conozco a esa mujer —asegura cogiendo una de mis manos—. Bueno, creo que sí —recula a la par que yo le privo de todo contacto—. Creo saber quién es, pero no tengo tan claro por qué aparece en mi vida cuando mejor me va contigo, aunque puedo imaginarlo. Te he sido sincero en todo momento en lo relacionado con mis sentimientos y creo que también te causo emociones parecidas. Sin embargo, siempre que avanzamos un paso, aparece ella de la nada y retrocedemos tres. Piénsalo —me suplica mostrando un atisbo de desesperación en el semblante, lo cual activa mis alarmas y me hace pensar en caballos de color rosa—. Si quisiera convencerte con algún tipo de engaño, ten por seguro que no me inventaría algo tan increíble. Te prometo que te estoy contando la verdad.

Esta teoría que expone explicaría el gesto de tremenda sorpresa con el que salió del ascensor el día en el que conocí a la pelirroja. O su extraño cambio de actitud durante la cena, e incluso que hoy haya decidido salir de su casa vestido con pijama de

cintura para abajo y dejarla allí sola.

Intentando ponerme en su pellejo, ¿cómo podría explicar a alguien la aparición repentina de una especie de fantasma?

Aparte de sinvergüenza, lo primero que pensarían de mí es que estoy loca. Pero él no lo está. Sólo sueña, aunque no lo sepa. Sin embargo, yo sí tengo claro que se trata de un sueño y ya venía instruida por su padre. Convenientemente, me advirtió sobre lo que podría desencadenar una reacción negativa por mi parte ante cualquier hecho extraordinario que fuese capaz de generar la cabeza de su hijo.

¿Y si me encuentro ante uno de ellos? ¿Se trata del inicio de un posible conflicto en su cabeza que eche más tierra sobre sus recuerdos?

No parece una estrategia muy acertada para conseguir que le perdone, si tengo en cuenta que se comporta como un niño contando cualquiera de sus fantasías. Pero lo que imprime credibilidad a su razonamiento es precisamente lo alucinante que resulta. De estar en lo cierto, mi respuesta podría condicionar que volviera a caer a un piso más profundo de inconsciencia. Uno del que, quizás, nadie sería capaz de traerlo jamás. Ni siquiera yo.

Aunque en los últimos días se haya esforzado en intentar crear una relación entre ambos, sospecho que los recuerdos que luchan por salir de la prisión que representa su cabeza tienen otros planes para él. Pretende rehacer su vida aquí abajo. Sin embargo, la tristeza y, a lo mejor, el sentimiento de culpa por la muerte de su esposa no le permiten mirar a otras mujeres más allá de lo que demanda un simple deseo carnal.

¡Joder, creo que le intereso de verdad! Todo parece tener sentido.

Pero, ¿qué puedo contestar para que mi respuesta suene verosímil ante su increíble propuesta? ¿Cómo puedo defender la existencia de los fantasmas, si yo no creo en ellos? Tampoco creía posible conversar con alguien sobre espectros en el interior de un sueño, pero lo cierto es que aquí estoy.

—¿No tienes nada que decir? —me presiona con una mirada titubeante que tanto dice por sí sola.

—Yo... —¿Qué demonios le digo?

—Por favor, di algo. Tu silencio me hiere infinitamente más que un millón de reproches. Pídeme que me marche, llama a la Policía y diles que un loco ha entrado en tu casa o insúltame si lo crees conveniente —me exige—. Creo poder soportar

cualquier reacción, pero no me castigues con tu indiferencia.

—Te creo —confieso sin tener aún muy claro cómo salir del atolladero en el que acabo de meterme yo solita. Su expresión de sorpresa contenida demuestra que le ha cogido desprevenido mi respuesta. Su estado mental está donde me interesa, pero no puedo permitir que se haga más preguntas de las necesarias, bajo riesgo de perder mi actual posición de privilegio. Tengo que conseguir aprovecharme de la fragilidad que demuestra en este momento para entrar a saco en su cabeza. Eso sí, debo mantenerme alerta para evitar que los recuerdos le devoren—. Háblame de ella.

—Yo... Sólo sé que aparece cuando existe un acercamiento entre nosotros.

—Antes me dijiste que creías saber quién es —le presiono.

—Sólo se trata de sospechas sin ningún fundamento. Yo no he creído jamás en estas cosas.

—Pero yo sí —miento—, aunque si no te sinceras de una vez, no podré ayudarte a obligarla a desaparecer —amenazo a sabiendas de que puedo hacerlo con los poderes que poseo.

—¿Crees que se trata de un fantasma o de algún tipo de ilusión óptica?

—Ambos la hemos visto —apunto comenzando a tomar el mando de la conversación con una seguridad ficticia—. ¿Quién crees que es? ¿Puede tratarse de esa mujer que todas pensamos que te rompió el corazón? —pregunto sin andarme con rodeos.

—Mi corazón sigue latiendo de una pieza, aunque descontrolado cada vez que te veo o pienso en ti —confiesa para poner a mi disposición dos alternativas. O dice la verdad, o ha llegado a un nivel tan profundo que ya no es capaz de recordar ni a su esposa. Tengo que evitar que sus sentimientos apunten hacia mí. Al menos, hasta que no extraiga más información.

—Si vuelves a intentarlo, tendré que pedirte que te marches y te busques tú solito la manera de hacerla desaparecer.

—Lo siento —se disculpa con una inseguridad que no hace justicia con su habitual expresión descarada—. Aunque me cuesta asumir que creas en mis alucinaciones y no en mis sentimientos, imagino que es el precio que tengo que pagar para recuperar tu confianza.

Pobre Iván. Si supieras que me cuesta tratarte con tal frialdad casi tanto como

contener los impulsos que me provocan tu fibroso torso descubierto y tu mirada sincera...

—Entonces, ¿quién podría ser?

—Hace muchos años conocí a una pelirroja que motivó un distanciamiento con mi pareja.

¡Lo recuerda! Ha reconocido que recuerda a su pareja, a su esposa.

—Y crees que ha vuelto para vengarse —resuelvo—. Tiene que ser así; los espíritus no vienen de vuelta para follarse a los vivos, sino para resolver los asuntos que dejaron pendientes —explico con un planteamiento que oí en una película que no recuerdo—. ¿Por quién la dejaste?

—¿Qué puede importar eso? —responde a mi pregunta con otra, en clara actitud defensiva. ¡Bingo! Creo que dejó a la pelirroja para iniciar su última relación, la que le rompió el corazón.

—Claro que importa. Si a ti se te aparece la pelirroja, ¿qué te hace pensar que a ella no? Recuerda que hablamos de quien le robó a su novio. ¿Cómo podríamos dar con ella? ¿Sabes dónde vive o si sigue con vida? —le interrogo sonriente para mitigar el efecto que una pregunta tan lesiva podría causarle.

—Ella —comienza para detenerse al instante y evadir su mirada, además de sus pensamientos—. Ella desapareció de mi vida hace muchos años.

—¿Murió? —insisto caminando sobre su precipicio.

—Se marchó y me dejó solo —admite manteniendo su mirada extraviada.

No es lo que esperaba oír, aunque puede ser que su cerebro no quiera asumir la cruel realidad. En cuanto a los años que asegura separarnos de aquello, podría explicarse con la relatividad del tiempo aquí abajo. Piensa, Laura, piensa. ¿Cómo puedes usar lo que ya sabes en tu beneficio?

—¿Y tus intempestivas salidas? —me intereso por otro de sus enigmas—. ¿Paseas cada vez que te sientes perseguido por ella? ¿A dónde vas?

—Deambulo tras cada vez que te siento cerca y te vuelves a alejar.

—Te he pedido antes que no siguieras por ahí —le recuerdo.

—¿Prefieres que te mienta?

—Pero es que esa explicación no me cuadra. El portero me hablaba como si no

fueran hechos aislados.

—Ya conoces a los porteros. Se aburren mucho y terminan convirtiéndose en los cotillas del barrio —explica tan convencido que cuesta no creerle—. Actúan como tal, estando al tanto de la vida de todos y magnificando cada chisme.

—No sé, tengo la sensación de que me sigues ocultando algo.

—Jamás he sido tan transparente con nadie —asegura—. Podrás sentirte más o menos incómoda cuando expreso lo que despiertas en mí, pero me niego a mentirte o a intentar contener este tren que marcha hacia ti cuesta abajo y sin frenos.

Y si tú supieras el tremendo esfuerzo que tengo que hacer yo para no abrirte mi estación de par en par...

Pero no he venido para esto. Que sí, está claro que no puedo negar que me atraes y que pagaría por llevar la contraria a la orden de tu padre. Así podría deleitarme luego con la expresión de gilipollas por no hacerle caso, aunque debo centrarme en lo que importa. Ahora te noto más accesible que nunca y tengo que aprovecharlo.

—Las palabras que no salen de tu boca atascan tu corazón —aprovecha mi silencio—. Tengo ojos en la cara y sé que también sientes algo muy intenso por mí —me acorrala con su conclusión y con sus manos sobre mis brazos—. Permite que salga lo que llevas dentro o sé valiente y dime que no te atraigo mirándome a los ojos.

Se acerca más a mí para clavar la daga marrón de su mirada sobre el vivo azul de la mía. Vacilo como nunca y a punto estoy de entregarle mis labios, mi cuerpo y mi vida, pero algo inexplicable me retiene. Sin embargo, aprovecha mi momento de flaqueza para completar la distancia que nos separa y rozar su piel rosada con la mía.

—Libérate y confía en mí —me susurra con esa mezcla de erotismo, decisión y persuasión que tantas veces protegió mis sueños y que ahora le sirve para terminar de derribar el último cimiento de mi fortaleza.

Y me libero sin demora ni remedio al volverme exigente. Capturo entonces su labio inferior, como tantas veces he deseado hacer desde que le conocí. Castigo su adicción entre pequeños mordiscos y sonoras succiones, premio su sabor paseando mi lengua por todo su contorno y sacio mi sed cuando me siento incapaz de aguantar más tiempo sin explorar su interior inescrutable. Lo degusto con unas ganas que pierden su valor ante el énfasis que comienza a demostrar Iván.

—¿Por qué has tardado tanto? —demanda una respuesta en su camino hacia mi

cuello. Una respuesta a una cuestión que también merodea por mi cabeza. ¿Por qué he sido tan estúpida de no haber optado por la solución más sencilla? —Llevo toda una vida esperándote —confiesa a la vez que me provoca escalofríos con las caricias que, con su lengua, aplica sobre mi punto débil. Tanto esta sensación extraña y lejana, como el vértigo que me produce su precipitada declaración, me conducen de nuevo al estado defensivo y más frecuente aquí abajo.

—Apenas nos conocemos —razono agobiada por una incómoda sensación de pánico injustificado, aunque insoportable—. Además, aún tengo que comprobar que me has contado la verdad —le recuerdo, gracias a una oportuna ocurrencia—. Tu fama y tu opacidad invitan a desconfiar de ti. —Su rostro es el espejo de la decepción que le supone mi advertencia. Me siento culpable por ello, pero trato de convencerme de que estoy haciendo lo correcto—. Hagamos una cosa —le adelanto—. Espérame aquí.

—¿A dónde vas?

—Si me has contado la verdad, esa mujer no volverá a molestarte nunca más.

—¿Qué piensas hacer? —me interroga mostrando cierta expresión de alarma. Nada a lo que no esté acostumbrada ya, siendo tan imprevisible como soy.

—Como te dije antes, creo en estas cosas y conozco una forma sencilla de hacerla desaparecer —miento de forma descarada.

—Te acompaño. Si te ocurriera algo, no me lo podría perdonar. Además, está en mi casa.

—Cuando te he dicho que me esperases aquí, no se trataba de una opción.

—¡No puedo aceptar que...!

—Lo tomas o lo dejas —le corto amenazadora—. Tú decides.

Pero ambos sabemos que soy yo quien decido. En condiciones normales, me encontraría comiendo de su mano, pero mi posición ventajosa me otorga la facultad de mostrarme más agresiva de lo que en realidad soy.

Salgo de casa sola, como no podía ser de otra forma, y me dirijo en el ascensor hacia el ático de Iván. Justo antes de llegar, recuerdo que Iván no cogió llave alguna e imploro al cielo que la pelirroja siga donde la dejamos. Ya no porque es la única que puede abrir la puerta, sino por ser también quizás la portadora de una información que podría ser muy valiosa. Lo cierto es que me moría de ganas por hablar con ella a solas. Casi tantas tengo como de volver a besar a Iván. Pero él no está y tengo que centrarme

en lo que me ha traído hasta aquí.

Llamo a la puerta repitiendo mil veces que no tarde en abrirme y mi petición surte efecto a los pocos segundos. Abre la puerta y me mira con indiferencia, casi asco me atrevería a asegurar.

—Te advierto que no me van las almejas —escupe por su sucia boca «comepollas». Me entran ganas de inventar un rayo que la fulmine con los poderes que poseo aunque, por suerte, consigo contenerme. Más que nada, porque recordar mis extraordinarias habilidades me hace sentir estúpida, pues no tenía más que desear que se abriera la puerta sin necesidad de aguardar a que fuera ella quien la abriese.

—¡Callate, zorra! —Y como aquí abajo tengo el poder supremo porque Iván no es consciente de poder compartirlo conmigo, la pelirroja no puede más que aceptar mi orden—. No te lo voy a repetir, así que préstame atención —le advierto—. Vas a responder a todas y cada una de las preguntas que te formule porque, por si no te has dado cuenta, aquí soy yo la puta ama. Aunque me importa un poco menos que cero porque ya me lo dijeron y no lo recuerdo, quiero saber tu nombre. ¿Cómo te llamas?

—Raquel.

—Te viene mejor Azrael, pero me sirve. ¿Te has follado a Iván? —comienzo con una pregunta de interés puramente personal.

—No. Yo sólo he...

—Responde sólo a lo que te pregunte. ¿Cómo y cuándo lo conociste?

—Hace mucho. Comenzamos a salir, pero se fijó en otra y apenas estuvimos juntos unos días.

—¿Quién era esa otra? ¿Cómo se llamaba? —insisto sin apenas dejarla pensar, al más puro estilo de las películas de policías. Sólo me falta apuntarle con un foco a la cara, aunque no me hace falta porque me basta con desear que me conteste.

—No llegué a conocerla. Sólo sé que fue un insulto que me dejara por esa gorda. Pero claro, ella era rica y yo no.

¡Joder!, sigo sin conocer su nombre para poder investigarla. Al menos ya sé que era rica, pero aquí hay algo que no me cuadra. Que Evaristo se opuso, parece claro. Sin embargo, me cuesta creer que no le permitiera mantener una relación con alguien de su misma clase social, que parece el origen de todo. No hay más que ver cómo se dirigían a mí su esposa y él mismo.

—¿Por qué has vuelto entonces?

—No lo sé. Yo... estaba durmiendo y, de pronto, me vi a su lado. Creí estar soñando y me limité a disfrutar de su compañía.

Parece que no voy a poder sacarle mucho más. Ella es una simple proyección de los recuerdos de Iván. Creo que tendré que sacarle ese nombre a él mismo.

—Ahora préstame atención —le exijo—. Iván está ahora conmigo y tú no pintas nada entre nosotros. Me da igual que te haya traído él, pero vas a desaparecer de su cabeza para siempre porque quiere recuperar su felicidad conmigo. ¿Me has entendido?

—Sí, pero creo que él no...

—Creo que no me has entendido —la interrumpo. Ahora que estoy tan cerca de ser feliz con Iván, no voy a permitirte que sigas enturbiando la situación. Aunque pareces otra víctima más, me da igual. Ya va siendo hora de que comience a mirar un poco más por mí misma—. Te ordeno que...

Pero el sonido de un teléfono móvil me interrumpe a mí. El sonido lo conozco porque lo he oído en alguna ocasión en que Iván y yo hemos estado juntos.

—¿Es su teléfono?

—Sí. Ya ha sonado varias veces.

Se me ocurre entonces que podría ser un buen medio de encontrar más información. ¿Y si le está llamando alguien que pudiera desatascar el cacao que tengo en la cabeza?

—Busca las llaves del piso, tráemelas y luego desaparece para siempre. Voy a coger su teléfono.

—Es que creo que él no me ha...

—¡Que me hagas caso, joder!

Me dirijo veloz hacia el dormitorio de Iván, siguiendo el origen del sonido, y veo en la mesilla de noche el móvil encendido. Me acerco y me fijo en la pantalla.

—¿Angie Salamanca?! —pregunto sorprendida—. ¿Qué cojones tiene que hablar Angie con Iván tan temprano?

Y entonces tengo un presentimiento. No sé por qué razón, pero mi cabeza saturada imagina que Iván ha decidido sustituir a Angie por Raquel para fastidiar

nuestra relación, ahora que está a punto de desaparecer.

—¿Qué puede ser tan importante para despertar al jefe a esta hora, Angie? —pregunto inquisidora—. Salvo que no se trate del jefe, sino de tu amante.

—¿Laura?!

—La misma, y ahora mismo me vas a ofrecer una explicación convincente, si no quieres correr la misma suerte que una que yo me sé —le amenazo olvidándome por completo de que hasta hace unos segundos era mi amiga. Una simple llamada intempestiva me hace verla ya como una nueva amenaza.

—Laura, no sabía que tú y él...

—Ya, claro. Con esa cara de mosquita muerta das la impresión de no enterarte de nada, pero me parece que sabes más de lo que aparentas. ¿Para qué le llamas tan temprano? —me intereso con un tono bastante agresivo, cuya motivación no alcanzo a entender en este momento de excitación—. ¿Te picaba y te apetecía un repasito mañanero?

—Me duele que pienses así de mí, Laura, aunque me alegro de que estéis juntos, a pesar de todo. Como parece que tus celos no me permitirán hablar con él —reflexiona para poner nombre a lo que conduce mi rabia hacia ella—, hazme el favor de dejarle un recado. Al parecer —continúa—, la Policía le ha llamado bastantes veces desde anoche y no han sido capaces de dar con él. Se han visto obligados entonces a buscar información sobre las trabajadoras de La Guarida para contactar con alguna.

—¿La Guarida? ¿Qué ha pasado? —me extraño.

—Laura, anoche se declaró un incendio en La Guarida y ya no existe —confiesa entre lágrimas que no puedo ver, pero que me llegan al alma a través de su tono de voz.

¡Otro nuevo contratiempo! Y este es de los gordos, ahora que pensaba sugerirle la posibilidad de contratarme de nuevo para tenerle cerca. Parece imposible que Iván y yo avancemos. Siempre hay algo que se interpone entre nosotros. Se antoja como un camino sin final, pero juro que voy a encontrar un atajo para llegar hasta él. Creo que la solución a todo pasa por iniciar una relación. Incluso podría ser lo mejor para mi vida insulsa. A lo mejor no ha sido una casualidad que nuestros caminos se hayan cruzado. Puede que ambos seamos el remedio para que el otro encuentre la felicidad.

¿Y si utilizo la tragedia de La Guarida en mi beneficio? Podría ofrecerme a

gestionar los papeles del seguro con mis conocimientos como abogada.

Después de todo, creo que todo esto me va a venir bien para que podamos tener por fin algo en común.

20 - Algo en común

Todo ha sucedido muy deprisa desde que le pedí a Angie que se tranquilizara y luego me aseguré de que Raquel desapareciera de nuestras vidas para siempre. Me ha quedado la sensación de que podría haberle sacado más información, aunque creo que la pobre no daba más de sí. Como una simple proyección de quien apenas soñó unos días con poder disfrutar de una relación con Iván, poco más podría haberme contado.

Lo que llegó luego me desconcertó, pues no llegó en ningún momento la reacción de indignación que esperaba de Iván cuando le conté lo de La Guarida. Lo imaginé maldiciendo y culpando a la ya inexistente pelirroja. La realidad, sin embargo, fue bien distinta, ya que se limitó a informarme de que la póliza a todo riesgo que tenía contratada cubriría todos los gastos.

—¿Sabes? Cuando he confirmado tu versión —le dije—, pensaba pedirte que me contrataras de nuevo.

La inexpresividad mostrada justo antes desapareció cuando su rostro reprodujo un considerable gesto de sorpresa. No se lo podía creer y, no sé por qué, en ese momento tuve claro que el incendio lo había provocado él. O más bien, su parte del cerebro que luchaba por mantener vivos los recuerdos de su esposa. Albergo ya pocas dudas de que es el propio Iván quien dirime una lucha interna por estar y no estar conmigo. Creo que lo desea, pero la pena y la culpa que le trajeron hasta aquí son aún demasiado intensas, lo cual no deja de ser sorprendente. Si, como dijo su padre, los recuerdos son más débiles cuantas más capas de olvido rodeen su cabeza, la sombra de su esposa tendría que haber quedado varios pisos más arriba.

¿Por qué se niega a olvidar?

Aunque, analizando mis opciones, parece claro que tarde o temprano tendré que ser yo misma quien saque el tema y le ayude a recordar lo olvidado. Si pretendo que suba al mundo que acogió su tragedia, tendrá que ponerse al día y superarlo. Y ahí entro yo. Espero corresponder a eso que parece sentir por mí con vivencias en común que se conviertan en recuerdos especiales. Sólo así podremos conseguir enterrar sus dañinas reminiscencias para siempre.

Pero va a costar y mucho. Aun en el supuesto de que consigamos estar juntos, no auguro un futuro muy prometedor a la pareja que formaríamos. Me gustan los

hombres decididos, aunque sin llegar a ser dominantes. Sin embargo, él parece tener la sangre de horchata. Ni montó una fiesta cuando le advertí que la pelirroja no nos volvería a molestar, usando un plural que nos incluía a ambos, ni le supuso un drama que una de sus empresas más emblemáticas hubiese quedado reducida a cenizas. Una que, además, nos sirvió de excusa para conocernos y para que existiera un acercamiento entre ambos, más allá de una simple relación laboral.

La verdad es que no sé si tengo esperanzas o es que quiero tenerlas, atendiendo a lo que ocurrió cuando llegamos al solar que ocupó La Guarida. Viendo que él no se decidía a dar el primer paso, fui yo quien tomó la iniciativa mientras ambos asistíamos como mudos espectadores al trabajo con el que los bomberos procuraban asegurar la zona siniestrada. Fue una especie de impulso el que llevó mi mano hasta la suya para imprimirle todo mi apoyo en unos momentos que parecían más duros para mí que para él. No cupo duda de que volví a sorprenderle, a tenor de su expresión sonriente. Pero sólo fue un espejismo. La seriedad retornó a su semblante con una calma angustiada. O mucho me equivoco, o cuando le conocí sonreía más y se le veía más feliz. Esa lucha interior está consiguiendo transformar su aspecto y acabar con mi paciencia, por lo que decidí ponerlo entre la espada y la pared para que diese un paso al frente de una maldita vez.

—Me voy a casa —le dije—. Si terminas de aclararte, allí estaré durante todo el día. Pero recuerda que, aunque parezca relativo, el tiempo siempre corre —amenacé.

Y aquí estoy, nerviosa desde que llamó a mi puerta, después de torturarme con varias horas de espera. Apareció ante mí con una expresión completamente diferente y me saludó con un pico, aprovechando mi sorpresa ante su inesperada llegada.

¡Dios, estaba guapo a rabiar! Quizás el brillo que había vuelto a sus ojos fue lo que me privó de recorrer con la mirada su cuerpo bronceado y vestido con unos vaqueros gastados y una camisa de seda gris.

—Y tú —dijo recuperando su sonrisa más canalla—, ¿estás segura de seguir adelante? —Le miré sin saber a qué se refería y su risa ganó amplitud, como burlándose de mí—. A ver, que así también estás preciosa, pero imagino que preferirás arreglarte un poco para que pueda ser yo quien te invite hoy a cenar.

Después de mucho tiempo arreglándome, demasiado para haber tenido al alcance de un deseo mi mejor aspecto, por fin termino y aparezco ante él. Su gran sonrisa le delata y acrecienta mi ego, a pesar de haber optado por no lucir demasiado

elegante, acorde a las prendas que viste él.

—¿Nos vamos ya? A lo mejor tenemos suerte y hay todavía algo abierto —reclama mi tardanza de forma velada.

—¿No dijiste que llevabas toda una vida esperando? Pues unos minutos de más no se notarán demasiado —contraataco con agilidad.

—Ya te contaré mañana, cuando me suene el despertador para solucionar el tema del seguro.

—Te libero de esa excusa —le advierto—. Si no te parece mal, yo te ayudaré con todo el papeleo. Recuerda que soy abogada.

—¿Harías eso por mí?

No sabes cuántas cosas haría por ti. O más bien, contigo.

—Claro, no me supone mayor esfuerzo.

—Pues adelante, la noche es joven —me recuerda ofreciéndome su mano.

El trayecto en coche lo completamos entre bromas y proyectos para la nueva Guarida. Insisto en reclamarle que aproveche la ocasión y jubile a Petra, a pesar del cariño que ya le voy cogiendo. Sobre todo, cuando recuerdo que él mismo se disfrazó para darme la sorpresa por mi cumpleaños. Pero no me parece muy acertado eso de que una serpiente anime a los niños y que se llame como la cotilla de cualquier barrio. Después de un rato, al comprobar que va cediendo poco a poco, me ofrezco para tener la última palabra en todo lo relacionado con el diseño de la futura Guarida.

—Debes reconocer que yo tengo más gusto que tú —bromeo juguetona.

—Como casi siempre, te equivocas —me corrige—. No hay más que comprobar quién es tu pareja hoy y quién es la mía —me piropea para conseguir sonrojarme, aunque no lo suficiente para sellar mis labios.

—¿Sólo hoy?

—Teniendo en cuenta tu falta de determinación, no apostaría por más de dos horas.

—Perdona, pero fuiste tú quien dio por finalizada la primera cena porque sí —replico dispuesta a no callar tanto porque yo no soy así.

—Apareció la pelirroja y provocó que estuvieras más pendiente de ella que de mí. Además —continúa—, ¿tengo que recordarte quién no tuvo la menor duda desde la

primera ocasión en que nos vimos?

—Aquel día sólo buscabas una aventura más —le reprocho.

—¿Y qué es la vida, sino una aventura, Campanilla?

—¡Que no me llames así! —censuro su nuevo intento de picarme.

—Pensé que te gustaba. Tienes pinta de creer en los cuentos de hadas.

—Los cuentos son como los sueños —apunto aprovechando la puerta que él ha abierto—. Soy más persona de tener los pies en el suelo.

—No luchas entonces por ver cumplidos tus sueños —resuelve fingiendo cierta decepción.

—Yo no he dicho eso. Tan sólo pienso que no hay que vivir encerrado en un mundo de fantasía —sentencio, cada vez más decidida a tensar una cuerda que podría frustrar una velada muy especial.

—Somos nosotros quienes tenemos que llenar de fantasía nuestro mundo para ver cumplido cada sueño —insiste sin dar su brazo a torcer—. ¿Cuántos sueños se han cristalizado en La Guarida gracias a nosotros? Uno por cada rostro feliz de cada niño —me recuerda con un argumento contundente.

—Y no tan niños.

Ambos nos miramos con el recuerdo de mi cumpleaños flotando entre nosotros, aunque la exigencia de la conducción quiebra la magia en apenas dos segundos.

Aparcamos el coche en el parking del paseo marítimo y mi cabeza comienza a trabajar a toda velocidad. Intento adivinar qué restaurante de la zona es el más apropiado para una cena romántica, teniendo en cuenta nuestro informal atuendo. Tan centrada como me encuentro, apenas me doy cuenta del lugar al que me conduce de la mano con tal naturalidad que nos mostramos ante todos como cualquier pareja estable.

—¿McDonalds? —pregunto ya dentro y levantando tanto la voz que varios clientes se giran a mirarnos.

—Perdona, ¿no es lo que esperabas? —se interesa Iván con la cara descompuesta.

—La verdad es que no, pero... ¡me gusta! —confieso sin faltar a la verdad.

Lo cierto es que me muero de ganas por volver a comerme una hamburguesa doble y una bandeja de patatas. Siempre me encantó este tipo de comidas, aunque

decidí olvidarme de tanta grasa cuando comencé mi régimen, ni recuerdo ya cuándo.

Una vez llega nuestro pedido, Iván vuelve a sorprenderme al advertirme de su intención de no cenar en el local. De este modo, me conduce de vuelta al parking y nos montamos otra vez en su coche.

—¿A dónde me llevas?

—A un lugar tranquilo —responde conduciendo ya en dirección a las afueras.

Cinco minutos después, detiene el todoterreno de frente a la playa de Cortadura y alza el rostro mirando hacia la arena, sin detener el motor.

—¿Qué estás mirando?

—La forma de seguir avanzando sin matarnos.

—¿Estás loco? —pregunto escandalizada y entendiendo por qué ha optado por conducir hoy el todoterreno. Lo tenía todo más que previsto—. ¡No se puede circular por la playa!

—Pues si sabes rezar, hazlo para que no aparezca la Guardia Civil antes de zamparnos las hamburguesas —sugiere en el momento en el que pisa el acelerador y el coche sale disparado hacia la arena, salvando sin problemas la diferencia de altura con respecto a la calzada.

Cinco minutos más tarde, lo único que se oye en el interior del coche es la música a un volumen bajo y el sonido de las olas rompiendo cerca de la orilla. Casi tanto como nosotros. Con las luces del vehículo apagadas y las de la ciudad a un par de kilómetros, la imagen que tenemos ante nosotros parece sacada de un cuadro. Sólo echo de menos la luna llena reflejada en el mar infinito, aunque a esta hora aún se encuentra a nuestra espalda.

—¿Por qué este cambio? —le interrogo mientras me limpio las manos con la servilleta.

—¿Te refieres a cambiar el McDonalds por la playa?

—No te hagas el gracioso conmigo porque sabes a qué me refiero. Un día te muestras serio y distante, y al siguiente aparece el Iván que yo conocí. ¿Cuál de los dos es el verdadero?

—El más sencillo.

—Pues prefiero a este, la verdad. Espero que se quede por mucho tiempo.

—De ti depende —me advierte y luego se acerca con dolorosa lentitud hacia mí. Tanta, que me siento incapaz de soportar la espera, por lo que completo otra vez la distancia que nos separa y le beso con ganas contenidas. Él reacciona a mi efusividad con maestría, atrapando mi labio inferior entre los suyos para rozarlo con la punta de su lengua y volverme aún más loca. Cuando se dedica a darme sonoros besos cargados de pasión en ambas comisuras, noto que su mano se posa sobre la mía y la acaricia con una sensualidad que me desborda. De forma instintiva, mis manos van directas hacia su espalda para deleitarme con las caricias que le practico en una zona tan musculada. Su otra mano permanece perdida al contacto, aunque no puedo evitar imaginarla indecisa ante mi busto prominente.

Sin embargo, el característico sonido de la puerta abriéndose da fe de mi error y me invita a abrir los ojos confundida. Daba por hecho que aprovecharía la oscuridad, nuestro aislamiento y mi predisposición para iniciar lo que parecía irremediable. Pero parece tener previsto otro plan. Me mira sonriente, esperando a que haga lo propio y abra mi puerta. Menos mal que he sido prudente y sólo he acariciado su espalda. De lo contrario, ahora mismo me moriría de la vergüenza.

—¿Vamos?

—¿Te apetece pasear? —le interrogo a la vez que abro mi puerta y permito que se cuele al interior acondicionado del coche el bochorno que hace fuera.

—Me apetece disfrutar contigo de lo que tenemos ante nosotros —admite guiñándome un ojo antes de salir al exterior confiado en que seguiré sus pasos.

Desciendo del coche y él sale a mi encuentro para ofrecerme su mano, imagino que procurando evitar que me caiga por culpa de los tacones. Aunque sólo un par de pasos me permito dar con ellos, pues decido quitármelos y caminar descalza. Casi he olvidado el contacto de mi piel con la arena. Siempre me encantó la playa, pero dejé de disfrutar de ella y no recuerdo cuándo ni por qué me privé de semejante placer.

—Sentémonos —me sugiere haciéndolo antes él. Me voy a acomodar a su lado y, con una mano en mi pantorrilla, no me permite hacerlo—. Aquí estarás mejor —me indica palmeando la arena seca que hay entre sus piernas abiertas. Le sonrío encantada por su cambio de actitud, más decidida y varonil, como a mí me gusta.

Nos quedamos unos segundos en silencio; yo, por no saber qué decir, mientras que él, pienso que para hacerme sufrir. Creo que ha estudiado con mimo cada una de las acciones que está llevando a cabo y sólo espera el momento justo para ir cumpliendo etapas. Pero no se lo voy a poner tan sencillo porque siempre me pareció

más interesante el caos que el orden preestablecido. De este modo, dejo caer mi espalda hacia atrás en la búsqueda del contacto con su pecho. Cuando la colisión de ambos cuerpos es un hecho, sitúo mi mano derecha sobre mi brazo izquierdo de forma instintiva.

—¿Tienes frío? —se interesa muy atento.

—No, me muero de calor —contesto sin pensar. Me arrepiento de inmediato, más por el silencio de su nula respuesta, que por haber soltado alguna mentira. Y es que, a pesar del bochorno que se respira en el ambiente, es su cercanía la que enciende el fuego que me consume.

—Disfruta del sonido de las olas —me invita y siento sus manos escurrirse entre mi cuello y mi cabello a la vez que se separa de mí.

Sé que parezco una cría, pero ha conseguido ponerme nerviosa sólo con eso. Algo insignificante, pero que consigue reactivar el deseo que siento por él. Con exquisita delicadeza para no enredarlo, lo conduce con mimo hasta mi espalda y luego vuelve a pegar su pecho a la misma. Luego, para mi sorpresa, sitúa sus manos sobre mis ojos con cuidado para darme tiempo a cerrarlos—. Deja que tu respiración se funda con el mar, concentra en eso toda tu atención.

Y eso hago. Me dejo llevar por el embrujo de sus palabras, casi susurradas, y permito que todas mis terminaciones nerviosas confluyan en mis oídos. Nada más existe, sólo el mar y yo.

—En una palabra, dime qué sientes.

—Fuerza —admito ante el enérgico empuje interminable de las olas que rompen a escasos veinte metros de nosotros.

—Ve más allá. Sé que puedes hacerlo.

Me concentro en el sonido de nuevo y entonces entiendo a dónde pretende llegar.

—¿Vida? —confieso no obstante con recelo.

—¡Vida! —confirma con énfasis—. Tenemos a nuestro alrededor una fuente de vida inagotable y disfrutamos de ella como si de un cuadro inerte se tratara—. Abre tus sentidos y permite que esa vida te posea.

A pesar de que no llegué con la idea de que fuese el sonido del mar el que me poseyera, me dejo llevar por su consejo y disfruto con ello como jamás creí que fuera

posible.

—Abre los ojos —me pide tras un buen rato que ambos hemos aprovechado para disfrutar de la experiencia a la que me ha empujado.

La verdad es que estoy descubriendo cada día a un Iván muy diferente del que había imaginado. No se trata de un rico engreído, prepotente y materialista. Muy al contrario, no parece esforzarse por presentarse ante mí como un hombre sensible, atento, sencillo y muy romántico. Otro cualquiera ya estaría buscando la manera de echar un polvo. Aunque es muy probable que ya hubiésemos follado en el coche, de haberse tratado de otro tipo de hombre. Sin embargo, Iván no parece tener la menor prisa por hacerme el amor, tan centrado como se encuentra en por a mi alcance otros placeres de la vida más profundos. Como ahora. Sabe que me encantan las estrellas y estoy convencida de que ha deseado que su brillo sea más intenso para mí. Con el punto más cercano de luz artificial demasiado lejos como para hacerse notar, la visión del firmamento supera incluso a la de aquel día en su terraza. Es precioso.

—Consigues llenarme con muy poco —admito maravillada por lo que contemplan mis ojos llenos de la vida que me rodea, dejándome arrastrar hacia un terreno en el que yo tendría que desenvolverme mejor que él.

—Ven —me pide rodeándome con su brazo y obligándome a girar el cuerpo para encararlo hacia Cádiz—. Deja reposar tu cabeza sobre mis muslos.

¡Esto se pone interesante! Joder, soy una cerda. Me juego el cuello a que por su cabeza no pasa lo mismo que por la mía.

Cuando apoyo el peso de mi cabeza sobre sus piernas, puedo contemplar su rostro por primera vez desde que nos sentamos, aunque difuminado por la lógica penumbra.

—No quiero que me mires a mí, sino a lo que hay tras de mí.

—¿Las estrellas? Son igual de preciosas que las de antes, aunque tu rostro me llama más la atención.

—Y a mí el tuyo, pero, al contrario que la constelación que tienes frente a tus ojos, tu rostro me invita a perderme.

Una sensación cercana al escalofrío recorre mi cuerpo casi a la misma velocidad con la que sus palabras se cuelan en mi cerebro, consiguiendo que este contraiga mi pecho. A pesar de desear con todas mis ganas que continúe soltándose piropos así, estimo conveniente invitarle a contarme lo que parece a punto de salir por

su boca.

—No pierdas entonces la orientación y suelta eso que casi puedo ver entre tus labios —le reprocho con una sonrisa que se interrumpe cuando entiendo la relación entre la orientación mediante la estrella Polar y su pasado militar.

—Querías saber a dónde me dirijo las mañanas posteriores a las noches complicadas —me recuerda para mi completa sorpresa.

—¿Aquí? —indago feliz por haber sido prudente y haberle permitido continuar. Creo que está a punto de sincerarse y contarme algo importante.

—Esa estrella que preside la Osa Menor, como imagino que recordarás —comienza su explicación sorprendiéndome esta vez con la utilización de un verbo que debería ser «sabrás»—, indica la situación del Norte. Tiene mucho simbolismo para mí, puesto que me ayuda a no perder el norte, para así poder tener siempre presentes mis recuerdos. —¡Bingo! Acaba de admitir que tiene recuerdos, luego me confirma que se acuerda de su otra vida. Al menos, de parte de ella. Es probable que la que más me interesa rescatar—. Las estrellas que le acompañan son Yildun, Kokab y Perkhav, aunque sólo se trata de las más visibles, puesto que...

—Olvídate de las estrellas —le ordeno—. ¿De qué recuerdos me hablas?

Resopla algo contrariado y luego me mira sin ese brillo tan especial que siempre tiene en los ojos. Parece que se lo está pensando, aunque no termina de arrancar. Vamos, Iván, comparte conmigo tus recuerdos.

—La Estrella Polar significó mucho para mí y para alguien que marcó mi vida.

—¿Esa novia de la que te resistes a hablar?

Asiente perdiendo la mirada en el cielo estrellado y siento pena por él. Ya no existe duda alguna de que la recuerda y de que aún le atormenta su recuerdo. Esto lo cambia todo, pues explicaría que se niegue a volver a donde pertenece. Por eso, cada vez que intentaron rescatarle se echó encima una capa más de olvido. Sin embargo, el dolor es demasiado poderoso para desaparecer de su cabeza. Pero tengo que recuperar su ilusión de algún modo. Su madre, a pesar de todo, parecía más humana que su padre y puede que existiera una relación especial con ella que me ayude a ablandar su corazón. Jugar la carta de su hijo puede ser contraproducente, pues podría terminar de enterrarle en el lodo de su tormento.

De cualquier modo, tengo que intentar que no se me hunda. No al menos ahora. Mi pregunta ha quebrado el buen rollo que tanto trabajo me ha costado crear entre

nosotros. Piensa en algo, Laura, ¡piensa!

Tras unos segundos perdiendo la mirada en algún lugar cercano al que ocupa la suya, una estrella fugaz llega para iluminarme con su recurrente aparición.

—¡Acabo de ver una estrella fugaz! —celebro a voz en grito.

—Y más que verás —me informa con el tono de voz apagado—. Son las Perseidas. Se les conoce como Lágrimas de San Lorenzo.

—Menos mal, pues no me ha dado tiempo de pedir un deseo. ¿Lo intentamos los dos a la vez? —pregunto tratando de recuperarle.

—Claro —asiente sin pensar lo más mínimo.

Tomo su mano con decisión, como si la unión de nuestros dedos fuese a ayudarnos con la cristalización de nuestros deseos. Unos deseos en los que, por otra parte, no creo.

—Siempre he oído que a las estrellas hay que pedirles deseos realizables para que se cumplan —miento—. Así que no vayas a pedir ser más rico de lo que ya eres —me burlo—. ¿Preparado?

—Sí —confirma, como si fuese yo quien pudiera ordenar a la estrella que aparezca. Aunque, en realidad, puedo.

—Unaaa —comienzo a contar con mi tono más bromista—, dooooos. ¿Preparado? ¡Y tres! —finalizo en el preciso momento en el que deseo la aparición de una estrella fugaz con largo recorrido y... que vuelva a besarme. Me giro hacia él y le descubro sonriente—. ¿Qué has deseado?

—Nada, una tontería que se ha colado en mi cabeza.

—No creo que supere a la mía —resto importancia.

—¿Qué has pedido tú?

—Que vuelvas a besarme para ver las estrellas con los ojos cerrados.

Conforme el color rojo va tomando mis mejillas, su sonrisa se agranda, dando muestras de sentirse satisfecho con lo que ha oído. Sin embargo, no se anima a cumplir mi deseo. Creo que espera a que yo vuelva a preguntarle por el suyo.

—Vaaa, que te mueres porque vuelva a preguntarte. ¿Qué has pedido tú?

—Después de las palabras tan bonitas que acabas de decir, me da vergüenza confesarte mi deseo.

—No te voy a suplicar, eh —le advierto.

—He deseado un sueño de mi juventud. —Le invito alzando las cejas a que se explique de una vez—. Siempre fantaseé con bañarme desnudo con una chica tan preciosa como tú.

—¡Ey, eres un fresco! —protesto sonriente golpeándole en el brazo, como mejor método defensivo que se me ocurre para disimular la combustión que ha conseguido generar en mi cuerpo. ¡Ese deseo lo tuve yo durante mi adolescencia!

—Olvídate —me pide—. Te has puesto colorada y es normal. Soy un imbécil por pensar en algo así.

—No te justifiques. Es un deseo y no se pueden elegir. Simplemente, surgen.

—Ya, pero... A veces, los deseos se cumplen —me indica a la vez que se levanta con determinación.

—¿Qué haces?

—No sé lo que harás tú, pero yo voy a hacer que se cumpla la mitad de mi deseo. ¡Me muero de calor! —admite desabrochándose los botones de su camisa.

—¿Te vas a bañar desnudo? —pregunto escandalizada, como si a mí no me apeteciera hacer lo mismo.

—Así es. Y espero que tú cumplas la otra mitad de mi deseo. Es el camino para conseguir que se cumpla el tuyo.

—¡Eso no vale, es trampa! —me quejo sintiendo un pudor que no me va. Como si fuera la primera vez que me fuera a desnudar delante de un tío. Pero con Iván es todo diferente, ¡él es diferente!

Decido enterrar la mirada en la arena cuando lanza su camisa a mis pies. Oigo el inconfundible sonido de la cremallera de su pantalón abriéndose y no puedo evitar excitarme, aunque me esfuerzo por no mirarle. Me muero por hacerlo, pero no alzo la mirada. El pantalón corre la misma suerte que la camisa y, poco después, su ropa interior se une al amasijo de telas en el cual concentro mi atención.

—¡Vamos! No lo pienses más y así no te arrepentirás —me sugiere cuando comienza a correr hacia la orilla, momento que aprovecho para observarle por fin, tan desnudo como en aquella camilla del piso de arriba, aunque tan distinto.

—¡Joder, qué culazo! —escapa de mis labios cuando me deleito con la visión de su cuerpo atlético, esculpido a base del duro entrenamiento en una vida militar que

insiste en olvidar.

Se lanza de cabeza al agua y desaparece durante un par de segundos, para luego emerger y sacudir la cabeza antes de, seguro, invitarme otra vez a acompañarle.

—¡No me defraudes, Ripoll! —me grita desde el agua—. Está buenísima.

—Seguro que no tanto como tú. ¡Joder!, ¿por qué me cuesta tanto? —me castigo.

Vamos Laura, échale cojones al asunto, que ya sabes lo que viene después. Lo tienes en bandeja y puede que no se vuelva a presentar una ocasión como esta. Los hombres son capaces de cualquier cosa con tal de follar.

—Pero él es diferente —me digo, llevando la contraria a mis pensamientos.

Iván hace aspavientos con sus manos para que me anime. Desde aquí no puedo distinguir su rostro, aunque imagino que no tardará en volverse serio ante su intento frustrado de que nos bañemos juntos en pelota picada. ¡Joder, joder, joder!

—Voy a hacerlo —digo por fin decidida y muy nerviosa.

Me levanto y veo que su cuerpo se detiene por completo. Creo que ni se cree que vaya a dar el paso.

—¡Gírate hacia el otro lado! —le ordeno cuando comienzo a desabrochar mi blusa.

No tarda ni un suspiro en hacerlo. Se muere por tener cerca mi cuerpo desnudo, aunque no tanto como yo por fundirme con el suyo. Medio minuto más tarde, después de asegurarme de que no hay nadie a menos de un kilómetro, de desprendo de la ropa interior y camino presta hacia el agua. La tiento con la punta del pie cuando llego a la orilla y me asombro al comprobar que está tibia. Quizás yo, o puede que él, o a lo mejor el bochorno que hace, pero lo cierto es que invita a meterse dentro y no salir jamás.

Camino hacia él procurando no hacer ruido para que no se giré. ¡Qué estúpida me siento! Con lo que me gusta presumir de tener un cuerpo serrano.

—Y tú deseo se ha cumplido —le advierto de mi presencia doblando las rodillas para que el agua me cubra hasta el cuello y difumine mis vergüenzas.

—Lo has logrado, Ripoll. ¿Ves como no era tan difícil?

Avanza hacia mí con sus ojos irradiando fuego. El brillo se hace más evidente que nunca y mis nervios se disparan cuando retira un mechón travieso de mi frente y se

dedica a contemplarme admirado.

—Mírame, Laura —me pide con un tono de voz tan penetrante como pausado—. De lo contrario, no podré conseguir que se cumpla el tuyo —me advierte, aunque ayudándome impaciente con un nudillo en el mentón.

Me clava su mirada más intensa y siento que me tiemblan las piernas. Necesito estirarlas para recuperar el contacto con la realidad tan hermosa y dispuesta que tengo ante mí. Me armo de valor y tenso los músculos de las extremidades hasta que mis pechos emergen para conseguir captar toda su atención. No obstante, se trata de mi arma natural más poderosa y deseada.

—¡Cielo santo, eres preciosa!

Y no sólo me lo dice, sino que intenta demostrármelo mediante la intensidad con la que estrella sus labios contra los míos. En un primer momento, sus manos escoltan mis mejillas, aunque no tarda en dedicarse a explorar mi cuerpo. Acaricia mi espalda sin dejar de devorar mis labios. Yo aprovecho para rodear su cuello con las mías y atraerlo más hacia mí, cuya invitación no rechaza. Siento su virilidad acariciando la parte baja de mi abdomen y, lo reconozco, me pongo cachonda como una perra. Serpenteo mi cuerpo sobre el suyo y, con ello, motivo que él se desinhiba por completo. Se apodera por fin de mis pechos a la vez que su lengua explora el interior de mi boca entrelazada con la mía.

Las olas embisten con fuerza en la zona en que nos encontramos y nos empujan poco a poco hacia la orilla, aunque ambos permanecemos ajenos a todo. En mi caso, incluso consigo olvidarme de estar besándole cuando mis manos van directas a mi objeto de deseo.

¡Madre del amor hermoso, qué culo tiene!

Pero llega una ola traicionera que nos desestabiliza hasta el punto de separar nuestros labios. Sin embargo, creo que ni un tsunami puede ya detener lo que parece inevitable. Y hacia ello me encamino cuando vuelvo a la carga y me encaramo a su cuerpo rodeándole con mis piernas, que ya es casi la única parte del mío que permanece bajo el agua. Nos acercamos peligrosamente a la orilla. Tanto, que una ola más imponente que la anterior nos embiste con violencia para terminar ambos cayendo sin remedio. Era previsible, teniendo en cuenta que Iván soportaba el peso de ambos y se afanaba en recuperar el sabor de mis labios.

Nos reímos a carcajada limpia por lo ridículo de la situación. Yo, con mi

espalda pegada a la arena húmeda y el pelo completamente enfangado. Iván, sobre un costado y con una vida en sus ojos que ridiculiza a la que acaba de vencer a nuestra pasión desbordada. Pero las risas dan paso a un intenso cruce de miradas con las que ambos nos decimos tantas cosas.

Sin romper el contacto visual, se acerca a mí y apoya una de sus manos junto a mi brazo. La otra hace lo propio al otro lado mientras que él se acomoda sobre mí, aunque apenas rozándome. Mantiene una posición elevada, como si se dispusiera a hacer flexiones. Creo que espera una invitación por mi parte que no tarda en llegar. Abro mis piernas asegurándome de hacérselo notar cuando las flexiono y las sitúo a ambos lados de su cadera. Y entonces él no necesita nada más para lanzarse hacia el abismo del deseo incontrolado. Deja caer su cuerpo sobre el mío y yo lo recibo como si se tratara del mayor de mis deseos.

¡Joder, es que lo deseo con locura!

Y él a mí también. Lo demuestra con la intensidad que imprime a la primera embestida con la que consigue penetrarme sin mayor problemas. Captura de nuevo mis labios y ambos fundimos nuestras lenguas del mismo modo que nuestros sexos forman un todo que convierte nuestro entorno en nada. Sólo existimos él y yo, nuestro deseo y nuestros sueños.

¿Qué puede importar que se trate de una fantasía, si lo que estamos sintiendo es tan real como el aire que respiramos?

No sé a dónde nos llevará esta locura llamada deseo. Tampoco tengo claro si es lo más acertado. Pero de lo que no cabe duda alguna es de la pasión con la que hacemos el amor por primera vez. Una emoción tan intensa que consigue que me olvide de todo y sólo anhele seguir viviendo este sueño que ha creado para mí. Ha conseguido embrujarme con una sencillez y una dulzura que me costará renunciar a él, a su mundo y a su manera de entender la vida.

De tener que elegir en este preciso momento, en el que ambos llegamos al clímax a la vez, tengo claro que me quedaría aquí con él. Y es que, a su lado, he perdido por completo la noción de la realidad. Jamás sentí lo que Iván me ha provocado, por lo que no sé si soy yo quien tengo que rescatarle a él, o si es él quien me ha rescatado a mí. Sólo sé que, para mí, ya se ha convertido por derecho propio en alguien muy especial.

21 - Alguien muy especial

Hace ya más de una semana desde que pensé por última vez en mi vida real. Mi relación con Iván ha conseguido absorberme de tal forma que parece no existir nada más. Quizás exagere, pero me arriesgaría a asegurar que los días que llevamos juntos han sido los más satisfactorios de toda mi vida. Ya no porque consiga colmar con creces mis expectativas con su sola presencia, sino porque cada día a su lado me supone una experiencia inolvidable.

Tras aquella primera noche entregados a nuestro deseo en la playa, la mañana siguiente la dediqué a gestionar el papeleo del seguro. Y digo gestionar porque es lo que hice cuando contraté al mejor gabinete de la ciudad para que lo solucionara todo a la mayor brevedad. Yo sólo me limité a estampar firmas y a pagarles una burrada. La tarde se la dediqué a las chicas, que temían por su futuro. Qué irónico me resultó, cuando ni siquiera tienen presente porque, sencillamente, no existen. Pero me limité a tranquilizarlas, para lo cual tuve que confesar que Iván y yo estábamos juntos. Aproveché para ofrecerle mi disculpa a la pobre Angie, a quien traté con demasiada dureza cuando llamó para avisar sobre el incendio. Aunque se mostraron comedidas, creo que ambas piensan que me he ilusionado con demasiada facilidad, pues están convencidas de que sólo soy una aventura más para Iván. Pero me da igual lo que piensen, dando por sentado que, como proyecciones que son de otras personas de carne y hueso, estén capacitadas para pensar. Yo sé que lo nuestro es real, que se trata de algo especial porque él es especial.

Con el diseño de La Guarida ya concluido y las obras ya iniciadas, por fin tenemos hoy el primer día completo para nosotros. Anoche, en la cama, le pregunté si el de hoy sería otro día inolvidable y su respuesta fue afirmativa.

—Cada día vivos y juntos será siempre inolvidable —me dijo. No tuve otra opción que comérmelo a besos, aunque aplacó mis muestras de cariño al advertirme de que una cosa llevaría a la otra y teníamos que dormir pronto para lo que nos esperaba hoy. A pesar de castigarle con cosquillas en todos los puntos débiles conocidos o incluso de prometerle los premios más obscenos si me contaba a dónde me llevaría, se cerró en banda y nada pude sacarle. A la vista de mi experiencia intentando arrancarle sus secretos, parecía claro que se trataba de una batalla perdida. Mientras que él no lo quisiera, nada podría sacarle, por lo que me hice la enfadada y no tardé en quedarme

dormida. Resulta sorprendente lo pronto que me abandono al sueño aquí abajo y la cantidad de horas que descanso por seguido.

Una vez me despertó Iván con un beso de los que invitan a hacerse la dormida para que no se acabe nunca, me metí en la ducha con los ojos pegados. Mientras se calentaba el agua, me dediqué a reparar en que era la tercera noche seguida que habíamos dormido juntos. Ya parece algo más que un simple rollito de los que las chicas le atribuyen. Con un mensaje al grupo de whatsapp que formamos entre las tres, me dispuse a darles envidia por tal motivo y entonces comprobé sorprendida que eran las cinco y media de la madrugada. Le metí un grito a Iván que por poco despierto a todo el vecindario. Por muy relativo que sea el tiempo aquí abajo, estas horas deberían estar prohibidas incluso para existir.

Pero entonces caí en algo en lo que no había vuelto a pensar durante varios días. Quizás el de hoy era uno de esos días complicados en los que acudía a la playa para recuperar el norte. Aunque la verdad es que mi teoría no me convenció al cien por cien, pues él vuelve esos días a su casa mucho después de desaparecer las estrellas.

De cualquier modo y gracias a la agradable temperatura que el climatizador mantenía en toda la vivienda, salí desnuda del cuarto de baño y le pregunté si todo marchaba bien. Sonrió y me dijo con picardía que si no me tapaba o me metía en la ducha, la cosa iría mucho mejor, aunque llegaríamos tarde a nuestro destino. Le devolví la sonrisa y pospuse el encuentro frustrado para la noche.

La verdad es que no me puedo quejar. Desde que estamos juntos, no ha pasado un día sin que hagamos el amor. Incluso hemos repetido algún día. Y es que cuesta saciarse, pues cada vez es diferente a la anterior. Hoy puede desbordar pasión y follarme como un salvaje, mientras que mañana podría mostrar su versión más delicada y provocar con sus atenciones que mis reacciones amenacen con transformarse en sentimientos.

—¿Nos vamos ya? —pregunta para rescatarme de mi embobamiento y, de paso, eliminar de mi cabeza unos pensamientos que podrían hacerme más mal que bien. Porque, no nos engañemos, cuento con que nuestro sueño se acabará algún día. Tanta dicha no creo posible poder prolongarla durante mucho tiempo. Tarde o temprano tendré que afrontar mi responsabilidad, a pesar de que hoy por hoy llego incluso a plantearme la estúpida idea de mudarme a su casa, a su mundo.

—¿Me vas a contar ya a dónde piensas llevarme?

—¿Qué más te da? ¿No prefieres que te sorprenda?

—Me encanta cada sorpresa que me regalas, pero tengo la sospecha de que lo de hoy es muy importante para ti y la incertidumbre me está matando.

—Querías saber si tengo amigos —me recuerda para mi sorpresa, pues aún no me creo que me los vaya a presentar. Además, ¿por qué tan temprano?

—¡Ah!, que tienes amigos —me burlo.

—De hecho, hoy vas a conocer al mejor de todos ellos —reconoce con una extraña expresión que me resulta demasiado críptica para interpretarla.

Tras más de una hora de carretera, parece claro que se trata del mejor de sus amigos, pues yo no sufriría tal sucesión de curvas por cualquier persona. Lo que me tiene intrigada es por qué separa tanta distancia a dos buenos amigos. Imagino que porque la vida da muchas vueltas y los caminos de ambos se separaron para llevarles hasta sus vidas actuales. Aunque también resulta muy aventurado por mi parte teorizar sobre esto último, teniendo en cuenta que, aquí abajo, ni mi vida ni la de Iván se corresponden con las de la realidad. A saber con quién me voy a encontrar.

—¿Falta mucho? —pregunto por enésima vez, comportándome como cualquier cría. Pero no lo puedo remediar, no soporto las carreteras de montaña.

—Ya llegamos.

Y, efectivamente, cuando apenas han pasado cinco minutos desde que le pregunté por última vez, parece ser que hemos llegado a nuestro destino. Se trata de un generoso prado de un verde que parece coloreado. Rodeado por una inmensidad de alcornoques y a los pies de la parte más inaccesible de la montaña que lo acoge, una especie de rancho situado al final del carril de tierra por el que circulamos parece ajeno al resto del mundo. De hecho, el aislamiento con respecto a cualquier núcleo urbano es total. Quien quiera que sea su amigo, me parece que debe de tener algo de ermitaño. Yo no viviría aquí ni loca, por muy bello que sea el paraje.

Iván aparca su todoterreno delante de la finca, construida con técnicas de hace un siglo a base de piedras amontonadas sin orden. Un amplio establo de madera escolta a la edificación principal por un lado, mientras que por el otro asoma una pequeña plantación rodeada de árboles frutales.

Cuando salimos del coche, miro hacia todos lados y no se observa movimiento. Todo es quietud y paz. Parece lógico, teniendo en cuenta que aún no son las nueve de la mañana.

—Vamos dentro —me sugiere ofreciéndome su mano.

—Es muy amigo tuyo, ¿verdad? —me intereso—. Yo me enfadaría mucho si me despertara alguien y llegara con una desconocida.

—No te preocupes. Mi amigo se levantó antes que nosotros sin despertador alguno.

Cuando atravesamos el pequeño porche, Iván, muy seguro de lo que hace, gira el pomo de la puerta sin llamar antes y me invita a entrar. Tales libertades me invitan a pensar que no existe amigo alguno y que sólo era una excusa para traerme hasta aquí y pasar el día juntos, alejados de todo y de todos.

—¿Café?

—Imagino que es mucho pedir un zumo de naranja natural, ¿verdad? —indago a la vez que miro a mi alrededor y descubro que todo el mobiliario y utensilios que veo parecen anclados en el siglo pasado.

—No lo creas. Espérame aquí.

—¿Y si viene tu amigo y tú no estás?

—No te preocupes, Campanilla. No llegará.

A pesar de sus palabras, la hipótesis de la escapada romántica pierde fuerza. Con la pasta que tiene, Iván no me traería a este cuchitril para impresionarme. Tiene que existir su amigo, aunque debe ser lo más parecido a un troglodita.

Dos minutos después aparece Iván portando un canasto de esparto repleto de naranjas, a las que poco les falta para ser sandías de otro color. Son increíblemente grandes. Me guiña un ojo y luego se pone a rebuscar por los viejos armarios de la vieja cocina de la vieja casa de su viejo amigo, que debe de ser lo único con menos de cincuenta años por aquí. Se gira con un cuenco y lo que parece un exprimidor manual y me pide que le acompañe. Entramos en lo que debe de ser el salón y cuelga el cuenco en un artilugio que hay sobre la chimenea encendida. Luego va de nuevo hacia la cocina y vuelve con un recipiente metálico, que compruebo que contiene leche cuando la vierte sobre el cuenco. Como si lo hiciera todos los días, acto seguido comienza a exprimir las naranjas hasta que consigue llenar un vaso metálico que me ofrece sonriente.

Una vez sentados en las vetustas sillas que rodean a una mesa no menos arcaica, Iván permanece en silencio tomando su café y esperando a que comience con mi interrogatorio.

—¿Dónde está tu amigo?

—De paseo con el rebaño.

—¿Es un pastor? —pregunto extrañada lo evidente.

—Pastor, agricultor, ganadero, pescador... Aquí no hay muchas opciones para entregar un currículum —apunta sonriente.

—¡No te burles de mí! Va, en serio, ¿me has traído hasta aquí para conocer a un amigo tan misterioso que ni siquiera está en su casa? Por cierto, más antigua y accesible que la catedral de Cádiz. Por no hablar del fuego encendido sin haber nadie. Todo esto es muy extraño.

—El fuego encendido mantiene la temperatura agradable. Luego lo agradecerás —explica—. En cuanto a las comodidades, aquí hay todo cuanto se necesita para vivir. ¿De qué te sirve residir en un lujoso ático, si luego tienes que coger el coche para hacer o comprar cualquier cosa?

—Visto así, puede que lleves razón, pero no sé. ¿Cómo sobrevive tu amigo sin internet?

—Como nosotros hace veinte años.

—¿Y sin televisión?

—Como nuestros padres hace cincuenta años.

—¿También sin luz?

—Como nuestros abuelos hace cien años.

—¡No hay ni un simple teléfono por si llega a enfermar! —replico sin ser capaz de asumir que alguien pueda vivir en semejantes condiciones.

—Los hombres han sabido sobrevivir sin los avances tecnológicos durante miles de años.

—Pues qué vida más insulsa y pobre.

—Te equivocas, Campanilla. Es mucho peor tenerlo todo y sentir el vacío de no poseer nada.

—¿De eso se trata? —le interrogo—. ¿Me has traído para demostrarme que se puede ser feliz sin los lujos que tú sí te puedes permitir? ¿Sientes que te falta algo? —pregunto pensando en mí. Creo que pretende decirme que todo lo que tiene no es nada sin alguien a su lado para disfrutarlo.

—Más o menos —admite—. Cuando me conociste, incluso creo que en la actualidad, pensabas que yo era alguien bastante materialista. Una persona que sólo se fijaba en la superficialidad de cosas y personas.

—¿Y en qué habría de cambiar mi opinión al traerme al hogar de tu mejor amigo? —pregunto antes de dar muerte a mi vaso de zumo.

—Ya lo entenderás —me advierte dando buena cuenta de su café y poniéndose en pie—. ¿Te apetece hacer un poco de ejercicio para conocer a mi amigo?

De tener que elegir, habría preferido mil veces la eterna sucesión de curvas que nos trajo hasta este lugar olvidado, antes que el camino a pie que nos llevará hasta donde se encuentra el amigo de Iván. Si llego a saber que sería tan agotador, le habría dicho a Iván que me enseñara una foto. Estoy destrozada con tantas cuestas. De cualquier modo, acaba de asegurarme que hemos llegado, pero tengo hasta la vista cansada y ya tengo bastante con mirar al suelo para no tropezar con cualquier pedrusco.

De pronto, oigo los balidos con los que las ovejas se descojonan de la rubia que acaba de llegar a su lugar de pasto con la lengua fuera. La verdad es que nunca me alegré tanto de ver animal alguno como acabo de hacerlo.

—¿Ahora te fías de mi palabra? —me pregunta, una vez confirmado el final del trayecto.

—Más te vale... que merezca... la pena —le advierto tomando aire cada pocas palabras.

No llega a contestar, pues toda su atención se traslada al origen de unos enérgicos ladridos que aumentan su intensidad a marchas forzadas. Alzo al fin la mirada, temerosa porque nunca me creí lo del mejor amigo del hombre. Al descubrir al pastor alemán gigantesco que corre hacia nosotros, mi reacción no es otra que esconderme detrás de Iván, quien mantiene la calma sin embargo. El animal salta sobre él desde varios metros de distancia y, a causa de su envergadura, consigue desestabilizarlo y hacerle caer al suelo. Y a mí con él. A pesar de tratarse de un sueño, no puedo evitar acojonarme y gritar como una loca. Pero las risas de mi acompañante me hacen sentir estúpida, pues tan sólo se trataba de una simple muestra canina de alegría por el reencuentro.

—¡Cómetelo, León! —oigo gritar a alguien en la distancia, mientras que el perro parece más preocupado de chupar cada centímetro del rostro de Iván. Sé de alguien que hoy no va a besarme.

Dirijo la mirada hacia el origen de la voz y, a unos veinte metros, descubro a un hombre castigado por la edad y por la dureza de su día a día. Exploro de una visual todo su entorno para ver dónde se encuentra su hijo, su empleado o quien quiera que le ayude, pero no veo más que ovejas a su alrededor, por lo que sólo contemplo dos opciones. O hemos subido para nada porque el misterioso amigo no está, o ese viejo es su mejor amigo.

—¿Qué puñeta t'a traío hastaquí?

—Dime que ese viejo desagradable no es tu mejor amigo —reclamo a Iván tras comprobar el genio que gasta el cabrero.

—Una vez superado el filtro de la primera impresión, comienzas a descubrir el pedazo de corazón que esconde bajo esa imagen de bruto —responde confirmando de forma indirecta mi sospecha.

—Veo que sigues conservando un generoso rebaño. ¿Aún te soportan o es que han parido todas las hembras?

—Los bicho son más leale que las persona —sentencia con una razón aplastante que debo reconocer, a pesar de no ser muy amiga de los animales.

Cuando Iván llega a su altura, extiende los brazos y rodea al anciano con un sorprendente abrazo. Este le devuelve el gesto afectivo, aun habiéndose mostrado tan arisco un instante antes. Después de todo, puede que Iván tenga razón y el hombre no sea como aparenta tras la primera impresión.

—Julián, he venido acompañado de una amiga —le advierte girándose hacia mí.

—A ti te podría confundí con'un cochino, pero tengo ojo en la cara pa vé que no vienes solo.

—Se llama Laura —le informa obviando su sarcasmo.

Me acerco a él y le ofrezco mi mano como saludo más aconsejable que contemplo.

—Tengo las mano llena de mierda de los bicho, niña. Más te vale que no te salude —se disculpa con sus rudos modales—. ¡Qué sabia es la vida! —repara girándose de nuevo hacia Iván—. Junta la jambre con las gana de comé y a la bella con la bestia.

—Yo también me alegro de verle, Julián —responde el otro mientras que yo

tengo que esforzarme en contener la risa.

¡Vaya par de dos! Quizás se hayan convertido en amigos por ser tan distintos, aunque me cuesta asociar a dos personas con comportamientos y mentalidades tan dispares. Veremos qué nos depara el día de hoy, pero tengo la sospecha de que el tal Julián me tiene reservadas respuestas para varios enigmas.

Iván me sugiere que nos sentemos en la hierba, a una distancia prudencial del rebaño para no molestar a su amigo. Creo que, en realidad, busca que nos quedemos a solas charlando en medio de este paraíso de la naturaleza, a pesar de dar por sentado cuál será la primera cuestión que abordaré.

—¿Me sacas de dudas directamente o vas a obligarme a preguntarte? —lanzo sin darle tiempo siquiera de sentarse.

—¿Quieres saber si había algún carril de tierra para llegar hasta aquí con el coche?

—No tienes a la suerte, Peter Pan, o te arriesgarás a que Campanilla se contagie con la mala leche de Garfio.

—No entiendes qué puedo tener en común con alguien como él, ¿no es así?

—Yo no lo habría expresado mejor con tan pocas palabras.

—Tenemos en común mucho más de lo que imaginas —me adelanta—. Hasta que mi madre murió y decidí alistarme en el ejército, yo me crié disfrutando cada día del maravilloso juego de tonalidades multicolores que creaba el sol cuando se escondía tras ese pico —me confiesa apuntando con su mirada hacia la montaña situada a mi derecha.

¿Cómo? A ver, céntrate, Laura. Acaba de reconocer sin rodeos que se alistó en el ejército, aunque lo acompaña con otras revelaciones como que se crió aquí o que su madre murió, cuando no es cierto. Yo misma he hablado hace unos días con doña Consuelo. Si alguien parece muerto ahí arriba es él, y no su madre. Creo que Iván se encuentra en un nivel de profundidad tal, que está deformando la realidad de una forma que no sé si será bueno o malo, pero que me complica más aún las cosas.

—¿Me estás diciendo que te criaste aquí?

—Así es —confirma—. Y ese hombre, cuyas formas parecen más propias de los animales que cuida y que le suponen su única compañía, fue quien me enseñó casi todo lo que sé. Mi madre se marchó demasiado pronto y él me convirtió en el hombre

que conoces, con mis defectos y virtudes.

Juro por los dioses de todas las religiones que ha conseguido dejarme alucinada. De entre todas las hipótesis que había manejado, jamás se me habría ocurrido concebir esta que su fantásica imaginación acaba de presentarme como algo de lo más normal. Su madre muerta y él, educado por un cabrero al que dirijo la mirada de nuevo, intentando encontrar alguna similitud con Iván.

—No te explicas cómo puede ser posible —entiende reaccionando antes que yo—. Nos observas y piensas que somos antagónicos porque sólo fijas tus ojos en el envoltorio, aunque en el fondo somos demasiado parecidos —me advierte para despertar una idea que comienza a tomar forma. Contemplando a Julián y lo feliz que se le ve charlando con las ovejas, un atisbo de por dónde van los tiros de Iván arroja un pequeño rayo de luz en las tinieblas con las que ha poblado mi cerebro. La sencillez. Él se ha cansado de repetirme que es una persona sencilla, que se siente feliz con aspectos menos materialistas de lo que su imagen invita a pensar. De hecho, con él me ocurrió lo mismo que me asegura que suele suceder con Julián: la primera impresión no hace justicia cuando se le llega a conocer.

—Pero hay algo que no termina de cuadrarme —apunto—. Puedo asumir que la vida en la ciudad moldeara tus modales hasta los que he conocido —reflexiono olvidando que todo se trata de una más de sus fantasías para eludir la realidad—. Incluso aceptaría que este tipo de vida podría llegar a llenar con su simplicidad cuando no se ha conocido otra diferente, pero sigue habiendo una pieza que no encaja. ¿Por qué te educó un cabrero hasta el punto de convertirse en tu mejor amigo? ¿Acaso tu madre te concibió fuera del matrimonio y él se hizo cargo de ti cuando murió? ¿No tenías padre?

Iván me observa sonriendo, con un brillo especial en los ojos que refleja su admiración ante mi manifiesta ingenuidad.

—Ripoll —se dispone a responder, negando con su cabeza y recuperando esa forma de dirigirse a mí por mi apellido que tanto coraje me da—, cuando insistes en encerrarte, no hay rastro alguno de la inteligencia que sabes que tienes.

—No entiendo por qué lo dices.

—Porque mi mejor amigo no puede ser otro que mi padre.

—¿¡Cómoooo?! —pregunto escandalizada. Vamos, lo último que me faltaba por escuchar—. No puede ser, es imposible. Tu padre no es ese cabrero.

—¿Cómo estás tan segura?

¡Porque yo conozco a tu padre y se llama Evaristo Carrasco! Es militar, fue tu jefe, te puteó la relación con tu esposa y algo le ocurrió a ella cuando tú decidiste suicidarte. Esa es tu vida real y lo demás te lo estás inventando para volverme loca.

—Piénsalo. Querías conocer a mi familia aunque, por desgracia, sólo puedo presentarte a la mitad. De todos modos, he de reconocer que a León, al resto de animales y a cada uno de los árboles que nos rodean también los considero parte de mi familia y de mi vida.

—No puede ser.

—Pues no puedo contarte otra cosa, Campanilla. Quizás deberías ir despertando del sueño en el que me habías idealizado para no quedarte para siempre en el Mundo de Nunca Jamás.

¿Y si me está contando la verdad? Esto lo cambiaría todo, incluyendo su ascendencia supuestamente real e impulsora de mi viaje a los recuerdos de Iván. Necesito tiempo para digerir todo esto y situarme. Si su madre falleció y su padre es Julián, ¿Quiénes son Evaristo y Consuelo?

Me estoy volviendo loca.

22 - Volviéndome loca

Menos mal que he recordado el consejo de don Evaristo, gracias al cual he podido dejar de dar vueltas y más vueltas al asunto. Por más verosímil que pueda parecerme la teoría de Julián como padre de Iván, no puedo dejarme arrastrar a su mundo, bajo riesgo de perder también la noción de la realidad. Y debo reconocer que me ha faltado poco. De hecho, en demasiadas ocasiones ya he creído estar inmersa en una vida real. Iván y su forma ser, sencilla y natural, consiguen embrujar de tal manera que todo se presenta idílico. Pero, precisamente porque nuestra existencia está plagada de problemas y contratiempos, debo tener presente en todo momento que una vida plena no puede ser real. Es sencillamente imposible que alguien lo tenga todo, aunque aquí abajo parezca posible.

Ahora lo observo ahí, ajeno a todo y centrado en ordeñar a una vaca, y me parece otra persona diferente de la que conocí en aquella terraza mientras entrevistaba a dos guarras. Me cuesta asociarlo con el militar cuyo padre, militar también, además de jefe y principal opositor a su relación, me envió a buscarlo tras intentar quitarse la vida. ¿Cómo puede querer una persona acabar con su vida, cuando parece disfrutar con los pequeños e insignificantes placeres que esta pone a nuestro alcance?

—¿Terminas de animarte? —se interesa cuando completa el segundo cubo de leche.

—¡Que no quiero saber nada de tetas! Disfruta tú, que pareces un auténtico maestro —me burlo sin faltar a la razón, pues yo misma he podido comprobar en repetidas ocasiones el talento natural que tiene para acariciar cualquier zona de un cuerpo femenino. Ahora que conozco el supuesto pasado que arrastra, tiene mucha gracia que aprendiera con animales los cuidados más apropiados para dar placer a una mujer.

—No me seas más aguafiestas, Ripoll. Verás cómo te sentirás realizada cuando seas capaz de beberte el primer vaso de leche que hayas sido capaz de extraer de una vaca.

—¡Que no! Y menos con ese bicho. ¡Pero si parece un elefante!

—Vamos, acompáñame a la parte trasera y dame ese gusto. Hay otros ejemplares más pequeños.

—¡Jamás!

Pero el «jamás» se convierte en un «algún día» con la debida insistencia y de ahí al «pero yo la elijo». Al final, consigue convencerme.

—Esa pequeña parece más tranquila que sus hermanas —me decido por fin, tras un intenso análisis para determinar qué animal me causa menos respeto.

—Estoy convencido de que no te dará el menor problema, Ripoll. Es más, se pondrá muy contento cuando comiences a ordeñarlo —anticipa con el inicio de una carcajada que no entiendo al principio.

—¿Es un macho?

—Así es. Y creo que le gustas. Mira cómo te observa con su mirada más seductora.

—¡Vete a la mierda! —me enfado cambiando de planes y saliendo al exterior.

Aunque es cierto que no me gusta que se burlen de mí, la ocasión se presentaba única para escaquearme. Además, me atrae la idea de que se ponga cariñoso intentando asesinar mi enfado.

—No puedo creer que te haya molestado —me dice cuando me alcanza.

—No me gusta que se burlen de mí. Y menos aún me gustan los animales.

—Pues son muy leales y cariñosos. Están desprovistos de la maldad que nos caracteriza a nosotros. Salvando las distancias, son muy parecidos a los niños.

—Tampoco me gustan los niños.

—En La Guarida no lo pareció. Además, a todos nos gustan los animales en nuestra mesa —intenta bromear con escaso tino.

—No soy vegetariana, pero evito comer carne para poder mantener mi figura —replico.

—¡Y vaya figura! Aunque ¿sabes qué? Lo que me atrapó fue tu descaro y tu sinceridad.

—Claro, es fácil defender eso, pero no creas que se me escapó la mirada que clavaste en mis pechos aquel día.

—Soy hombre —se defiende—, aunque ya te he dado sobradas muestras de no estar interesado en los aspectos más banales de la vida —me recuerda—. ¿Crees que no me habría fijado en ti si tu físico fuera diferente? —me acorrala en el preciso

instante en el que recuerdo la confesión de la pelirroja. Iván ya estuvo con una chica obesa, aunque seguro que los celos motivaron que la tal Raquel exagerase. De cualquier modo, voy a seguir defendiendo mi postura porque parece una ocasión inmejorable para que me hable de esa mujer.

—¿La verdad? Creo que no. Todos llegáis con muy buenas intenciones, asegurando ser diferentes aunque, al final, sois calcados y sólo buscáis llevarnos a la cama.

—Me decepciona que pienses así, Ripoll. Creí haber contribuido a que recuperases la versión de ti que, a buen seguro, algún día llegaste a ser.

—¿Qué sabes tú de cómo fui yo?

—Cuesta trabajo pero, si se mira más allá de la imagen que pretendes ofrecer a todos, se advierte una Laura muy diferente a la que ahora demuestra una actitud infantil

—¿Pretendes darme consejos de cómo tengo que vivir mi vida? —le interrogo, mostrándome quizás demasiado agresiva. Se me está yendo de las manos. Tengo que recuperar el hilo de sus recuerdos—. ¿Y tú? Siempre rodeado de mujeres bellas y, sin embargo, intentando hacerme creer que lo importante es el interior. ¿Con cuántas feas o gordas te has acostado?

—Sólo con una —confiesa por fin, consiguiendo sorprenderme ante lo poco que me ha costado tirarle de la lengua—. El amor de mi vida —completa para hacer crecer mi interés de forma exponencial.

—Oh —demuestro mi sorpresa—. Llego tarde entonces —me burlo como única escapatoria que encuentro a su confesión.

—Has llegado en el momento justo, Laura, pero...

—Laura, Ripoll... ¿Cómo pretendes que te tome en serio, si ni siquiera recuerdas cómo has decidido dirigirte a mí?

Sonríe y pasea sus dedos por su barbilla, estudiando la mejor respuesta que saldrá por su boca.

—Cuando veo la posibilidad de que salga al exterior la mujer que llevas dentro, me dirijo a ti como Laura. Mientras tanto, cuando perdemos el tiempo jugando al gato y al ratón, prefiero llamarte Ripoll.

—Y a ella, ¿cómo la llamabas? —pregunto de forma recurrente e incisiva.

—Campanilla, aunque prefiero centrar la conversación en nosotros. Ella ya no

está.

—Te cansaste de comer cocido cuando podías comer caviar, ¿no? —le aprieto de forma cruel para conseguir que confiese todo de una maldita vez, aunque al momento me doy cuenta de mi error.

¡Joder! ¿Por qué he sido tan dura? Estamos hablando de su esposa y yo la he situado a la altura de la basura. No te me vengas abajo, Iván, por favor. Si por mi culpa llegaras a caer a otro nivel inferior, no me lo podría perdonar en la vida.

—Lo siento —me disculpo sin darle tiempo de recriminarme nada, aunque tiene razones de sobra—. No sé qué demonios me ha pasado. Seguro que se trataba de una chica encantadora y yo, sin conocerla, estoy hablando de ella como si fuera... Lo lamento, de veras —reitero situando mi mano en una de sus mejillas para intentar animarlo. Su expresión ha cambiado por completo.

—Hablas de ella en pasado, en un tiempo que, al igual que ella, ya no existe —confiesa al fin. Sus ojos brillan como en las mejores ocasiones, pero esta vez sólo veo tristeza y desolación más allá de ellos.

—No sabes cuánto lo siento, Iván. Yo no quise... —Pero no acabo la frase porque la verdad es que sí quise.

—Era muy cariñosa, aunque tenía mucho carácter —evoca obviando mi disculpa—, como tú. A pesar de que al principio no creyó que mi interés por ella fuese real, como te ocurrió a ti, al final conseguí derribar su muro —recuerda recuperando su sonrisa, aunque tiñéndola con una nostalgia conmovedora—. Le encantaban los niños, como a ti. —Voy a sacarle de su error, pero me doy cuenta de que jamás se había sincerado tanto como hoy. ¿Por qué pararle?—. Pero nuestra vida se vino abajo cuando mayor era nuestra felicidad. La perdí, Ripoll, la perdí —se lamenta con amargura y recuperando mi apellido para dirigirse a mí. Aunque pienso que esta vez lo ha hecho de forma inconsciente.

—¿Murió? —indago con tono lastimero.

—Quien vaga exánime desde entonces soy yo.

¡Lo sabía! Acaba de confirmarme que está al tanto de su inconsciencia, pero ahora no sé cómo actuar. ¿Le planteo sin rodeos por qué estoy aquí o sigo jugando al gato y al ratón? Lo primero podría suponer perderle para siempre, ya sea arriba o abajo. Los lazos que nos unen no son tan fuertes como para que, siendo consciente de su pasado y de mi objetivo, se plantee seguir conmigo. Tengo que mantener el status de

nuestra relación y seguir adelante con el plan previsto. Creo que sólo así podré recuperar su vida. Y la mía.

—¿Cómo murió? —me intereso, aunque sin albergar demasiadas esperanzas de que responda.

—¿Qué puede importar? Ya no existe y ahora eres tú quien está a mi lado. Me has devuelto la ilusión que jamás creí poder recuperar. Te pareces mucho a ella, pero eres diferente.

—¿Por eso te fijaste en mí? ¿Pretendes llenar el hueco que dejó con alguien que se asemeje mucho a ella?

—Ella no dejó ningún hueco —corrige—. Se hizo con una parte de mi corazón y se la llevó con ella. El resto... —Se detiene dubitativo—. El resto te pertenece a ti —confiesa consiguiendo que algo deambule por mi estómago haciéndome sentir muy rara.

—¿Cómo esperas que lo nuestro salga bien, si no eres capaz de olvidarla? ¿Quién me asegura que, cuando hablamos, comemos o hacemos el amor, no estás pensando en ella? —indago desviándome del objetivo y pensando exclusivamente en mí, en mis sentimientos y en la posibilidad real de que los pisotee.

—Laura, lo que siento por ti es tan intenso o más que lo que lo vivido con ella. Llevo años esperando que aparezcas en mi vida —asegura—. Es lógica tu desconfianza, pero mi tiempo y mis pensamientos son para ti casi en exclusiva. Confía en mí —me pide con idénticas palabras y tono de voz a los que tantas veces combatieron contra mis temores.

—No sé, Iván. Reclamas mi confianza, pero sigo manteniendo la sospecha de que me ocultas muchas cosas.

—Poco a poco. Roma no se construyó en un día.

—Pero es que existen demasiados aspectos que chirrían al pasarlos por el filtro del sentido común. Tu padre y tú sois tan distintos... De hecho, este Iván es muy diferente del que conocí.

—Son más parecidos de lo que te esfuerzas en entender.

Me paro a pensar unos segundos y reconozco que no son tan diferentes. Que se dedique a ordeñar a una vaca en lugar de hacer entrevistas de trabajo son sólo acciones apropiadas para cada entorno y situación. En el fondo, él siempre se ha presentado ante mí con la misma sencillez que ahora. Más seductor y lanzado al principio por motivos

obvios, pero con similar personalidad y manera de actuar. De hecho, es probable que la fama que le atribuyen haya sido un nuevo producto de su imaginación, como recurrente método defensivo para mantener alejado el amor.

De cualquier modo, tengo la impresión de que se me está escapando una ocasión única para conocer más detalles de su vida. Responde con evasivas o adornando la verdad con respuestas muy genéricas. Tengo que arriesgarme un poco más, o quizás lo lamente más adelante.

—¿Cómo os conocisteis? ¿Tuvisteis hijos? Dime cómo murió.

—Haces demasiadas preguntas y casi todas ellas llegan acompañadas de dolor, mucho dolor —censura volviendo a sortear mis preguntas. Reconoce que le causan dolor, con lo que ya no quedan dudas de que lo recuerda todo.

—Hablar de las cosas que nos afectan suele ser bueno para sanar las heridas del pasado. Si te abres a mí, te ayudará.

—Es posible, pero no me preocupa mi dolor, sino el tuyo.

—¿Mi dolor? —pregunto extrañada—. ¿A qué te refieres, Iván? —pregunto por inercia entre resoplidos, muy cansada ya de estrellarme contra el muro de su demencia—. Estamos hablando de tu vida, no de la mía.

—Corres mucho, Campanilla, y yo ya estoy cansado de correr. Ahora ya he asumido que tengo todo el tiempo del mundo.

—No me llames como a ella. Si te lo permití fue por pensar que era algo especial, algo nuestro, pero tú mismo has reconocido que la llamabas así.

—¿Ves lo que te digo? Ahora mismo hay más sufrimiento en ti que en mí.

—¿Y cómo quieres que me lo tome? Sólo faltaría que dijeras su nombre cuando te acuestes conmigo. Por cierto, ¿cómo se llamaba? Ni siquiera eso me has contado.

—Laura, Laura, Laura —repite una y otra vez el nombre equivocado—. ¿Cuándo dejarás de mirar atrás y centrarás tus miras en el futuro?

—Lo hago en cada momento de cada día desde que te conozco —confieso sin apenas ser consciente de la dimensión de mis palabras.

—Anda y vámonos. Julián se enfadará si tardamos en llegar y le hacemos creer que no probaremos su berza. Ya continuaremos en otro momento con esta charla. Te lo prometo.

¡Lo sabía! Estaba claro que terminaría escabulléndose, como siempre hace. Insiste en soltar la información poco a poco, alegando tener todo el tiempo del mundo, pero yo tengo la impresión de que a mí se me acaba y sigo casi igual que al principio.

—¿A dónde vas? —le interrogo al comprobar que se dirige en dirección contraria a la que acaba de sugerirme.

—Julián me ha pedido que nos acerquemos a casa de Damián, el vecino. Tengo que pedirle un poco de apio para la berza. Él sí que mantiene cierto contacto con la civilización y baja de cuando en cuando al pueblo para comprar lo que no produce. Vive al otro lado de esa arboleda.

—Pues espero que no sea muy largo el camino, bajo riesgo de aburrir a tu padre —le advierto, aunque dejándole claro que no me adentraré ni loca en la espesura de ese bosque al que llama arboleda.

—¿No me vas a acompañar?

—¿Me has visto cara de estar bromeando? Ni a rastras entro yo ahí.

—¡Tienes miedo! —se burla.

—No es miedo, sino... ¡Bueno sí, tengo miedo!

—Vamos, pon en práctica tu consejo y háblalo. Saca al exterior tus temores. Es la única forma de superarlos, Ripoll —me aconseja usando palabras similares a las mías de hace un momento y retornando al tratamiento con el que sabe que me empiezo a encender. Casi no admito ya que me llame de una forma diferente que por mi nombre.

—No quiero hablar de ello —admito al comenzar a recuperar recuerdos que creí enterrados en lo más profundo de mi memoria. Recuerdos sobre los que albergo muchas dudas de si fueron reales o formaron parte de sueños que se presentan ante mí demasiado difusos.

—Vamos, no será tan aterrador, Laura —insiste, aunque volviendo a llamarme por mi nombre para que me sienta segura—. ¿Qué te ocurrió?

—Yo... —Tengo miedo de recordar, pero siento una extraña necesidad de hacerlo—. Me perdí.

—¿Dónde te perdiste? ¿Qué edad tenías?

—No lo sé —reconozco con la voz quejumbrosa, ante la ansiedad que me produce hablar del tema. Pese a no recordar, duele. No sé por qué, pero siento que el peso de un pasado olvidado oprime mi pecho y no me permite respirar con normalidad.

Los sollozos que han aparecido de repente aumentan su frecuencia y empiezo a sentir vértigo.

—Vamos, Laura. Estoy a tu lado —me avisa con tono tranquilizador al descubrir el extravío al que someto a mi mirada—. Todo está en tu cabeza. Intenta recordar y no temas perderte, pues siempre seguiré encontrándote.

—Discutí con mi padre —recupero con dificultad retales de un ayer enterrado—. Lloré como nunca, me sentí humillada, pero no alcanzo a llegar más allá —confieso sintiendo un picor en los ojos que no aventura nada bueno—. Caminé y caminé sin ser consciente. Troncos y maleza por todas partes, miedo, pavor, llanto, gritos. Corrí y todo se volvió oscuro.

—¿Te caíste? —oigo preguntar de forma muy lejana con el tono salvador de mi ángel protector. Y entonces lo recuerdo.

—¡Era tu voz, pero con otro rostro! Me despertaste y me dolía mucho la cabeza.

—¿Te golpeaste con el suelo?

—No lo sé, no consigo... Tú estabas allí —resuelvo recuperando el contacto visual con Iván. ¡Pero algo ocurre! El rostro de Iván ya no está. En su lugar aparece de nuevo el de aquel desconocido tan familiar que se convirtió en mi primer contacto con este mundo, cuyos cimientos parecen venirse abajo. Apenas dura un segundo la visión, lo suficiente como para que mi respiración y el pulso se disparen hasta dejarme a las puertas del desmayo. Las manos cubren mis ojos de forma inconsciente y el llanto nervioso se convierte en una terrible crisis de ansiedad.

Pero el calor de su abrazo me atrapa antes de caer al vacío. Me grita algo al oído, aunque me llega como susurros

—Laura, vuelve conmigo. Estoy a tu lado —me recuerda, aunque me cuesta demasiado recuperar el contacto con la realidad. ¿O era sueño?

¡Ya me acuerdo! El bosque, me pidió que le acompañara, ¡Iván, no permitas que me pierda!

—¡Iván!

—Estoy contigo, cariño. Estoy contigo, siempre a tu lado.

Abro los ojos, pues de forma instintiva los había cerrado cuando entré en crisis, y descubro su expresión preocupada a escasos centímetros de mí.

—¿Qué ha...? Yo... No sé qué ha ocurrido. No recordaba ese pasaje de mi vida.

—No te preocupes, ha sido culpa mía. Te he apretado mucho y he temido que volvieras... No vas a perderte nunca más porque yo estaré siempre a tu lado. Vamos a la casa. Julián estará preocupado.

—¿Y el apio? —me intereso.

—No era necesario. Sólo pretendía contar con un rato de intimidad contigo. Lamento haberte mentido.

—No te preocupes —le eximo de toda culpa—. Al menos, me ha servido para recordar.

Aunque soy yo quien ahora mismo estoy preocupada. No sé, pero tengo un extraña sensación, como si se hubiese abierto una puerta que llevara años cerrada. Tengo la impresión de que este ha sido el primero de muchos recuerdos que luchan por salir de mi cabeza. Ecos de un pasado que mi sistema defensivo sepultó tras la muerte de mis padres. Me temo que voy a sufrir más recuperando mis recuerdos que Iván haciendo lo propio con los suyos. Sólo espero que cumpla con unas palabras que, hasta ahora mismo, no me había parado a analizar. «Siempre contigo», ha asegurado. ¿Será una declaración de intenciones?

De cualquier modo, creo que mi cupo de emociones ha sido sobrepasado con creces por hoy. Ni ganas tengo de pensar en las cosas que han sucedido. Si Iván no llega a casa con ganas de «fiesta», ya tendré tiempo esta noche de analizarlo todo. Hasta entonces, me limitaré a disfrutar de su compañía y de la de quien asegura que es su padre.

Llegamos a la cabaña y ambos se pasan buena parte del tiempo chocando. Aunque más que discusiones, parece un modo de vida antaño compartido. Sus piques se antojan tan naturales, que no me cabe duda de que siempre conversaron así. La vida en la montaña es muy diferente a la de la ciudad. Son más rudos aunque, después de todo, bajo el caparazón de Julián se intuye ese hombre noble y bondadoso que defiende Iván. Me recuerda al abuelo de Heidi; parece un cabrón y luego es tan inofensivo como un pedazo de pan. Y lo más gracioso de todo es que estoy dando por hecho que se trata de su padre, cuando no tengo la menor certeza. Cada minuto que paso aquí abajo albergo más dudas de qué es real y qué pertenece a este mundo de fantasía creado por el hombre que ya protagoniza las mías. Creo que me está ocurriendo lo que don Evaristo se aseguró de advertirme. Si esto se alarga e Iván insiste en entrar en mi

cabeza a través de mi corazón, corro el riesgo de quedarme también atrapada. Pero eso no va a suceder porque... En realidad, no estaría tan mal.

Cuando Iván sale a llenar una garrafa de agua en el río y nos deja solos, aprovecho para pensar, de forma acelerada, en las preguntas que puedo hacerle a su padre. El momento se antoja como una oportunidad única para conseguir información de una fuente fiable diferente del propio Iván.

—En el fondo se quieren, ¿verdad? —bromeo como mejor introducción que se me ocurre.

—A los bicho los puedo elegí —responde con frialdad forzada.

—¿Hace mucho que se marchó a la ciudad?

—¡Ojú, niña! Tú hase unas pregunta mu complicá. Un viejo como yo nosacuerda desas cosa. Hase mucho tiempo ya.

—A lo mejor peco de entrometida, pero me gustaría saber de qué murió su esposa —me muestro incisiva—. Siempre que no le cause demasiado dolor, claro está.

—Se cayó der caballo y se endiñó con la cabeza en una piera. Lo meno treinta tiro le metí alijoputa. Sabía que se bicho nos traería la ruina desde que er niño sencoñó coné.

—¡Oh! Tuvo que ser muy duro.

—Naa, estaba de Dio quésera su día —justifica restando importancia.

—Y ella, ¿la conoció usted? Me refiero a la esposa de Iván?

—¿La Laura? Un encanto de niña que no se merecía ese finá.

—No, creo que se confunde —corrijo al advertir que ha usado mi nombre por error. La edad no perdona—. Laura soy yo. La otra se llamaría...

—¡Laura también, cojone! Tan viejo no estoy pa no acordarme de mi nuera.

La determinación de que presume al asegurar que la esposa de Iván se llamaba igual que yo me deja completamente bloqueada. No sé cómo reaccionar o cómo tomarme tal revelación, cuando el propio Iván me aseguró hace sólo un rato que me parecía mucho a ella. Creo que, por alguna razón que se me escapa, su cabeza está intentando encontrar una manera de reencontrarse con su mujer y la mejor opción parece residir en mí. O realmente me parezco, o el subconsciente le traiciona y está creyendo lo que lleva años deseando.

Tengo que reaccionar antes de que regrese. Una última pregunta al menos.

—¿Cómo murió?

—Se mató, niña. Se mató.

—¿Un accidente también? —reclamo más detalles.

—Un accidente fue cruzarse con mi hijo —asegura con excesiva dureza—. Se quitó la vida, hija.

Definitivamente, creo que me voy a volver loca. Esto no tiene sentido. ¿Por qué querría quitarse la vida? ¿Qué le hizo Iván para que tomara una decisión tan drástica y sin vuelta atrás? Sea lo que fuere, debió de ser muy serio para que Iván optara por la misma solución. A la pérdida de su esposa, tuvo que unirse un cargo de conciencia demasiado pesado de soportar. Casi tanto como la incomodidad que recaerá sobre mis hombros en su presencia hasta que no tenga tiempo de estar a solas con él y pedirle explicaciones. Mucho me temo que el tiempo es tan relativo que se me va a hacer eterno hasta esta noche. Pero tengo claro que de hoy no pasa. Iván sabe mucho más de lo que aparenta y, antes de que acabe el día, tendrá que dar la cara y ofrecerme infinidad de explicaciones.

23 - Infinidad de explicaciones

Después de aguantar dos horas que parecieron semanas, de justificar mi silencio con muchos «no me pasa nada» y de amortiguar como pude el peso de la información que me suministró Julián, después de todo eso, me acosté bien temprano con idéntico número de dudas. Al llegar a casa, tras un silencio más espeso que la negrura del bosque que motivó mi llanto, Iván me pidió que durmiera en mi casa.

—No me encuentro muy bien hoy —alegó—. Necesito estar solo, después del intenso día de hoy —aclaró y no fui capaz de llevarle la contraria. Sobre todo porque, cuando me ofrecí para recoger la mesa, al regresar al salón me percaté de un gesto de complicidad entre padre e hijo. No sabría explicar el porqué, pero tuve claro que Iván supo entonces que yo ya estaba al tanto del trágico final de su esposa. Mi teoría salió reforzada cuando, a partir de ese momento, también se dejó atrapar por el silencio y aceleró nuestro regreso a casa, justificándolo con el peligro de trazar tantas curvas con noche cerrada.

Y llegó mi primera noche complicada aquí abajo. A las revelaciones de Julián y de su hijo se unió el desasosiego por el desconcertante recuerdo que Iván consiguió rescatar de mi cabeza. ¿Por qué había olvidado un hecho tan importante de mi vida? Un suceso que pudo dejarme marcada no se olvida así como así.

Parece indudable que se quedó grabado en mi corazón, si atiendo al lamentable estado emocional en el que me instaló. Sin embargo, entiendo menos aún que pudiera olvidarlo. No aparenta tener lógica alguna. Quizás por eso no he sido capaz de pegar ojo más de media hora seguida en toda la noche. Calentones de cabeza y de ahí a las pesadillas, para volver al punto de partida tras cada despertar. Sin embargo, aquí abajo no aparece mi ángel protector con el cálido tono de voz de Iván.

Iván, ¡cuánto me has hecho pensar esta noche! Menos mal que, antes de acabar saturada, tuve una visión. Pude ver claro que tu cambio de anoche terminaría desembocando en otra de tus crisis. Terminarías teniendo tantas o más pesadillas que yo, levantándote agotado y buscando la paz, la fuerza y la vida que te suministra el sonido de las olas. Hoy no tendrás la luna llena al alcance de tu atormentada mirada marrón, aunque me temo que tus ojos buscarán depositar recuerdos en forma de lágrimas sobre la fría arena impasible. Y ahí estaré yo para recogerlas. Para eso y para

confirmar que me ocultas algo más. No termina de cuadrarme que te pases media madrugada y toda la mañana en la playa para aparecer por tu casa pasado el mediodía. Creo que buscas consuelo en algo o alguien más y lo voy a descubrir. Dicen que las soluciones son más desesperadas cuanto más desesperadas son las situaciones. Mi loca idea de hoy confirma dicha máxima. Me tienes loca ya, por ti y por tu forma de actuar, aunque esta última causa es la más preocupante, la que siempre me separa de ti cuando más cerca creo encontrarme.

No tengo ni idea de si servirá de algo mi medida, pero creo que ha llegado el momento de intentar algo diferente, algo que me permita avanzar y acercarme por fin a ti. A pesar de, supuestamente, formar pareja, no termino de sentirme unida a ti. Algo falta, no sé, un impulso que te obligue a reaccionar.

Y aquí estoy, como una tonta, esperando a que llegue el portero a las tantas de la madrugada para confirmar si funciona mi plan. Oigo abrirse la puerta del garaje, a pesar de encontrarme sentada tras el mostrador, y me pongo en alerta. Luego lo pienso y descarto que se trate de él, ya que las plazas de aparcamiento son para los propietarios de las viviendas. Debe de ser alguien del bloque aledaño.

Pero justo en el momento en el que me relajo, oigo unos pasos y alzo la mirada hacia la puerta del edificio. Es él. Me pongo nerviosa, a pesar de que lo peor que puede llegar a ocurrir es que me pregunte qué hago aquí tan temprano.

Abre con parsimonia la puerta y luego guarda el manajo de llaves de nuevo en su riñonera, aún sin percatarse de mi presencia. En su mano porta un cubo que habrá comprado para desempeñar su trabajo, a la vista de lo nuevo que parece. Se gira por fin hacia donde me encuentro y alza el cubo hasta situarlo sobre el mostrador, frente a mi rostro completamente asombrado porque no sea capaz de verme.

¡Ha surtido efecto!

Ahora viene la segunda parte, aunque las expectativas son muy favorables, teniendo en cuenta que lo más complicado de mi empresa consistía en volverme invisible.

—Buenos días —le saludo, pero no muestra la menor reacción—. ¡Buenos días! —repito alzando la voz, aunque su único movimiento reside en su mano, que va directa a su entrepierna para rascarse los testículos. ¡Será cerdo! Aunque, siendo comprensiva, es normal que haga el tipo de cosas que cualquiera cuando no se siente observado. Sólo espero que no se meta el dedo en la nariz.

Una vez que saca de nuevo las llaves y abre la puerta del garaje, se acerca hasta el mostrador para coger el cubo. Aprovecho el momento para cruzarla antes que él y dirigirme hacia las dos plazas de garaje que pertenecen a Iván. En previsión de que no coja el todoterreno, decido imaginar que me encuentro en el interior del otro y luego cierro los ojos. Siento una extraña sensación en el cuerpo y cuando cesa levanto los párpados de nuevo para comprobar satisfecha que he entrado en el coche sin necesidad de abrir la puerta.

La verdad es que este mundo es alucinante. A poco que le cojas el gusto a usar los poderes de tu mente, es posible ver cristalizada cualquier cosa que desees. Puede resultar adictivo, sin lugar a dudas. Aunque no puedo permitir que tales prácticas me hagan perder la noción de la realidad. He estado a punto en varias ocasiones y es algo que no me puedo permitir.

Durante la espera, divago sobre qué nueva sorpresa me deparará mi alocado plan y comienzo a sentirme algo mal por espiar a Iván, pues eso es lo que voy a hacer. Sin haber descansado esta noche y de tanto pensar, me encamino a un estado de sopor que me instala a las puertas del sueño.

Sin saber determinar muy bien cuánto tiempo después, el sonido de un golpe seco me espabila y, aún desorientada, compruebo que Iván acaba de entrar en el coche. El corazón pasa del estado más reposado posible a cabalgar desatado bajo mi pecho. No hay razón para ello porque resulta evidente que no puede verme pero, al haberme quedado dormida, mi cerebro no reacciona con la misma rapidez de mi bomba vital.

Arranca el coche y sale del garaje ajeno por completo a mi presencia. Se dirige, o lo parece, hacia la salida de la ciudad, en donde se encuentra la playa de Cortadura, que ya nos acogió en aquella mágica noche en la que... Mmm, me parece que hubiese pasado ya un año de aquello.

Como no podía ser de otra forma, llegamos a la playa y aparca el coche en el carril aledaño a la autovía, al contrario de la locura que cometió aquella noche al circular por la arena. Hoy no trae el todoterreno y la situación es diferente.

Por increíble que parezca, en todo momento camino a su lado y sin que se percate. No me faltan ganas de agarrar su mano y ofrecerle todo mi apoyo, pues el rostro que luce no desprende la menor dicha. Sin embargo, tengo que contenerme por el bien de ambos. No podré ayudarlo, ayudarnos a ambos, si no consigo desentrañar sus secretos.

Llegamos por fin hasta el límite que separa la arena seca de la húmeda, lugar

que escoge para sentarse y dedicarse a pensar de frente al mar. Hago lo propio y me deleito observándole en silencio, a pesar de que no podrá oírme aunque me esfuerce en gritar, ya que he deseado precisamente eso. A pesar de la belleza incuestionable de su rostro, la fuerza y determinación que luce en su expresión son las cualidades que me enamoran. Por no hablar de la sencillez que insiste en defender con todos sus actos.

Pasamos un par de horas en silencio, lo cual me resulta bastante sorprendente. Parece increíble que una persona pueda disfrutar durante tanto tiempo sin hacer nada más que pensar. El sol ya está calentando a nuestra espalda, creando un juego de sombras maravilloso en el semblante sereno de Iván. Su expresión ha mejorado bastante desde que llegamos, aunque ni eso ni la escasa luz son suficientes para ocultar el brillo de sus ojos. ¡Está llorando!

—¡Cuánto te echo de menos Campanilla! —susurra en un tono de voz apenas audible, lo cual no significa el menor óbice para que pueda oírle, encontrándome a su lado hasta casi rozar su cuerpo—. ¿Cuándo podremos reunirnos de nuevo? —interroga a la nada más absoluta, pese a que soy yo quien recojo su demanda. Pero son celos lo que siento. Envidia de no ser capaz de entrar en su cabeza con tanta fuerza que me permita limpiar tan dañinos recuerdos.

Ella no volverá jamás, cariño. No sé si yo seré suficiente mujer como para que puedas olvidarla, pero pondré todo mi empeño para conseguirlo.

Percibo el contacto de algo sobre mi mano y, al mirar, descubro que es una gota. Aunque al principio la relaciono con una lluvia inexistente, pronto me doy cuenta de que la tormenta reside en mis ojos. Me ha contagiado su desconsuelo y no me siento capaz de negarle mi abrazo por más tiempo. Yo también lo necesito.

Pero, justo en el momento en el que casi rozo su piel anhelante de contacto, sus manos se apoyan sobre la arena azotada por la fría caricia del alba y le sirven de apoyo para incorporarse. Saca un pañuelo para secar sus lágrimas y se gira para regresar al coche. Son las nueve de la mañana, demasiado pronto para la hora a la que suele aparecer por su casa tras alguna de sus noches complicadas.

En principio, no sigo sus pasos porque me quedo algo bloqueada, casi pudiendo sentir ese contacto que no se ha llegado a producir. Cuando reacciono, caigo en la cuenta de que no resulta necesario que corra para alcanzarle. Basta con desear encontrarme en el asiento del acompañante para que se cumpla, por lo que cierro los ojos de forma instintiva para conseguirlo.

Cuando percibo un cambio notable en la temperatura que lucha por adentrarse

en mi cuerpo, decido abrir los ojos y comprobar que ya me encuentro en el interior del vehículo. Iván se ha recompuesto y ya no hay rastro de lágrima alguna en sus mejillas. Decidido, arranca el coche y circula por el carril secundario hasta la incorporación a la autovía. Pese a imaginar que haría un cambio de sentido al llegar a la curva de Torregorda, parece que no entraba en sus planes, pues continúa la marcha en dirección a San Fernando. Pasa también de largo la Isla de León y el próximo destino más probable se encuentra en la vecina localidad de Chiclana de la Frontera.

¿A dónde te diriges, Iván? ¿Tan lejos has decidido esconder tu secreto? Y pensaba tu padre, o quien yo creía que lo era, que tu radio de acción no llegaba más allá del Castillo de Cortadura. De tener que hacerle un informe de todo lo vivido aquí abajo, El Quijote parecería un panfleto al lado de tantas hojas cargadas de valiosa información para el proyecto Peter Pan. Mucho me temo que esta es su única motivación, habida cuenta de que Iván no parece ser su primogénito. Creo que todo se ha tratado de un engaño con el que han conseguido darme pena para que me exponga a perder la cabeza aquí abajo. Puede que, incluso, me ofrecieran una cantidad de dinero tan exagerada porque no confían en que regrese. Pero lo haré, ¡vaya si lo haré! Volveré de la mano de Iván y dispuesta a luchar con uñas y dientes por conservar lo que nos une. Aunque, ahora que lo pienso, si no es su padre, ¿por qué tenía tanto interés en que no mantuviera la menor relación con Iván? Esto no hay quien lo entienda.

Cuando más liada me encuentro, intentando unir piezas de este puzle que cada día parece estar más desordenado, Iván estima oportuno salir por fin de la autovía. Dando muestras de conocer perfectamente las calles por las que circula, se adentra en la ciudad hasta que detiene el coche frente a una finca escoltada en todo su perímetro por altos cipreses. Baja del coche y yo calco cada una de sus acciones, la última de las cuales le lleva a cruzar una verja cuya parte alta es coronada por un cartel que reza «Residencia Santa Elena».

¿Qué demonios pintas tú aquí, Iván?

Creo que pronto me enteraré, pues cuando aún no hemos completado el camino empedrado que nos lleva hasta la finca, flanqueada por amplios jardines decorados con un gusto exquisito, alguien sale a nuestro paso. Se trata de una mujer de mediana edad que, vestida con uniforme de enfermera, nos recibe portando una amplia sonrisa. Aunque, más bien, recibe a Iván, ya que a mí no puede verme.

—Hacía días que no nos visitaba —saluda la mujer con lo que parece un reproche adornado con una falsa sonrisa.

—Sí, bueno, he estado ocupado con unos asuntos más... Requerían de toda mi atención —corrige sin llegar a pronunciar la palabra «importante», lo cual me molesta, pues dichos asuntos se resumen en mí. Ha pasado sus últimos días dedicados a mí casi en exclusiva—. ¿Algo destacable? —se interesa para permitirme comprenderlo todo. Se trata de algún tipo de centro sanitario que forma parte del extenso catálogo de pertenencias que Iván cree gestionar. Y es que, por más negocios que aglutine, aún no le he visto hacer la menor gestión, a excepción de entrevistar a candidatas para cualquier puesto ofertado. Y es que siempre son mujeres, bellas mujeres.

—Me gustaría decirle que sí —comienza a responder ella—, pero ambos sabemos que lo único destacable en este lugar es el paso de los días.

Vamos, que te lo estás llevando calentito sin hacer nada, ¿verdad, guapa? Para mí habría querido yo arriba un trabajo como este, cuando me comía los mocos desesperada por salir del paro. Aunque me parece que este tipo de empleos sólo existen aquí abajo, salvo que seas político o directivo de alguna gran empresa.

—¿Está ya fuera? —se interesa Iván por la situación de algo que desconozco.

—Sí, ya sabe que me gusta aprovechar que el sol calienta a esta hora en los alrededores de la fuente. Acompañeme —le pide.

—Conozco el camino. Gracias.

Qué forma más sutil de pedirle que haga algo diferente de vagar. Si es que en el fondo es un buenazo.

Iván bordea el edificio hacia la derecha y gira a la izquierda al llegar a la esquina. En este flanco de la finca, la zona ajardinada se presenta más bella y extensa aún que en la parcela frontal. Arbustos podados formando figuras decorativas, árboles frutales y una extensa gama de colores en la infinidad de flores de todo tipo que contrastan con el vivo verde del césped, confluyen en la impresionante fuente central. Con unos niños rodeados de aves que parecen pavos, todos labrados en piedra blanca, el conjunto escultórico preside el jardín con una majestuosidad que deja todo lo demás en un segundo plano. Tanto que casi no me percaté de una presencia humana junto a la fuente. Se trata de otra enfermera, sentada junto a quien debe de ser alguna paciente, teniendo en cuenta la silla de ruedas desde la que contempla el maravilloso paisaje. Ambas tienen el cabello blanco y a ninguna de las dos las conozco, aunque imagino que Iván sí. Se dirige hacia ellas, con lo cual demuestra que hace un minuto no se interesaba por algo, sino por alguien.

Tan absorbida por el entorno como me encuentro, me quedo atrás unos metros. Cuando voy a recuperarlos, veo que la enfermera se levanta, hace un gesto negativo a Iván y lo deja a solas con la anciana convaleciente. Ella no hace el más mínimo intento por saludarle. Tengo la impresión de que no les une una relación muy amigable. Pese a todo y para mi sorpresa, Iván se agacha para que su rostro quede a la altura del de ella y la saluda con un beso en la frente. Sólo entonces creo verlo todo claro. Su relación con doña Consuelo parecía ser diametralmente opuesta a la guerra personal que debió de lidiar con don Evaristo. Al llevar tanto tiempo aquí abajo, la habrá echado de menos y...

No puede ser, algo falla. O Julián y su madre fallecida son productos de la imaginación de Iván, con lo cual no tendría sentido que recordase a doña Consuelo, o su verdadera madre es la de aquí abajo, no falleció y ha venido a visitarla. Esta hipótesis presentaría a sus padres de arriba como meros conductores de una trama en la que yo parezco ser la más pardilla, quien cada momento que pasa está más perdida. Quizás salió algo mal y pretenden que yo verifique si Iván puede recordarlo y causarle algún tipo de problema. Después de todo, puede que sólo se trate de asuntos de Estado. Maniobras para limpiar la basura antes de que les salpique, para lo cual necesitaban a un civil inocente, alguien que no tuviera la menor relación con Iván.

¿Por qué he sido tan tonta de no darme cuenta hasta ahora? Tendría que haberle hecho caso a Lourdes. ¿Y si deciden eliminarme cuando verifiquen que su secreto está a salvo?

¡Mierda, tengo que contárselo a Iván! Creo que todo cuanto creía saber sobre él es mentira. Ni sus padres, ni su esposa, ni su hijo, ni su intento de suicidio, ¡nada es verdad!

Aunque, según me contó Julián, parece ser que la tal Laura sí que existió. Quizás lo descubrió todo o Iván se lo contó y por eso se la cargaron. ¡Joder, joder, joder!

Preso del pánico, decido robar a Iván el momento de intimidad del que disfruta con esa mujer por la que ya no me atrevo a apostar sobre su papel en toda esta extraña historia. Deseo volverme visible a la vez que completo la distancia que nos ha separado mientras han durado mis divagaciones. Al llegar hasta ellos, me presento de frente a Iván y sin verificar si pueden verme u oírme, aunque en breve lo comprobaremos.

—Antes de que te enfades, permíteme explicarme —le reclamo procurando

transmitirle la importancia de la situación con mi tono y mi expresión.

—Ya era hora, Campanilla —saluda a su manera para conseguir desconcertarme más aún si cabe. Tengo la impresión de que esperaba mi llegada.

—¿Sabías que te seguía?

—Confiaba en que lo hicieras.

—No sé de qué me hablas —admito hecha un lío—, pero necesito hablar contigo.

—Tenemos mucho que hablar, aunque ya hayamos pasado por esto.

—No, créeme, ni en tus peores pesadillas puedes llegar a imaginar la importancia de lo que te quiero contar —le advierto precisamente para comenzar a despertarle del sueño eterno—. ¿Recuerdas a la pelirroja? —pregunto como único recurso que encuentro para dar forma a la introducción de una explicación demasiado complicada.

—Claro, vino para separarte de mí.

—Y si yo te dijera que no era lo que se puede catalogar como un fantasma, ¿te lo creerías?

—A estas alturas, ya no me planteo qué es real y qué no lo es —confiesa, por si quedaba alguna duda de que es consciente de encontrarse en el interior de un sueño.

—Lo sabes, ¿no? Sabes que estás soñando —resuelvo en el preciso instante en el que reparo en la impasible compañía a la que parece importarle bien poco mi presencia—. ¿No puede...?

—No. Hace mucho que ella vive ajena.

—Pues mejor. Aunque, pensándolo bien, poco importa que esté o no esté —entiendo al caer en la cuenta de que sólo él y yo tenemos plena autonomía—. Desconozco cómo crees que has llegado hasta este mundo, pero debo advertirte, y estoy casi convencida, de que participaste en una operación militar ultra secreta y algo salió mal. ¿Entiendes lo que te digo? —me intereso para saber si me sigue. Asiente con una expresión inescrutable y espera a que continúe—. Iván, me hablaste de alguien llamado Evaristo Ripoll —le recuerdo.

—Así es; mi jefe.

—Pues tu jefe se presentó ante mí como tu padre. Y una tal Consuelo aseguró ser tu madre —explico estudiando a la vez sus reacciones para estar segura de que la

situación no se me escape de las manos—. Ellos... ¿Conoces el proyecto Peter Pan?

—Bastante mejor que tú.

—Entonces, podemos saltarnos esa parte, pues parece claro que la recuerdas. Iván, prométeme que vas a tomarte bien cualquier cosa que te cuente.

—Nada puede sorprenderme ya.

—Esta vez estás equivocado —aseguro—. Créeme. Tengo la cabeza hecha un lío, pero creo que ambos somos víctimas de la ambición de ese hombre y hará lo que sea para que no escapes de aquí. Sólo quiere asegurarse de que...

—Laura, no pretendo escapar de aquí —confiesa para atizarme en el mentón y noquearme. No entiendo nada—. No sin ella —apostilla señalando con sus cejas a la anciana.

—¡Ella no existe, Iván! Nada ni nadie de aquí abajo es real, a excepción de ti y de mí. Nuestro mundo está arriba y quiero que regreses conmigo —reconozco, convencida por completo de lo que digo—. No quiero perderte —añado en lo más parecido a una confesión de amor.

—No vas a perderme, Campanilla. En aquel bosque te prometí que jamás te dejaría. Y si eres tú quien te pierdes, siempre te encontraré.

—¡Aquel bosque tampoco es real! —le advierto alzando la voz nerviosa por no saber cómo hacerle entrar en razón. Parece claro que, a pesar de recordar más cosas de las que habría podido imaginar cuando llegué, su visión de la realidad está corrupta a causa del tiempo que ha pasado aquí. Después de todo, creo que las capas de olvido que mencionó perro pachón eran reales. Yo misma ya no sé qué creer en demasiadas ocasiones.

—¿Cómo distingues qué es real y qué no lo es?

—Tú y yo somos reales y lo sé porque mi corazón late fuerte cada vez que te veo.

Levanta su mano derecha y acaricia mi mejilla sonriendo, como queriendo agradecer mis palabras y mostrarme que el sentimiento es compartido.

—Y ella, ¿es real?

—Ella no es tu madre, Iván. De seguir con vida, te estará esperando arriba.

—En una cosa llevas razón, Campanilla. —Alzo las cejas demandando mayor información y su primera reacción llega en forma de sonrisa. Esa cuya calma que

desprende me enerva y me enamora a partes iguales. A pesar de la urgencia de la situación, él no aparenta perder la calma jamás. En buena medida, este hecho viene motivado por la ilusa percepción de la realidad que demuestra a causa del tiempo que lleva viviendo en una fantasía—. Ella no es mi madre —reconoce por fin.

—Lo mismo da. ¿Qué puede importarnos esta mujer, cuando tú demuestras estar tan ajeno a la realidad como ella?

—Ella es el centro de mi existencia, quien me mantiene con vida cuando la desesperanza se apodera de mí.

—O sea, que tienes conocimiento de estar soñando y, a pesar de todo, cuando tienes bajones vienes a ver a esta mujer que resulta no ser tu madre. Pues qué quieres que te diga, pero no lo entiendo —me lamento, más porque haya reconocido la importancia de esa mujer en su vida, que porque siga encerrado en su quimérica realidad—. Creo que has perdido la razón.

—A pesar de tu incuestionable inteligencia, siempre has tenido el defecto de encerrarte en tus ideas preconcebidas —considera como si me conociera de toda la vida, lo cual me molesta y me dispongo a reprochárselo—. Ripoll —se adelanta para sellar mis labios—, te presento a mi esposa.

No, esto no puede estar ocurriendo. Si en algo coincidían sus padres de arriba con el de abajo era en que la esposa de Iván murió. Ella no puede ser más que una proyección de los recuerdos... ¡Tiene el pelo blanco! ¿Cómo podría tratarse de un recuerdo peinando tantas canas?

Me rindo. Puedo llegar a entender que Iván imagine lo que le apetezca aquí abajo, pero esto ya es demasiado. Tal cúmulo de contrasentidos no lo puede asimilar mi castigado cerebro.

—¿No piensas saludarla? —me apremia para saturarme más aún si cabe.

—No puedo más, Iván. Veo que tú mantienes la cabeza fría e imperturbable, pero yo no puedo más.

—¿Recuerdas lo que me has pedido hace un momento?

—¿A qué te refieres?

—Querías que me tomara con calma lo que tuvieras que decirme —me recuerda, pretendiendo aconsejarme lo mismo.

—No lo entiendes porque estás ya demasiado perdido, Iván. No puedo

tomarme en serio a esta mujer.

—Quien no entiende nada eres tú, Laura. Esta mujer, mi esposa, eres tú.

24 - Yo

Yo. Su esposa, yo. Vamos, lo que me faltaba por oír. Y ya no por falta de ganas, a pesar de que por momentos resulta más insostenible nuestra relación, sino porque no puedo ser su esposa cuando hace unas semanas no le conocía de nada. ¡Es de locos!

—No me crees —entiende al contemplar mi expresión escandalizada.

—¡Claro que te creo! —ironizo—. Yo soy tu esposa y tú eres el presidente de los Estados Unidos, lo cual me convierte en la primera dama. ¡Ah, lo olvidaba! El cabrero es en realidad un agente de la CIA de incógnito, que investiga el aterrizaje de un ovni a los pies de aquella montaña, ¡no te jode!

—Esto es nuevo. Tras cada ocasión en la que he puesto la verdad a tu alcance, jamás me has creído, pero es la primera vez que sacas a relucir tu carácter y te burlas de mí.

—¿La primera vez? —se interesa mi versión más sarcástica—. O sea, que además de tu querida esposa, soy amnésica y ya hemos pasado por esto otras veces —me burlo.

—Cada vez que te enfrentas a la realidad, terminas no aceptándola y exigiendo a tu cerebro que lo archive todo —explica sin molestarse lo más mínimo por mi actitud—. Pero tras cada ocasión en la cual te pierdes en ti misma, ahí estoy yo para encontrarte, mi amor.

—¡No me llames así! No creas que tienes el menor derecho sobre mí porque hayamos echado cuatro polvos.

—Laura, ¿qué te ocurrió en el primer viaje? —pregunta sin desviarse de su estudiado argumento.

—Que nadie me avisó de dónde me metía —replico sin tomar en serio su pregunta.

—Tu expresión no era de simple sorpresa. Aparentabas haber visto un fantasma cuando, allí tumbada en el suelo, te pregunté si te encontrabas bien.

¡Casi me había olvidado ya de eso! Pero ¿cómo demonios lo sabe él? Tengo muy claro lo que vi y no era su rostro. De eso no me cabe duda, aunque tampoco tengo ni idea de... Aunque lo cierto es que aquella cara me resultaba familiar...

—¿Me conociste? Es eso, ¿no? Viste mi verdadero rostro.

—Mira Iván, no sé cómo...

—Porque estaba allí frente a ti. A tu lado —añade—, como siempre —afirma con rotundidad y sin perder la calma, también como siempre.

—Aquel hombre no eras tú.

—Te equivocas, querida. Quien no soy yo es la persona que ahora mismo está frente a ti. Sólo se trata de la proyección de alguien que te inspiraría confianza para poder acceder a ti. Pero, debajo de cualquier disfraz, siempre he sido yo porque haría cualquier cosa para recuperarte, hasta meterme bajo la piel de una serpiente —recuerda chistoso el día de mi cumpleaños.

—No sé por qué razón estás dando la vuelta a la tortilla, pero te garantizo que...

—¿Y las voces? —me interrumpe de nuevo para hacer una pregunta inesperada e incomprensible.

—¿Qué voces?

—Las de tus pesadillas.

—¿Cómo sabes...? No recuerdo haberte hablado de ello, pero estoy segura de que alguien te ha contado...

No puede ser. Sólo he hablado a mis tres locas de la voz que apacigua mis sueños.

—Ya se ha encendido alguna luz, ¿verdad? —resuelve—. Algo no te cuadra. ¿Cómo me has encontrado hoy, Ripoll?

—Yo... Me volví...

—¿Invisible? —indaga—. Qué sencillo resulta conseguir cualquier cosa aquí abajo, ¿verdad? Puedes volverte invisible, cambiar tu apariencia, dibujar el entorno a tu antojo, o incluso espiar a un grupo de amigas que desayunan cada día a la misma hora y en el mismo sitio.

No, espera, esto no puede estar ocurriendo. Él no puede saber nada de mis desayunos porque tienen lugar ¡arriba!

—Cada segundo que pasa aparecen más interrogantes, ¿no es así? Nada parece tener sentido. Al menos, mientras que no te liberes de las cadenas que te mantienen

retenida.

—Nada de lo que me cuentas tiene sentido —reconozco agobiada por el tremendo desorden mental que me satura y alimenta la ansiedad que comienza a devorarme.

—Cualquier cosa que se sale del plácido guión que escribió tu cerebro para alejarte de los problemas se antoja demencial. Tanto, que incluso el verdadero rostro de la realidad, tu realidad —apunta señalando de nuevo a la anciana—, ya no resulta ser lo más extraño en esta absurda historia, ¿verdad?

Estoy saturada. Me siento incapaz de unir dos palabras con sentido en mis pensamientos. No concibo dar credibilidad a ninguna de sus revelaciones, a pesar de la aplastante veracidad que parecen llevar aparejadas. Muda y bloqueada, mi cuerpo es lo único de mí que aparenta funcionar, aunque actúa por instinto, sin que yo sea capaz de controlar el paso adelante que ejecuta para situarse al fin frente a la desconocida del pelo blanco. Y entonces mis manos también se emancipan de mí y deciden ocultar la enorme sorpresa que luce mi expresión al contemplar un rostro demasiado familiar para tratarse de una ilusión.

¡Soy yo, aunque castigada por el paso de los años!

Durante un tiempo indeterminado, me quedo pasmada observándome, con las manos en la boca y el corazón encogido. Al detenerme a apreciar los detalles, ya no me parece tan mayor la persona que tengo ante mí, a pesar del color del cabello. Sí, ya pasó la pubertad, pero apenas cuenta con arrugas ni signos evidentes de la lógica decadencia de la piel. Incluso el pelo ya no parece ser tan blanco, sino más bien una mezcla entre el rubio y dicho color primario que nos azota en el declive de nuestras vidas. De tratarse de una ilusión más en la mente enferma de Iván, no cabe la menor duda de que está curradísima. Y el caso es que ya no sé si creerle o no. Sus palabras han despertado algo en mí que yacía aletargado. Extraños flashes en forma de ínfimos recuerdos luchan por salir al exterior, aunque sigue existiendo algo que los retiene. Siento miedo de que puedan llegar a escapar de allí donde quiera que se encuentren. Precisamente, puede que sea esta sensación de pavor la que retiene esa especie de torrente a punto de desbordarse, cual embalse al límite de su capacidad.

—Laura, siempre fui yo quien veló tu sueño —me rescata la apacible voz de Iván, a quien oigo de forma muy lejana—, pero necesito que sigas aquí, conmigo. Ya no tienes nada que temer. El pasado ya pasó y tenemos un futuro lleno de esperanza por delante.

—No entiendo. ¿De qué me hablas? —consigo preguntar—. ¿Por qué intentas tranquilizarme pidiendo que olvide, cuando lo que pretendo es recordar?

—Mi amor —me habla con las palabras más cargadas de cariño que haya oído jamás—, no eres tú quien intenta rescatarme a mí, sino yo a ti.

—¡Imposible! —me niego—. Yo tengo una vida arriba que...

—Laura, ya he pasado por esto muchas veces —me interrumpe una vez más, tratando de imponer su absurda fantasía a mi débil capacidad de raciocinio—. Antes o después, siempre te has hundido y añadido una nueva capa de olvido para enterrar tu infelicidad, pero esta vez lo conseguiremos juntos. No me voy a rendir. ¡Jamás! Si es necesario, voy a empeñar hasta mi último aliento para conseguir rescatarte, porque nuestro amor es más importante que mi propia vida. Y si necesito otros veinte años, al menos los pasaré junto a la sombra de quien fuiste una vez.

—¿Veinte años?! —pregunto escandalizada a la par que siento un terrible mareo. Imágenes sin sentido se suceden en el interior de mi cabeza, que comienza a entender la avanzada edad de quien, ante mi rostro horrorizado, presencia la escena desde su inerte existencia.

No puede ser, yo no estoy en coma. Tengo una vida esperándome arriba, unas amigas y una fortuna reclamando ser gastada si no me dejo arrastrar por este hombre que pretende que enloquezca con sus absurdas teorías. Sé quién soy y de dónde vengo. Mis padres son... Murieron en accidente de tráfico, aunque antes me enseñaron a... ¡Mierda!, ¿por qué no consigo recordar?

Todo me da vueltas, incluyendo la madura proyección de mí que, desde su silla de ruedas, permanece tan ajena como yo a lo que se me viene encima. Ni siquiera lo veo venir. Ahora estoy despierta, ahora se oscurece todo de pronto.

Hoy he dormido poco por culpa de los nervios. A pesar de sabérmelo todo de pe a pa, es el examen más importante del curso y estoy atacada. Como saque menos de un siete, cualquiera escucha luego a papá. Creo que, esta vez, ni mamá me podría salvar del seguro castigo. He quedado con las chicas y ahora lamento haberlo hecho, pues la espera me está sacando de quicio. Seguro que es por culpa de Gema. Se habrá encoñado con el Súper Mario y las otras habrán tenido que esperarla, como siempre.

Suena el timbre; son ellas.

Salgo disparada hacia la puerta pero, como me temía, papá no se ha marchado aún y me lo cruzo en el pasillo.

—¿Te vas sin despedirte, jovencita?

—Tengo prisa, papá. Se hace tarde y...

—Y hoy es un día importante para mi Laurita —completa por mí, volviendo a tratarme como a una cría—. ¿Será un nueve o un diez?

—Papa, hazme el favor de no presionarme más. Ya llevo bastante encima como para que... Bueno, me tengo que ir —decido despedirme, pues discutir con un militar supone una segura derrota.

—Si me das una alegría con la Física, te prometo que te llevaré a conocer la base secreta en la que trabajarás algún día —me anima para el examen con su peculiar manera de entender la vida. Un modelo de vida al que todos nos tenemos que adaptar sí o sí—. Cariño, algún día estarás orgullosa de tu padre. Vamos a cambiar el mundo y tú lo disfrutarás más que nadie porque estarás en la vanguardia.

—Muy bien, papá, pero recuerda que yo no soy uno de tus soldados. Adiós.

Detesto tener que vestirme así. Parezco una odiosa pija de la Jet Set. Y, por si fuera poco, me queda apretado, como todo. ¡Odio mi cuerpo! ¿Por qué tengo que estar siempre avergonzándome de mi obesidad? Estoy ya cansada de que todos se metan conmigo, pero ¡cuesta tanto hacer algo para remediarlo! Entre la presión de papá, la indiferencia de mamá, la estúpida imagen que pretendemos aparentar y los insultos en el «insti», lo último que me apetece es ponerme a dieta. Al final, termino haciendo justo lo contrario y poniéndome ciega de comer chocolate a escondidas. Esto no es vida.

Ya llega el invitado. ¡Menos mal!, pues creo que debo de tener ya las piernas hinchadas de tanto esperar de pie por culpa de otra estúpida costumbre de papá. Siempre pensando en quedar bien con los de su trabajo, en lugar de preocuparse del bienestar de su familia. Y todo para almorzar con otro viejo más y que charlen de asuntos que ni a mamá ni a mí nos interesan en absoluto. Y toca rezar, para que por lo menos hablen nuestro idioma, pues cada vez vienen a casa más militares americanos. A ver si hay suerte algún día y le piden que se traslade a Houston y nos deja tranquilas de una vez.

Se abre la puerta y mi existencia se detiene sobre una imagen. Un rostro por fin joven, el más guapo que haya visto jamás, sobre un cuerpo cachas hasta doler observarlo. Creo que los ojos me lagrimean porque no soy capaz de pestañear. ¡Pero qué bueno está!

No paran de charlar de sus cosas, aunque bien poco me importa. No soy capaz de hacer otra cosa que observarle admirada. ¡Qué coño, enamorada! Él no me devuelve la mirada, como es de esperar. Además de los cinco o seis años que nos deben de separar, un soldado «buenorro» embutido en su uniforme de gala no depositaría jamás su encantadora mirada cobriza en alguien como yo.

No puedo evitar que me entre el agobio otra vez por mi físico y me obligo a mirar hacia mi plato intacto para ocultar el brillo de mis ojos.

—Laura, hija, ¿te estoy hablando! —me reprende papá.

—Perdón, estaba despistada.

—Pues haz el favor de mostrar un poco de respeto hacia nuestro invitado —me ordena con su habitual carácter arisco y autoritario—. Hablábamos de posibles nombres para el experimento P7ECS. El teniente Carrasco, como uno de nuestros efectivos más valiosos, será nuestro primer conejillo de indias. Tiene un historial impecable que le avala, aunque fue su paso al frente lo que nos hizo decantarnos por él. Por esta razón hemos pensado renombrar el proyecto utilizando su nombre. Pero existe el problema de que él no está de acuerdo. Es demasiado modesto como para permitirlo.

—¿Y también me vas a responsabilizar a mí por ello? —me rebelo en el momento más inoportuno. No hay más que ver cómo aprieta los labios papá por dejarle en evidencia delante de la divinidad con la cual compartimos mesa. Aunque, para mi sorpresa, demuestra ser humano cuando asoma un atisbo de sonrisa tras los dedos con los que se pellizca la barbilla con increíble sensualidad. Un inexplicable vínculo nace entre nosotros, motivado por el acto de rebeldía que, a buen seguro, ya habrá protagonizado él alguna vez con papá, como subordinado suyo que es.

—¡Jovencita! —me habla por enésima ocasión como si fuese una niña—, si tienes alguna queja con mi método para educarte, podemos hablarlo cuando se marche nuestro invitado, pero te recuerdo que no es ni el momento ni el lugar para debatir sobre tal asunto.

—Discúlpeme, mi coronel —me burlo—; no volverá a ocurrir. Y ahora, si no es mucho pedir, podría aclararme en qué podría interesarme el nombre de ese experimento taaaan importante —ironizo con el simple tono de voz.

Papá vuelve a morderse los labios, aunque el temple es una de sus herramientas de trabajo e ignora mi sarcasmo.

—El teniente ha sugerido la posibilidad de que sea alguien ajeno al proyecto quien aporte ideas. Estima que, de esta forma, se darían menos pistas a quien tuviera la capacidad de interceptar nuestras comunicaciones.

—Y ese alguien, ¿tengo que ser yo?

—El propio teniente ha pensado en ti —aclara para conseguir que mis latidos se disparen. ¡Ha pensado en mí!—. Habrá imaginado que tu madre pensaría en un diseñador o en un peluquero de prestigio como mejor nombre para el proyecto —decide ridiculizar a mamá, que permanece en silencio—, y, por eliminación, sólo quedabas tú entre los civiles más cercanos.

—Entiendo. ¿Cómo se llama, Pe, no sé qué más?

—P7ECS —responde veloz, como si se tratara de un examen oral para ascender de graduación—. Proyecto número siete para el estudio y control del sueño.

—Seguro que ese nombre tan estúpido se le ha ocurrido a usted, padre —le devuelvo la ofensa a mamá, que me observa con su habitual complicidad reprimida—. ¿Y se puede saber qué busca el Ejército controlando el sueño?

El silencio de papá es la única respuesta que obtengo, así que decido dirigirme al teniente.

—Teniente, ¿qué espera conseguir con este experimento?

—¡Laura! —me censura papá, aunque el bombonazo al que pregunto hace un gesto para que no me reprenda. Parece que piensa responder.

—Señorita Ripoll, desde pequeño, en un mundo rural muy diferente del que hoy nos acoge, siempre me pregunté cómo podía ser tan diferente la vida que yo disfrutaba de la que sufría la inmensa mayoría de la sociedad. En mi entorno, el tiempo parecía no existir, mientras que la gente creía disfrutar de la vida fuera de mi burbuja —explica sin conseguir que entienda a dónde pretende llegar—. Entonces, aunque todo me invitaba a no salir del lugar que me vio crecer, decidí escapar del cielo para intentar entender el infierno. ¿Qué podía existir ahí afuera para que la gente no valorase la opción de escapar? ¿Qué los mantenía presos del odio, la envidia o la maldad existente en el mundo que conocían? —se cuestiona rascándose de nuevo la barbilla, definiendo con dicho gesto la sensualidad más inocente—. Tras echarme los bártulos al hombro e integrarme un tiempo en la civilización, no me costó comprender la razón que explicaba ese extraño arraigo por una existencia tan vacía. Cuando no se conoce mejor vida —resuelve—, cualquiera parece perfecta. ¿Sabe cuál fue una de las pocas

posesiones que decidí conservar de mi vida perfecta, señorita Ripoll?

—No puedo llegar a imaginarlo, teniente —respondo fantaseando con que sólo existimos él y yo. Jamás me he sentido tan a gusto charlando con alguien a quien no parece importar mi físico, sino únicamente mi atención a la historia que me cuenta.

—Un cuento que me regaló la maestra responsable de que yo aprendiera a leer y a escribir. Peter Pan —recuerda—. Lo he leído cientos de veces y aún lo sigo haciendo para que nunca se me olvide soñar con un mundo mejor.

—Por eso se alistó al Ejército —entiendo—. Pretendía luchar por un mundo mejor.

—Así es.

—Pero los militares matan a personas.

—También salvan las de muchas otras en misiones humanitarias —razona—, les dotan de ilusiones renovadas, sueños acerca de una vida mejor.

—Visto así...

—Quería saber qué pretendo conseguir, señorita Ripoll —me recuerda—. Cuando su padre me habló del proyecto, acepté sin dudar. A pesar de que el objetivo de cuatro chupatintas será entrar en el subconsciente del enemigo, yo sueño con que dicha tecnología esté algún día al alcance de cualquier civil.

—Teniente, ¿tengo que recordarle que no puede entrar en detalles? —interrumpe papá, muy molesto al comprobar que la charla comienza a escapar de su control.

—Con todos mis respetos, mi coronel, es su hija —se rebela también él para convertirse en mi héroe—. El mismo sentido común que nos permite desviar fondos públicos a un experimento en beneficio de la sociedad, debe hacernos confiar cualquier secreto a los nuestros sin dudar de su incuestionable discreción.

¡Zasca! Menudo repaso te ha dado, papaíto.

—No conoce a mi hija y lo inconsciente que puede llegar a ser —alega muy molesto su jefe, como de costumbre, depositando más confianza y paciencia en un desconocido que en su propia hija. Y en este momento, sintiéndome más unida de pensamiento a un extraño que a mi propia sangre, me sobreviene un deseo en el que me veo disfrutando de una vida plena junto a él en el fantasioso País de Nunca Jamás. Mi cerebro vuela a varios mundos de distancia y de mis labios escapan dos palabras para

renombrar a quien doy por sentado que protagonizará mis próximos sueños.

—Peter Pan.

Papá, mamá y mi ya amor platónico se giran hacia mí y me observan sin tener claro si he perdido la cabeza o se trata de otra de las mías.

—Proyecto Peter Pan —completo de forma inconsciente, como única escapatoria que encuentro para salir del atolladero.

—¡Me gusta! —reconoce feliz el teniente Carrasco, luciendo una sincera sonrisa que enamora por sí sola.

—Suenan bien —le secunda mamá.

Papá, a regañadientes, no ve otra opción que dar el visto bueno alzando sus cejas con ese gesto suyo tan característico y odioso.

—Pues no se hable más —sentencia con su pausado tono de voz quien me mantiene atrapada en la profundidad de su mirada—. Creo que la magia de la varita de Campanilla se impone por mayoría.

Una estúpida sonrisa escapa de mis labios, aunque la carraspera de papá, con la cual pretende compartir su incomodidad, quiebra los lazos invisibles que me unen a ese hombre. Y entonces le odio más. Odio a Evaristo Ripoll, a quien dice ser mi padre, por despertarme del sueño que, con una sola mirada, me hacía tocar las estrellas y caminar sobre el mar.

Ayúdame a soñar contigo, Peter Pan. No me dejes despertar.

25 - Despertar

—Laura, despierta, amor mío. Lucha por seguir a mi lado —me habla la voz de mi ángel protector, pero yo no quiero despertar. Me niego. Ya estoy con él, casi juntos en otro mundo y otro tiempo. No quiero regresar a una realidad que intuyo demasiado dolorosa como para optar por olvidarla. Prefiero seguir instalada en la comodidad de mis selectivos recuerdos—. No me abandones de nuevo, por favor —insiste—. Aunque, si decides volver a hacerlo, quiero que no se te olvide jamás que seguiré intentándolo hasta que lo consiga o hasta que el sueño eterno me lleve de tu lado. Te lo prometí aquel día y nunca faltaré a mi palabra. ¿Recuerdas la cara que se te quedó cuando fui precisamente yo quien te encontró? —se esfuerza en intentar que no pierda el contacto con su voz mediante un recuerdo que sólo él contempla—. Fue nuestro primer día juntos en el País de Nunca Jamás, mi preciosa Campanilla.

Estas últimas palabras activan una parte de mi cerebro aletargada. Como si de relámpagos en mitad de una tormenta se tratara, imágenes sueltas de una vida pasada llegan en forma de flashes a mi cabeza. Una lluvia de recuerdos inconexos que me acosan y me agobian por no llegar completos. Recuerdo que fue uno de los momentos más felices de esa vida que he pretendido olvidar. Sin embargo, no soy capaz de rescatar más que retales de tantas emociones como despertaron en mí. Sólo entonces lucho y me debato por abrir los ojos.

—Gracias, gracias, gracias —repite una y mil veces cuando por fin los abro, a la vez que me besa en los labios por cada agradecimiento que sale de los suyos.

—¿Qué ha pasado? —pregunto desorientada.

—Creí que te perdía de nuevo, pero estás aquí, conmigo —se alegra tanto como el brillo de sus ojos insiste en revelar.

—¡Ya recuerdo! Tú... Y yo... ¡Oh, cielo santo, no consigo recordar!

—Poco a poco, mi amor. Si fuerzas la situación, volverás a caer por el precipicio —me advierte de un peligro que no entenderé como tal mientras que no consiga situarme.

—Me hablabas de cierta ocasión en la que me perdí —lo sitúo—. No olvidaré jamás aquellas palabras. «Eres preciosa», me dijiste, pero no recuerdo nada más.

Aunque tengo claro que no olvidaré jamás esas palabras. Yo era gorda...

—Preciosa mía, no corras por favor. Por más veces que digas que no olvidarás aquellas palabras, si no das tiempo a que tu cabeza asimile todo poco a poco, volverás a bloquearte y a olvidarlo todo. Me olvidarás a mí.

—Yo... —vacilo—. Yo nunca te he olvidado. Tu voz...

—Te hablo al oído cada poco tiempo. He intentado mantener intacto mi recuerdo, pero hasta hace poco no pude confirmar que lo estaba consiguiendo. En cualquier caso, aunque no les hubieras hablado a tus amigas de mi voz, yo habría seguido susurrándote para que no te olvidaras de mí. Para que supieras que siempre estaría a tu lado.

Voy empezando a recordar detalles sueltos y me aterra descubrir la realidad. Según parece, todo lo que yo advertía como real en el mundo de arriba se trataba de un sueño. ¡Incluso mis tres locas! He vivido una mentira durante... ¡veinte años!

—¿Qué ocurrió aquel día? —le interrogo incorporándome para levantarme y no agobiarme antes de tiempo. Aún me encuentro algo aturdida y con cientos de preguntas golpeando contra las paredes del cráneo, pero voy a seguir su consejo e ir paso a paso. Lo contrario significaría volverme loca.

—Tu padre te prometió...

—Un momento —le interrumpo tras apenas cuatro palabras—. ¿Don Evaristo es mi padre?

—El coronel Evaristo Ripoll —confirma a su manera—. Arisco como nadie, pero espero que algún día reciba su merecido reconocimiento en los libros de Historia.

—Entonces, eso quiere decir que doña Consuelo es mi madre —entiendo.

—Aquel día no fue a la base —verifica bordeando la respuesta directa—. De haber acudido, puede que todo lo que vino después hubiese transcurrido de otra forma.

—Mi padre me prometió llevarme a la base si aprobaba un examen, ¿no es así?

—¿Lo recuerdas? —pregunta asombrado lo evidente—. ¡Jamás había llegado tan lejos! —se alegra con evidentes signos de emoción. Mi asentimiento le da pie a continuar, aunque tiene que tragar antes de seguir—. Aquel día, a pesar de todo, estabas especialmente rebelde. Laura Ripoll en estado puro. Apenas prestabas atención a las explicaciones del profesor Geeby, encargado de poner al día a los chupatintas y sus adláteres que nos visitaron aquel día. Estabas más pendiente de mí.

—Me suena de forma muy vaga —confieso—, aunque recuerdo un nombre. Stephen nosequé.

—LaBerge —completa Iván—. Stephen LaBerge, el pionero en la investigación de los sueños lúcidos y principal impulsor del proyecto al que, de forma brillante, pusiste por nombre Peter Pan.

—Me vienen palabras sueltas, ideas, imágenes estáticas, pero no consigo recordar —reconozco acosada por la frustración.

—Para eso estoy yo, mi amor —me indica Iván acariciando mi mejilla con un cariño al que por fin parece dar rienda suelta—. Aquel día, a pesar de tu despiste, se activó algo en ti cuando el profesor llegó a una etapa concreta de su exposición. Nos ilustraba sobre uno de los fundamentos defendidos en su día por Mark Solms, nieto intelectual de Freud. Aseguraba que las partes más emotivas y primitivas del cerebro son mucho más fuertes durante la fase del sueño, mientras que las partes más racionales y ancladas en la realidad son mucho más débiles. Tú, con tu habitual naturalidad y entusiasmo sin control, dijiste que muchos podrían pasar entonces la vida dormidos, pues así podrían ser felices por una vez en su vida.

—¡Sí, me acuerdo!

—Tu padre entendió tu «inocente» comentario como un ataque directo y como una falta de respeto muy grave, por lo que te pidió que le acompañaras para que no interrumpieras de nuevo la visita.

—Discutimos —recuerdo muy vagamente—. Nos dijimos cosas muy feas en una estancia retirada de todos aquellos capullos.

—Pude oír los gritos desde fuera —reconoce—. Os seguí porque me sentí mal con la escasa paciencia que tu padre mostró aquel día contigo. Apareciste llorando al abrir la puerta y, obviando la presencia del coronel, salí a tu encuentro para tratar de consolarte.

—Y yo te mandé a la mierda —evoco presa de una extraña sensación que me envuelve con más intensidad conforme van desfilando ante mí tantos recuerdos olvidados en lo más profundo de mi cabeza—. Te pedí que me dejaras en paz, que no jugaras a tratarme como una persona normal, cuando en el fondo me mirabas como todos. Yo sólo era una gorda graciosa que sabía escuchar a las personas porque no encontraba mejor forma de que me prestaran atención.

—Pero te equivocaste conmigo porque yo miraba más allá de tus ojos azules.

—¿Qué más ocurrió?

—Discutiste con un cabo que hacía guardia en la puerta porque tenía órdenes de que nadie entrara o saliera sin permiso. Tú llegaste como un torbellino y le amenazaste, advirtiéndole de quién eras hija. Después de que te perdieras, aquel muchacho sufrió toda la ira de tu padre y terminó abandonando el Ejército, amargado y cansado de tantos arrestos.

—¿Me perdí? —indago olvidándome de aquel pobre infeliz.

—Hasta que yo te encontré. Nos preocupaste a todos. Salió a buscarte por el bosque toda una compañía. Incluso se unieron algunos visitantes de aquel día, pero ninguno de ellos sabía moverse por el campo y la montaña como yo. Sólo yo sabía interpretar los mensajes que la naturaleza nos va dejando.

—Yo estaba inconsciente y tú... ¡Aquel rostro!

—¿De qué rostro me hablas? —pregunta enarcando las cejas, siendo él quien ahora se pierde con mis palabras.

—El rostro que vi en mi primer viaje —le informo—. ¡Era un recuerdo, aquella cara que vi era la tuya! Ahora lo tengo claro porque el rostro del teniente que aseguras ser es el mismo de aquella ocasión. Aunque aún tengo muchas lagunas —reconozco con cierto pesar.

—Estabas muy desorientada —evoca—. No sabías qué había ocurrido ni cómo habías llegado hasta allí. Cuando te lo expliqué, tras comunicar por radio que te había encontrado y dejar constancia de nuestra localización, te pusiste hecha una fiera. Me culpabilizaste de la bronca con tu padre, alegando que todo se originó por defenderme.

—¿Defenderte? —pregunto extrañada—. No me acuerdo de nada.

—Asegurabas haber oído una conversación entre tus padres, según la cual extrajiste que yo sería apartado del proyecto Peter Pan. Al parecer, a tu padre no le hizo nada de gracia las miradas que nos cruzamos en aquella cena. Teniendo en cuenta que, aún a tu edad, te mantenía en una urna de cristal para que nadie pudiera hacerte daño, el trato cercano y sincero que te dediqué lo vio como una estrategia por mi parte.

—¡Una estrategia para reforzar tu privilegiada posición! —rememoro por fin, conforme van llegando pequeños retazos de una etapa de mi vida casi olvidada por completo.

—Traté de hacerte ver que no tenías por qué desconfiar de mí. Entendía tal

comportamiento en tu padre, pero no en ti. Me esforcé en que entendieras que yo era diferente a todos aquellos que habían podido causarte dolor en el pasado.

—Y yo te pedí que te marcharas y me dejaras allí perdida. Te reproché que, tras tu cara de niño que no ha roto un plato, no serías muy diferente de los demás. Terminarías tirándome en el cubo de la basura cuando te cogiera cariño y sintieras la amenaza de que una gorda, como yo, se enamorase de ti.

—Y te garanticé que jamás te abandonaría allí —afirma con idéntica firmeza a la que recuerdo entre tinieblas de aquella ocasión—, en medio del bosque y con la noche a punto de tomar posiciones. Tus ojos, llenos de rabia, se inundaron de lágrimas cuando te prometí que, por más veces que te perdieras, siempre te encontraría.

—Supiste ver a través de los míos que, pese a haberme encontrado en perfecto estado de salud, yo continuaba perdida. Ni las magulladuras ni el chichón por culpa del golpe suponían el menor dolor porque el daño era mucho más profundo. Llegaste a mi vida para sanar mi alma.

—Pero, aun siendo incapaz de ocultar la emoción que desbordaban tus lágrimas, no fuiste consciente de la sinceridad de mis palabras hasta que te besé. Tengo aquel instante grabado a fuego en mi pecho. Jamás había besado a nadie y sentía pavor de no saber hacerlo. Pero desde que te vi por primera vez, supe que tenías que ser tú. Tú eras la Campanilla que había esperado toda mi vida.

—Eso que dices es precioso.

—No, mi amor, precioso fue contemplar cómo regabas tus mejillas enrojecidas con lágrimas de emoción. Y mágico fue saborearlas fundidas con tus labios ardientes y entregados —rememora luciendo en su mirada la misma chispa de ilusión que en aquel pasado lejano—. Lo que sucedió aquel día a espaldas del mundo fue lo más hermoso que me había ocurrido jamás. Allí, con aquel beso, nació algo más que una preciosa historia de amor. El sellado de nuestros labios rubricó una promesa eterna que sigo y seguiré cumpliendo a rajatabla, mi amada Campanilla. Por más profundo que sea tu destino, siempre te encontraré. Mi vida, tú eres quien, con tu existencia, sostienes los pilares de mi mundo, los cimientos del País de Nunca Jamás.

26 - Nunca jamás

—Nunca, ¡jamás! —recuerdo que fueron las palabras que papá pronunció como dictamen cuando mamá le contó que Iván y yo llevábamos un mes hablándonos —. Un simple teniente no será pareja de mi hija en ningún caso. ¿Qué tipo de vida puede esperarle a su lado, si en un futuro deciden formalizar su relación?

—La misma que a mí contigo, Evaristo —defendió mamá mi relación por siempre soñada—. Aunque me tranquiliza bastante que ese muchacho tenga tan pocas cosas en común con quien espero que sea su futuro suegro. Si no lo estropeas antes, por supuesto.

—He dicho mi última palabra, así que, si no tienes nada más que decirme, tengo mi despacho atestado de documentos que reclaman mi atención.

—¡Tu hija reclama tu atención, pedazo de bestia! —le escupió mamá su ira en unos términos que nadie se atrevería a usar para dirigirse al recto y honorable coronel Ripoll.

—¡No te pases, Consuelo!

—¿O qué? ¿Pretendes arrestarme? —le retó ignorando la autoridad que papá creía poseer sobre ella. Aunque pienso que los problemas entre ellos llegaron por esta misma razón. Cuando papá y mamá se casaron, él debió de creer que podría moldear a su esposa del mismo modo que hacía con todos aquellos que le rodeaban con un rango inferior al suyo. Y es que todo se reducía a eso. Él acataba las órdenes de sus superiores, del mismo modo que no contemplaba otra alternativa para sus subordinados. Por desgracia, siempre creyó que mamá y yo también estábamos situadas por debajo de él en su particular escala jerárquica. Pero mamá era diferente y yo heredé su carácter.

Ahora lo recuerdo todo, o casi todo. Me acuerdo de que apreté los labios con más rabia que nunca, pero no fueron lágrimas lo que brotaron de mis ojos, sino odio. Una aversión que fue creciendo conforme iba oyendo cada una de sus palabras desde la seguridad de mi oculta presencia. Pero eso iba a cambiar. Por esa vez, al menos, la última palabra no la pronunciaría él.

Salí a su encuentro antes de que se dispusiera a hibernar en la cueva a la cual

llamaba despacho. Me cuadré frente a él con cinco kilos menos y varias dosis más de valor que un mes antes, dispuesta a coger de una vez las riendas de mi vida. Le miré con desprecio y él me devolvió la mirada, aunque era sorpresa lo que se desprendía de su expresión.

—Padre, tenemos que hablar —le dije, lo cual le puso en alerta. Más por la forma de dirigirme a él, que por mi orden disfrazada de sugerencia. Siempre luchó porque le llamara papá, pero pocas veces salía esa palabra de mi boca, aunque la tuviera presente. Se comportaba más como jefe que como padre.

—¿Nos has estado espiando, jovencita?

—Serán los genes, padre —respondí combativa— Pero a mí no me interesa oír lo que dice el enemigo o escudriñar los sueños de los demás. Siento mayor inquietud por participar en las conversaciones que me afectan directamente.

—Mientras no alcances la mayoría de edad, no tienes voz ni voto en las decisiones que tu madre y yo tomemos velando por tu bien.

—¿Mi madre y tú? No me haga reír, padre. La opinión de mamá tiene el mismo peso en esta casa que la de la sirvienta.

—¡No te voy a consentir que...!

—Pues tiene un serio problema —le interrumpí con una determinación que no era tal. Por dentro me ardía el pecho de miedo, pero sabía que me encontraba ante una oportunidad única para cambiar el rumbo de mi vida—. Voy a seguir viendo a Iván porque estamos enamorados y usted no va a hacer nada por impedirlo.

—Si tan enamorada estás, piensa un poco en él y no dilapides su carrera. Con sólo una llamada, terminará en una cárcel militar por abusar de una civil menor de edad.

—¡Tengo diecisiete años!

—Tú lo has dicho, hija: diecisiete años.

—Y dentro de cuatro semanas serán dieciocho —le recordé—, así que podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

—¡Pero bueno!, ¿me estás amenazando?

—Tómelo como quiera, padre, pero no estoy dispuesta a que destroce mi vida como ha hecho con la de mi madre.

Noté que contuvo el aliento, debatiéndose entre soltarme un tortazo o darme la

espalda, confiando en mi vuelta atrás. Sin embargo, yo estaba más convencida que nunca en decidir todo lo relativo a mi propia vida. En sólo un mes había sido capaz de adelgazar mucho más que en cinco vidas y había aprovisionado mi armario. Me tomaba mi tiempo en maquillarme para estar guapa para Iván e incluso estaba comenzando a olvidarme de mis complejos porque había alguien a mi lado que me trataba como a una persona, en vez de verme como una atracción de feria. Aquel era mi momento y no estaba dispuesta a dejarlo pasar. Ya no era una niña, sino una mujer que, por primera vez en su vida, se sentía deseada. Me sentía amada por el hombre más maravilloso del mundo.

—No intentes acelerar el proceso, mi vida —me aconseja Iván para rescatarme de mi abstracción—. Ya he pasado por esto y tengo claro que necesitas un período de adaptación para asimilarlo todo.

—¡Pero yo necesito saber!

—Poco a poco, cariño.

—¡No, ahora! —determino tajante, conocedora de que mis recuerdos no llegan mucho más allá del punto en el que me encontraba cuando Iván me ha traído de vuelta a esta realidad. Un mundo que, si no me equivoco, se encuentra en la segunda planta del sótano en el que se ha convertido mi cerebro, puesto que la primera debe de ser ese lugar que yo imaginaba como real—. Recuerdo que discutí con mi padre porque me negaba a que sentenciase nuestra relación, le amenacé con irme de casa e incluso creo que llegué a marcharme, pero no lo recuerdo. ¿Qué ocurrió? ¿Cómo conseguimos eludir su control?

Iván niega con la cabeza, imagino que temiendo que vuelva a caer en mi pozo del olvido, pero me conoce mejor que nadie y sabe que no cejaré en mi empeño de averiguar toda la verdad.

¡Oh, pobre Iván! Dijo antes que lleva muchos años intentando rescatarme. ¿Qué edad tengo?

—Te escapaste al quedarte esperando a que yo acudiera a nuestra cita diaria —me confirma en el momento en el que más bloqueada me encuentro—. Sospechaste de tu padre y le pediste explicaciones. Él no tuvo más remedio que admitir que me había arrestado inventando una excusa de la nada. Pese a todo y según me contaste más tarde, no mostró el menor arrepentimiento y fue lo que motivó tu decisión de huir. Pediste a una vieja compañera de clase el favor de que te acogiera en su casa.

—¡Gema! —recuerdo satisfecha, como quien desentierra un tesoro perdido durante años—. Pero ella no es una vieja compañera; sigue siendo mi amiga.

—Nunca fue tu amiga, sino una simple conocida con la cual te llevaste bien. No tenías a quién acudir y ella se presentaba como la mejor opción, teniendo en cuenta que un juez que impartía clases en la facultad de Derecho cometió la imprudencia de hacerle una barriga durante una fiesta universitaria. Por suerte para ese hombre, la muchacha era varios meses mayor que tú y eludió cualquier problema legal. Esa chica era la única persona cercana con independencia para darte cobijo —explica tumbando con pocas palabras uno de los cimientos sobre el cual he sustentado una vida que nunca ha llegado a existir.

—¡No puede ser! Yo sé perfectamente quiénes son mis amigas, porque supongo que ahora me dirás que también he imaginado que Lourdes y Rosana lo eran.

No responde en primera instancia, sólo me observa con cara de circunstancia y mirada de lástima.

—Si ignoramos una serie de detalles importantes, sí que fueron tus amigas durante muchos años, más de los que ahora mismo eres capaz de asumir.

—¿A qué te refieres? —le interrogo al borde de un ataque de histeria.

—Laura, ¿recuerdas cuál era la relación entre años reales y ficticios aquí abajo?

—Seis a uno, pero no entiendo... —Una horrible sospecha asoma a mi cabeza y sale hacia el exterior como un torrente de lava incandescente escaparía de su volcánica prisión—. ¿Me estás diciendo que llevo más de un siglo viviendo en una mentira? —me quejo preguntando escandalizada.

—Cálmate, Laura —me pide—. Estás respirando muy deprisa y te podrías desmayar. Vayamos poco a poco, por favor.

—Dime que no llevo viviendo más de ciento veinte años aquí abajo.

—Según mis cálculos aproximados, los años que llevas en coma profundo se corresponden con unos ciento veintiséis en el País de Nunca Jamás —aclara para destrozarme la vida con tan amarga verdad—. Y nunca jamás parecías poder regresar, pero ahora estoy convencido por primera vez de que podremos conseguirlo. Juntos podemos, mi amor —me anima con sus ojos brillando en exceso, aunque no creo que pueda existir nada en el mundo que pueda levantar mi ánimo en este momento. Me quiero morir por no haber sido capaz de vivir.

Apenas soy capaz de asimilar una pequeña parte de la información que me está revelando, aunque suena demasiado verosímil para que pueda estar inventándoselo. Tiene que ser verdad, pero me niego a creerla. No quiero ser una vieja sin haber sido consciente de envejecer. No puedo aceptar esa verdad

—Laura, por favor, abre los ojos.

Yo tenía una vida, unas amigas y un dineral deseoso de ser gastado. Por una vez en mi vida podía hacer con ella lo que me apeteciese.

—No me abandones de nuevo, mi amor.

Oigo quejarse a alguien que llora, pero no me apetece escuchar lamentos. Soy la portadora de una vida feliz, sin problemas o preocupaciones. ¿Qué puede importarme las desgracias de los demás?

—Regresa conmigo, por favor. ¡Eres y serás mi esposa por siempre jamás, Laura!

¿Su esposa? ¿Yo, su esposa? ¿De quién es esa voz que tan familiar me resulta?

—Por más veces que me abandones y te pierdas, siempre te encontraré, mi amor, mi Campanilla.

Recuerdo que alguien me llamaba así alguna vez.

¡Eh!, ¿quién me está besando? Tengo que abrir los ojos, pero no puedo. Tengo mucho sueño y me apetece dormir para vivir.

—Duerme, mi amor. Duerme, que yo velaré tus sueños.

¡Esa voz! La conozco, ¡seguro! Es de alguien que siempre me habla al oído, pero no puedo recordar.

—Hasta que vuelvas o me quede sin fuerzas, aquí estará tu Iván.

¿Iván? ¡Claro, Iván! Ese hombre que conocí... ¿Iván? Él es... mi marido.

Abro los ojos sin el menor esfuerzo y le veo sentado frente a mí, con la cabeza gacha y las mejillas mojadas.

—Aún no me he marchado —le sorprende al hacerme notar. A la vista de su expresión, no creía volver a oír mi voz hasta que mi cerebro no se reseteara de nuevo.

—¡Estás conmigo! —se alegra a la vez que seca sus lágrimas con el puño de la camisa. Tengo la sensación de que se avergüenza de que le haya sorprendido llorando. Pobre Iván; debe de haber sufrido un calvario. ¡Qué demonios! Habrá vivido un

auténtico infierno, de ser cierto que lleva tantos años intentando rescatarme. La verdad es que, cada segundo que pasa, su versión va ganando consistencia. Pero me cuesta tanto aceptar la nueva realidad...

—Dijiste que nos casamos —le sitúo para dejarle claro que sigo empeñada en conocer toda la verdad. O, más bien, en recordarla—. ¿Cómo superamos el obstáculo que representaba mi padre?

Después de hacer un esfuerzo por normalizar su respiración, se humedece unos labios que reclaman ser besados y se dispone a ilustrarme.

—Después de que te marcharas de tu casa, tu padre cambió por completo. Tú, su única hija, una adolescente a la que pretendía proteger en el interior de la urna que creó sin darse cuenta de que te habías convertido en una mujer, escapabas de su regazo para siempre. O eso creyó él —asegura evocando un pasado del todo desconocido para mi deficiente memoria—. Creyó perderte para siempre y movió cielo y tierra para encontrarte. Me convirtió en su aliado para dar contigo, aunque no teníamos la menor pista sobre tu paradero. Pero, a la semana de tu fuga, cometiste el bendito fallo de telefonar a tu madre para saber cómo se encontraba. Ella, a pesar de explicarte cuánto había cambiado tu padre, no pudo convencerte de que regresarás. Sin embargo, tan previsor como siempre, Evaristo instaló un sistema de localización de llamadas, confiando en que alguna fuera la tuya. No quiso volver a fallarte, por lo que prefirió no ser él quien fuese a buscarte, así que me dio las señas y me pidió que te trajera de vuelta.

—Y tú, como siempre, me encontraste —resuelvo convencida.

—Te encontré y todo cambió desde ese momento. Tu padre no tuvo otra opción que aceptar nuestra relación, bajo riesgo de perderte de nuevo. Por desgracia, el cambio de Evaristo motivó que tu madre se fuera distanciando de ti de forma paulatina, cuanto más unida te sentías a él. La difícil situación que vivía el matrimonio de tus padres jugó en tu contra en esa ocasión. Recuperaste a uno y casi perdiste a la otra.

—¿Casi?

—Una madre es siempre una madre —sentencia con rotundidad una verdad incuestionable—. Cuando fijamos la fecha de la boda, se volcó en ayudarte a organizarlo todo. Pero tu padre tomó cartas en el asunto cuando llegó la hora de decidir el mejor lugar para el banquete. Aquella situación se enquistó y, aunque no lo supiste hasta días después de darme el «sí quiero», derivó en la separación y posterior divorcio.

—¡Perfecto! —celebro con ironía—. El mismo día en el que me reencuentro con el recuerdo de mis padres, me entero de que se divorciaron antes de que me convirtiera en la vieja que ya soy, hecho que también he descubierto hoy. No tengo muy claro si lo mejor habría sido seguir ajena a todo.

—Olvidarte de los problemas no mejora la realidad; sólo la disfraza. Tú misma lo has dicho antes: has vivido en una mentira durante demasiado tiempo —me recuerda—. Si algo te enseña la vida es el dulce sabor que te deja cuando superas los problemas. Porque está plagada de ellos y tenemos que aprovechar los momentos en los que no nos acosa ninguno para extraer todo el jugo de cada segundo.

—Eso ya lo hacía yo viviendo en mi inconsciencia.

—Lo que tú hacías no era vivir —me contradice.

—Puede que lleves razón, pero disfrutaba de una vida tranquila, sin mayor preocupación que encontrar un trabajo de aquello para lo cual me formé.

—¿De abogada? —pregunta lo evidente—. Jamás llegaste a matricularte en la universidad.

—Eso sí que no me lo creo. ¡Soñé desde niña con ser abogada!

—Así es, lo soñaste, de igual manera que fantaseaste con tener buenas amigas, un marido al que no le importase el dinero y el hijo más maravilloso del mundo.

—¿Tener hijos? —pregunto con un tono tan agrio como la reacción que siempre me han provocado los niños—. Perdóname que me ría pero, hasta hace bien poco, los críos eran los villanos de mis pesadillas.

—Pero conseguiste cumplir el sueño de encontrar a un hombre que te quisiera por lo que eras, y no por lo que tenías —evoca obviando mi sarcástica apreciación de su relato.

—¿Cómo fue nuestro noviazgo?

—Corto e intenso —sentencia con determinación. Tan corto debió de ser, que ni siquiera recuerdo imágenes sueltas.

Resulta muy frustrante haber vivido una vida y apenas ser capaz de recordarla. Aunque, al menos, ya no tengo dudas de su existencia. Eso sí, a pesar de que necesito saber, me da un poco de miedo descubrir aspectos que puedan llegar a ser demasiado dolorosos. Aún no es el momento de avanzar tan lejos, pero me está comenzando a angustiar la idea de conocer qué pudo ocurrir para que fuese yo quien entrara en un

estado de coma tan profundo que me mantuviese durante años como un vegetal. Una especie de zombi que vivió sin vivir. Yo, sin embargo, he vivido durante todo este tiempo, aunque una vida que no me correspondía, una vida que di por buena porque estaba hecha a mi medida, sin problemas o preocupaciones.

—¿Por qué dices que fue corto? —me intereso—. ¿Ocurrió algo?

—Ocurrieron demasiadas cosas, todas hermosas. Fueron los mejores años de mi vida. Con nuestro noviazgo, adquiriste una confianza en ti misma que jamás habías poseído. Te querías comer el mundo que yo puse a tus pies. —Le miro con expresión de no entender a qué se refiere, pero no tarda en asesinar mis dudas—. No, nunca llegaste a graduarte en Derecho para defender a inocente alguno, pero sí optaste por dedicar tu vida a tu otra pasión: los niños —desvela para dejarme completamente atónita. Parece claro que dice la verdad, aunque cuesta demasiado creerle—. Con mucho esfuerzo y con la ayuda de tu padre —continúa—, conseguiste trabajar en la escuela infantil del acuartelamiento para alegrar la vida de otros inocentes.

—No me lo puedo creer. ¡Pero si hasta que me embaucaste para trabajar en La Guarida...! —No soy capaz de continuar porque una nueva perspectiva se abre ante mis ojos al revolotear por mi cabeza la sombra de una sospecha—. Lo hiciste a posta —pregunto afirmando lo que va pareciendo evidente—. Eras el jefe y podrías haberme contratado para cualquiera de tus empresas, pero querías que fuera esa, ¿verdad?

Un ligero asentimiento resulta suficiente para conseguir que me estremezca. Cada momento que pasa siento menos seguridad de querer conocer el final de la historia.

—Después de tantas veces como te insistí, estudiaste duro durante dos años en un curso que necesitabas para impartir, mientras que nosotros dábamos pasos de gigante en el proyecto. Por supuesto, nada que ver con lo sofisticado que es hoy. ¿Te apetece conocer el nombre con el que rebautizaste la escuela?

—Es que no termino de creérmelo —admito.

—Pues a no pocas puertas llamaste para terminar saliéndote con la tuya —aclara sonriente—, como siempre —añade.

—¿Qué tiene de especial el dichoso nombre?

—Lo llamaste El Jardín de Petra, en honor a la profesora que, con su jubilación, permitió que pudieras incorporarte.

—¡No!

—Sí —me contradice. Y lo cierto es que a mi memoria llegan poco a poco destellos de aquel pasado casi enterrado. Definitivamente, me resulta familiar. Incluso soy capaz ya de ver difuminado en el fondo de mi cabeza el rostro de la buena de Petra, de quien me burlaba aprovechándome de su bondad y de su nariz aguileña.

—Le decía que tenía cara de serpiente.

—La serpiente Petra —me confirma.

Conforme más avanza en su explicación, todo comienza a tener sentido. Por eso Iván, en su empeño de intentar que recordara, creó un mundo para mí, en el que pudiera ir recordando poco a poco sin que ello supusiera motivo alguno de conflicto para mi adormilado cerebro. Pero si todo ahí arriba se antojaba idílico, ¿qué ocurrió para que yo terminara en el estado que me he mantenido tantos años alejada de la realidad? Además, todo lo que me ha ocurrido aquí abajo no ha formado parte de su plan. He tenido visiones y sueños que él no tendría que poder controlar, como aquel miedo a la piscina, la pelirroja o el niño. Hay algo que se me escapa.

—¿Quién es el niño que se me aparece de vez en cuando? ¿Y la pelirroja? ¿Tuvo ella algo que ver en el estado en el que me encuentro?

—Laura, tienes que ir poco a poco, o correrás el riesgo de colapsar de nuevo tu cerebro —me advierte con ese tono de voz tan cálido al que cuesta no someterse, pero se trata de mi vida. ¡Necesito saber!—. Hay cosas que, gracias a la experiencia de tantos intentos fallidos, creí acertado ponerlas a tu alcance, pero muchas otras salieron directamente del interior de tu cabeza. De aquel lugar al que tantos años me ha costado acceder.

—¿Quién era ella?

—¿Raquel? —pregunta también él.

—Sí, la pelirroja esa con pinta de putilla de motel. Cuando hablé con ella me dijo que era una antigua novia tuya y...

—Laura, a excepción de las nuestras, las conversaciones que has mantenido aquí abajo las ha generado tu cerebro en base a ideas preconcebidas o corruptas. Estas últimas, motivadas por tu deseo de olvidar.

—Entonces, me confirmas que yo quería olvidar a esa mujer hasta que, al iniciar nuestra relación, intentó interponerse entre nosotros —resuelvo—. Se trata de eso, ¿verdad? Ella fue el origen de todo. ¿Me engañaste con esa mujer e intentó asesinarme? ¡Habla! —le exijo comenzando a perder la calma.

—Con ella comenzaron a llegar nuestros problemas, a pesar de no tener culpa alguna —me confirma con una frustración que no sé si refuerza mi teoría o si guarda relación con su estéril intención de avanzar poco a poco—. La chica —continúa—, única suboficial femenina, era competente, además de guapa. Evaristo, en uno de sus últimos intentos por frustrar nuestra relación, la puso bajo mi mando. Yo siempre te demostré cuánto te amaba y te amo, pero mi trato cercano con cualquiera activó tus alarmas más posesivas.

—¿Me puse celosa?

—Te obsesionaste con ella y...

—Ella se tomó la justicia por su mano —completo por él.

—No, te olvidaste de lo más importante. De haber sabido lo que ocurriría, yo mismo o tu padre habríamos alejado a esa mujer, pero la muchacha no tuvo culpa de nada —insiste en liberarla de toda culpabilidad—. Ella se limitó a cumplir con su deber con exquisita corrección y tú...

—¿Por qué dices que me obsesioné? ¿Y qué es eso de que me olvidé de lo más importante?

—Para ti, lo más importante siempre fuimos él y yo, pero permitiste que los celos se abrieran paso en...

—¿Mi padre y tú? —interpongo las cuestiones que me abordan a las explicaciones que le exijo—. ¡No entiendo nada!

—No, Laura —corrige temeroso—. Nuestro hijo y yo: la familia de tus sueños.

27 - La familia de mis sueños

Recuerdo aquella charla. Fue tras una de esas tardes en las que Iván llegaba más temprano porque papá había quedado satisfecho con los progresos del proyecto. Llegó a casa por sorpresa y portando un regalo. Un precioso conjunto de color azabache que no perdí la ocasión de estrenar invitándole a cenar. Tenía ganas de lucir mi cuerpo renovado, con el cual me sentía a gusto por primera vez en mi vida. Las horas de gimnasio y el tremendo sacrificio con la dieta dieron sus frutos y, con veinte quilos menos, al fin podía elegir las prendas sin preocuparme de si la gente me vería muy gorda a secas o tremendamente gorda.

Aún había bañistas aprovechando los últimos rayos del sol de julio, mientras que nosotros nos acomodábamos en el mejor balcón con vistas a la playa de Los Corrales. Los surferos deslizaban sus relucientes tablas sobre las «olas de Santiago» a la par que un camarero hacía lo propio con un pulcro mantel azul y blanco sobre la mesa con mejores vistas, la nuestra. Iván se interesaba por mi primer empleo y yo, orgullosa, le contaba la anécdota de mi primera jornada, que calificué como un día de mierda. Aunque la preocupación de su rostro se tornó en una sonora carcajada cuando le expliqué que tal calificativo era el más apropiado para una novata que se pringa las manos de caca al ayudar a un crío a limpiarse el culo. A pesar de la total complicidad que ya nos unía, sentí vergüenza.

Sin embargo, tan atento y correcto como siempre, él cambió de tema y bromeó asegurando que, una vez conseguido mi primer empleo como educadora, comprobaría de primera mano lo duro que resulta educar a un crío y se me pasarían las ganas de encargar uno.

—¡Jamás! —le dije—. Ya he cumplido dos de mis tres sueños y nunca se me pasarán las ganas de tener un hijo para sentirme completa.

—¿Tres? —preguntó extrañado.

—Estar feliz con mi físico, sentirme amada por mi hombre y dormir en mi regazo al niño más rubio y guapo del mundo. Es lo que siempre he soñado: tener la familia de mis sueños.

—Pues me parece que existe un ligero contratiempo —adujo con expresión de contrariedad para conseguir que mis músculos se tensaran. Lo primero que pensé fue

que papá había vuelto a hacer de las suyas y lo había destinado a otro destacamento o algo similar. Mi rostro, acosado por la urgencia, le apremió a sacarme de dudas, aunque él parecía más pendiente de saber si llegaba la cena que de lo que yo le hablaba. De hecho, su gesto para indicar al camarero que viniese así lo evidenciaba. Por prudencia, decidí esperar a que este se marchase para apremiar a Iván a que respondiese. Sin embargo, el hombre nos pidió amablemente que abriésemos hueco para poder servirnos una bandeja cubierta que me sorprendió.

—Creo que se ha confundido de mesa —le advertí—. Él ha pedido medallones de solomillo y yo una dorada.

—No, señorita. Mesa siete, es la correcta —me indicó obviando la observación y posando la bandeja sobre la mesa—. Espero que la velada sea de su agrado —dijo levantando la tapadera de metal con forma de media esfera que dejó al descubierto una bandeja casi vacía. Una pequeña cajita negra, cuya finalidad estaba muy lejos de servirnos de alimento, descansaba sobre aquella chapa fría que contrastaba con la ebullición que mi pecho estaba comenzando a experimentar. No era capaz de hablar, los labios me temblaban y los ojos parpadeaban veloces para evitar que las lágrimas echasen por tierra media hora de mi tiempo dedicado a maquillarme.

—Si pretendes formar la familia de tus sueños —salió Iván por fin de su silencio—, tendrás que superar antes la boda de tus sueños, ¿no crees?

—Yo...

Una especie de bola atravesada en la garganta seguía sin permitirme hablar.

—Tú —confirmó—. Sí, tú —repitió—. Laura Ripoll, la mujer más hermosa por dentro y por fuera que he tenido la suerte de conocer, ¿me permitirías que fuese yo quien intentara que todos tus sueños se cumplieran? —me propuso lo evidente a su manera, aunque, viendo que no reaccionaba, llevó sus manos hacia el pequeño recipiente de plástico forrado de terciopelo y lo abrió—. Campanilla, ¿quieres casarte conmigo?

Todo pareció transcurrir demasiado deprisa como para saborearlo. Casi tanto como las imágenes que se suceden de forma vertiginosa en el interior de mi cabeza desde que Iván me ha recordado algo que parece imposible de olvidar. ¿Quién, en su sano juicio, no recordaría un hijo tan esperado? Loca no parece que esté, pero queda claro que mi cabeza no funciona todo lo bien que debiera. De hecho, ahora se presentan muy nítidos aquellos días en los que, una vez superadas las emociones posteriores al «sí, quiero», la cosa comenzó a torcerse.

Primero llegaron los desajustes hormonales y el descontrol absoluto en la regla. Menudo chasco me llevé al año de casados cuando, tras más de dos semanas de retraso, me hice la prueba y salió negativa. A pesar de los esfuerzos de Iván por tranquilizarme, comencé a sospechar que quizás podría tener problemas para engendrar a un bebé. Del mismo modo que algo muy dentro de mí me dijo que mi destino y el de Iván estarían unidos desde el mismo día en que le conocí, en aquella ocasión tuve un presentimiento y no me equivoqué. Pronto llegaron las visitas al ginecólogo, que trajeron un sinnúmero de pruebas, y de ahí a saborear nuestro primer positivo. No me lo creía, pues la esperanza de llegar a ser madre había desaparecido casi por completo, dejando libre bastante hueco en mi cabeza para una depresión que aparentó desaparecer cuando recibí la feliz noticia. Recuerdo que fue en la playa de Cortadura, en una noche estrellada de junio, cuando, contemplando ambos la luna llena, me dispuse a preparar el terreno.

—¿Qué misterio es que, estando tan lejos, tenga tanta importancia en el funcionamiento del cuerpo de una mujer!

—La naturaleza y sus caprichos —secundó mi reflexión.

—Menos mal que, durante unos meses, no tendré que estar pendiente de cuándo toca luna llena.

—¿A qué te refieres?

—Mmm, hay cabos en el Ejército más avispados que mi teniente preferido —me burlé para conseguir que sus cejas se alzaran, a la par que sus labios se separaban mostrando su sorpresa. Recuerdo ya perfectamente que aquella fue la primera vez en la que pude emocionarme gracias al mágico brillo con el que las lágrimas de Iván conseguían embellecer más aún esos ojos marrones. Tenía una mirada que me volvía loca.

—¿Estamos? —preguntó con sus labios temblorosos.

—Estamos —le confirmé para fundirnos en el abrazo más cargado de amor que jamás nos hayamos entregado.

Pero no estuvimos. Ni esa, ni las otras tres veces que pasamos por lo mismo. Caí entonces en una profunda depresión y fue cuando coincidió con la aparición de Raquel. Aunque hacía bastante tiempo ya desde que papá la implicó en el proyecto para intentar frustrar mi relación con Iván, nunca llegué a saber de ella hasta aquellos días, durante la etapa más inoportuna de mi vida. Los caminos que toman los

pensamientos de una mente enferma son inescrutables y aquella fue una muestra más que evidente. Papá la invitó a un almuerzo de trabajo que tuvo lugar en casa y mis sospechas llegaron sin llamar a la puerta de mi castigado cerebro. Las sonrisas cómplices entre esa mujer y el amor de mi vida me llevaron a pensar que quizás tuvieran una aventura, pero en la siguiente fase de mi tormento fue cuando vi claro que Iván podría estar buscando con ella lo que yo no era capaz de darle.

Aunque en primera instancia llegué a transformar mi amor por él en algo cercano al odio, más tarde aparecieron de nuevo mis complejos y un inusual sentimiento de culpabilidad. No me sentía mujer sin ser capaz de dar un hijo a mi hombre. Desde ese momento, el odio que sentía por él me lo apliqué a mí misma y la autocompasión se la cedí a él, convirtiéndola en lástima. Lástima de haber tenido la mala suerte de haberse enamorado de alguien como yo. Antes de cumplir nuestro tercer aniversario, una vez abandonados los interrogatorios motivados por los celos, le propuse separarnos para siempre. Aunque en un principio le oculté el verdadero motivo, el llanto con el que consiguió helarme el alma me obligó a reconocer que no creía que él mereciera estar a mi lado. O mejor dicho, era yo quien no merecía estar al suyo.

Pero me hizo entrar en razón. Aunque buena parte de culpa la tuvo el que, sin esperarlo, volviera a quedarme embarazada. Esa vez sí, por fin, fue la definitiva. Todo cambió a partir de entonces. Desaparecieron los temores y los viejos complejos. El futuro se tiñó de rosa cuando más oscuro se advertía. Aún recuerdo su expresión cuando le dije que estaba de tres meses.

—Pero ¿cómo puede haber pasado tanto tiempo sin que te dieras cuenta? —me preguntó más nervioso de lo habitual. Y es que, por pequeña que sea, cualquier muestra de nerviosismo siempre ha resultado bastante evidente en alguien tan tranquilo como él.

—No sé —reconocí—. Los desajustes en el período son cada vez más habituales y supongo que no le di demasiada importancia a un retraso que no he llegado a controlar —expliqué también nerviosa ante la pregunta que me disponía a plantear—. ¿Por qué le das tanta importancia? ¿Acaso no te hace feliz la noticia?

Se quedó de piedra, observándome con una mirada inescrutable, suspiró sin que pareciera un resoplido y luego recuperó la mejor de sus sonrisas para dibujar mi universo con los tonos más bellos que una respuesta pueda llegar a conseguir.

—Mi amor, acabas de hacerme el hombre más feliz del mundo —confesó—,

aunque ya lo era desde el mismo día en el que te conocí.

Y hasta aquí llegan mis recuerdos. La expresión ilusionada que me regaló aquel día no se asemeja lo más mínimo al rostro de preocupación que luce en este preciso momento. ¿Qué ocurrió después para que unos segundos pensativa le supongan un motivo de alarma ante una posible recaída en mi estado de letargo permanente?

—Puedes relajarte —procuro tranquilizarlo—. Me encuentro bien, pero sigo necesitando que me ayudes a recordar.

—Y yo quiero que recuerdes —defiende—. Por eso he montado todo este engaño, pero ya he pasado muchas veces por esto, a pesar de que nunca había llegado tan lejos. Para mí habría resultado más sencillo acomodarme a tu sueño y vivir una vida a tu lado casi eterna, aunque no es eso lo que pretendo. No deseo vivir dando la espalda a los problemas porque son los que te hacen valorar su ausencia y disfrutar con plenitud de cada segundo.

—¿Estás insinuando que yo sí huyo de los problemas?

—No lo insinúo, Laura; llevas años haciéndolo. ¡Toda tu vida! —defiende con vehemencia.

—¡No sabes de lo que estás hablando! —protesto ante una observación bastante desacertada—. Comienzo a dudar de la historia que me estás soltando, teniendo en cuenta que no conoces una de mis principales virtudes. ¿Por qué crees que sigo aquí, intentando rescatarte? O eso creía. Yo nunca tiro la toalla.

—Cuando, a escondidas y siendo aún una chiquilla, te atiborrabas de dulces cada vez que tus padres discutían, huías de la realidad —me recuerda algo que, precisamente, no me acuerdo de haber confesado a nadie—. Las tres veces que te escapaste de casa, huías de la realidad. El día en el que decidiste no cursar una carrera por miedo a las habituales bromas a los novatos que, en tu caso, podrían haber terminado de hundirte en tu acomplexada juventud, huías de la realidad —continúa enumerando motivos más que suficientes para justificar las primeras lágrimas que pueblan mis mejillas—. Muchos de estos hechos los has enterrado en tu memoria, en tu afán por seguir viviendo en un sueño, pero alguno ya lo recuerdas, como la huida que propició el inicio de nuestra relación. Sin embargo, es posible que ya no te acuerdes de que pasamos meses sin hacer el amor porque preferías dar la espalda a tu deseo de ser madre, antes que sufrir otro embarazo frustrado. Tampoco recuerdas que la depresión fue otra forma de escapar a base de pastillas que te dejaban drogada todo el día. Así podías pasar horas y horas durmiendo o con la cabeza aletargada. —Me parece

increíble cada una de sus revelaciones, pero todas van desfilando ante mi castigado cerebro como hirientes *déjà vus*, por lo que no se me ocurre cuestionar su veracidad. Mi llanto ya sin control es una prueba más que evidente de mi nefasto pasado—. Los celos significaron el penúltimo invento de tu debilitado cerebro para afrontar la vida —prosigue castigando mi entereza—. Era el recurso perfecto para escapar de un matrimonio que no estaba saliendo como siempre habías soñado. Sólo faltaba el epílogo para terminar de escribir el libro de una vida plagada de frustraciones —deja caer, abriendo todo un abanico de posibilidades, a cual más inquietante—, pero me niego a permitir que concluya la historia. El error fue mío por no haber detectado antes tu sufrimiento —se lamenta—, aunque aún no es tarde para subsanarlo. Mientras haya vida, y nunca mejor dicho, hay esperanza.

—Yo... —Apenas soy capaz de articular palabra alguna, pero debo hacerlo. Se trata de mi vida. Una sobre la cual creía poseer un control absoluto y, sin embargo, estoy descubriendo que casi la totalidad de mi existencia es una mentira—. Dices que nos casamos y que tuvimos un hijo —recupero sus palabras—. Me has ido relatando aspectos de mi vida que permanecían enterrados en lo más profundo de mi memoria, de cuya veracidad no albergo dudas porque van desfilando ante mí con imágenes tan nítidas como todo lo vivido en esta fantásica realidad, en la cual creía ser yo quien te rescataba a ti. Entre mis recuerdos aparecen los celos, hecho que has mencionado, aunque sólo me acuerdo de una cena en la que me hirvió la sangre por la complicidad que hubo entre la pelirroja y tú. ¿Es ella el motivo de que me encuentre en este estado? —vuelvo a lanzar mi sospecha—. Si es así, algo más tuvo que suceder. ¿Os sorprendí en la cama y todo terminó en tragedia? —le interrogo sin ser capaz de ver la luz al final del túnel.

—Fue muy grande la ilusión que sentiste con el nacimiento de nuestro hijo y demasiado frustrante que apenas compartieras tu alegría conmigo, a causa de mis obligaciones —evoca en el inoportuno momento en el que asocio el niño que aparecía en mis sueños con el que me asegura que es nuestro hijo—. Por esta razón, tu cabeza dio un paso atrás y comenzó a imaginar cosas. Varios viajes a bases militares de Estados Unidos y la continua comunicación existente entre Raquel y yo motivaron que tus celos fueran creciendo. Por desgracia, no les di la importancia que merecían hasta que fue demasiado tarde.

—¿A qué te refieres?

Me observa pensativo tras digerir mi pregunta, imagino que valorando las opciones con las que cuenta para que su respuesta no me haga demasiado daño. Que me

lo va a hacer, es algo que tengo casi asumido. A la situación en la que me encuentro no se llega comprando un billete en la estación de autobuses.

—Aquel día comenzó torcido —comienza su explicación perdiendo la mirada por encima de mi cabeza—. Demasiado, diría yo. En mis años de servicio, jamás había llegado tarde al trabajo, pero la noche anterior fue dura. Mezclaste los ansiolíticos con el alcohol y tuvimos la discusión más fuerte hasta ese momento —asegura—. Me pusiste entre la espada y la pared. Espiaste a Raquel en su cuenta de Facebook y descubriste una foto que nos hicieron en uno de los viajes a tierras americanas. Sólo un brazo en su hombro y tu mente completó el resto —se lamenta con escalofriante exactitud, pues voy recordando conforme las palabras salen por su boca—. Me empujaste a abandonar el proyecto Peter Pan, a pesar de que era cuestión de tiempo que sintieras celos de cualquier otra mujer. Tuve que prometerte mi renuncia para que te tranquilizaras, pues estabas dispuesta a despertar a Sergio e irte esa misma noche a casa de tus padres.

—Me resultó tan extraordinario que alguien como tú pusiera sus ojos en mí, que viví demasiado tiempo atormentada ante la posibilidad de perderte.

—Sin embargo, eras tú misma quien te alejabas de mí poco a poco, cada día. Pero no te culpo —asegura—. En mi afán de hacer mi aportación a la sociedad mediante un proyecto revolucionario, no supe entender que no necesitabas un psiquiatra, sino un... —Se detiene dubitativo, ya con brillo también en sus ojos—. Un hombre dispuesto a cambiar antes la existencia de su esposa que la de millones de desconocidos. Pero no lo supe ver a tiempo.

—Me prometiste abandonar el proyecto y, sin embargo, no recuerdo que lo hicieras —critico quejumbrosa y albergando un temor más palpable por momentos—. Dime que no hice ninguna tontería. ¡Miénteme, si es necesario!

—Discutí con Evaristo —evoca obviando mi petición—. A pesar de que mi participación era voluntaria y de haber cambiado por completo vuestra relación, su forma de entender la vida y su sentido de la responsabilidad no le permitieron anteponer su hija al éxito del proyecto. Yo, aunque él insistía en mi condición imprescindible a esas alturas, abandoné y, sencillamente, me marché a casa cuando acabé mi jornada, sin trabajar un sólo minuto extra. Con mi esposa —añade—, como siempre tuvo que haber sido. Pero, a pesar de todo, me extrañé cuando, al llegar a casa, no oí el más mínimo ruido. No temí que te hubieses marchado, sin embargo, pues jamás llegaba tan temprano y di por sentado que te habrías entretenido charlando al recoger a

nuestro hijo en la escuela.

—¡Oh, Dios! Mis recuerdos se atascan al intentar salir a la vez de mi memoria, pero aún puedo sentir la angustia de algo terrible que ocurrió.

Llegué al dormitorio para cambiarme y sorprenderte, siendo yo quien cocinara el almuerzo por primera vez en muchos meses. Pero entonces, cuando te descubrí aún acostada, sufriendo los excesos de la noche anterior, el pánico se apoderó de mi razón. Temí que hubieses vuelto a tomar pastillas, pero no me costó demasiado despertarte con mis gritos atormentados.

—¡Oh, cielo santo, ya lo recuerdo!

—Caí entonces en él. Si tú estabas durmiendo...

—Apenas tuve tiempo de reaccionar —le interrumpo ya lanzada—. Salí corriendo en su busca por toda la casa, sin obtener el menor resultado. Una terrible sospecha se abrió hueco entre mis acelerados pensamientos y mi cuerpo me llevó hasta el jardín sin que yo fuese capaz de controlar un solo músculo. Y entonces lo vi. ¡Oh, no! —me lamento horrorizada al volver a revivir el origen de todo—. ¡Mi hijo, nuestro hijo! —repito idénticas palabras a las de aquella ocasión. Como si la realidad actual fuese otra, mi cuerpo me lleva hacia una piscina que sólo existe ya en mi cabeza. El agarre de unos brazos vigorosos no me permite avanzar y cualquier atisbo de vida escapa de mi cuerpo junto con la de mi hijo yacente—. ¡Sergio, mamá está aquí, aguanta! —le sigo exigiendo años después, pero la terrible imagen que no fui capaz de borrar de mi cabeza me atiza de nuevo para volver a destrozarme los cimientos de mi vida, una vida sin sentido. Mi hijo ha muerto; mi demencia y mi egoísmo lo han matado. Sergio, hijo mío, mi vida... Mi vida no es nada sin ti.

28 - Nada sin ti

Conozco este camino. A pesar de las sombras que guían mis pasos, lo conozco. A pesar incluso de la hiriente oscuridad y de la desesperante desolación de la nada que me rodea, no me cabe la menor duda de conocer el camino. Daría igual que estuviera privada de la vista o del oído, del olfato o del tacto. No necesito ver, oír, oler o tocar el camino para conocerlo. Sólo se requiere haberlo cruzado una vez, sintiendo en el alma la helada caricia de la soledad, saboreando en el paladar el tormento de la culpa. Conozco el camino porque ya lo recorrí.

Dormí muchas horas, demasiadas. Aquella fue la última ocasión en la que pude conciliar el sueño durante más de una hora seguida. No era para menos, ya que me había salido con la mía, una vez más. Había conseguido alejar a Iván de esa zorra pelirroja para siempre. Así podría dedicarse en cuerpo y alma a nosotros, a su familia.

Sin embargo, unos gritos que no presagiaban nada bueno tuvieron que castigarme con aquel maldito despertar. Iván, con el rostro blanco y los ojos rojos, conseguía despertarme por fin del que nació como sueño y acabó en pesadilla.

—¡Sergio! ¿Dónde está Sergio? —reclamaba de mí algo más que el balbuceo que el efecto de los antidepresivos me obligaba a soportar.

Aún hoy no soy capaz de comprender cómo fui capaz de obligar a mi cuerpo adormilado a completar la sucesión de carreras que me llevaron hasta el último rincón de la casa, en mi búsqueda desesperada. Mi vida se arrimaba al abismo tras cada segundo sin encontrar a Sergio. Fue cuando me vi cayendo por el precipicio; lo vi todo horrorosamente nítido.

—¡La piscina!

Daba igual cuántas veces discutiéramos antes sobre la idoneidad de construir una piscina, teniendo un proyecto de hombre viviendo bajo el mismo techo, bajo nuestro paternal cobijo. Iván ganó aquella batalla, en la que defendía su añoranza. Extrañaba aquellos chapuzones en aquel río de aquella montaña perdida en aquella sierra en la cual se crio. Poco o nada podían importar una valla y su pestillo. Ante la curiosidad de un niño, pocos obstáculos existen en un mundo real con demasiados peligros. Y tan real como se presentó aquella visión en mi cabeza, encontré flotando el cuerpo inerte de mi Sergio, mi hijo, mi vida.

Me lancé al agua sin pensarlo, nadé hasta él con tanta urgencia como torpeza y, cuando lo alcancé, su cuerpo yacía inánime y pesado sobre el agua asesina. Le zarandeé, le grité, le abofeteé, pero ninguna de mis desesperadas medidas surtían el menor efecto. Sergio, mi hijo, la sangre de mi sangre y mi más maravillosa creación, descansaba sin vida sobre mis brazos derrotados. Clamé al cielo por su regreso, mas sólo el sonido del chapoteo que yo provocaba fue toda la respuesta que obtuve.

De pronto aparecieron unas manos que intentaron arrebatarme a mi hijo, pero me resistí con las pocas fuerzas que me quedaban. Tendrían que matarme para arrancar su muerte de mi vida desdichada. Recuerdo el rostro de Iván, anegado de lágrimas, y sus gritos desesperados, pero no era capaz de verle ni de oírle. En su lugar, otro tiempo y otro lugar asistía como testigo a la primera nana que le canturreé a la vez que golpeaba con mimo su espalda para expulsar de su cuerpo aquellos dañinos gases.

—Tranquilo, mi amor —le susurraba a mi retoño—. Mamá está contigo, siempre estará contigo para protegerte, para encontrarte cuando te pierdas —asumí como propia la promesa que su padre me hizo a mí.

Sin embargo y al contrario que Iván, yo fracasé. Perdí aquella batalla. Depuse las armas y entregué mi cabeza. Nunca mejor expresado, pues jamás volví a razonar con claridad.

Los meses posteriores fueron los más duros de mi vida. Psiquiatras públicos o privados y un par de ingresos en la Unidad de salud mental, mezclada con lo peor de la sociedad. Después del segundo internamiento, una vez superada la fase de lesiones que yo misma me provocaba para intentar castigarme por haber sido la peor madre del mundo, llegó la segunda etapa. Fue un período de tiempo en el que, tras las recriminaciones previas del psiquiatra por estar haciendo daño a Iván con mi actitud derrotada, entendí que él merecía estar al lado de alguien mejor que el despojo humano que por entonces me consideraba a mí misma. Procuré hacérselo entender, sirviéndome del escaso sentido común y la calma que aún atesoraba. Sin embargo, de nada sirvieron mis argumentos. Él siempre defendió mi bondad, achacando todos nuestros problemas y desgracias a mi delicada salud mental. Pero confiaba en mi curación, en un futuro mejor, en el que fuésemos por fin felices y volviésemos a tener otro hijo.

—¡Jamás! —me negué con rotundidad—. De hecho, no está capacitada para traer una vida al mundo quien no merece vivir —alegué, sin resultado alguno, pues él se mantuvo firme en su convicción de ser feliz junto a mí. No lo podía permitir; él no lo merecía.

Llegó entonces la fase más vergonzosa de mi simulacro de vida. El alcohol de alta graduación, a pesar del asco que me producía, se convirtió en mi inseparable compañero. De poco sirvieron mis constantes borracheras, ya que Iván seguía confiando ciegamente en mi capacidad para curarme.

¿Acaso deseaba hacerlo yo?

La verdad es que no, nunca quise curarme porque no creía merecerlo. Supe entonces que tenía que ir un paso más allá. Tenía que traicionar su confianza para asesinar la devoción y el amor incondicional que sentía por mí.

Vestida y maquillada como una vulgar putilla, aproveché una tarde en la que Iván salió a hacer una compra del mes que ya no compartíamos. Después de varios copazos para entrar en calor, me fui directa a la discoteca en la que terminan todos los viudos y divorciados. No me costaría encontrar a cualquiera que se metiera entre mis piernas. Y entre el asco que me producía tanto viejo salido, apareció él. Jose, dijo llamarse. Dentista él, me costó arrancarle una invitación a la enésima copa de más que ya soportaba mi cuerpo. Era demasiado correcto y educado para el zorrón en que pretendía convertirme aquella noche. Suerte del régimen incompleto llevado al extremo antes del nacimiento de Sergio. Eso, unido a la pésima alimentación con la cual me castigué mientras se prolongó mi depresión, me permitió lucir aquella noche un tipazo que ya habría querido años atrás, en el origen de mi declive como persona.

De nada me sirvió, sin embargo. Ese hombre era demasiado íntegro como para aprovecharse de una mujer casada y, evidentemente, herida. El vómito posterior no fue producto de tanto alcohol ingerido, sino de la repulsión que sentía por mi comportamiento y por lo que estaba por llegar. En los siguientes minutos, estaba convencida de ello, se decidiría mi vida.

Jose no dudó en llevarme a casa cuando se lo pedí. Teniendo en cuenta las dos decenas de llamadas perdidas de Iván que alojaba en mi móvil, sabía que estaría esperándome en la ventana desde que, a duras penas, conseguí responder a la última con el escueto mensaje «se me ha hecho tarde».

Guiado por mis indicaciones previas, el dentista con potencial para ser beatificado paró el vehículo frente a la prisión en que se había convertido mi hogar. La silueta de Iván, con la luz de la cocina como telón de fondo, nos recibió por un instante, ya que desapareció de inmediato. Previsiblemente, salió disparado hacia la puerta para castigarme con un merecido interrogatorio. Cuando salió al jardín en pantalón de chándal y camiseta de manga corta, en pleno invierno, sentí lástima. ¿Por qué le estaba

haciendo daño? ¿No me bastaba con provocármelo a mí misma, denigrándome hasta el más bajo concepto que puede aceptar la palabra «persona»?

Supe entonces que no sería capaz. No reuniría la valentía necesaria para herirle con la intención de que me dejara. Tuve claro que no tendría valor para besar a ese hombre en presencia de mi amor, de la persona más maravillosa y paciente que haya conocido jamás. Sentí que había tocado fondo con mi falta de agallas para dar el paso, aunque, años después, entiendo por fin que fueron actos de cobardía todos aquellos con los que intentaba huir de la realidad.

—¿Te encuentras bien? —se interesó preocupado—. ¡Gracias! —alzó el tono para agradecer al desconocido del coche que me trajera y luego se olvidó de él. En ningún momento me interrogó guiado por los celos. Tenía plena confianza en mí, sin tener ni idea de lo cerca que estuve aquella noche de traicionarle delante de sus narices. Iván siempre fue tan noble, tan puro, que dolía quererle sintiéndome imperfecta por completo a su lado. Todo lo hacía de forma impecable y con cariño, de corazón. No, definitivamente, no le merecía.

Me costó encontrar el momento porque, desde aquella noche, apenas se alejaba de mí más de cinco minutos. Se convirtió en una molesta sombra de la que resultaba imposible desprenderse, a pesar de ser yo quien más oscuridad liberaba.

Pero tenía que llegar un despiste y llegó. Un día en el que tuvo que solucionar un papeleo en el banco para cancelar el préstamo que nos permitió comprar el hogar de nuestros sueños, el de mi peor pesadilla, se presentó una ocasión única para acabar con todo. Con mi disfraz de valiente, a pesar del acto de cobardía que iba a protagonizar, salí corriendo hacia el cuarto de baño, abrí el cajón de los efectos de aseo personal, extraje una cuchilla de afeitar y la golpeé muchas veces con fuerza contra el lavabo hasta que quedó hecha añicos. Tenía presente que no podía permitirme ni un segundo de descanso, pues las dudas se apoderarían de mí y me sentiría más culpable aún de lo que ya me sentía. Cogí con decisión una de las pequeñas cuchillas que descansaban sobre el frío mármol blanco y, sin vacilar, seccioné mi muñeca izquierda de lado a lado con un corte profundo que me hizo gritar cuando alcanzó el músculo. Un chorro continuo de un rojo muy vivo tiñó el lavabo con los restos de mi vida. A pesar de intentar hacer lo propio en la otra muñeca, el músculo afectado no me lo permitió. Confié por tanto en que la única herida sangrante fuera mortal en el tiempo que transcurriese hasta el regreso de Iván.

Nunca lo supe, hasta hoy. La falta de riego sanguíneo me introdujo en un estado

creciente de sopor que advertía del trágico final, aunque no a mí. Yo, en ese momento, extrañamente sentía paz. Una especie de liberación de las cadenas que me habían mantenido presa de mí misma durante toda mi vida.

Pero, a pesar de todo, cuando las vivencias de treinta y pocos años desfilaban ante mis ojos ya cerrados, pude ver su rostro por última vez. Jamás podré asegurar si fue en su intento de rescatarme de la muerte o, sencillamente, se trató de una alucinación. El caso es que vi sus bellos rasgos faciales acuciados por una angustia que, en mi estado, ya no comprendía. Sentí rabia y pena por él porque, aunque intentaba consolarle, me resultaba totalmente imposible. Sin saberlo, creo que aquel hecho fue el que me permitió aferrarme a la vida cuando más lejos estaba de mi cuerpo.

Mi siguiente recuerdo ya se aleja bastante de Iván, de Sergio o de mis padres. Me veo sentada en la cafetería, en la que durante tantos días de tantos años desayunaría, esperando a las amigas que siempre quise tener. La más graciosa, la más lista y la más popular de la clase representaban mi carácter, mi sentido común y mi corazón. Gema, Lourdes y Rosana se convirtieron en mis inseparables amigas por arte de magia. O más bien, como resultado de la vida imaginaria que mi cerebro inconsciente comenzaba a generar. Provocada por mi intento de suicidio, la falta de sangre en mi motor intelectual no acabo con mi vida, aunque sí la transformó en una existencia más liviana y carente de emociones. Una en la que cada día repetía idénticas acciones, que me proporcionaban una paz tan relativa como necesaria. Insípida pero, al fin y al cabo, paz. Todos los días oía las mismas gracias, las mismas recriminaciones de mis tres locas por mi pasividad ante el mercado laboral. Me engañaba a mí misma quejándome de esa inexistente oferta de trabajo que nunca llegaba porque jamás la demandé.

Y lo recuerdo a él, ahora sí. Su rostro decepcionado cuando, en su primer intento de rescate, no le reconocí. Le costó trabajo acceder a mí, mucho, ¡demasiado! Por aquel entonces y a pesar de mi amnesia, estaba muy reciente todo y mi sistema defensivo intentó alejarse de todo hombre, pues representaba una seria amenaza para mi corazón destrozado. Aunque terminó enamorándose, cuando intentó explicarme en qué consistía la verdadera realidad, no llegamos más allá de cinco minutos charlando. Me desmayé, soterré mi cerebro bajo toneladas de olvido y vuelta a empezar.

Otra vez desayunando con mis tres locas. Mismos chistes, mismos planes de futuro e idénticas recriminaciones ante mi falta de vitalidad, de energía y determinación para encarar la vida. En cierto modo, creo que ellas también llegaron a mí alentadas por mi sistema defensivo más elemental. Ese mismo que me prohibía

olvidar por completo a quien un día fui.

Iván, en cambio, lo intentó de todas las maneras imaginables. Llegó hasta mí siendo rico, siendo pobre, como el militar que era, como empresario, psicólogo, abogado, seductor, pasota, maleducado. Lo intentó todo hasta que, por casualidades del destino, se le ocurrió usar el proyecto Peter Pan dando una vuelta de tuerca. Me conocía demasiado bien y sabía que la curiosidad me podría. De ahí que utilizase el anuncio que, supuestamente, sólo a mí me llegó. Es lo más lógico de pensar, habida cuenta de que el resto de mi entorno consistió en meros objetos con forma de personas destinadas a dar veracidad a un mundo de mentira. El resto fue más sencillo aún, pues bastaba con que Evaristo, mi padre, me prohibiera mantener una relación con Iván para que a mí me resultase una idea de lo más atractiva. Siempre me encantó ir a contracorriente, saltarme las normas y vivir la vida que yo elegía, no la que me imponían.

Y así, aprendiendo de los errores durante tantos años cometidos, encontró la fórmula perfecta para llegar al punto en el que nos encontramos. Me tiene donde me quería. O quizás no, teniendo presente que la realidad, el origen de mi inconsciencia, me ha instalado precisamente en otro estado similar dentro del sueño en el que me encuentro. Le oigo hablarme, gritarme, llorar, pero no soy capaz de reaccionar. No sé si quiero reaccionar. Ya conozco las emociones a las que me expongo si decido abrir los ojos. Mi alma se desgarró en mil pedazos cada vez que reparo en el trágico pasado. Tantas ganas como tuve de ser madre y, sin embargo, no fui capaz de cuidar y proteger a mi hijo, aquel que tanto demoró su llegada, el mismo que tantos dolores me provocó durante nueve meses. No fui madre para quien tantas satisfacciones me regaló hasta que mi lamentable sentido de la responsabilidad sentenció su vida.

Si abro los ojos, tendré que afrontar otra nueva realidad sin él.

Pero luego está él, Iván, el amor de mi vida, quien dio sentido a mi existencia y me hizo sentir por fin mujer, al fin persona. Iván, mi teniente, mi Peter Pan, aquel a quien no tuve el valor de decir un simple «adiós». Quizás no merezca tener a su lado a alguien tan despreciable como yo, ¡seguro!, pero menos aún merece que vuelva a marcharme sin despedirme. Porque eso es lo que ocurrirá si permanecen cerrados mis ojos por más tiempo. Comenzaré a atormentarme, castigándome por mi desdichada existencia, hasta que mis recuerdos vayan desapareciendo poco a poco, lentamente y sin pausa, desterrados nuevamente por mi cerebro cobarde, deseoso de volver a una vida carente de emociones, de problemas, de tragedias. Me veré entonces, una vez más, rodeada de quienes me imprimen seguridad y estabilidad, unas amigas creadas a la

carta, de alquiler, de mentira, como mi presencia en este mundo.

—¡Despierta, mi amor! —me grita mi pobre y desgraciado guardián, el centinela de mis sueños, el protector de mis recuerdos, la llama que mantiene caliente mi corazón helado—. ¡No vuelvas a marcharte! —me suplica—. Ya no me quedan fuerzas para seguir viviendo sin ti.

Y a mí, ¿me quedan fuerzas para vivir contigo?

La verdad es que no, pero tengo que sacarlas de donde sea. Él merece mi esfuerzo. Está claro que soy yo quien no merece a alguien tan bueno y perseverante como él, aunque, por alguna razón que escapa a todo entendimiento, me eligió a mí y no parece dispuesto a renunciar a compartir su vida conmigo. Le debo, por tanto, entregarle los retales de mi existencia, si con eso lo hago feliz.

Siento el peso de su cabeza sobre mi abdomen y el de su pena sobre mi alma, por lo que me obligo a abrir los ojos.

—¿Por qué? —es lo único que se me ocurre decir—. ¿Por qué no te das por vencido y admites que mereces algo mejor? ¡Alguien mejor! —añado a la vez que entierro mis dedos en su cabello siempre revuelto.

Alza el rostro y su expresión de felicidad bañada en lágrimas me castiga como una daga afilada enterrándose en mi pecho.

—Prometí serte fiel —responde con dificultad—, amarte y respetarte —prosigue calcando unos votos que yo sí traicioné—, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud —añade antes de detenerse—, y en la enfermedad —casi concluye para conseguir que mis lágrimas se desborden—, todos los días de mi vida y hasta que la muerte nos separe.

—No permitiré que ni la muerte nos separe —prometo, aun sintiéndome superada por la contundencia de sus palabras. Me abrazo a él sin pensarlo y así me paso un largo rato, intentando sin éxito recuperar tantos años de abrazos como le he negado. Pero la vida me ha dado una segunda oportunidad que no creo merecer, aunque la voy a aprovechar. Se lo debo. Le debo hasta el aire que respiro, que a su lado sabe a real, a pesar de su engañosa presencia en este mundo ficticio e insípido. Un universo creado como si de una película se tratara, a base de espectaculares efectos especiales que, a pesar de todo, no permiten oler, tocar o saborear la vida en la cual te introduces. Resulta imposible percibir las sensaciones que sólo una existencia real te permite.

Él me ofrece eso, ni más ni menos, y yo no puedo negarme por más tiempo a

vivir.

—Volvamos a casa, mi amor —le sugiero con la voz cargada de esperanza—. Quiero que me lleves de vuelta a casa.

29 - De vuelta a casa

Estaba convencida de intentar hacerle feliz. ¡Lo sigo estando!, de hecho, pero necesitaba resolver una última cuestión antes de entregarme al «vamos» que acariciaron sus labios con adictiva sensualidad, pese a la encomiable paciencia que lo precedió.

—Sé que todo tiene sentido —admití—. Confío en ti. Porque te lo has ganado y porque mis recuerdos y emociones están de vuelta, aunque tengo algo que... —Vacilé—. ¿Cómo puedo estar segura de que todo esto se trata de un sueño? —pregunté sin pensar, después de tan extraordinarios hechos como yo misma protagonicé desde mi primer vuelo sin motor hacia las estrellas—. ¿Y luego? Cuando despierte, ¿cómo podré convencerme de que no me he bajado del ascensor antes de tiempo? Ahora que por fin soy consciente de mi pasado, de nuestro pasado —aclaré dedicándole una sonrisa de complicidad por tantos años extraviada—, tengo miedo de que mi futuro pueda volver a dejarse corromper por unos temores aún presentes.

Clavó la determinación de su mirada en mis ojos aún vidriosos, alzó su mano con calma, amenazando con una caricia a mi mejilla que nunca llegó, y situó la palma sobre mi boca. Dos de sus dedos taponaron mi nariz para terminar de despertar mi absoluto desconcierto, ya de por sí latente ante su increíble capacidad para mirarme fijamente durante tanto tiempo sin parpadear.

—En ese hipotético caso, seguiré encontrándote hasta el fin de los tiempos —volvió a prometer como siempre hizo—. Pero mientras tanto, te bastará con ser consciente del aire que no entra en tus pulmones porque no lo requieren. Aquí abajo no necesitas respirar, aunque lo hagas —me informó sin vacilar—. Fue uno de los experimentos en la fase inicial del proyecto. Tenía que verificar en mis primeros viajes que no me asfixiaba, por más tiempo que aguantara la respiración.

¡Y vaya si llevaba razón! Ante un argumento tan contundente, cualquier palabra quedaba muda tras mis labios sellados, a pesar de que ya no había duda alguna de que, en ese mundo, podría haber hablado incluso sin llegar a abrir la boca.

Luego me condujo hasta su imaginario ático con un secretismo bastante inquietante. Todas mis preguntas caían en saco roto, ya que se limitaba a contestar que era necesario ir hasta allí para volver a casa. Llegué a creer que, en un pasado aún por

descubrir, aquel fue nuestro hogar. Sin embargo, al llegar pude comprobar que estaba muy alejada de la realidad, ya que se vio forzado a responder que vivíamos en una casa unifamiliar retirada del bullicio de la capital.

Lo que siguió volvería a dejarme muda, aunque con una fuerte opresión en el pecho. Carente de sentido pero, al fin y al cabo, inevitable.

—Tenemos que hacerlo juntos —me reveló cuando llegamos al poyete que, en su terraza, nos separaba del vacío que tan buen recuerdo me dejó la primera vez que a él me asomé—. El único modo de volver consiste en sufrir una poderosa impresión.

—¡No lo entiendo! —reconocí—. El profesor y tu pad... El profesor y mi padre me dijeron que bastaba con hacer una señal con los dedos para... —Pero no llegué a concluir la frase—. Fuiste tú.

Con un leve asentimiento confirmó mi sospecha, antes de ofrecerme la debida explicación.

—No podía arriesgarme a que despertaras antes de tiempo y que una realidad no deseada te trajera de vuelta. Créeme, no hay otro camino.

Sabía que se trataba de un sueño, que no moriría al estamparme contra el suelo, que incluso allí tenía la opción de «salvarme» con sólo desearlo. Podría inventar un gigantesco colchón hinchable, de los que usan los bomberos; podría salir volando y posar mis pies en el suelo con delicadeza; podría hacer lo que me apeteciera, pero había llegado el momento de dejar de soñar y afrontar la realidad de una vez por todas.

—Sólo te pido que no sueltes mi mano —le supliqué en el momento preciso en el que se la entregué.

—Jamás lo hice y seguirá unida a la mía mientras circule la sangre por mis venas.

Miró hacia abajo una última vez, pese a que su intención era la de subir al mundo de arriba, y se lanzó al vacío arrastrándome con él. Durante los dos segundos que fui capaz de mantener los ojos abiertos, apenas noté el vertiginoso descenso que, sólo unos instantes más tarde, me llevaría de vuelta a la realidad, tras más de veinte años deambulando por los parajes más insípidos de mi imaginación. Sin embargo, fue al mirar hacia abajo cuando me vi obligada a cubrir mis pupilas con la cortina de mis párpados.

Pero no por ello desapareció cualquier vestigio del lugar que dejaba atrás. Una sucesión de vivencias, demasiado similares entre sí, desfiló ante mis ojos cerrados

para obligarme a entender que aquello que abandonaba no era un modelo de vida ideal, sino más bien un avance de la muerte emocional a la que me había encaminado durante tanto tiempo de forma inexorable.

Permanecer en ese lugar era lo más parecido a estar muerto. Una vida sin problemas no puede ser vida jamás, pues no permite valorar los verdaderos tesoros de nuestra existencia: los momentos compartidos con los seres amados.

De pronto, todo se volvió oscuro. Tengo que reconocer que llegué a dudar. Pensé que Iván se había equivocado o me había mentado y ambos habíamos muerto. Nada más lejos de la realidad, pues lo siguiente que experimenté fue una agradable sensación de bienestar, de paz motivada por un calor cuya procedencia desconocía.

—¡Laura!, ¿puedes oírme? —demandaba mi respuesta una voz que me resultaba familiar, a pesar de no corresponder a la de nadie que recordase haber conocido en algún momento de mis dos vidas.

La curiosidad fue lo que me obligó a redoblar mi esfuerzo por abrir los ojos. Resultó imposible en primera instancia pues, durante una milésima, una luz cegadora penetró hasta lo más profundo de mi cerebro, dañando desde la primera a la última neurona.

—¡La luz, joder! —gritó la voz familiar—. Lleva media vida con los ojos cerrados.

Y entonces sentí que, tras mis párpados, la claridad venía a menos y el alivio para mis ojos a más. Los abrí y pude apreciar, instalados en el techo y aún con las secuelas de la luz que unos segundos antes desprendían, unos focos muy similares a los que aparecían en la especie de quirófano que me vio viajar en mi sueño. Cuando mis pupilas se fueron adaptando al mundo que abandoné dos décadas antes, experimenté la inevitable impaciencia por descubrir un entorno bastante familiar. Y es que, como no podía ser de otra forma, Iván tuvo que inspirarse en lo que conocía para modelar a su antojo los escenarios de mi sueño.

Iván; él ocupó mi primer pensamiento de vuelta a la realidad. Sentí un irrefrenable deseo de volver a ver su rostro, a descubrirlo de nuevo, acosado por el paso del tiempo. Fue al girarme hacia la derecha cuando, en penumbra y a contraluz, distinguí una silueta que sólo podía corresponder con la de la persona más maravillosa y paciente del mundo. Creí advertir una sonrisa de satisfacción, que quedó de manifiesto cuando acercó su rostro hacia mí y me besó en la frente.

—¿Has descansado, mi querida Campanilla?

Juro que fue la primera vez en mi vida que sentí una desesperante impotencia. Intenté hablar hasta en tres ocasiones y, sin embargo, no fui capaz de reproducir más que torpes balbuceos. Si hubiese soñado de antemano con las peores formas de regresar, sin duda alguna que la vivida ocuparía uno de los lugares preferentes. Ni siquiera era capaz de mover los músculos faciales. Estando por fin despierta, yacía igual que durante los años anteriores, a excepción de mis ojos; lo único que parecía tener vida en mi cuerpo enajenado.

Sólo un detalle mereció la pena: deleitarme con unos rasgos que, aunque venidos a menos, me enamoraron sin remedio en una juventud demasiado lejana. Pero, a pesar de mantener una belleza innata, una sonrisa mágica y una determinación en su expresión con una fuerza similar a la de sus humildes argumentos, sentí pena, mucha pena. Y rabia, mucha rabia. Tras la profundidad de su mirada se advertía el descomunal cansancio que, sin lugar a la menor duda, le había supuesto la interminable misión de recuperarme del inframundo. Su admirable perseverancia había obtenido por fin el premio sobradamente merecido, más por perseguido que por representar recompensa alguna. Cualquiera le habría repetido mil veces durante años que estaba loco por intentar rescatar a alguien tan despreciable como yo, alguien que se marchó por la puerta de atrás sin despedirse. Definitivamente, yo no merezco estar junto a alguien como él, pero me eligió a mí y esta vez no puedo fallarle.

De eso hace ya dos meses. Sesenta largos días de aprendizaje y duro trabajo para volver a ser persona. Inevitables charlas con psicólogos, científicos y hasta destacados miembros de la cúpula militar. Mi vuelta suponía un hecho extraordinario para cualquiera de los implicados en tan ambicioso proyecto. A pesar de los avances que había experimentado la Ciencia durante mi internamiento en el interior de mi propia cabeza, nadie, salvo Iván, confió en que pudiera recuperarme después de tanto tiempo en coma. Pero él no dudó nunca. Su amor por mí demostró ser más poderoso que cualquier fuerza de la naturaleza, más misterioso que los mayores enigmas aún ocultos para la Ciencia.

Ya camino casi igual que cualquier persona. Mis músculos se han fortalecido tras la eterna inactividad, mi lengua ya trabaja al ritmo dinámico de la bocazas que un día fui y mi cabeza... Mi cabeza alberga casi tantas preguntas como antes de despertar. Se las planteo a Iván y siempre me estrello contra la misma pared de su mutismo. Me angustia que no vengan a visitarme mis padres y que él lo solucione justificando la ausencia con un sospechoso «aún no saben nada de tu vuelta». Cuando puse en duda

que papá se mantuviera ajeno a mi regreso, siendo el responsable e impulsor del proyecto Peter Pan, lo resolvió con un argumento tan lógico como doloroso: hacía más de cinco años que se había jubilado.

Pero hoy ha llegado el día, previa amenaza de montar una guerra mundial contra todo aquel que no me permita salir del cuartel. Por más que Iván asegure que aún no estoy preparada para enfrentarme a la realidad, tengo la sensación de haber perdido ya demasiada vida como para dejar escapar un minuto más. Debo reconocer que estoy nerviosa, muy nerviosa. A pesar de que, según mi cabeza, sólo hace unos tres meses que no veo a quienes me regalaron la vida, dos aquí y uno en el piso de abajo, lo cierto es que hace ya tantos años que no soy capaz de recordar mi última experiencia con cada uno de ellos. Me esfuerzo por descartar los malos recuerdos, aunque cuesta demasiado. Intento visualizar la imagen de papá jugando con su nieto, pero sólo soy capaz de rescatar su reproche contenido en la que fue nuestra última discusión. Jamás entendió que mis problemas psicológicos fueran motivo de enfermedad. Alguien tan rígido como él no podía aceptar semejante debilidad y no le culpo, pues así le curtió la vida. Sin embargo, aún duele demasiado que me culpase de la muerte de Sergio, por más que le asista la razón. Yo misma lo creo y esta convicción fue la que me impulsó a querer acabar con mi vida, pero ya he cumplido mi condena. Con creces, bajo mi subjetivo punto de vista.

—¿Estás preparada? —pregunta mi perseverante compañero.

—Creo que sí —bromeo con tono burlón para ocultar mi inevitable titubeo.

Me ofrece su mano, mientras que se sirve de la otra para abrir la puerta del almacén habilitado como improvisado dormitorio. Salimos agarrados, a la par que mi adrenalina se dispara, como si me dispusiera a saltar de nuevo al vacío. El largo pasillo está desierto, aunque puedo oír voces conversando tras la primera de las puertas que lo pueblan. Nuevo acelerón en mi corazón que motiva que mis piernas flaqueen, acosadas por los nervios. Llegamos por fin al hueco que me ha de dar paso a una nueva vida y la sorpresa por lo que veo se adueña de mis emociones. Sentada en una silla de ruedas, una mujer con rasgos conocidos me examina con mirada cansada. Pero son sus labios temblorosos los que manifiestan su emocionada reacción a mi llegada. Sus ojos parpadeantes denotan una mezcla de emoción y tristeza, detalle que no pasa desapercibido para quien, a su espalda, golpea con cariño su hombro en repetidas ocasiones.

—Mamá —apenas acierto a decir, sintiendo que la culpa atraviesa mi ardiente

mejilla con su la gélida caricia. Culpable por haberle negado un adiós.

Camino hacia ella vacilante, sin tener nada claro que mis enormes ganas de abrazarla sean similares a las suyas. Ella, con sus defectos, supo estar a la altura cuando más falta me hizo. Yo, sin embargo, la abandoné en este mundo que dejé atrás con todos sus problemas. A ella y a todos, incluyéndole a él. Alzo la mirada justo antes de arrodillarme a los pies de mamá y descubro sorprendida que no es papá quien sostiene los mangos de la silla.

—¿Tío Juan!?

—Bienvenida, ratita —confirma su envejecida identidad al saludarme como siempre hizo desde que tengo uso de razón.

—¿Y papá? —me intereso temiendo conocer la respuesta que mi cabeza ya da por sentada: no me perdonará jamás. Por más años que hayan pasado, papá me obligará con su indiferencia a soportar el peso de la culpa hasta el fin de mis días.

—Hija —comienza a responder mamá con los ojos enrojecidos y tan vidriosos que amenazan con seccionar mi corazón en dos mitades—, tu padre nos dejó hace dos años.

—¡No! —protesto tremendamente contrariada, con el peso de dos décadas tiradas aplastando mi pecho sin piedad—. Tengo muchas cosas que decirle, ¡le debo una explicación! —me lamento con amargura cuando mis rodillas sienten el lastre de la derrota sobre mis hombros y se entierran en el suelo. La descomunal pena que siento me obliga a saltarme el obligado abrazo con mamá y a perder mi desolación en su falda siempre dispuesta.

—No te castigues, mi amor —trata de consolarme como siempre, acariciando mi cabello con ternura y regalándome sus pausados consejos—. Él sabía que no encontraste otra salida antes de rendirte. No cometes el mismo error con el que se marchó él, mi amor. Nadie ha tenido la culpa de nada —justifica sin conseguir que me sienta mejor—. Ni él fue un mal padre que motivase los traumas que desencadenaron tu infierno, ni tú tienes que acarrear sobre tus hombros la carga de las consecuencias de tu estado. ¡No eras capaz de cuidarte a ti misma! Ese angelito tuvo la mala suerte de que el destino lo trajese en una situación insoportable.

—Pude haber hecho más —me castigo—. No lo puse todo de mi parte.

—Estás de vuelta —me recuerda Iván—. En cada momento, la vida nos fija unos límites y tú llegaste al tuyo. Todos somos culpables e inocentes, pero el único juez

de la vida es el tiempo. El tuyo, el nuestro —corrige—, sigue corriendo para permitirnos la redención. Sigamos viviendo, sigamos soñando, Campanilla. Sueña conmigo.

30 - Sueña conmigo

Sueña conmigo. Después de todo, de eso se trata. La vida es sueño. Un sueño que, entre tantas preocupaciones que nos desvían de un objetivo llamado felicidad, se nos escapa de las manos de forma irremediable y sin que seamos capaces de darnos cuenta. «Sueña conmigo» implica que no estás sola, que tienes a tu lado a alguien con quien compartir tu sueño... o tu pesadilla. Con Iván a mi lado, es muy sencillo que se trate de lo primero. No obstante, por mucho empeño e ilusión que desborde, sigue resultando muy duro rehacer mi vida en la situación en que me encuentro. Con media existencia tirada a la basura, la muerte de mi hijo y el tormento de mi padre sobre mis hombros, sumado todo a los inevitables problemas que van surgiendo en el día a día, se antoja demasiado empinada la cuesta que debo superar para cumplir mi promesa de hacerle feliz. Pero lo intento. Juro por la gloria de mi hijo que lo estoy poniendo todo de mi parte, aunque no tengo claro que resulte suficiente; lo noto en su cara.

—Estás muy pensativa hoy —observa para sacarme de mi, cada vez más habitual, estado de letargo.

—Me está volviendo loca este maldito dolor de cabeza —miento a medias, pues aunque es cierto que la dichosa cefalea no termina de retirarse, no reparaba en ello en este momento.

—Ya sabes lo que dijo el doctor; irán desapareciendo con el tiempo. Tus ojos han permanecido demasiado tiempo sin sufrir la exposición a la luz.

—Lo sé, pero no podré evitar las secuelas mientras que no se cumplan las previsiones del médico.

—Quédate en casa descansando, si prefieres no acompañarme —me sugiere tan comprensivo como siempre.

—Me he pasado demasiado tiempo descansando —admito con un halo de frustración instalado en el semblante—. Quiero acompañarte —resuelvo—. Hoy más que nunca.

—Sólo se trata de papeleo. Formalismos previos que son necesarios para la apertura del parque infantil, sin los cuales no nos concederán la licencia de obras.

—Lo sé, pero soy yo quien te ha metido en este «embolao».

—Cualquier motivo que despierte la sonrisa más bella del universo, en ningún caso puede suponerme el menor sacrificio.

—No puedo negar que siempre has tenido en tu mano la fórmula mágica para hacerla aparecer con la infinidad de recursos con los que cuentas —reconozco precisamente sonriendo.

—Peero...

—No hay ningún «pero».

—Te niegas a considerarlo siquiera, aunque ese «pero» está taladrándote el cerebro desde que volviste. Por más que te esfuerzas en procurar hacerme feliz, crees no estar cumpliendo porque no terminas de sentirlo. Lo ves más como una especie de contraprestación por los años de mi vida que he dedicado a rescatarte. No puedes vivir con tal nivel de exigencia, Laura, ya que así no puedes ser feliz. Y créeme: si tú no lo eres, yo tampoco lo seré jamás.

—Me conoces demasiado bien, mejor de lo que yo misma me conozco.

—Porque llevo décadas intentando acceder a lo más profundo de tu ser.

—¿Ciento veinte años dijiste que era la correspondencia del tiempo que pasé abajo? —pregunto aún sin dar crédito a que mi cerebro haya sido capaz de vivir más de un siglo en veinte años de coma. Y, sin embargo, no soy capaz de recordar más allá de un día. Un único día que se repetía una y otra vez, con minúsculas variaciones para que mi conciencia se mantuviera al margen de cualquier preocupación. Sólo él fue capaz de crear nuevos recuerdos que pululan por mi memoria como vestigios de sueños pasajeros.

—Más o menos —confirma cuando detecta que interrumpo mi nuevo calentón de cabeza—. ¿Y sabes qué? —lanza su abstracta cuestión sin demandar mi respuesta—. Que estoy convencido de que lo echas de menos.

—¿Soñar?

—Vivir instalada en la comodidad de una vida sin preocupaciones, en la que siempre tienes treinta y pocos y nunca te cuestionas el porqué de las cosas.

—En esa vida no estabas tú, por lo que jamás contemplaré el menor atisbo de añoranza.

—Eso que dices es precioso —confiesa acariciando mi mejilla—, aunque sabes tan bien como yo que tengo razón.

Con el silencio que encadeno a su sentencia, otorgo toda credibilidad a su aplastante argumento. Me he acostumbrado a vivir sin vivir, de tal manera que la muerte corporal a la que me sometí por decisión propia se antoja como la mejor vía de escape a esta otra vida que, sin embargo, se presenta insípida. Carente del sentido que me esfuerzo por sustentar en el amor infinito que siento por él. No parece suficiente, por desgracia. Ni siquiera el que él siente por mí resulta suficiente para colmarme de felicidad. Y esto me atormenta, me consume y destroza cualquier ánimo de recuperar un solo ápice de esperanza en alcanzar la vida con la que siempre soñé.

—¿Te gustaría regresar?

—No lo sé —admito mi vacilación respondiendo con la mano en el corazón—. Esta vida, aunque real, no me llena. Me siento desubicada, desorientada, como si entrara en el cine en la mitad de la película. Es una sensación muy extraña que me ahoga y me hace sentirme... —No acabo la frase porque me asalta una última cuestión—. Aún tengo una duda que me está consumiendo por dentro —le revelo con la somnolencia ya instalada en mi tono de voz.

—Si está en mi mano resolverla...

—Allí abajo, cuando me hiciste creer que estaba en el mundo real al ir contagiándome con el veneno de la curiosidad por el proyecto, sorprendí a papá llorando.

—Así es —me confirma sin la menor vacilación.

—¿Por qué provocaste su llanto? Es decir; se supone que él era un simple figurante en el elaborado sueño que construiste a base de ensayo y error. Si en los sueños no hay lugar para las preocupaciones, ¿cómo y por qué decidiste hacerme testigo de aquel lamento? Y lo más importante, ¿qué querías demostrarme con ello? ¿Por qué lloraba?

—Lloraba por ti.

—¿Por mí? —repito en tono interrogativo.

—Por tu posible reacción cuando, al regresar, descubrieras que él ya no se encontraba entre nosotros.

—No lo entiendo —admito—. Si los personajes no tienen consciencia propia, ¿cómo podía...? —Y entonces lo entiendo por fin—. ¡Eras tú! —resuelvo sobrecogida.

—Pasé infinidad de horas trabajando codo a codo con tu padre. Tantas como

para conocerlo incluso mejor que tú. Era un gran hombre —resuelve—. Recto, honesto y tan responsable como para dejar a un lado lo que más amaba con todo su corazón: su única hija.

—Papá —apenas balbuceo.

—Sí, Laura. A pesar de tan exigente como fue contigo, ese hombre, con sus aciertos y sus errores, te quería con locura. Su error fue creer que tú estabas destinada a heredar la obra suprema de su vida. Él siempre soñó con que tú ocuparas algún día el cargo que yo desempeñé, para así poder heredar el suyo cuando pusiera punto y final a su brillante carrera militar y científica.

—Pero yo le negué que disfrutara de su sueño.

—Te equivocas, mi amor. Con tu marcha, comprendió que su verdadero sueño siempre habías sido tú, su niña bonita, su Campanilla. Sólo quiso tu felicidad aunque, como todo padre, fue consciente de sus errores cuando fue demasiado tarde para corregirlos. Como ya te dijo tu madre, todos somos culpables e inocentes de cada una de nuestras vivencias. Como organismos vivos que somos, la interacción entre unos y otros nos permite disfrutar y sufrir cada uno de los capítulos que construyen algo llamado vida. ¡Vive, Laura! No mires nunca atrás para lamentarte, sino para sentir orgullo de haber tenido la suerte de nacer y vivir. Disfruta, ríete, equivócate, sufre tus problemas y disfruta tu paz, porque tú y sólo tú tienes la llave para entrar y salir en una vida plena, en una vida soñada. Sueña, Campanilla. Sueña conmigo.

—Te amo, Iván —confieso las tres únicas palabras que, directas desde mi corazón, deciden emanciparse de mis labios temblorosos. Unos labios que, adornados por el brillo de las decenas de lágrimas que pueblan mis mejillas, se disponen a buscar el complemento perfecto en los suyos—. Ojalá no se acabara nunca este momento. Me completas de tal manera que sólo te necesito a ti. El resto del mundo me sobra porque me basta con una mirada tuya para sentir todo tu amor. Bésame, mi amor. Bésame como si quisieras regalarme mi último sueño.

Mi último sueño

Percibo movimiento a mi alrededor, mucho movimiento. Sin embargo, el embriagador estado de sopor que me gobierna no me permite reaccionar ante nada. La paz que siento resulta adictiva, hasta el extremo de no preocuparme lo más mínimo cómo llegué a tal punto o quién y por qué osa interrumpir tan placentera experiencia.

—Despierta, Laura —oigo susurrar a Iván en mi oído con su inconfundible y reconfortante timbre de voz.

Pero no me apetece despertar. Se está mejor tumbada en la cama, sintiendo su calor y su... Está bastante duro este colchón. ¿Y él? No siento el contacto de su piel contra la mía.

—Vamos, despierta y deja de asustarme.

¿Asustarle? ¿Por qué habría de asustarle?, si sólo me he limitado a seguir su consejo de que descansara antes de... ¡La cita para el papeleo! Si me cuesta despertar y eso le asusta, puede que la pastilla que me dio no haya provocado en mi cuerpo el efecto deseado.

La creciente preocupación me obliga por fin a ordenar a mis párpados que no me priven por más tiempo de la luz y la tranquilidad que siempre desprende el rostro de mi amor.

—¿Cuánto tiempo llevo durmiendo? —le interrogo antes incluso de reparar en él.

—¿Durmiendo? —se extraña con una expresión de incredulidad en la que sus ojos lucen sin más arrugas que las propias de su incomprensible desconcierto. Casi tan importante como el que me aborda al descubrir de nuevo los juveniles rasgos que me enamoraron—. Laura, cariño, no estabas durmiendo. Te has golpeado en la cabeza y...

—Espera un momento —le interrumpo—. Se trata de una broma, ¿verdad? Eso es —comprendo—. Has decidido llevarme de vuelta abajo por alguna razón que se me escapa.

—No, mi amor. Fuiste tú quien decidiste bajar para darte un baño en la piscina, como todos los días, a pesar de que te dije que los invitados no tardarían en llegar. Ya sabes cómo es él.

—¿Él, los invitados? ¿Invitados a qué?

—El golpe ha sido más fuerte de lo que imaginé. No se hable más —resuelve—; les llamo y suspendo el cumpleaños. Nos vamos ya mismo para Urgencias.

—¿Pero de qué cumpleaños que me hablas? —le interrogo completamente desorientada.

—¡Cariño, del tuyo! —me habla con un tono condescendiente que me hace sentir mal por algo tan evidente para él y crítico para mí—. Hoy cumples treinta y cuatro años y llevamos dos semanas planificándolo para conseguir reunirlos a todos. Pero salta a la vista que no estás en condiciones de...

—Dame un segundo —le solicito—. Define todos.

—Pues todos, mi amor —repite sin perder la calma, aunque manteniendo su expresión preocupada—. Tus padres, el mío, tus amigas, Sergio. ¡Todos!

—¿Pretendes decirme que hoy volvemos a ser jóvenes, que papá y Sergio no han muerto y que mamá no se encuentra atada a una silla de ruedas? ¿Es eso lo que estás intentando colarme? Porque, si es eso, tengo que reconocer que has conseguido sorprenderme. Aunque he de recordarte que ya veo la mentira de los sueños desde otra perspectiva. Por más efectos especiales que hayáis conseguido crear con el proyecto Peter Pan, yo tendré presente siempre que se trata de una simple ilusión.

—¿El proyecto? Cariño, me estás preocupando. Deja que te ayude a levantarte y ya les llamo de camino para el hospital. Tú no estás para cumpleaños.

—¡No!, quiero que hablemos —le exijo—. Dime que no me estoy volviendo loca, que se trata de una sorpresa o una broma con la cual pretendes que vuelva a ver a los seres queridos que dejé por el camino.

—Laura, mi amor, la única que ha estado cerca de dejarnos, teniendo en cuenta lo aturdida que pareces, ¡eres tú!

No le creo. A pesar de haberse ganado con creces mi confianza, a pesar de que su incredulidad me impulsa a confiar una vez en su palabra, a pesar incluso de que deseo con toda mi alma que me esté contando la verdad. No le creo porque, después de haber descubierto por fin la verdad, la parte más racional de mi cerebro se niega a aceptar otra realidad inverosímil y extraordinaria en un espacio tan corto de tiempo.

Pero ¿y si dice la verdad?, reacciona mi yo más emocional. Lo cierto es que, aparte de los días que he pasado arriba junto a él y descubriendo abajo su fantástico

sueño creado para mí, sólo recuerdo un único día. Uno en el que desayuno con las chicas y me paso el resto del día tonteando en casa. Les hablaba de mis andanzas con los tíos en cada salida nocturna y, sin embargo, no soy capaz de recordar más allá de Iván. ¿Y si dice la verdad?

—Tengo que arreglarme —soluciono nerviosa ante la posibilidad de ver cumplido mi sueño.

—¡No estás en condiciones de...!

—¿Te encuentras mejor, mamá? —irrumpe con inocencia la dulce voz de un niño que se clava en lo más profundo de mi corazón.

Giro la mirada hacia la procedencia de semejante canto celestial y ahí está él: Sergio, mi hijo, ¡mi vida! Aquel cuya desgraciada desaparición desencadenó lo que hasta hace un segundo era la realidad. En cambio, tenerle a la vista después de tanto tiempo me nubla la razón, a la par que las lágrimas que brotan de forma espontánea hacen lo propio con mis ojos entregados a tan maravilloso espejismo. Salgo disparada hacia él y llorando lo aferro entre mis brazos para que no se vuelva a marchar de mi lado jamás.

—¡Me haces daño, mami! —se queja, aunque apenas consigue que relaje un poco mis músculos. Pero no más de un suspiro se prolonga el descanso que le regalo. El temor repentino que me atenaza ante la posibilidad de que se desvanezca ante mis ojos me obliga a convertirlo en una parte más de mí, de la cual no pienso desprenderme nunca más, como siempre tuvo que haber sido. Decido entonces mirarle de nuevo a él, a quien ha conseguido que se cumplan mis sueños una vez más. Con la mirada de gratitud que le entrego bañada en lágrimas, intento trasladarle cuánto amor siento por él. Iván, en cambio, me observa frunciendo el ceño. Entiendo entonces que me está sugiriendo que suelte a nuestro Sergio, bajo riesgo de ser yo esta vez quien le quite la vida al privarle del aire vital.

Los astros se alinean para que, en el preciso momento en el que me separo de él, suene el timbre para conseguir que mi corazón palpite con mayor violencia.

—Tienen que ser ellos —vaticina Iván a la vez que camina en dirección a la puerta.

Cuando regresa, un minuto más tarde, lo hace acompañado de unos rostros conocidos, muy conocidos. Tanto que el mío es producto de la fusión de ambos: el brillo en los ojos de mamá y la mueca arisca en los labios de papá.

—Papá —repito la misma palabra que reprodujeron por primera vez mis labios hace más de tres décadas. Y es que, a pesar de todo, mi primer balbuceo con sentido, cuando apenas me alzaba unas cuartas del suelo, fue para llamar a papá. Así me lo contró frustrada mamá, años más tarde.

A pesar de la extrañeza de su rostro ante mi emocionada reacción a su llegada, papá camina decidido hacia mí, extrañamente agarrado a la mano de mamá. ¿Habrán conseguido solucionar sus diferencias durante mi enajenación? Ya no sé qué creer.

Cuando llegan hasta donde me encuentro, me lanzo a sus brazos como si el crío presente fuera yo, en vez de un Sergio de quien me olvido por unos instantes. Lloro de felicidad por tenerles cerca a todos de nuevo, mientras que papá golpea mi espalda comprensivo en repetidas ocasiones, a la vez que mamá me atusa el cabello.

—Os quiero —confieso con la dificultad que la congoja me produce—. Nunca debí dejar a un lado la sana costumbre de recordaros cuánto os quiero.

—Y nosotros a ti, hija —reconoce mamá.

—¿Cómo te encuentras? —se interesa papá—. ¿Dónde te has golpeado?

—Estoy bien, ¡papá! —le tranquilizo enfatizando con orgullo una palabra que durante años evité pronunciar—. Tenemos que hablar sobre mi futuro.

—Hija, fui yo quien te pedí que recapacitaras —me recuerda algo que extravió mi descontrolado cerebro—, pero no es el momento de hablar del futuro, sino del presente. Conozco a cierto neurólogo del Cuerpo que me debe algunos favores.

—Papá, yo te debo seguir viva —le interrumpo—, razón más que de peso para dar continuidad a tu obra. Quiero que me pongas al día cuanto antes para poder convertirme en una heredera digna de la persona más buena y responsable que conozco —reconozco guiada por la emoción del momento, lo cual me priva de tener presente a Iván, a quien considero más bondadoso, indulgente y humano que a papá—. No me olvido de ti, mamá —le recuerdo mirándola ahora a ella, aprovechando que papá se ha quedado mudo—. Tú has modelado con tu cariño la persona que soy en la actualidad. Gracias a ti, he comprendido que, por más relativo que sea el tiempo, siempre tenemos la opción de cambiar. Tú me mostraste el camino para llegar hasta mi corazón.

—Hija, siempre has tenido un gran corazón. Tu problema fue darte cuenta cuando ya estaba destrozado por nuestro abandono —desvela con unas palabras cargadas de sentimiento—. Tu padre y yo hemos hablado mucho de ello y nos hemos prometido cambiar. Tarde, pero hemos comenzado por la base: nuestro matrimonio.

—¿Habéis arreglado lo vuestro? —cuestiono emocionada por enésima vez en pocos minutos.

—Tu rostro de felicidad bien lo merece —se adelanta papá—, aunque no es algo que deba ocurrir de un día para otro, hija. La verdadera y más importante obra de mi vida será mantener unida mi familia hasta el día en el que nuestro Señor me reclame —vaticina tan beato como siempre, aunque hoy me da igual. Soy feliz y sería capaz incluso de ir a misa si mi PADRE, con mayúsculas, me lo pidiera.

—Os quiero y os prometo que me esforzaré por ser la hija que siempre...

No llego a terminar mi frase cuando suena de nuevo el timbre. No hace falta abrir la puerta para saber de quién se trata; desde aquí puedo oír ya sus habituales discusiones. Aunque mi intención refleja es la de ser yo quien vaya a abrirles la puerta de mi casa, de mi hogar por fin feliz, Iván hace un gesto con su mano para liberarme y permitirme así que siga disfrutando de mi momento.

A pesar del jaleo provocado por las dementes que tengo como amigas, jamás habría imaginado la estampa que mis ojos tendrían la suerte de contemplar en el día más feliz de toda mi vida. Juntas y sonrientes, descubro entusiasmada cómo cruzan el porche que da acceso al jardín y se dirigen hacia mí Lourdes, Rosana, Gema, Angie y Sonia. Esta sorpresa de Iván sí que no me la esperaba. Jamás se me habría ocurrido imaginar que juntaría a mis amigas reales y... Aunque, ahora que lo pienso, vagamente las recuerdo a las cinco en mi despedida de soltera. ¿Las presentaría entre sí en algún momento de esa otra vida que no recuerdo? ¿Implica dicho recuerdo que todas son reales, que todo lo que estoy viviendo hoy es real?

Mis emociones están demasiado alteradas para analizar la situación. Sin embargo y a pesar del bloqueo mental que me gobierna, un único pensamiento se hace dueño de mis deseos más inmediatos: no quiero despertar nunca. Si se trata de otro complejo sueño ideado por la mente más maravillosa y pura que existe en el universo, deseo que este sea el último. Y a él me entrego en cuerpo y alma porque quiero ser feliz, ¡quiero vivir!

Ha sido una jornada demasiado intensa para mí. Ellos parecían no entender mi efusividad, mis incontables y emocionados comentarios que les dediqué a cada uno, aunque no les culpo. Sólo yo tengo presente lo que me ha tocado vivir, lo que me ha tocado soñar.

¿Sueño o realidad? Aún no termino de tenerlo claro, pero he decidido que, en adelante, sólo me preocuparé de vivir a tope el presente. De nada sirve instalarse en la comodidad de los recuerdos, pues nuestro futuro se cimenta sobre nuestros actos más inmediatos. Siempre estamos a tiempo de cambiar, por más relativo que sea nuestro paso por esta maravilla que llamamos vida. Yo he decidido vivir y para ello he de luchar con uñas y dientes para que se cumplan mis sueños. Sólo así podré alcanzar la plena felicidad. Por suerte, teniéndole a él a mi lado, al mejor compañero de sueños que se pueda llegar a imaginar, todo será más sencillo. Él contagia mi vida de sencillez y no pienso volver a complicarla nunca más. Se lo debo. Le debo hasta el aire que respiro. Ese mismo que podría sacarme de dudas si decidiera aguantar la respiración por un tiempo indefinido. Sería la forma más directa de saber si estoy soñando esta vida o, por el contrario, mi vida se ha convertido en un sueño. Pero no lo voy a hacer porque la plenitud y la paz que iluminan su rostro no merecen un final así. De tratarse de otra ilusión más, da la impresión de que ya no le importa. Parece bastarle con tener presente que ya no vivo en una mentira. Quizás sí en un sueño, pero, en cualquier caso, es nuestro sueño. Sin secretos, sin mentiras, sólo con amor, mucho amor.

—¿Lo has pasado bien? —se interesa consiguiendo embrujarme de nuevo cuando cada una de sus palabras adquieren forma al acariciar su pecho mi mejilla. Me encanta sentir su respiración, sus latidos o sus emociones acomodada en la calidez de su torso.

—Imagino que estarás bromeando —censuro su pregunta—. Si existe la magia, hoy has dejado a Houdini como un vulgar principiante.

—¡Exagerada! —protesta sonriendo—. La magia la creaste tú cuando me tocaste con tu varita por primera vez.

—Pero eres tú quien posibilitas que no tenga la menor intención de abandonar el País de Nunca Jamás, mi apuesto Peter Pan. Por cierto —me dispongo a cambiar de tema—, no he llegado a confesarte que sólo me falta una cosa para que mi vida se convierta en un sueño idílico —le sugiero permitiendo que el más travieso de mis dedos se emancipe de su delicada vellosidad pectoral y comience un morboso descenso hasta detenerse sobre su virilidad. Sólo provisto de la parte baja del pijama, su creciente erección deja de manifiesto que no pondrá el menor obstáculo en mi búsqueda de la felicidad—. Me gustaría que Sergio tuviera una hermana.

No cabe la menor duda de que he conseguido sorprenderle, a tenor de su más inmediato silencio. No lo esperaba, parece claro.

—Eso es... —Vacila—. Es la más maravillosa y hermosa de las ideas que se te podrían haber ocurrido para poner la guinda a un día de ensueño —advierte incorporándose sin dudar lo más mínimo. Retira de mi frente un mechón para poder deleitarse con la pícaro mirada que le dedico y luego se lanza a la captura desesperada de mis labios. Le devuelvo la intensidad y el amor que me entrega con su beso aunque, cuando la palma de su mano se apodera de mi pecho, pongo fin a su caída libre hacia mis encantos.

—No corras tanto, guapetón. Recuerda que tenemos toda una vida por delante —le castigo con una mueca burlona.

—Me estás vacilando, ¿verdad? Acabas de buscarme y ahora me dejas así —protesta—. Eso tiene un nombre.

—Así es, querido, aunque no pensaba yo en la misma palabra que tú. Cariño, recuerda que me he dado un golpe muy fuerte en la cabeza y tú mismo comunicaste con sutileza a nuestros invitados que necesitaba descansar. Ha sido tu justificación para dar por concluida la fiesta.

—Lo sé, mi amor, pero... Llevas razón —admite frustrado—. Es muy egoísta por mi parte querer... —No llega a terminar casi ninguna de sus frases porque mi crueldad le ha roto los esquemas. No lo merece, lo tengo presente, aunque tampoco merece un día tan emocional como el que acaba tener un final así de primitivo, por más que cada poro de mi cuerpo me empuje a fundirme con el suyo.

Pero, a pesar de todo, decido seguir adelante porque soy tan cabezota como papá. Si me echara atrás, estaría traicionando al más básico de mis instintos: la rebeldía.

—Mañana será otro día para seguir creando nuestro sueño —me justifico.

—Y ahora, ¿qué hago yo con esto? —me interroga apuntando con su mirada al guerrero que tiene entre las piernas.

—Buena pregunta, mi amor. Imagino que tendrás que darte un baño. O mejor aún —apunto juguetona al surgir en mi cabeza una malvada y, a la vez, inocente ocurrencia—. Puedes imaginar cualquier cosa que te propongas. No sabes hasta qué punto es capaz de llegar nuestro cerebro. Sí, definitivo. Creo que soñar es lo mejor, así que te aconsejo que hagas eso. Sueña conmigo, Peter Pan.

Se acabó el sueño

Desde que comencé a soñar, hace algo más de tres años, siempre me dije que optaría por despertar el día en el que dejara de entreteneros o cuando mi último sueño no superase al anterior. Estoy casi convencido de que te habrá gustado la historia que acabas de leer. Sin embargo, soy honesto y doy por sentado que no he conseguido mejorar en calidad (el entretenimiento es más subjetivo) a las obras precedentes.

¿Por qué ha ocurrido? ¿Significa que me he estancado o que he dado un paso atrás como creador de sueños?

No necesariamente. Simplemente, no me encuentro capacitado en la actualidad para seguir evolucionando como escritor o para mejorar lo ya escrito. Yo no me conformo siquiera con mantener el nivel pues, en toda actividad creativa, lo habitual suele ser que el consumidor te exija cada día más. Yo mismo me exijo más cada segundo que pasa aunque, llegados a este punto, soy incapaz de cumplir con mis propias expectativas.

Conociéndome, seguro que te estarás preguntando el porqué. Muy sencillo. La inmensa mayoría de escritores tira de su vocación para obligarse a escribir, mientras que yo no oculté jamás que carezco de dicha cualidad. Para mantener mi capacidad de sacrificio intacta, siempre tuve que hacer uso de la ilusión. Ilusión por mejorar, por ser el mejor, por llegar al mayor número de personas. Por desgracia y como se suele decir, «entre todos la mataron y ella sola se murió». A día de hoy, mi ilusión ha pasado a mejor vida.

No es el momento ni el lugar para debatir acerca de las múltiples causas, aunque sí puedo aseguraros que son de todo tipo, tanto relacionadas con mi actividad literaria, como en lo concerniente al ámbito personal. Demasiados condicionantes para poder luchar por mantener la mente fresca y limpia de preocupaciones. Además, en el hipotético supuesto de que decidiera exponer las razones, algunas de ellas podrían llevar a ciertas personas a tener una opinión equivocada de mí. Para evitarlo, prefiero marcharme de la misma forma que llegué: con elegancia y sin hacer ruido.

En cualquier caso, debo reconocer que nunca me ha gustado ser esclavo de mis palabras. Con esto quiero decir que si algún día me veo capacitado para regresar, lo haré del mismo modo en que me voy: sin dar explicaciones. No creo que, en tal

supuesto, estuviera obligado a ofrecerlas, pues cualquiera que esté leyendo estas líneas entendería que la única razón sería haber recuperado la ilusión.

Ya tengo preparadas las maletas y el barco está a punto de zarpar. Cuando llegué, las traje casi vacías y, sin embargo, hoy me las llevo repletas. Llenas de recuerdos, de momentos inolvidables, de decepciones, de experiencia, pero sobre todo, de AMIGOS. Por eso no quiero personalizar en nadie mi agradecimiento a tanto como me habéis dado. En mayor o menor medida, todos habéis contribuido a que diez de mis sueños llegaran hasta ti. Siempre intentando mejorar el anterior, siempre intentando entretener con cada uno de ellos. Ha sido gracias a todos, a quienes me apoyaron desde el principio hasta el final, a quienes me abandonaron por la puerta de atrás, a quienes me ningunearon o intentaron herirme con la crítica más mordaz, a quienes no me leyeron aun ayudándome de mil maneras, a quienes dieron conmigo por casualidad y se convirtieron en amigos para toda la vida. Todos, de una u otra forma, merecéis mi reconocimiento porque, queriendo o sin querer, me habéis ayudado a crecer como escritor y como persona. Hoy soy mejor que hace tres años y eso os lo debo a vosotros. Por ello me siento en deuda y no veo forma de pagarla diferente de seguir poniendo a vuestra disposición mi legado. Un catálogo de diez sueños, entre cuyas líneas se define todo aquello cuanto soy, todo aquello que llevo dentro.

Me marcho con el regusto amargo de la derrota, pese a todo. Vencido por mi propio sueño, que no he podido ver cristalizado. No es para menos, teniendo en cuenta la ambición que me gobierna. Sin embargo, confío en que alguien reviva a Alex García cuando abra la primera página, tengo fe en que alguien me eche de menos e intente recordarme a través de mis palabras, haciendo uso de mis sueños. Alguien dijo una vez que la vida es sueño, por lo que no veo mejor manera de vivir, mejor manera de dar sentido a lo que hice. Así que ya sabes; si algún día me extrañas, abre la primera página y entra en mis sueños. Si algún día te apetece recordarme por lo que hice y por lo que fui, entra en mis sueños y sueña conmigo.

PD: estas son las primeras y últimas líneas que no se molestará en revisar y corregir Alex García, un humilde currante que, en adelante, será simplemente Jose. He querido que mis últimas palabras llegaran a ti tal y como salieron de muy dentro. Aunque imagino que ya lo sabrás porque allí también estás tú.

Os quiero.

Índice

- 1 - El debate
- 2 - La entrevista
- 3 - El contrato
- 4 - Vacío
- 5 - Todo lo que llevo dentro
- 6 - Mi entrenamiento
- 7 - Mi primer viaje
- 8 - Mi primer fracaso
- 9 - Buscando respuestas
- 10 - El mundo de Iván
- 11 - Intentando rescatar a Iván
- 12 - Mi trabajo aquí abajo
- 13 - Poniendo las reglas del juego
- 14 - El amanecer
- 15 - Tomando decisiones
- 16 - Mi cumpleaños
- 17 - ¡Juguemos!
- 18 - Nuestra primera cita
- 19 - Maldita pelirroja
- 20 - Algo en común
- 21 - Alguien muy especial
- 22 - Volviéndome loca
- 23 - Infinidad de explicaciones
- 24 - Yo

25 - Despertar
26 - Nunca jamás
27 - La familia de mis sueños
28 - Nada sin ti
29 - De vuelta a casa
30 - Sueña conmigo
Mi último sueño
Se acabó el sueño

^[1] Campanilla, famosa hada que aparece en las novelas y películas de Peter Pan, es conocida como Campanita en Hispanoamérica.